Paciente X

El caso clínico de Ryūnosuke Akutagawa

David Peace

armænia

narrativa

PACIENTE X

EL CASO CLÍNICO DE RYŪNOSUKE AKUTAGAWA

DAVID PEACE

Traducción de Jacinto Pariente

armænia

Título original: *Patient X. The casebook of Ryūnosuke Akutagawa* (Faber & Faber, 2018)

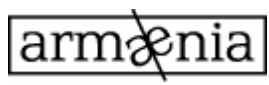
Primera edición: Septiembre 2019

Primera edición ebook: agosto 2021

Copyright © David Peace, 2018.
Copyright de la traducción © Jacinto Pariente, 2019
Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2019, 2021
Imagen de cubierta: Ryūnosuke Akutagawa (Japón, años 1920).
Armaenia Editorial, S.L.
www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-19-7



Para A;
en recuerdo de Mark Fisher, William Miller y todos
los fantasmas de nuestras vidas.

Kappa nació de mi dégoût por muchas cosas,
especialmente por mí mismo.

Ryūnosuke Akutagawa, 1927.

Estos son los relatos del Paciente x en uno de nuestros castillos de hierro. Contará sus cuentos a cualquiera con oído y tiempo para escucharlos.

Unos días parece más joven de lo que es, otros más viejo; macilento un día, abotargado al siguiente, la tensión y el dolor de nuestros tres mundos, sus espectros y sus visiones, astillan y fragmentan sus rasgos en un millar de yos mientras revive los horrores de toda una vida, antes de que lo trajeran a este lugar, cuando… No, no, no entremos en detalles todavía.

Él narraba sus relatos con detenimiento y riqueza de detalles y yo lo escuchaba con el médico responsable. Hablaba abrazándose las rodillas firmemente, meciéndose hacia delante y hacia atrás y lanzando miradas fugaces más allá de los barrotes de hierro de la estrecha ventana, donde un cielo nublado y sombrío se cernía con la amenaza de una insondable e infinita oscuridad.

He intentado transcribir sus historias, ya contadas, ya narradas y vividas, con tanta precisión y fidelidad como he podido. Pero si alguien no queda satisfecho o desconfía de mis anotaciones, que acuda a la fuente por sí mismo. Sin duda el Paciente x le dará la bienvenida con una respetuosa reverencia, lo conducirá a la dura silla y comenzará a narrar de nuevo sus relatos con melancólica y resignada sonrisa en los labios.

Pero, atención: al llegar al final del relato, la expresión de su cara cambiará. Se pondrá en pie de un salto, alzará los puños violentamente y le increpará: «¡Quack, Quack! ¡Fuera de aquí! ¡Cobarde! ¡Mentiroso! ¡Eres un sinvergüenza como todos los demás! ¡Quack, Quack! ¡Fuera de aquí! ¡Caníbal! ¡Vampiro! ¡Mirón! ¡Quack, Quack! ¡Fuera de aquí! Simplemente salva a los niños…

1

Y ahora, niños, os contaré un cuento sobre Gautama y Jesús.

Comienza un día en que Gautama va paseando por el Paraíso a orillas del Estanque del Loto. Las flores del estanque son perfectas perlas blancas, y sus centros dorados exhalan una fragancia infinita. Yo creo que debía estar amaneciendo en el Paraíso.

Pero de pronto, mientras paseaba, Gautama oyó un llanto, algo completamente extraordinario en el Paraíso. Se acercó a la orilla y allí, ante las flores, sumido en la fragancia, vio a Jesús arrodillado junto al estanque, junto al agua, observando la increíble escena que tenía lugar bajo las hojas abiertas de los lotos. Y es que justo debajo del Estanque del Loto del Paraíso se hallaba el más profundo de los Infiernos, y a través de las aguas cristalinas Jesús veía el Río de los Pecados y la Montaña de la Culpa con tanta claridad como si mirara las imágenes de un tutilimundi.

Y lo que veía le hacía llorar:

Un hombre llamado Ryūnosuke se retorcía en el Infierno con los demás pecadores. Había sido un autor famoso, pero había vivido una vida de absoluto egoísmo y había herido incluso a quienes más lo amaban.

Gautama recordó entonces que Ryūnosuke había realizado al menos un acto de bondad en su vida. Un día en que holgazaneaba junto al Estanque de Shinobazu descubrió una pequeña araña junto al camino. Lo primero que pensó fue en aplastarla, pero al levantar el pie se dijo a sí mismo: «No, no. Esta pequeña criatura es también un ser vivo. Arrebatarle la vida sin razón sería una crueldad».

Así que Ryūnosuke dejó que la araña pasara por su lado sin hacerle daño.

Cuando Gautama oyó llorar a Jesús y vio su rostro bañado en lágrimas, decidió recompensar a Ryūnosuke y a ser posible liberarlo del Infierno. Y por una afortunada casualidad, Gautama se dio la vuelta y vio una maravillosa araña que tejía un hermoso hilo sobre una hoja de loto del color del resplandeciente jade. Gautama levantó el hilo con delicadeza y se lo alcanzó a Jesús. Y Jesús bajó y bajó el hilo hasta las profundidades, entre las blancas flores, a través de las cristalinas aguas.

2

Allí, junto a los demás pecadores, en lo más hondo del más profundo

de los Infiernos, Ryūnosuke flotaba y se hundía eternamente en el Río de los Pecados. Mirara donde mirara, todo estaba oscuro como boca de lobo y, si alguna vez una vaga silueta atravesaba las sombras, era el destello de una de las agujas de la Montaña de la Culpa, lo cual lo hacía aún más consciente de su propia perdición. No se oía un ruido, pero si alguna vez un leve sonido quebraba el silencio, era tan solo el débil suspiro de otro condenado. Como podréis imaginaros, los que habían caído tan bajo estaban tan agotados por las torturas sufridas en los otros siete infiernos que ya no les quedaban fuerzas ni para gritar. Por mucho que hubiera sido un escritor famoso, Ryūnosuke no podía ya más que retorcerse como una rana moribunda mientras se atragantaba con sus pecados.

¿Y qué creéis que pasó entonces, niños? Sí, claro que sí: ¡sucedió que Ryūnosuke alzó la cabeza y miró al cielo sobre el Río de los Pecados y vio el resplandeciente hilo plateado de la araña, tan fino, tan delicado, bajando sigilosamente a través de las sombras desde los altos, altísimos cielos derecho hacia él!

Ryūnosuke aplaudió de alegría. Si se hacía con el hilo y trepaba por él, quizá lograra escapar del Infierno. Y quizá con un poco de suerte, incluso conseguiría entrar en el Paraíso. De ser así, ya nunca más tendría que escalar la Montaña de la Culpa ni sumirse en el Río de los Pecados.

No había terminado aún de cruzar su mente aquel pensamiento cuando Ryūnosuke agarró el hilo y trepó y trepó con todas sus fuerzas, más y más arriba, una mano y otra mano.

Pero el Cielo y el Infierno están a miles de leguas de distancia, así que la huida no era tarea fácil. Pronto comenzó a cansarse, a cansarse hasta que ya no podía levantar el brazo ni una sola vez más para seguir trepando. No había más remedio que detenerse a descansar, y allí colgando del hilo de plata de la araña, miró abajo hacia el lejano, lejano fondo.

Ryūnosuke se dio cuenta de que el esfuerzo había merecido la pena: el Río de los Pecados estaba ya oculto en la profunda negrura. E incluso el opaco destello de la terrorífica Montaña de la Culpa quedaba ya muy lejos bajo sus pies. Si seguía así, quizá escapar del Infierno fuera incluso más fácil de lo que se había imaginado. Allí colgando del hilo de la araña, Ryūnosuke soltó una sonora carcajada:
—¡Ya casi lo he conseguido! ¡Ya casi me he salvado!

¿Y qué creéis que vio entonces? Muy por debajo, sus yos trepaban por el hilo de la araña, su legión de yos lo perseguía, el hijo y el padre, el marido y el amigo, el amante y el escritor, el Hombre de Oriente y el Hombre de Occidente; sus yos y también sus personajes, Yoshihide, Yasukichi, Tock y los demás, sus muchas creaciones, y, por supuesto, sus pecados, sus innumerables pecados: su orgullo, su

avaricia, su lujuria, su ira, su gula, su envidia y su pereza. ¡Lo perseguían trepando por el hilo con todas sus fuerzas como una columna de hormigas! ¿Cómo soportaría a todos sus yos, sus personajes y sus pecados aquel fino hilo que parecía a punto de romperse solo con su peso? Si el frágil hilo se rompía a medio camino, Ryūnosuke se precipitaría de nuevo en el Infierno del que tanto había luchado por escapar. Desde el negro Río de los Pecados, por el brillante hilo de plata sus yos, sus personajes y sus pecados ascendían a centenares, a millares, y entonces Ryūnosuke comprendió que si no hacía algo inmediatamente, el hilo se rompería.

Ryūnosuke alzó la cabeza de nuevo y observó el hilo de la araña. El Paraíso estaba ya a su alcance, estaba ya tan cerca… Ya veía la luz del agua, ya entreveía el rostro de Jesús, ya casi oía Su llanto, ya sentía Sus lágrimas en su propio rostro. Sin embargo, por mucho que intentara seguir ascendiendo, por muy rápido que trepara, sabía que sus yos, sus personajes y sus pecados siempre le perseguirían, siempre acabarían por alcanzarle.

Entonces, Ryūnosuke soltó el hilo de la araña.

Y en aquel mismo instante, en aquel mismo momento, mientras caía de nuevo en la más negra de las profundidades, el hilo de la araña se rompió justo por donde Ryūnosuke había estado agarrado.

Detrás de Ryūnosuke solo quedó el hilo de araña roto, colgando del Paraíso, brillando fugazmente en un cielo sin luna ni estrellas.

3

En el Paraíso, Buda y Cristo contemplaban lo sucedido desde la orilla del Estanque del Loto. Y cuando al final Ryūnosuke se hundió de nuevo en el Río de los Pecados, Buda continuó su paseo con el rostro teñido de tristeza. Sin embargo, Cristo permaneció arrodillado junto al estanque, delante del agua, observando a través de las hojas de loto, mirando las imágenes del tutilimundi, llorando, llorando y llorando en las cristalinas aguas—

In girum imus nocte et consumimur igni…

Damos vueltas y vueltas en la noche, la noche eterna, devorados por el fuego, por el fuego, en la noche, por el fuego—

El fuego devorado por el fuego…

Y los lotos del Estanque del Loto aún mecían sus perfectas flores blancas como perlas y sus centros dorados aún exhalaban una fragancia infinita. Pero yo creo que ya debía estar cayendo el crepúsculo en el Paraíso.

Una vez hace mucho tiempo, bajo las ramas de un pino rojo, ante la lápida ennegrecida de una tumba, el hombre le dijo al niño: «*Estas son las historias que te contabas y te cuentas, entonces y ahora, ahora y entonces, de escenas del recuerdo, en biombos erigidos…*»

1. ARRIBA Y ABAJO Y AFUERA

Una voz te llega en la oscuridad, túnel arriba, a través de las aguas.

—¿Me oyes? ¿Quieres nacer…?

Tu padre habla a la vagina de tu madre.

—Por favor, piénsalo bien antes de responder, pero…

Detrás del biombo corredizo, acuclillado en el suelo, con la boca al nivel de la vagina de tu madre como si hablara por teléfono, te pregunta: «¿Deseas venir a este mundo o no?»

Y cada vez, después de formular la pregunta, mientras espera tu respuesta, estira el brazo y coge la botella de encima de la mesa, da un trago de desinfectante, hace gárgaras, se enjuaga, escupe en la palangana de metal que hay en el suelo junto al culo de tu madre, retoma su postura, la boca junto a la vagina, y pregunta de nuevo: «¡Vamos, vamos! ¿Quieres venir a este mundo o no?».

Túnel arriba, en el agua, tú sacudes la cabeza y dices: «No, no, no quiero nacer». El primer acto de la tragedia humana comienza cuando un individuo se convierte en el hijo de unos determinados padres. Me preguntas si quiero nacer, pero ni siquiera sabéis si queréis tenerme; ya habéis perdido un hijo y ambos tenéis ya una edad nefasta. Si accedo a nacer, habéis planeado abandonarme en la puerta de una iglesia y reclamarme después al cura como expósito para conjurar vuestra mala suerte. Tiemblo de pensar en lo que heredaré de ti y de mi madre. La demencia es ya bastante mala de por sí. Afirmo categórica y absolutamente que la existencia humana es el mal y la condición humana el infierno. De modo que gracias por preguntar, pero no, gracias. Prefiero no nacer.

Pero nadie te oye, nadie te escucha, a nadie le importan tus palabras, tus palabras ahogadas en las aguas, tus palabras perdidas en el túnel, así que, no mucho más tarde, las aguas se abren y allá que vas, arrastrado por ellas, túnel abajo, a través de las cortinas, hacia la habitación y fuera, fuera.

—Niihara Ryūnosuke; Ryūnosuke, hijo-dragón…

En el año del dragón, en el mes del dragón, en el día del dragón, al caer la luna, al levantarse el sol, ves por primera vez la luz del mundo y lloras y chillas, solo, solo, y chillas y chillas.

2. «MADRE/*HAHA*»

Estás en un manicomio, en una sala enorme, monstruosa. A los locos los hacen vestirse con el mismo kimono gris. Le añade a la escena un toque aún más deprimente, si es que eso es posible. Uno de los enfermos está sentado al órgano y toca el mismo himno una y otra vez, una y otra vez, con creciente intensidad, con creciente fervor, mientras otro baila brincando y saltando en el centro de la sala. Junto a un doctor fuerte y sano, la viva imagen de la salud, observas. Los locos huelen de un modo particular y en su aroma percibes la fragancia de tu propia madre.

El olor de la tierra, un toque de fango…

—Vámonos —dice el doctor.

Tu madre estaba loca. Era una loca esbelta, grácil y hermosa, de linaje samurái, que se casó con un arribista que no le llegaba a la suela de los zapatos y se fue haciendo cada vez más callada, cada vez más tímida y retraída hasta la muerte de tu hermana mayor y después tu propio nacimiento, cuando definitivamente el crepúsculo y los espectros se apoderaron de ella y se la tragaron—

Hipnotizándola, atrapándola…

Tu madre se culpaba de la muerte de tu hermana Hatsu, creía que la meningitis que la mató se debía a un resfriado que había cogido durante una excursión. Tú naciste al año siguiente de la muerte de Hatsu, así que no la conociste, excepto por el retrato de la niñita de mejillas redondas y hoyuelos que aún sigue en el altar de tu casa. Sin embargo, ni tú ni tu otra hermana, Hisa, fuisteis un bálsamo para vuestra madre, no la defendisteis de los espectros, de los espectros y del crepúsculo—

Aprisionándola…

Día tras día, sentada sola en una habitación del piso superior de la casa de los Niihara en el distrito de Shiba, todo el día, fumando una pipa fina y larga, con el cabello recogido en un moño y sujeto con un peine, ceniciento el pequeño rostro, el pequeño cuerpo inerte, como si en realidad ya no estuviera allí, nunca realmente allí, demacrada, desvaneciéndose, echándose a perder, a perder.

Ensombreciéndose…

Pero tú la veías, la veías entonces y la ves ahora: tu madre adoptiva insistía en llevarte a verla, te conducía por las empinadas escaleras hasta aquella habitación en penumbra, y te hacía decirle: «Hola, hola, madre». La mayoría de las veces tu madre no respondía, no hablaba, la pipa entre los labios, la boquilla blanca y la cazoleta negra, aunque una vez, solo una, de pronto sonrió levemente, se inclinó hacia delante, te dio un golpecito con la pipa en la cabeza y

dijo: «¡Conk»

Pero la mayoría de las veces era una loca plácida y silenciosa. Y si tu hermana o tú le pedíais que os dibujara u os pintara algo, cogía una hoja de papel de cartas, lo doblaba en cuatro y se ponía manos a la obra. A veces con tinta negra, a veces con acuarelas. Dibujos de plantas en flor, dibujos de niños de excursión. Sin embargo, todas las personas de sus dibujos tenían cabezas de zorro, todos tenían cabezas de zorro—

—Vámonos, —dice de nuevo el doctor.

Sigues al doctor por el pasillo hasta otra habitación. En las esquinas, en las estanterías, hay grandes frascos en los que cerebros y otros órganos se maceran en alcohol.

Conservados…

Recuerdas su muerte más que su vida; acabó por consumirse y murió en el otoño de tu décimo primer año. Llegó un telegrama. Subiste a un *rickshaw* con tu madre adoptiva y corristeis desde Honjo a Shiba en medio de la noche. Llevabas alrededor del cuello un fino pañuelo de seda estampado con un paisaje chino, el olor a perfume: Ayame Kōsui.

Tu madre yacía sobre un futón en una sala bajo la habitación del piso superior en la que había vivido. Te arrodillaste a su lado y lloraste con tu hermana mayor.

Detrás de ti alguien susurró, —El desenlace está próximo…

Y de pronto tu madre abrió los ojos y habló.

No recuerdas sus palabras, pero recuerdas que tu hermana y tú no pudisteis evitar unas risitas nerviosas. Y entonces tu hermana empezó a llorar de nuevo.

Tus propias lágrimas se detuvieron y ya no volverían a correr. Pero seguiste toda la noche arrodillado junto a tu madre, junto al llanto constante de tu hermana. Creías que si no llorabas tu madre no moriría.

Tu madre abrió los ojos y os miró a ti y a tu hermana unas cuantas veces más, y ríos infinitos de lágrimas le caían por el rostro. Pero no volvió a hablar. Y por fin, al anochecer del tercer día, tu madre murió. Y entonces lloraste, lloraste.

Una tía lejana, una mujer a la que apenas conocías, te echó el brazo por encima, te atrajo hacia sí y dijo: —Me has dejado totalmente impresionada.

No comprendiste qué quería decir, por qué dijo lo que dijo; *impresionada de qué*, pensaste, *qué raro*.

El día del funeral de tu madre, tu hermana y tú subisteis a un *rickshaw*, tu hermana con la tablilla funeraria y tú con el incensario, para asistir al largo cortejo fúnebre desde Shiba a Yanaka. Pero

mientras atravesabais las calles bajo el sol de otoño tú te quedabas dormido y te despertabas de pronto justo antes de que el incensario se te resbalara de las manos. El *trayecto* parecía no tener fin—

Durar por siempre…

—Y este es el cerebro de un hombre de negocios, —dice el doctor, pero tú miras por la ventana, observas un muro de ladrillo manchado de musgo con cristales rotos en el borde; ¿para evitar que alguien entre o más bien que alguien salga?

—Por alguna razón que desconozco —le dices al médico— me siento más cerca de la hermana a la que no conocí que de mi madre. Pero si Hatsu aún viviera, tendría más de cuarenta años y quizá se pareciera a mi madre en aquella habitación del piso de arriba, fumando su pipa, dibujando gente con cara de zorro.

—Por favor, continúe —dice el doctor con una sonrisa.

Pero tú no continúas. Tú no hablas. Tú no le dices que a menudo sientes que en algún lugar hay una mujer de unos cuarenta años que te cuida, un fantasma que no es exactamente tu difunta madre ni exactamente tu hermana muerta. Y seguramente no es más que la consecuencia de los nervios destrozados por el café y el tabaco, pero quizá en alguna parte el fantasma de una presencia te concede ocasionales vislumbres de sí mismo y de un mundo más allá de este mundo—

Por allá, por acullá…

El cinco de abril es el aniversario de la muerte de tu hermana. El aniversario de la muerte de tu madre es el veintiocho de noviembre. Su nombre póstumo es Kimyōin Myōjō Nishin Daishi.

No recuerdas el aniversario de la muerte de tu padre ni su nombre póstumo.

3. «PADRE/*CHICHI*»

Tú comes cucharada tras cucharada de helado en el Restaurante Uoei en Ōmori y tu padre suplica: —Vuelve Ryūnosuke. Deja esa casa en Honjo y vuelve conmigo. No te faltará de nada, Ryūnosuke. Toma, cómete otro cuenco de helado…

Al enloquecer tu madre, tu ocupado padre te regaló. Te regaló al hermano de tu madre, Akutagawa Dōshō, y a su esposa Tomo, que no tenían hijos. Tú te alegras de que te regalara, eres feliz de que te regalara. Pero él no te deja en paz, intenta acercarse, intenta recuperarte, sobornarte con plátanos, piñas y helado. —Toma, hijo, toma: cómete otro cuenco, y otro…

Tu padre era comerciante de productos lácteos, de mucho éxito al parecer. Era, como dice Confucio, «hombre de palabra hábil y maneras obsequiosas». Pero también era un hombre colérico, un hombre que había servido en el ejército, que había luchado del lado de los rebeldes Satsuma en la Guerra Boshin de 1868 contra los Tokugawa y los Toba-Fushimi, un hombre que había luchado y vencido. Tu padre no era un hombre acostumbrado a perder, a aceptar la derrota.

Tanto ganado para algunos…

—¡Otra vez! —grita con el rostro enrojecido.

Estás en el tercer curso de la escuela secundaria y estás practicando la lucha con tu padre. Lo has derribado fácilmente con tu mejor movimiento de judo, el *ōsotogari* por encima del muslo, y lo has enviado al suelo con las piernas por alto. Pero tu padre se pone en pie de un brinco y avanza hacia ti en guardia, con los brazos extendidos. Lo derribas otra vez con facilidad, con demasiada facilidad.

Tanto perdido para otros…

—¡Otra vez! —brama.

Sabes que está enfadado. Sabes que si lo derribas de nuevo tendrás que volver a luchar con él de nuevo, una y otra vez hasta que te venza, cada vez de peor humor, sus ataques cada vez más agresivos. Y por supuesto, vuelve a la carga y de nuevo forcejeas con él. Así que le dejas forcejear un rato, un ratito, antes de caer, de tirarte al suelo deliberadamente, de perder deliberadamente, de ser deliberadamente un…

—Perdedor —alardea tu padre—. ¡Perdedor!

Te pones en pie, te sacudes el polvo, tu padre sale de la habitación pavoneándose y tú miras de reojo a la hermana menor de tu madre, la mujer que es ahora la segunda esposa de tu padre, que os ha observado luchar, y ella te sonríe, y te guiña un ojo, y comprendes que lo sabe, que sabe que has dejado ganar a tu padre, que hoy le has dejado ganar, solo hoy, una última vez.

«Padre ingresado…».

Tienes veintiocho años y eres profesor en Yokosuka cuando recibes el telegrama. Tu padre ha contraído la gripe española. Viajas a Tokio. Duermes tres días en un rincón de su habitación en el hospital. Te aburres junto a su lecho de muerte.

Al cuarto día recibes una llamada de tu amigo Thomas Jones. Está a punto de marcharse de Tokio y te invita a una cena de despedida en una casa de té de geishas en Tsukiji. Dejas a tu padre agarrado a la vida por un hilo y te vas a la casa de té.

Pasas una noche de lo más placentera en compañía de cuatro o cinco geishas. Te marchas alrededor de las diez y cuando bajas por las estrechas escaleras hacia el taxi oyes una hermosa y suave voz

femenina que te llama, —Ah-san…

Te detienes en la escalera. Miras hacia la parte superior. Desde arriba, una de las geishas clava sus ojos en los tuyos. No dices una palabra. Te das la vuelta, sales por la puerta y te metes en el taxi.

Por el camino de vuelta al hospital no dejas de pensar en la cara joven y fresca de la geisha, en su peinado al estilo occidental y en sus ojos, en sus ojos. No piensas ni por un momento en tu padre agonizante en el hospital.

Te espera impaciente. Manda a tus dos tías al otro lado del biombo decorativo de dos paneles que hay junto a su cama. Te indica que te acerques, te agarra la mano y la acaricia y comienza a hablarte de un pasado remoto del que nada sabías, de cuando conoció a tu madre, de los años que estuvieron casados, de un baúl de *tansu* que habían comprado juntos, de que pedían sushi a domicilio. Minucias, trivialidades. Pero mientras te cuenta todas esas cosas, mientras escuchas esas cosas, notas los párpados cada vez más calientes y ves como las lágrimas resbalan por sus mejillas, sus demacradas, estropeadas mejillas, y tus propios ojos se inundan de lágrimas. Confuso y delirante, tu padre señala al biombo.

—¡Buque de guerra a la vista! ¡Buque de guerra a la vista! ¡Mirad las banderas! ¡Mirad cómo ondean las banderas! ¡*Banzai*! ¡Todos juntos! ¡*Banzai*!

Tu padre muere a la mañana siguiente, sin demasiado dolor, sin demasiado sufrimiento, o eso te aseguran los médicos.

No recuerdas en absoluto el funeral de tu padre. Pero sí que cuando cruzabas la ciudad acompañando su cuerpo desde el hospital a su casa, una enorme luna llena de primavera refulgía sobre el techo del coche fúnebre.

4. TOKIO: UN MENTALORAMA

Odias a los padres que te dieron la vida, que te regalaron, que te regalaron dos veces. Pero amas a tu familia adoptiva, que te acogió, que te dio un hogar, sobre todo a la hermana mayor de tu madre, tu tía Fuki. Eres feliz con tu familia adoptiva, eres feliz con tu tía Fuki; eres feliz aquí, eres feliz en esta casa feliz, esta casa feliz que tiene a la pobreza por vecina.

Te encantan las calles de alrededor de tu casa, las calles de Honjo, en la orilla oriental del río Sumida. No hay ni una sola calle hermosa, ni una sola casa agradable en todo Honjo. Las tiendas son anodinas, la carretera es un lodazal en invierno y una polvareda en verano, y solo

conduce a la Gran Acequia. La Acequia en la que flotan los hierbajos, la Acequia apestosa a mierda—

Pero ese es el lugar que amas: el templo Ekōin, el Puente del Potro Parado, Yokoami y el hipódromo de Hannoki; esos son los lugares que te atormentarán, a ti, a tus pensamientos y a tus sueños, durante el resto de tu vida, sus calles polvorientas, sus calles inundadas, sus míseras casas y sus cloacas abiertas, así como su naturaleza: las hierbas en los tejados, las nubes de primavera en los charcos, los altos árboles de los templos y los sauces que bordean las cloacas; esta es la naturaleza que amarás por encima de cualquier otra, la naturaleza que vive imperceptible, sutil, entre los artificios de la así llamada civilización humana, abriéndose y floreciendo, con toda su belleza, con toda su brutalidad—

Con todo su misterio…

Paseas por Honjo todas las mañanas con tu padre adoptivo, caminas y caminas con el corazón rebosante de júbilo, tan feliz, tan lleno de curiosidad, tan lleno de amor, tan maravillado, hasta que, hasta que—

Hasta que una mañana, cuando el fulgor matutino se borra del cielo, tu padre adoptivo y tú paseáis hacia tu lugar favorito, la Ribera de los Cien Pilotes del río Sumida. Siempre hay pescadores y a ti te gusta sentarte a mirarlos mientras tu padre adoptivo te cuenta historias de los espíritus-zorro que ha visto en sus caminatas, historias fantásticas, historias mágicas. Llegáis a la Ribera de los Cien Pilotes pero esa mañana está desierta. Tan solo los piojos de mar pululan por los huecos de los muros de piedra de la ancha ribera. Empiezas a preguntarte dónde se habrán metido los pescadores, por qué no hay pescadores ese día. Tu padre adoptivo señala al río, hacia el agua y dice: —mira eso…

Y tú miras y ves—

Debajo de tus pies, entre los pilotes, entre la basura, entre los hierbajos, flota sobre las olas un cadáver con el cráneo afeitado, subiendo y bajando, arriba y abajo, abajo y arriba con la corriente, con la marea.

Apartas la vista, te das la vuelta, te giras hacia tu padre adoptivo y te ocultas en su abrigo. Pero él te agarra del brazo y te coge de la cara y dice: —¡Mira, Ryūnosuke! ¡Mira! No puedes apartar la cara ante el horror, no puedes apartar la vista de la muerte. No puedes esconderte, debes mirar. Así que mira, Ryūnosuke. Mira y verás…

Y entonces miras, y sí, entonces ves, ves el lugar tal y como es: los cadáveres que flotan en sus ríos y cuelgan de sus árboles, los cadáveres que caen en sus cunetas, que arden en sus fuegos, las fábricas en ambas orillas, hilera tras hilera, chabola tras chabola, las interminables chabolas, las vías del tren y los postes eléctricos, su

riqueza y su pobreza, sus saciados y sus hambrientos, todos arrastrándose por los huecos, flotando arriba y abajo, subiendo y cayendo, fingiendo y fingiendo, fingiendo que no hay problema, fingiendo que todo va bien, que no hay problemas: que no hay engaño, que no hay mentiras, no hay mentiras, no hay mentiras. Que no huele a meados. Que no huele a mierda. Que no huele a muerte. Que dentro de la ornada caja no hay un pastel barato. Que la botella cara no contiene un sake de calidad ínfima. Que no hay ropa zurcida ni biombos con remiendos. Que no hay escritorios de madera astillada, con el tapete raído y el barniz gastado. Que no hay cojines desvaídos, deshilachados y recosidos. Que no hay artificio, que no hay pretensión. Que no hay autoengaño. Que no hay padres que no son padres, que no hay madres que no son madres. Que no hay cicatrices, no hay cicatrices en tu corazón, tu roto, destrozado corazón; es todo mentira, todo mentira—

Y entonces, entonces te das la vuelta y sí, sí, huyes; corres más rápido de lo que has corrido nunca, más rápido de lo que nunca correrás, por las calles polvorientas, por delante de las cloacas abiertas, hacia tu casa, cruzando la verja, la puerta de tu casa, y escaleras arriba hasta tu tía, que está en su dormitorio, siempre en su dormitorio, tras el biombo, siempre tras el biombo, y tu cara se entierra en su pecho, tus lágrimas abrasan su ropa, sus brazos ciñen tu espalda, sus manos acarician tu cabello, y ella susurra y susurra, —Ya pasó, ya pasó Ryūnosuke, ya pasó, mi querido, querido niño. Así es el mundo de los hombres, así es su mundo de mentiras. Pero yo estoy aquí, estoy aquí. Y nunca te abandonaré, nunca te abandonaré Ryūnosuke. Yo nunca te abandonaré…

Con tu cara aún enterrada en su pecho, tus lágrimas aún abrasando su ropa, Fuki abre un libro: *Uji Shūi Monogatari*. Fuki pasa las páginas llenas de cuentos populares orales. Sin mirar, sin leer, Fuki dice, —Mukashi Mukashi, había una vez tres hermanas que vivían en la casa de su familia en la Vieja Capital. Y lo extraño fue que, contra toda costumbre, contra toda tradición, la hermana pequeña se casó primero y después se casó la mediana, pero la mayor no se casó. No sabemos el porqué, ella nunca lo dijo. Sin embargo, como siempre, la gente empezó a murmurar sobre honores mancillados, sobre vergüenzas secretas, sobre tíos borrachos, sobre episodios violentos. ¿Un niño? ¿Había un niño de por medio? ¿Lo habían regalado y ella no lo había vuelto a ver? No lo sabemos. Ella no lo dijo, nunca lo dijo. Y como no tenía marido, la hermana mayor se quedó en la casa familiar, al cuidado de su padre y su madre y de su hermano mayor también, y sus hermanas menores se casaron y sus hermanas menores se fueron de casa y la dejaron sola, sola en su habitación. Y con el tiempo, murió su padre y después su madre y su hermano encontró esposa y la

trajo a la casa. Pero la hermana mayor siguió viviendo en la casa familiar, sola en su habitación, en su habitación, sola en su habitación, hasta que con el correr del tiempo también ella enfermó y murió.

Dejaron su cadáver en la habitación hasta el regreso de las hermanas menores, que en compañía del resto de la familia y los criados la llevaron a la explanada de las cremaciones. Y cuando llegaron a ese lugar de humo y cenizas, cuando intentaron descargar el ataúd del carro para realizar los tradicionales ritos funerarios, notaron que el ataúd era extrañamente liviano y tenía la tapa entreabierta. ¡Sí, el cuerpo había desaparecido! Se quedaron atónitos, pues era imposible que el cadáver se hubiera caído por el camino. A pesar de todo, desanduvieron sus pasos para asegurarse. Por supuesto, no encontraron ni rastro. Pero cuando llegaron a la casa, cuando entraron en su habitación, allí estaba, sola en la habitación, yaciendo como si nunca se hubiera movido.

Durante toda la noche la familia y los deudos discutieron qué hacer. Al salir el sol volvieron a meter el cuerpo en el ataúd, sellaron la tapa con cuidado y esperaron a que anocheciera para intentar llevar a cabo la cremación. Pero cuando por fin empezó a caer la noche, de nuevo encontraron abierta la tapa del ataúd y el cuerpo yaciendo en el suelo de su antigua habitación. Entre los miembros de la familia y los deudos cundió el terror. Y cundió más aún cuando intentaron mover el cadáver. No podían. Era sencillamente imposible. No importaba cuántos lo intentasen, no importaba cómo lo intentasen. El cuerpo no se movía. Porque sus brazos eran raíces, porque sus piernas eran raíces, los huesos de sus costillas, los huesos de su espalda. Plantada en el suelo, arraigada en el suelo. Su cabello un torzal, su cabello una enredadera.

Allí estaba, donde debía estar. «Te gusta este lugar», dijo una de las hermanas. «De acuerdo entonces, si ese es tu deseo, aquí te dejaremos. ¡Pero no podemos dejarte a la vista!». Y entonces desclavaron las tablas del suelo y cavaron una fosa, y sí, entonces la bajaron a la tierra y era liviana como el aire.

Allí mismo la enterraron, bajo el suelo, con un buen túmulo sobre su cuerpo. Pero entonces la familia y los criados se mudaron porque nadie quería vivir en una casa con un cadáver. Y así, al tiempo, la casa se convirtió en ruinas y acabó por desaparecer. Tan solo quedó el túmulo. Pero ni el vulgo quería vivir cerca de la tumba. La gente murmuraba que allí sucedían cosas horribles. Y así, pronto, muy pronto, solo el túmulo quedó en pie. Y con el tiempo, con el tiempo, construyeron sobre él un templo y dicen que el templo sigue allí, sobre el cadáver enraizado.

En su dormitorio, siempre en su dormitorio, tras el biombo, siempre tras el biombo, con tu cara aún enterrada en su pecho, tus

lágrimas ya secas en su ropa, sus brazos aún ciñendo tu espalda, sus manos ahora alisando tu cabello, Fuki susurra y susurra, —Estas son las historias que debes aprender, Ryūnosuke, estos son los cuentos que yo te contaré. Para enseñarte cómo es el mundo de los hombres, para prevenirte de su mundo de mentiras. Y es que los hombres son demonios, Ryūnosuke, y este mundo es su infierno. Pero no llores, Ryūnosuke, no llores, que yo te protegeré, yo te salvaré. Yo te protegeré de esos demonios, yo te salvaré de su infierno. Porque yo nunca te abandonaré, Ryūnosuke, nunca te abandonaré, nunca te abandonaré…

Adoras a tu tía Fuki. La amas más que a nadie. Ella nunca se casará, ella vivirá contigo el resto de tu vida. Reñirás con ella, discutirás con ella. Pero nunca dejarás de amarla—

—Nunca te abandonaré, te lo prometo, te lo prometo…

No dejarás de amarla durante el resto de tu vida—

—¿Me lo prometes tú también, Ryūnosuke? Prométeme que no me abandonarás, que no me abandonarás durante el resto de mi vida…

En su dormitorio, siempre en su dormitorio, tras el biombo, siempre tras el biombo, en sus brazos, siempre a su alcance, asientes y dices: —Lo prometo.

5. LA CASA DE LIBROS

En su dormitorio, tras el biombo. Eres un niño malcriado, débil, enfermizo. Siempre estreñido, siempre con fiebre. Aquejado de convulsiones, torturado por el dolor de cabeza. Convulsiones constantes, dolores de cabeza perpetuos. Un niño nervioso, un niño atemorizado. Siempre asustado, siempre con miedo: miedo de la oscuridad, miedo de la luz. Del sol y de la luna. De las estrellas de la noche, de las nubes del cielo. Del cielo y del mar, del agua y de la tierra. Del suelo bajo tus pies, de la tierra sobre tu cabeza. Del aire que respiras, del mismo aire que respiras. Miedo de los vivos, miedo de los muertos. Siempre aquí, siempre allá. De los que un día te precedieron, de los que aún te preceden. De los vivos y de los muertos, de los muertos y de los vivos. De la gente, de la gente. Miedo de la gente, mucho miedo de la gente. De la gente y del mundo, de su mundo y de todo. Miedo, miedo, miedo, miedo de todo—

No tengas miedo, Ryūnosuke…

En la casa, en las demás habitaciones. Tienes miedo, aún más miedo. Miedo de las puertas, miedo de los suelos. De ese hueco, de aquel desnivel. Del polvo del techo, del polvo del suelo. Miedo del *tatami*, miedo de las lámparas. El viejo tatami, las lámparas mortecinas. Del altar familiar, de sus tablillas funerarias con el pan de oro ennegrecido. Del santuario familiar con sus dos *tanuki* de barro sobre cojines rojos. Están guardados en un oscuro almacén con una vela encendida. Cada noche, cada día. Tienes miedo, tienes miedo. Miedo de los biombos, de su papel despegado. Miedo de las ventanas, de sus amenazantes sombras. De las sombras y de los susurros, de los susurros del exterior y de los del interior—

No tengas miedo…

Menos en una de las habitaciones, solo una de las habitaciones. En las paredes, sobre la puerta. Hay grabados y pergaminos. De otra época, de una época mejor. Y en las hornacinas y por el suelo. Hay libros. Muchos libros. De otro mundo, de un mundo mejor. Y en esa habitación, solo en esa habitación. Tienes menos miedo, mucho menos miedo. Al principio curioso, intrigado. Después emplazado, ahora seducido. Por las imágenes, por los pergaminos. Y por los libros, por todos esos libros—

No tengas miedo, susurran. *Te llevaremos a otra época, te llevaremos a un mundo diferente*. A montones, a hileras. *A una época mejor, a un mundo mejor*, susurran. *Acércate, Ryūnosuke. Acércate y mira*. Caminas

hacia los montones de libros, caminas hacia las hileras de libros. *Seremos tu escolta, seremos tu escudo*. Y alargas el brazo y tomas un libro. Tu escolta y tu escudo. Y abres el libro, abres el libro y miras. *Otra época, otro mundo*. Y ves, ves. *Una época mejor, un mundo mejor*. Este es el principio, *el principio de todo*…

Bajo la luz mortecina, sobre el tatami raído. Primero las imágenes, las vistosas ilustraciones. En los *Kusazōshi*, los libros de cuentos de Edo. Tan vívidos, tan mágicos. Con sus imágenes de fantasmas, con sus imágenes de monstruos. Los ojos desorbitados, el corazón al galope. Bajo la luz mortecina, sobre el tatami raído. Después las palabras, los crípticos signos. En el *Saiyūki*, en el *Suikoden*, los clásicos chinos en traducciones abreviadas. Tan intensos, tan fascinantes. Con sus leyendas de héroes, con sus relatos de aventuras. Los ojos se te abren como platos aún más, el corazón se te acelera aún más. Bajo la luz mortecina, sobre el tatami raído. Palabra tras palabra, oración tras oración, párrafo tras párrafo, página tras página. Lees y lees. Bajo la luz mortecina, sobre el tatami raído. Te conviertes en esos héroes, corres sus aventuras. Otra época, un mundo diferente. Una época mejor y un mundo mejor. La mortecina, mortecina luz es ahora la pálida luz de la luna. El tatami raído es ahora el suelo del bosque. El grifo que gotea, un río estruendoso. Las escarpadas escaleras, un paso de montaña. Tus sábanas, una piel de oso. Leer y leer, aprender y aprender. Te aprendes los nombres de los ciento ocho héroes del Pantano de Liangshan, todos sus nombres, sus nombres de memoria. Tu corazón ya en calma, tus ojos ya entreabiertos. Tu espada de madera, una hoja de metal helado. Luchas con la hermosa guerrera Diez Pies de Acero, te bates con el salvaje, audaz monje Lu Zhishen. Contra crueles bandidos, contra brujas nocturnas. Con bastones ensangrentados y con silbantes flechas. Personajes vivos, héroes de verdad. Los personajes son tus amigos, los héroes son tus maestros. Te enseñan valentía, te dan coraje—

No tengas miedo, gritan. *Sé fuerte, Ryūnosuke, sé fuerte*…

Así que lees y lees. Página tras página, página tras página. Lees y lees más y más. Leyendas y cuentos, relatos y después novelas. Libro tras libro, más y más. Lees y lees, Sin miedo, sin miedo. Ya sin miedo. Lees y lees. En casa y luego en la escuela. En tu escritorio y por la calle. Lees y lees. Bashō y Bakin. Izumi Kyōka y Kunikida Doppo. Mori Ōgai y Natsume Sōseki. Libros japoneses y libros extranjeros. La Biblia y Esopo. Shakespeare y Goethe. Pu Songling y Anatole France. Libro tras libro, personaje tras personaje. Vives cada libro, te conviertes en cada personaje. Hamlet y Mefistófeles, Don Juan y Julien Sorel, el Príncipe Andréi e Iván Karamazov. Cada libro una revelación, cada personaje una transformación. Tantos personajes y tantos, tantísimos libros.

Nosotros te guiaremos, Ryūnosuke. Nosotros te ayudaremos…

Te susurran, te llaman. Dentro de casa y ahora desde fuera de casa. Tantos libros, tantísimos libros. Pero tan poco dinero, tan poquísimo dinero. Tu padre adoptivo es un hombre culto pero frugal. Sin embargo, hay bibliotecas, siempre hay bibliotecas. Y tú tienes tu propia austeridad y tu propia astucia. Las bibliotecas públicas del otro lado del río quedan muy lejos, demasiado lejos para un niño de primaria. Pero cerca de la Gran Acequia, muy cerca de casa, realmente a mano, hay un negocio de alquiler de libros. La dulce señora que lo lleva te sonríe, la dulce señora que lo lleva te llama hijito. Así que día tras día, durante horas y horas. Finges cazar, finges rebuscar. Día tras día, durante horas y horas. Ella no se da cuenta, no sospecha. Hijito siempre está leyendo a escondidas, hijito casi nunca alquila nada. Día tras día, durante horas y horas. Con tu propia austeridad, tu propia astucia. Día tras día, durante horas y horas. En el mostrador la dulce señora hace horquillas ornamentales para el pelo, la dulce señora te llama hijito cuando entras. Día tras día, durante horas y horas. Lees y lees, libro tras libro. Gracias a tu propia austeridad, gracias a tu propia astucia. Días tras día, hora tras hora. Hasta que devoras todos sus libros, hasta que te zampas todo lo que tiene. Gracias a tu propia austeridad, gracias a tu propia astucia. Hasta que ya no te queda nada que leer, nada que hacer allí. Hasta que llega el día y por fin llega la hora—

Debes cruzar el río, Ryūnosuke…

Te llaman, te llaman. Más allá del puente, más allá del río. Los cuadernos escolares bajo el brazo, la tartera del almuerzo bajo el brazo. Cruzas el puente de Ryōgoku, cruzas el Sumida. Después del colegio y en vacaciones, cruzas el río y recorres las calles. Tienes doce años y una misión. Se ha decretado la movilización, hay farolillos en las comisarías. Primero a la Biblioteca Ōhashi en la colina de Kudanzaka, después a la Biblioteca Imperial en el Parque Ueno. Entre botas que desfilan, bajo ondeantes banderas. A través de las acogedoras librerías que se amontonan en la Avenida Jimbōchō con un sol cegador que se alza tras la colina de Kudanzaka. La ida al amanecer, el regreso al anochecer. Dos horas de ida y dos de vuelta. Bajo el sol y bajo la luna. Sea la estación que sea, haga el tiempo que haga. Con los vientos primaverales, flores de ciruelo y luego pétalos de cerezo. Con las lluvias estivales, hortensias en flor y luego lotos florecidos. Sobre alfombras de hojas, sobre alfombras de nieve. Con botas que regresan, bajo banderas de victoria. En la Biblioteca Ōhashi, en la Biblioteca Imperial. Te llaman, te llaman—

Te esperamos, te estamos esperando…

Las primeras veces tienes miedo. Los altos techos, las enormes ventanas. Las escaleras de hierro, los archivos del catálogo. El

comedor del sótano y la sala de lectura. Pero después comienzas a leer. A leer y leer, página tras página. Pasas las páginas y lees, libro tras libro. Biblioteca tras biblioteca, año tras año. La Biblioteca Ōhashi y la Biblioteca Imperial, y luego la Biblioteca de la Escuela Superior y la biblioteca de la universidad, la Biblioteca de la Universidad de Tokio. Biblioteca tras biblioteca, durante años y años, préstamo tras préstamo, libro tras libro, cientos de libros, los amas, los amas, amas esos libros, esos libros prestados, esos libros prestados te aman—

Por favor, no nos devuelvas, Ryūnosuke, por favor…

La despedida, esas despedidas te parten y te parten, te parten por la mitad. Quieres quedarte los libros, tener los libros contigo, esos libros prestados, para abrazarlos y acariciarlos durante el resto de tu vida y leerlos de nuevo y de nuevo, una y otra vez. No devolverlos nunca, nunca dejarlos ir. Nunca separarte de ellos, nunca separarte de ellos. Así que con tu austeridad, con tu ingenio. Con tu devoción, con tu disciplina. Te mantienes alejado de los cafés y das clases a media jornada. Matemáticas, incluso matemáticas, tres días a la semana. Ganas dinero y ahorras. Y después compras y compras. En la Avenida Jimbōchō, en las librerías de segunda mano. Libro tras libro, libros usados. Los amas, los atesoras, los acaricias, los abrazas. Los tienes, los posees. Libro tras libro. Tus propios libros, tu propia biblioteca. Libro tras libro. Construyes tu biblioteca, una biblioteca para ti solo. Libro tras libro. Pero quedan aún tantos libros, tantos libros que deseas. En la Avenida Jimbōchō, en las librerías de segunda mano. Tantos libros, tantísimos libros. Te invitan, te tientan—

Llévanos contigo, llévanos, por favor…

Siempre tantos libros y tan poco dinero. Y por eso… Al fracasar todo lo demás, y como último recurso. Con el corazón dolorido, con los ojos arrasados en lágrimas. Sordo a sus protestas, sordo a sus gritos. Después de todo lo que te han enseñado, después de todo lo que te han dado. Sordo a sus protestas, sordo a sus gritos. Tus víctimas asfixiadas con un paño, tus víctimas estranguladas con un cordel. Como si asistieras a un funeral, como en una tragedia antigua. Cruzas el puente, cruzas el río. Tropiezas con un adoquín, te caes en la calle. Te manchas de polvo, te incorporas. Con pies pesados, a paso lento. Por las calles hacia Jimbōchō, caminas, caminas—

No, Ryūnosuke, no lo hagas…

Entras en la librería, la librería de segunda mano. Colocas el fardo sobre el mostrador, deshaces el nudo frente a la dueña. Retiras el paño, sacas los libros. Y preguntas a la mujer, preguntas. ¿Cuánto? ¿Cuánto por estos? Te ofrece menos de la mitad de lo que pagaste, incluso por los que están aún completamente nuevos. Suspiras, asientes. Aceptas la oferta y coges el dinero. Y te das la vuelta y sales de allí volando. Sordo a sus protestas, sordo a sus gritos. Huyes del

crimen, de la escena del crimen. Sus protestas y sus gritos—

¿Por qué, Ryūnosuke…?

Porque aún quedan muchos libros, muchos más libros que quieres. En la Avenida Jimbōchō, en las librerías de segunda mano. Tantos libros, tantísimos libros. Que te incitan, que te tientan. Tantos libros, tantos remordimientos. Remordimientos y amores perdidos:

¿Ryūnosuke?

Dos meses más tarde, a la hora del crepúsculo. De vuelta en la Avenida Jimbōchō, de vuelta por las librerías de segunda mano. Ligeramente cubierto de nieve, envuelto en tu capa. Abriéndote paso de tienda en tienda—

¿Te acuerdas de mí, Ryūnosuke?

En la Avenida Jimbōchō, ligeramente cubierto de nieve. Envuelto en tu capa, golpeando el suelo con los pies. En el exterior de las librerías, los libros en la calle. Te incitan y te tientan. Pero ante una librería, ahora ante sus libros. Una librería que conoces, unos libros que conoces. Encuentras un ejemplar de Zaratustra, pero no un ejemplar cualquiera de Zaratustra. Un libro bien leído, un libro bienamado. Leído por ti, amado por ti. El mismísimo ejemplar que vendiste hace apenas dos meses, el mismísimo ejemplar, aún manchado de la grasa de tus dedos. Tu antiguo libro, tu antiguo amante. Lo coges, lo abres. Parado delante de él, relees y relees. Párrafo tras párrafo, página tras página. Y cuanto más lo lees, más lo extrañas. Este libro, este libro, tú—

Ryūnosuke, por favor…

Entras en la librería, la librería de segunda mano. Colocas el libro sobre el mostrador y preguntas, preguntas. ¿Cuánto? Un yen y sesenta sen, sonríe la dueña. Pero por ser tú, te lo dejo en uno cincuenta…

Llévame contigo Ryūnosuke, por favor, llévame contigo…

Se lo vendiste por setenta miserables sen y solo consigues que te lo rebaje a uno cuarenta. Pero extrañas ese libro porque amas ese libro. Así que suspiras y asientes. Y le entregas el doble de la cantidad por la que lo vendiste. Siempre igual, nunca aprendes…

Gracias, Ryūnosuke, gracias…

Sales de la tienda, de vuelta en la calle. Los edificios oscuros, la calle blanca. Todo en silencio, todo en un extraño silencio. La Avenida Jimbōchō cubierta de nieve, tú envuelto en tu capa. La portada gris acero del Zaratustra apretada contra el pecho, una sonrisa de burla a ti mismo en los labios agrietados. Caminas y caminas fatigosamente. A través de la noche, sobre la nieve. De vuelta a casa, de vuelta a tu biblioteca, tu propia biblioteca, para ti solo…

La casa de libros…

Libro tras libro, libro a libro, montón a montón, estante a estante,

biombo a biombo y pared a pared, construyes y construyes una casa de libros, tu propia casa de libros. Hecha de papel, hecha de palabras. Una casa de libros, un mundo de palabras: todo lo que sabes del mundo, todo lo que aprendes del mundo lo sabes y lo aprendes de los libros, con los libros. No se te ocurre nada que de una forma u otra no le debas a los libros. Crees primero en los libros y después en la realidad: «de los libros a la realidad», esa es tu verdad inmutable; no eres de los que tratan de aumentar su conocimiento de la vida por medio de la observación de los viandantes. No; tú lees acerca de la vida de los hombres en los libros para observar mejor a los viandantes. Sí, las personas reales no son más que meros viandantes. Para entenderlos de verdad, con todos sus amores, todos sus odios, sus vidas y sus muertes, para conocerlos de verdad cuando pasan por delante de ti, te sientas en tu casa de libros, en tu mundo de palabras, y lees y lees, libro tras libro, y observas y anotas sus peculiaridades en el habla, en el gesto, sus expresiones faciales, la línea de una nariz y el ángulo de una ceja, la forma en que se agarran de la mano, esbozos groseros y bocetos, en Balzac, en Poe, en Baudelaire, en Dostoievski, en Flaubert, en los hermanos Goncourt, en Ibsen, en Tolstoi, en Strindberg, en Verlaine, en Maupassant, en Wilde, en Shaw y en Hauptmann. Un día serás el hombre más leído de tu generación. Pero de momento cada libro que lees es un manual para la vida, una instrucción en el arte de vivir. Te enamorarás de ciertas mujeres. Pero ninguna te mostrará qué es la verdadera belleza; solo gracias a Balzac, gracias a Gautier, gracias a Tolstoi, solo gracias a ellos reparas en la belleza de la oreja femenina, traslúcida al sol, o en la sombra de unas pestañas cayendo sobre unas mejillas. Si no hubieras leído acerca de tal belleza en los libros no habrías visto nada en ninguna mujer excepto a la hembra de tu especie. Sin libros, sin palabras, la vida sería insoportable, tan insoportable, tan fea, tan sumamente fea—

No vale un solo verso de Baudelaire…

Pero tu casa de libros, tu mundo de palabras, con sus biombos y sus paredes, con sus ventanas y sus puertas, está fabricada con libros ajenos, palabras ajenas, prestadas y compradas, siempre, robadas y usadas; en tu casa de libros de segunda mano, en tu mundo de segunda mano de palabras, tu vida es siempre de segunda mano, tu vida es ya de segunda mano.

6. UN PUENTE, UN PORTÓN; DE CAMINO AL TRABAJO…

Un día, en el colegio, sueñas despierto mirando por la ventana, sin pensar, simplemente soñando, el viento sopla muy muy fuerte, el viento sacude las ramas de los árboles, las hojas susurran, cada hoja, cada hoja, detiene tus ensueños, atrapa tu mirada, te hechiza, te embruja, te hace ver, te hace sentir, ver por ti mismo y sentir por ti mismo, la hermosura de la naturaleza, la maravilla de la creación, el secreto, el misterio, el fluir, la luz; siempre recordarás este día porque este es el día, el momento, en que descubres a qué quieres dedicarte, qué quieres hacer en la vida, durante toda la vida—

Consagrarás tu vida a la literatura, a la creación literaria, consagrarás el resto de tu vida a la escritura.

En japonés existe la voz *kaku*, que significa «escribir, dibujar o pintar», en otras palabras, «componer, representar o describir». *Kakuse* escribe con la raíz de *mano* a la izquierda y el carácter de *brote* a la derecha. Por su parte, el carácter de *brote* está compuesto a su vez por dos raíces: la de *hierba* y la de *campo*. Cuando los unes todos, tienes *kaku* o *egaku*: la imagen de una mano plantando una semilla. Para ti, el arte se origina en el germen de una idea, y después es necesario plantar la semilla y cultivarla y nutrirla a mano. Eso es para ti la escritura y es a eso a lo que piensas dedicarte.

Abandonas la espada de madera, tomas la fina pluma y empiezas a garabatear, empiezas a escribir, copias los antiguos cuentos que relata Fuki, apuntas las historias que se cuentan las criadas, cuentos e historias de fantasmas y meteoros, de viudas obsesionadas con sus difuntos esposos, de ancianas torturadas por sus nueras, llenas cuadernos con esos relatos, editas pequeñas revistas con tus amigos, cuentas y recuentas, compones, representas y describes, escribes y escribes, historia tras historia, aprendes el oficio, construyes puentes entre relatos, entre los relatos de los demás y tus relatos, tus propios relatos, ese portón que buscas por encima de esos puentes.

Traduces una página de Poe al día, estudiando primero la composición de los relatos, después la construcción de las oraciones, los secretos ocultos, los misterios ignotos, el equilibrio entre belleza y verdad, entre pasión y terror, humor y sarcasmo, la melancolía de los sueños, la alquimia de la poesía, lo preciso de las oraciones, lo conciso de la narración, la maravilla de todos esos elementos, el efecto del conjunto; su devoción por la artesanía, su dedicación al oficio. Eso es lo que aprendes de Poe, esa es tu educación, tu etapa de aprendizaje.

Es un aprendizaje sin fin de la escritura, de la lengua. Porque la literatura es un arte de palabras cuya expresividad depende de la lengua. Por eso trabajas infatigablemente para mejorar la calidad de tu lengua, la calidad de tu escritura. Y la cualidad que persigues en la escritura de otros es la misma que persigues en tu propia escritura: la

claridad. Quieres escribir con tanta claridad como sea posible. Quieres expresar lo que está enterrado en tu mente en términos precisos. Y eso es lo que intentas conseguir una y otra vez. Sin embargo, cuando tomas la pluma, rara vez logras escribir con la claridad y la fluidez que deseas. Siempre acabas amontonando oraciones. Todos tus esfuerzos, si es que pueden denominarse así, se centran en la claridad de tu arte.

Sabes, sin embargo, que la novela es el menos artístico de los géneros literarios. El único que merece el nombre de arte es la poesía. La novela es parte de la literatura tan solo por la poesía que encierra. Por lo demás, en poco se diferencia de la biografía o de la historia. Para ti los novelistas son biógrafos o historiadores que dan cuenta de la vida humana en una determinada época y en un determinado país. En Japón, la prueba de ello es la obra de la dama Murasaki y de Ihara Saikaku. Pero al mismo tiempo los mejores novelistas son siempre poetas, aunque siempre poetas impuros, forzados a la biografía o a la historia, siempre a caballo, siempre desgarrados, siempre partidos en dos, el historiador y el poeta, el poeta y el historiador.

Así que siempre vuelves a los relatos, los relatos del pasado, los cuentos del *Uji Shūi Monogatari* y del *Konjaku Monogatari* que te contaba tu tía Fuki, a la poesía del *Manyōshū*, a la lengua del *Hōjōki*, siempre vuelves al pasado, al remoto, remoto pasado… *Mukashi, mukashi*…

Porque supongamos que tienes un determinado tema que quieres convertir en un relato: para poder expresarlo con tanta fuerza y tanto arte como sea posible es necesario un acontecimiento extraordinario e inolvidable. Pero cuanto más extraordinario y memorable lo imaginas, más difícil es de describir convincentemente si lo encuadras en el Japón actual, porque no suena natural y terminas por abandonar el tema en la cuneta y ya todo está perdido. No obstante, la dificultad de situar un acontecimiento extraordinario en el Japón contemporáneo tiene fácil solución: lo único que hay que hacer es encuadrarlo en el pasado remoto o en el futuro lejano, o en un país que no sea Japón, o las dos cosas al mismo tiempo. Sin embargo, si simplemente comienzas con un érase una vez… y dejas fluir la historia, habrás fracasado. Hay que enmarcar la trama en un momento y un lugar histórico concreto e introducir e incluir detalles del entorno y las condiciones sociales de la época para que el relato suene natural y verosímil, para atrapar la atención de lector, cogerle de la mano y llevarlo de vuelta, de vuelta al pasado, para hacerle ver el pasado, hacerle sentir el pasado, hacerle vivir, eso es, vivir el pasado otra vez, de nuevo…

Sí, desde tu escritorio, pluma en mano, tú devolverás la vida a las historias del pasado, las historias una vez contadas, tú resucitarás a los

muertos levantando el velo, arrancando el velo, rasgando el velo, el velo en dos….

Mukashi, mukashi, estás de pie bajo un portón, el Portón de Akamon en la Universidad de Tokio, bajo ese portón ves caer la lluvia, la ves caer ahora y la ves caer entonces, y piensas en otro portón, un portón distinto en otra ciudad, una ciudad diferente, en otra época, una época diferente: La Puerta de Rashōmon en Kioto, la gran puerta que antaño se alzaba al principio de la avenida Suzaku; no queda ni rastro, ni la piedra angular siquiera. Pero tú conoces esa puerta, tú has leído sobre esa puerta en el *Konjaku Monogatari*, y por eso la ves.

Hace mucho, mucho tiempo, un hombre viajó desde la provincia de Settsu a la capital con la intención de robar. Como al llegar aún era de día, se ocultó bajo la Puerta de Rashōmon…

Ves el portón en tu mente, la antaño gran puerta de Kioto, como si vieras un cuadro, un cuadro móvil, vivo, que respira; el portón abandonado y derruido, bajo un cielo cuajado de cuervos que graznan y dan vueltas, madriguera de tejones, zorrera, de pie en el crepúsculo, el crepúsculo ahora, el crepúsculo entonces…

A esa hora aún estaba atestada de gente, así que esperó pacientemente bajo la puerta a que la ciudad se calmara. Entonces oyó una multitud que se aproximaba…

—Ryūnosuke —dice tu amigo—. Siento haberte hecho esperar. Pero tengo buenas noticias: tenemos el lugar entero para nosotros…

Tu amigo estudia en la Facultad de Medicina de la Universidad de Tokio. Te conduce hasta el edificio, te guía por las escaleras, te conduce por un pasillo y te guía hasta la sala…

Para evitar ser visto, se apostó sigilosamente en el piso superior de la puerta, donde había una habitación. Una luz mortecina iluminaba las tinieblas. ¡Qué extraño! El hombre se asomó por la celosía de las ventanas y vio ante sí el cadáver de una joven…

Tarjetas de cartón con finos alambres cuelgan del dedo gordo del pie de cada cuerpo, cada tarjeta con un nombre, una edad y una fecha. Tu amigo se inclina sobre uno de los cadáveres y comienza a despellejarle el rostro con un escalpelo descubriendo una capa de grasa amarilla mientras el cabello del muerto cuelga del borde de la mesa.

La luz junto a su cabeza, una horrible vieja arrancaba el cabello del cadáver a tirones. En opinión del aterrorizado ladrón, aquella vieja debía ser un demonio o un fantasma…

Tienes miedo, de nuevo tienes miedo. No quieres mirar, pero debes mirar, debes hacerlo. Quieres escribir una historia situada en el período Heian, una historia de cadáveres. Pero no has sido capaz de terminarla, no has sabido encontrar el equilibrio entre lo fantástico y

lo auténtico, Por eso has pedido estar aquí; has pedido observar un cadáver —*¡Mira, Ryūnosuke, mira! No puedes apartar la cara ante el horror, no puedes apartar la vista de la muerte. No puedes esconderte, debes mirar. Así que mira, Ryūnosuke. Mira y verás*…—. Y entonces miras y sí, ves. Ves el cadáver y ves el cabello. Y estiras el brazo para tocar el cabello, pero entonces te detienes, te detienes. Un olor sofocante, un hedor de melocotones podridos. Y te armas de valor y te acercas un paso…

El ladrón abrió la puerta, sacó su daga y se lanzó a la carga con un grito. La aterrorizada vieja unió las manos en una desesperada súplica de clemencia, clemencia…

—Tienes suerte —ríe tu amigo mientras trabaja con el escalpelo—. La verdad es que nos estamos quedando sin cadáveres decentes.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —rugió el ladrón…

Estiras el brazo de nuevo y tocas el cabello, el cabello del cadáver. El pelo se desliza por tu mano sin dificultad…

—Mi ama ha muerto, señor, y ya que no había nadie que hiciera lo debido por ella, la he subido hasta aquí. Como verá, señor, tenía la cabellera más larga que el cuerpo, así que lo estoy cortando para hacer una peluca. ¡Por favor, señor, no me mate!

Pluma en mano, en tu escritorio, bajo la puerta, estás bajo la puerta, en la habitación superior, estás en esa habitación, en ese lugar y en esa época. El hedor de la muerte, el sonido de la lluvia. El resplandor de un relámpago, el fragor de un trueno. Le arrancas las ropas a la vieja, le arrebatas el cabello de las manos. Ella se aferra a tus piernas, te agarra de los tobillos. La pateas, la pateas violentamenta, violentamente, la arrojas con las piernas por alto entre los cadáveres, entre los muertos, y te das la vuelta, te giras, te giras y desciendes por las escarpadas escaleras, escalón a escalón hacia la oscuridad, hacia la noche…

El ladrón se llevó la ropa de la muerta y también la de la vieja, agarró el montón de cabello cortado, se lanzó escaleras abajo y huyó…

La vieja yace entre los cadáveres, desnuda, como muerta, ceniciento el pequeño rostro, inerte el pequeño cuerpo, como si ya no estuviera aquí, como si nunca hubiera estado allí realmente. Y entonces, murmurando y mascullando, suspirando y gruñendo, se arrastra, se arrastra, sobre los cuerpos, hasta la escalera, con el cabello colgando, colgando sobre la cara, y mira escaleras abajo, mira bajo la puerta, mira hacia fuera, mira la negra y vacía noche…

Sí, el piso superior de la Puerta de Rashōmon solía estar lleno de cadáveres y esqueletos. Cuando alguien no podía costear un funeral apropiado, a veces traía el cuerpo del difunto hasta la habitación superior y lo dejaba allí. El ladrón contó lo sucedido y así fue como la historia ha

llegado hasta nosotros.

En tu escritorio, dejas de escribir, alzas la vista. Por un momento, no reconoces este lugar, no reconoces este mundo. Estabas inmerso en la energía y la luz que fluyen a través de la naturaleza y del tiempo, a través de la vida y del arte, una luz más potente que un millar de estrellas destrozadas y una energía más poderosa que la corriente de cualquier río fluyen por tu sangre, atraviesan tu mente, toman el débil brillo que parpadea en su interior, convierten ese brillo en una llama, avivan esa llama hasta que arde y arde cada vez más y más viva y te ilumina el camino, te obliga a avanzar, mueve tu mano, mueve tu pluma, palabra tras palabra, página tras página, te absorbe, te consume, en letras, en escritura. Pero de pronto, un momento después, desaparece de nuevo, desaparece. Y en el instante en que la pierdes de vista, en el mismo momento en que desaparece, te hundes en la inmensa, infinita oscuridad que ahora se cierne sobre ti, en tu escritorio, en tu estudio, y te deja perdido de nuevo, solo de nuevo, en la negra y vacía noche, perdido y solo, esperando, esperando.

*

Érase otra vez, entre las ramas del pino rojo, ante la ennegrecida lápida, el niño le dijo al hombre: No, no. Esos son los cuentos, los relatos que te cuentas a ti mismo, que te escribes a ti mismo, en el espejo del baño, en el escritorio del estudio, te los sigues contando, te los seguirás escribiendo, esos cuentos, esos relatos que no se sostienen, que no se sostendrán, que se vienen abajo, que se vendrán abajo, en el espejo del baño, en el escritorio del estudio, rompiéndote, rasgándote, astillándose y salpicándote, en escenas del recuerdo, en biombos erigidos, hasta que sea demasiado tarde, demasiado tarde y ya solo queden, ya solo queden esos biombos erigidos, tus propios biombos del infierno.

Ryūnosuke odiaba el verano. El sol rojo se convertía en hierro fundido y derramaba su luz y su calor sobre la tierra sedienta, que le devolvía una mirada de ojos inyectados en sangre al enorme cielo sin nubes. Las chimeneas de las fábricas, los muros, las casas, los raíles y las aceras, todo lo que estaba en el suelo, hacía muecas y gruñía de dolor. En su estudio, sudoroso y devorado por los mosquitos, Ryūnosuke se sentía como un desafortunado pez volador que hubiera caído en la polvorienta cubierta de un barco en dique seco para morir atormentado por el zumbido de las cigarras, torturado por los aguijones de los mosquitos.

A pesar de todo, a Ryūnosuke le encantaba la apertura estival del río Sumida. Esperaba apretujado entre la multitud junto a las barandillas del puente Ryōgoku. Observaba el paso de las gabarras y los barcos, cientos de barcos, grandes barcos de casco cuadrado, finas

gabarras con toldos de lona y cortinajes blancos y rojos, adornadas con farolillos de vivos colores, miles de farolillos que cubrían el río hasta donde alcanzaba la vista, el río iluminado, las riberas encendidas, la multitud con los farolillos en las manos, las miradas en el cielo, embelesadas con las bengalas y la miríada de fuegos de artificio que subían al cielo desde los barcos hasta las estrellas, y caían a tierra cubriendo el mundo de millones de pequeñas, efímeras, agonizantes chispas. Pero aquel año, aquel día, se canceló el festival *delkawabiraki*. El Emperador había entrado en coma.

La temperatura continuó subiendo, pero la ciudad se cubrió de un negro manto de ominoso silencio. Los partes diarios en las cabinas de policía y los artículos de los periódicos informaban al público con todo detalle de los padecimientos del Emperador y, sin embargo,«*su divino semblante permanecía inalterable en todos los sentidos*». Aun así, en los templos las llamas sagradas ardían día y noche para expulsar a los malos espíritus, para cambiar el aire, para purificar el aire, y los trolebuses circulaban con las ruedas enmudecidas con trapos por las inmediaciones del foso de palacio, donde se concentraban en silencio millares de personas venidas desde cerca y de lejos para arrodillarse a rezar en el puente Nijūbashi y para postrarse frente al Palacio Imperial.

Ryūnosuke escuchó de su hermana el lacrimoso relato de tres colegialas que habían hecho una reverencia de media hora frente al palacio en súplica para que se recuperara el Emperador, para que se retrasara el crepúsculo, para que se detuviera la noche. Ryūnosuke se preguntó si debía acercarse también él a las puertas de palacio. Pero entonces, después de la medianoche, en la madrugada del 30 de julio de 1912, mientras comenzaba a caer una ligera lluvia, Ryūnosuke oyó los pregones de los repartidores de prensa. Ryūnosuke y su familia compraron las ediciones extraordinarias de todos los periódicos y leyeron los grandes titulares:

Ultimas Escenas En Palacio

El Pueblo postrado en oración mientras el emperador fallece en paz

Revelación del Amor del Pueblo

Las oraciones dan paso al llanto y los lamentos al conocerse el fatal desenlace

Si un maestro de los pinceles hubiera estado presente en los alrededores del Palacio Imperial este lunes por la noche, habría tenido la oportunidad de representar en un lienzo inmortal una de las más impresionantes y soberbias escenas de la historia de Japón: la escena

de la divina revelación de la virtud nacional y de la suprema aflicción de los corazones rotos por la pérdida del amado. La crónica que recogerá los numerosos y titánicos logros y obras del difunto Emperador no estaría completa sin una serie de imágenes que representaran a las miles de personas que rezaban frente al palacio por la recuperación de su bienamado Emperador, y finalmente lloraban su muerte.

Pasaba una hora de la medianoche, pero el murmullo de las oraciones aún flotaba en el ambiente con la regular cadencia de un coro ininterrumpido. La multitud, congregada frente al palacio antes de la puesta de sol, seguía allí como clavada al suelo, muy pocos se habían marchado. Según avanzaba la noche, la brisa traía un frío que parecía colmar de desconsuelo y aprensión los corazones de la siempre creciente multitud.

Frente a las verjas de hierro, con los rostros vueltos hacia las habitaciones donde el Emperador yacía en su lecho de muerte, cientos de hombres, mujeres y niños se arrodillaban o se postraban en el suelo en profunda oración. Nadie reparaba en lo incómodo de la postura. Esperanzada contra toda esperanza, la plebe rezaba y rezaba. Los de mayor edad recitaban plegarias budistas y sintoístas y oraciones cristianas con intachable memoria, y los jóvenes y los analfabetos seguían sus palabras con dificultad e inseguridad. Todos unidos apelaban a la misericordia de Aquel que reina sobre el hombre y sobre el mundo. «¿Oh, Señor, no oyes acaso la súplica de nuestros corazones? ¡Concédenos tu gracia!».

Detrás de los que rezaban en el suelo, bullía una muchedumbre de personas más excitadas y menos pacientes. Sabían por el último parte oficial que el pulso del Emperador era ya tan débil que no se percibía y que su última hora se acercaba inexorable. Su estado era de tal inquietud y preocupación que no eran capaces de guardar silencio, ni siquiera durante las oraciones. Presas de la agitación, daban vueltas esperando con impaciencia las próximas noticias. Se les hizo callar, y su silencio alivió momentáneamente el sufrimiento largamente soportado. Los nervios de la población estaban a punto de romperse debido a la tensión y una ominosa incertidumbre parecía augurar fatídicas nuevas.

Entonces, llegó la noticia de la muerte de Su Majestad.

Tres minutos después, los periodistas se alejaban del lugar a toda velocidad en sus *kuruma* y pronto la terrible noticia se extendía por Tokio tan deprisa como lo permitían las imprentas, y se telegrafiaba a todos los rincones del planeta. Pero ninguna pluma sabría expresar el duelo de sesenta millones de súbditos japoneses, desde las aldeas hasta los palacios.

Las plegarias enmudecieron al instante. Los nervios sobreexcitados

de la población cedieron y los aires se colmaron de ayes y lamentos de desesperación.

Tras media hora de llanto, muchos se retiraron a sus hogares para pasar el resto de la noche en oración por el alma del bienamado gobernante del país, al que quisimos como a un padre, al que veneramos como a un maestro, al que consideramos nuestra Fuerza, al más grande de nuestros Emperadores.

Los pálidos faroles de palacio lucían sobre los presentes con deplorables efectos. La ciudad pareció sumirse en la tristeza bajo el manto de la negra muerte mientras en la distancia la campana del Templo de Ueno tañía por el tránsito de una gran alma.

A la mañana siguiente temprano, Ryūnosuke y su familia compraron un trozo de crepé negro. Ryūnosuke lo ató alrededor de la bola dorada del extremo del mástil que había junto a la cancela de su casa en Shinjuku.

En toda la ciudad, en todo el país, en cada edificio, en cada mástil, en cada farola, y en cada poste telegráfico, la bandera nacional ondeaba a media asta. Las familias no tocaban música, ni siquiera hablaban en voz alta. Los *music-halls* y los teatros cancelaron sus programas, las tiendas y almacenes permanecieron cerrados. Las ventas se desplomaron y el mercado de valores se hundió. La turba apedreó la residencia del Médico Real.

Era el comienzo del Período Taishō, era el fin del Período Meiji. Moría un dios y nacía otro nuevo: Meiji 45, Taishō 1, 1912; el momento de la cremación, el momento de la coronación, el momento continuo, momentos contradictorios; entre el crepúsculo y el amanecer.

*

El general Maresuke Nogi, ensalzado por el gobierno y famoso héroe nacional de las guerras Sino-japonesa y Ruso-japonesa, estratega de prestigio internacional, dos veces conquistador de Port Arthur, había acudido a palacio para presentar sus respetos cincuenta y seis veces entre el anuncio de la enfermedad del Emperador y aquel 13 de septiembre de 1912. El general Nogi llevaba treinta y cinco años y cuarenta y cinco días esperando aquel día, el día del funeral del Emperador Meiji.

El cortejo saldría del Palacio Imperial de Nijūbashi a las 8 p.m. acompañado de salvas de artillería, del tañido de las campanas de los templos y de los quejumbrosos sones del canto fúnebre procesional. Se esperaba que el general Nogi, uno de los dolientes de mayor rango,

ocupara su puesto en un enorme séquito funerario de más de veinte mil personas. Detrás de la carroza imperial, tirada por una fila de cinco bueyes, desfilarían los cortesanos vestidos de gala con arcos y alabardas, con abanicos y bastones, los príncipes imperiales y chambelanes de palacio, los *genrō* y los ministros del gobierno, los funcionarios de alto rango y la nobleza, muchos de ellos con sus rutilantes uniformes oficiales, seguidos de los miembros del Parlamento con sus fracs de negro riguroso y del Gobierno de la Ciudad de Tokio y su Cámara de Comercio, de los funcionarios y alcaldes de la Prefectura y de los directores de las escuelas y las autoridades religiosas, junto con los músicos de la corte, las bandas militares y una guardia de honor de mil soldados. A lo largo del itinerario cubierto con grava fresca formarían veinticuatro mil soldados más. Trescientos mil ciudadanos esperarían al paso del cortejo en las silenciosas y enmudecidas calles. En toda la nación, sesenta millones de personas se inclinarían en adoración lejana mientras a la luz de las antorchas la titilante procesión seguía a la carroza fúnebre imperial en su viaje de dos horas hasta un salón de actos especialmente construido para la ocasión en la plaza de armas de Aoyama. Allí sentados en el estrado esperarían los diplomáticos extranjeros y los enviados especiales de las Casas reales y Gobiernos del mundo: los príncipes de Inglaterra y Alemania, el Secretario de Estado de los Estados Unidos, representantes del Imperio Japonés en Corea, Taiwán y Sajalín; diez mil personas reunidas para presentar sus respetos cuando la corneta sonara a medianoche, cuando el nuevo Emperador, el hijo de Meiji, de uniforme de Capitán General, pronunciara un breve panegírico al que seguirían unas palabras del Primer Ministro Saionji. Sin embargo, el general Maresuke Nogi, el famoso héroe nacional y genio militar, no habría de ocupar su puesto en el cortejo, el general Nogi no habría de estar presente en la plaza de armas, Maresuke no habría de oír la voz del nuevo Emperador.

Aquella mañana temprano, el general Nogi, se atavió con su moderno uniforme de estilo occidental de oficial del Ejército Imperial de Japón. Su esposa Shizuko vestía un kimono *jūnihitoe* de tonos sombríos.

A las ocho en punto, el general y su esposa posaron para una serie de fotografías oficiales en el exterior de su residencia. El fotógrafo, Akio Shinroku, convenció al general y a su esposa de que le permitieran tomarles una última foto dentro de la casa, en la habitación del piso superior, con el general sentado a la mesa leyendo el periódico matutino y Shizuko de pie a su izquierda junto a la chimenea, mirando a la cámara. Después, la pareja se dirigió al Palacio Imperial.

En cada una de las ciento treinta ocasiones anteriores en que el

general había visitado el palacio, siempre había hecho el viaje a caballo. Sin embargo, ese día el general ya había enviado a casa al mozo de cuadra y al único criado varón. Por eso aquella mañana, y solo aquella mañana, desde palacio se envió un coche oficial para el general.

Después de asistir al servicio religioso en palacio, el general y su esposa regresaron a su domicilio en Yūrei Zaka, la Colina de los Fantasmas, que lindaba con el cementerio de Aoyama en Akasaka-chō, donde almorzaron con la hermana de Shizuko, que era de avanzada edad.

Durante el almuerzo, el general y su esposa comentaron que no se encontraban bien. El general telefoneó a las autoridades para anunciar que estaba enfermo y que no asistiría a la ceremonia fúnebre del Emperador Meiji, por lo que no podría ocupar su puesto en la procesión. Su esposa, por su parte, informó al servicio que la pareja se retiraría a sus aposentos y dio orden de que no se les importunara. Entonces, el general y su esposa se encerraron en sus habitaciones del segundo piso durante el resto del día.

Poco antes de las ocho, Shizuko bajó al piso inferior. Pidió algo de vino, de vino no de sake, y regresó con él a los aposentos privados del matrimonio.

Poco después, en el piso inferior, cuando el lejano tronar de la primera salva de cañonazos marcaba la salida de la carroza fúnebre imperial de palacio, con la primera de las ciento ocho campanadas, la hermana de Shizuko oyó una serie de extraños ruidos procedentes de las habitaciones del segundo piso y llamó a una doncella. La doncella subió las escaleras a toda prisa para ver si los señores necesitaban algo. Encontró la puerta de los aposentos privados firmemente cerrada, pero en el interior sonaba una voz incomprensible y dolorida, y por una rendija en la puerta pudo ver a la señora tendida en el suelo.

La anciana llamó inmediatamente a la comisaría local, pero la línea estaba ocupada. Tampoco pudo ponerse en contacto con el médico del barrio, por lo que envió a las criadas a buscar ayuda a la calle. Por pura coincidencia, encontraron a un oficial de policía de Nagano, transferido a Tokio con motivo del funeral, el subinspector Sakamoto.

Sakamoto acompañó a las criadas a la casa. Subió al segundo piso y forzó las puertas a embestidas.

En la habitación de ocho *tatamis* de estilo japonés más alejada de las puertas, bajo los retratos enmarcados del Emperador Meiji, los padres del general y los dos hijos de la pareja, caídos en la Guerra Ruso-Japonesa, yacían el general y su esposa, él de costado en un charco de sangre y ella de rodillas con la frente apoyada sobre el

suelo.

Mientras la carroza imperial tirada por bueyes portaba el cadáver del Emperador a través de la noche y cruzaba por delante de la casa, encerrados en sus aposentos privados, Maresuke y Shizuko se habían convertido en fantasmas por su propia mano.

*

Ryūnosuke compró los periódicos, todos los periódicos, y leyó noticia tras noticia, todos los artículos relacionados con la muerte del general Nogi y su esposa:

El célebre nogi se suicida

El general y la condesa celebran un harakiri a la vieja usanza

Sigue a su señor a la tumba justo antes del comienzo del cortejo fúnebre

El porqué de la muerte del general nogi

El testamento del gran héroe: una épica intensa y apasionada

Llanto de togo, luto del imperio y lamento internacional por la pérdida de un espíritu inmaculado

Lo que reproducimos a continuación es el testamento del difunto General Maresuke, conde Nogi, escrito de su puño y letra en la noche del 12 de septiembre, víspera del Funeral Imperial:

1. «Me quito la vida para seguir los pasos de Aquel que se ha ido. Soy plenamente consciente de la gravedad de mi delito. El crimen que implica no es leve. Pero es necesario recordar que fui yo el responsable de la pérdida de la Enseña Imperial en la campaña de Meiji 10, momento desde el cual siempre he buscado en vano la ocasión apropiada de morir. Hasta el día de hoy he recibido un trato de inmerecida gentileza y se me ha honrado con innumerables favores y gracias imperiales. He ido envejeciendo y debilitándome gradualmente. Mi época ha pasado y no puedo ya servir a mi señor. Afligido en extremo ante su muerte, he resuelto quitarme la vida.

2. Desde la caída en combate de los dos Sukes (abreviaturas de los nombres de los dos hijos del general que dieron su vida valerosamente en el sitio de Port Arthur), mis estimados

superiores y amigos me han instado repetidamente a que adoptara un hijo. Sin embargo, son desde antiguo conocidas las dificultades que entraña la adopción de un heredero, como numerosos ejemplos, además del de mi propio hermano, dejan patente. Si me quedara algún hijo, el honor de haber recibido un título nobiliario me obligaría a designarlo mi sucesor, pero con el objeto de evitar dejar tras de mí una posible ignominia, lo mejor es no desafiar el mandato celestial con la adopción de uno. Dejo las tumbas de mis antepasados a la atención de mis parientes vivos mientras perdure la línea de sangre. Solicito que la residencia de Shinsaka sea donada a la Guardia o a la Ciudad.

3. En documento aparte dispongo el reparto de mis propiedades. Mi esposa Shizuko se ocupará de cuantos asuntos no haya mencionado.

4. En lo referido al reparto de mis efectos personales, he solicitado por escrito al coronel Tsukada que reparta a su propia discreción mi reloj, mi telémetro, mis binoculares de campaña, los arreos de mi montura y otros artículos de uso militar entre mis ayudantes como recuerdo. El coronel sirvió conmigo fielmente durante las últimas dos guerras. Shizuko está ya informada de este reparto, así que por favor sírvanse discutir con ella los detalles. El reparto del resto de mis posesiones queda abierto a negociación.

5. Los presentes Imperiales que porten los blasones Imperiales deben ser reunidos y donados a la Academia de Nobles de Gakushūin. He solicitado por escrito al señor Matsui y al señor Igaya que se ocupen de esta tarea.

6. Dónense a Gaku-shūin aquellos de mis libros que puedan ser de utilidad, y el resto a la Biblioteca de Chōfu. Dispóngase como corresponda de aquellos que sean inútiles.

7. Los escritos de mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo deben considerarse parte de la historia de la Casa de Nogi. Deben ser meticulosamente recogidos, excluyendo cualquier obra irrelevante, y conservados eternamente, ya sea al cuidado de la casa del marqués de Sasaki o en el templo de Sasaki.

8. Lego los objetos expuestos en el Yūshūkan (el Museo de la Guerra de Kudan) a dicha institución. Esta es, a mi entender, la mejor manera de conservarlos en conmemoración de la Casa de Nogi.

9. A medida que Shizuko entre en la vejez y se vea aquejada por la enfermedad, la casa de Ishibayashi se convertirá en un lugar triste, además de poco apropiado. Por lo tanto, dispongo que dicha casa pase a ser propiedad de mi hermano Shūsaku,

toda vez que Shizuko, por su parte, ha accedido a ocupar mi residencia de Nakano. Lego la casa y el terreno de Nakano enteramente a Shizuko.

10. He solicitado por escrito al barón Ishiguro que se ocupe de la disposición de mi cuerpo, que será donado a la ciencia. Bajo mi lápida (Shizuko está de acuerdo con ello) bastará con colocar mi cabello, uñas y dientes, incluyendo mi dentadura postiza. Solicito que mi reloj de oro con el blasón Imperial sea entregado a mi sobrino Mayasuki Tamaki a condición de que jamás lo use sin estar de uniforme.

Cualquier otro asunto no mencionado en la presente queda al cuidado de Shizuko. En vida de Shizuko el nombre de la Casa de Nogi seguirá honrándose, pero con su muerte se dará por extinguida la línea sucesoria de los Nogi».

El testamento lleva la fecha de Año Primero de Taishō, noche del 12 de septiembre de 1912, está firmado como «Maresuke» y está dirigido a Yūji Sadamoto, hermano de la condesa Nogi, Odate Shūsaku, hermano del general, Masayuki Tamaki, sobrino del general, y a Shizuko. Del testamento se deduce claramente que el general había confiado a la condesa su intención de suicidarse y que ella continuaría con vida.

Día tras día Ryūnosuke siguió comprando los periódicos, todos los periódicos, y día tras día siguió leyendo artículo tras artículo sobre la muerte del general Nogi y su esposa:

Cómo y por qué el gran héroe deseaba morir con el emperador

Un suicidio planeado desde hace años

La increíble entereza de la condesa nogi

El barón Ishiguro, Ministro de Salud y pariente del general Maresuke, conde Nogi, concedió una entrevista a los representantes de la prensa nacional el lunes por la tarde. El barón ofreció en ella un informe detallado acerca de la muerte del general y su esposa la condesa para beneficio de la opinión pública.

«El general Nogi me pidió en su testamento», afirmaba el barón, «que sus restos fueran destinados a la disección quirúrgica o a algún otro uso de utilidad médica. Sin embargo, su cadáver ha resultado ser de poco o ningún valor para la ciencia debido a que la muerte se produjo por sección de la artería del cuello y no por alguna suerte de enfermedad. Con todo, y con el fin de cumplir con los deseos del general, he entregado su cuerpo al Dr. Katayama y a los médicos castrenses Dres. Tsuruda y Haga para labores de investigación.

Se encontró al general y a la condesa Nogi en la sala, que estaba cerrada desde dentro. Cómo murió el general Nogi y quién murió primero, él o su esposa, son datos aún por dilucidar. De acuerdo con la tradición de los *bushi*, el método de celebrar el *seppuku* es realizar un corte en el abdomen que produzca el sangrado y después aplicar un golpe fatal en el cuello, ya que la sección abdominal no basta para acabar con la vida. El general Nogi celebró el *seppuku* siguiendo el método tradicional. Al parecer, después de seccionarse el abdomen se ajustó la ropa y se aplicó el golpe en el lado derecho del cuello atravesándolo hasta la parte posterior izquierda. Sin duda, el potente golpe acabó con su vida de inmediato al seccionar completamente las arterias.

En un principio, se pensó que el general se había quitado la vida después de asegurarse de la muerte de su esposa. Pero que no fue ese el caso es evidente en su carta dirigida a mí, en la que se afirma la voluntad de su esposa de seguir con vida. A juzgar por el carácter de la condesa, lo más seguro es que al conocer las intenciones de su marido tratara de disuadirlo, pero comprendiendo que su decisión era firme decidiera acompañarlo.

La condesa Nogi vestía de luto, con ropajes de tonos apagados y un *hakama* de color naranja pálido. Usó una daga de unos treinta centímetros de longitud. Se infligió cuatro heridas, una de ellas en la mano. Parece que en primer lugar se clavó la daga en el centro del pecho y después entre las costillas del lado derecho. La profundidad de esta herida fue de unos cuatro centímetros. Temerosa quizá de que la herida no fuera fatal, se clavó la daga por tercera y última vez, atravesándose el corazón. En el momento de este último golpe debía estar ya muy débil a causa de las otras lesiones. Como le fallaban las fuerzas para atravesarse el pecho con la daga, se arrojó sobre ella clavándosela hasta la empuñadura.

Personalmente, he sido testigo de no pocos casos de seppuku y sé que si el primer golpe no es certero, al oficiante normalmente le fallan las fuerzas para aplicarse un segundo y acabar así con su vida. No obstante, la condesa Nogi, a pesar de su condición de mujer, se infligió tres poderosos golpes y tuvo una muerte absolutamente honorable y decorosa.

El general y la condesa Nogi, cerraron la puerta desde dentro, se sentaron uno al lado del otro de cara al retrato del difunto Emperador y se quitaron la vida de la valerosa manera descrita más arriba. Sobre un escritorio en la habitación se encontraron cierto número de cartas y papeles, incluyendo el testamento del general Nogi. Entre ellos había también dos poemas del general y uno de la condesa. Justo antes de su muerte, el general Nogi compuso los dos siguientes poemas:

Divino ha ascendido a los cielos nuestro gran señor, y sus augustas

huellas, desde lejos, humildemente adoramos.

Y el segundo:

Yo soy el que sigue los pasos del gran señor que ha partido de este mundo transitorio.

La condesa Nogi, por su parte, dejó la siguiente composición poética:

He oído que el sol ya no regresará tras Su partida, tan triste es afrontar la augusta procesión de hoy».

Día tras día, Ryūnosuke seguía leyendo artículo tras artículo de la muerte del general Nogi y su esposa, seguía leyendo los artículos y seguía observando las fotografías, día tras día seguía observando las fotografías del general Nogi y su esposa, y día tras día meditaba mirando las fotografías y leyendo los artículos, los inicialmente algo contradictorios y discutidos artículos de los periódicos, artículos repletos de expresiones como «suicidio», «*harakiri*», «*seppuku*» y finalmente «*junshi*».

Ryūnosuke nunca había leído la palabra junshi en un periódico antes de la muerte del general Nogi, solo la había leído en novelas o libros de historia. Ryūnosuke sabía que en el tercer año del Período Kanbun, 1663, el Shogunato Tokugawa había prohibido la práctica samurái de seguir al propio señor a la muerte. A Ryūnosuke le parecía apenas verosímil que una de las principales figuras del Período Meiji, uno de los principales arquitectos de la modernidad en Japón, cumpliera con una tradición tan arcaica tras la muerte del Emperador.

Pero los periódicos coincidían en que el general Nogi había celebrado el junshi, había seguido a su señor a la muerte y después Shizuko, una auténtica esposa samurái, se había quitado la vida y seguido a su esposo a la muerte.

Sin embargo, los editoriales y las columnas de opinión sí discrepaban en cuanto al significado y relevancia de las muertes del general y su esposa. Había quien calificaba el suceso de vergüenza internacional para una nación que aspiraba a la modernidad, otros veían en él una importante lección moral y un recordatorio de los valores tradicionales de dicha nación moderna y ambiciosa. La muerte del Emperador y el fin del Período Meiji, así como el suceso y la forma de la muerte del general Nogi y su esposa Shizuko, afectaron irrevocablemente a Mori Ōgai y a Natsume Sōseki, los dos escritores japoneses contemporáneos más admirados por Ryūnosuke. Ōgai se dedicaría desde entonces a la ficción histórica y escribiría obras como Ogitsu Yagoemon, Abe Ichizoku y Sakai Jiken, en las que trataba el tema del sacrificio personal, y Sōseki escribiría Kokoro, una novela plagada de muertes por suicidio.

Ryūnosuke seguiría leyendo aquellos artículos, aquellos editoriales, columnas y libros, y Ryūnosuke seguiría observando las fotografías, las dos fotografías del general y de su esposa tomadas la mañana del día de su muerte, y Ryūnosuke seguiría pensando; pensando en el moderno uniforme de estilo occidental del general y en el kimono *jūnihitoe* de sombríos colores de su esposa; en el cuerpo del general, encogido y extraviado en el uniforme, su rostro entre la humillación y la sombra, y el cuerpo de Shizuko rígido y aristocrático dentro de sus ropajes, su semblante severo y valiente; en las habitaciones japonesas de su mansión occidental; en el hecho de que bebieran vino y no sake; en el arreglo de hojas de *sakaki* sobre la mesa, las fotografías enmarcadas dispuestas sobre la mesa; en la obsesión del general con la fotografía, con la representación, su deseo de desaparecer, de extinguirse; *junshi* y *bunmei kaika*, aquel acto tradicional de violencia en aquella era de ilustración civilizada, mil novecientos doce, año primero del Período Taishō.

Las fotografías del general Nogi, los retratos de un Shōgun, se exhibían ya en los escaparates de los comercios, adornaban los muros de los pasillos de los colegios, academias militares, fábricas y oficinas. Recordados y venerados, no había forma de huir de ellos, no había manera de escapar de él. Pero Ryūnosuke volvía una y otra vez a aquellas fotografías, aquellas dos fotografías del general Nogi y de su esposa, aquellas fotografías tomadas la mañana del día de su muerte. Ryūnosuke seguía observando las fotografías y Ryūnosuke se preguntaba, seguiría observando las fotografías y seguiría preguntándose:

¿Por qué querría que los fotografiaran?

Y Ryūnosuke se negaba a estar de luto.

Una polilla de color verde claro se le posó sobre el hombro. Entraba por la ventana el aroma del heno recién segado, se oía el callado arrullo de los robles en el crepúsculo. A la luz de una amarilla luna de otoño, Ryūnosuke alzó la vista y miró el reloj, los tres relojes.

Ryūnosuke no sabía qué hora era.

—Parte de mí desearía que borrasen del mapa ese lugar.

—¿De verdad lo pasó tan mal, Sensei? —preguntó Ryūnosuke.

Natsume Sōseki cerró los ojos, cerró los ojos durante un buen rato, y cuando los abrió, cuando al fin los abrió, los tenía enrojecidos y húmedos. —A menudo me pregunto si no morí allí, y todo esto… —hizo un gesto con la mano por encima del escritorio y en dirección a las estanterías, las puertas de cristal, el jardín— …si todo esto no será más que el sueño de un muerto…

Guardó silencio con los ojos de nuevo cerrados y después añadió: —Sé muy bien lo que se dice de mí, de mi estancia en Londres; que

me encerré en mi habitación, que gritaba en la oscuridad, que sufrí una crisis nerviosa, que perdí la razón y enloquecí.

Calló de nuevo, abrió los ojos de nuevo, suspiró y dijo: —Poco importa ya ahora que me queda tan poco tiempo…

—¡No! —protestaron Ryūnosuke y Kume.

Sōseki alzó el brazo, sonrió, sacudió la cabeza y les pidió su silencio: —Y su atención, si así lo desean y tienen tiempo. Dado que ya no importa gran cosa, les contaré lo que sucedió. No para importunarles con mis avatares, sino más bien para arrojar algo de luz sobre aquel lugar, sobre aquellas gentes, sobre su mundo y nuestro mundo. Una especie de luz, al menos…

*

Era el primer mes del primer año de su nuevo siglo y el cuarto de mi nueva vida en su país y ya iba por mi tercer alojamiento, una casa de huéspedes en una zona llamada Camberwell, un mísero arrabal en la ribera sur del Támesis.

Ya he escrito alguna vez de la situación en la que me hallaba: lo escaso de la beca que me habían concedido, las economías a las que me veía obligado, la miseria de las habitaciones que alquilé, privado de amistades y compañía, hambriento de conversación y estímulo —hizo una pausa, sonrió—. O quizá fuera simplemente el clima, quizá simplemente la comida; el caso es que odiaba Inglaterra y tan solo deseaba regresar lo antes posible a Japón…

Fuera por lo que fuera, fue el peor invierno de mi vida, —dijo y guardó silencio de nuevo y de nuevo sonrió—. Peor incluso que este.

Por entonces, como hoy en día, tenía problemas para conciliar el sueño y era consciente de que el insomnio exacerbaba mi mal humor. Más que nada, estaba harto de mí mismo. Así que una tarde de aquel enero de 1901, después de otro interminable día de lectura en mi lúgubre habitación, decidí a regañadientes aventurarme al exterior con la esperanza de que un largo paseo me ayudaría a conciliar el sueño. Mi reticencia, no obstante, era doble: apenas conocía la ciudad, apenas sabía distinguir una dirección de otra, y además, un espeso manto de niebla cubría las calles y los edificios. Sabía, eso sí, que la Torre de Londres se encontraba en algún lugar al norte de mis habitaciones, del otro lado del río. Así, salí de mi habitación aquella tarde con dicho monumento por destino.

Por supuesto, primero debía escapar de las garras de mis carceleras, la casera y su hermana menor. Por muy silenciosamente que bajara las escaleras, la puerta del tenebroso comedor estaba siempre abierta y el sonido de sus rezos llenaba el pasillo: «Oremos y

pidamos al Señor que Su gracia colme nuestras almas cada día, avive nuestros sentidos, nos conceda la vista y el oído, el gusto y el tacto del mundo por venir…».

Esa tarde puse en práctica mi mejor imitación de un silencioso gato bajando de puntillas las escaleras, zarpa a zarpa por el pasillo, zarpa a zarpa hacia la puerta principal, pero fue todo en vano, todo en vano.

—¡Mr. Natsume!

Allí estaban las dos sentadas, corpulenta la una, delgada la otra, ambas de negro, agujas y labor a un lado, las Biblias abiertas, en postura de oración junto a una taza de té y una tostada (¡tostadas y más tostadas, tostadas a todas horas!), las orejas de policía siempre alerta, las cabezas de detective vueltas hacia mí.

—¡Mr. Natsume!

Por más que tuviera la mano en el pomo de la puerta principal, era ya demasiado tarde. La casera apareció como una flecha, me agarró de la manga del abrigo y una vez más me vi aprisionado por su mano misionera.

—¿Va usted a salir, Mr. Natsume?

—En efecto, Mrs. Nott.

—¿Por qué motivo, si me permite la pregunta? Resulta de lo más desaconsejable, dado que el tiempo es hoy por completo inclemente.

—Soy consciente del tiempo que hace, Mrs. Nott. Sin embargo, tengo una cita urgente —mentí—. De modo que, si me disculpa…

—Está usted disculpado —respondió—. Y ya que rezamos por la salud de la Reina, lo haremos también por la suya y por usted, Mr. Natsume. Dios quiera que no se cruce usted con la muerte ahí fuera.

Era cierto, la vida de su reina parecía extinguirse y yo a menudo me preguntaba si no arrastraría a la isla consigo cuando la metieran en la fosa—

—Se lo agradezco mucho, Mrs. Nott —respondí. Abrí la puerta, bajé los escalones y oí cómo el cerrojo giraba detrás de mí.

En el exterior de la casa no se veía nada. La niebla estaba teñida de amarillo, de verde podrido, de verde y ocre fangoso, no se movía, no corría, estaba allí, siempre allí, era un mundo amortiguado y sordo. Sí, aquel mundo que me daba la bienvenida se reducía apenas a cuatro helados, silenciosos, metros cuadrados, era aún más pequeño que la habitación que acababa de dejar atrás. A pesar de todo, sabía que para poner rumbo norte debía echar a andar hacia la izquierda. Así que comencé a caminar, a tientas, de cuatro en cuatro metros, cuatro metros más de visibilidad al tiempo que los anteriores cuatro desaparecían en las nieblas del pasado. Tenía la sensación de ir a la deriva por el tiempo, por el espacio. Llegué a un cruce y me detuve. La cabeza decapitada de un caballo cortó el aire gris ante mis ojos, los

pasajeros del autobús del que tiraba presumiblemente perdidos en la niebla. En un día mejor, un día más claro, quizá habría sucumbido a la tentación de subir a bordo, pues aquel era el único medio de transporte que mi osadía y mi cartera me permitían usar. Los carruajes estaban más allá de mis posibilidades, y en cuanto a los trenes, los detestaba, ya fueran eléctricos o de vapor, subterráneos o de superficie. Particularmente los subterráneos: el aire fétido, los barquinazos de los vagones, de cueva en cueva, el hombre reducido a la vida de los topos. Me había lanzado a la deriva a aquel mar de vaciedad con el propósito de caminar, y caminaría. Crucé las calles una por una. De cuatro en cuatro metros, de cuatro en cuatro metros…

La única medida temporal en aquel vacío amortiguado eran las campanadas del Big Ben, conté seis al llegar al río en el Puente de Londres. Crucé aquel Estigia entre una horda de sombras que percibía pero no veía a no ser que súbitamente un hombro rozase o chocase contra el mío.

Firme en la otra orilla, me detuve ante el Monumento al Gran Incendio, obra de Christopher Wren, donde sentí un escalofrío al tiempo que dos versos de Pope acudían a mis labios: «*Donde la columna de Londres a los cielos apunta como un enorme matón que alza la cabeza y miente*». También yo alcé los ojos para contemplar la urna de oro que remata la acanalada columna. Por supuesto, el adorno dorado no se veía pero aun así arrojó una sombra sobre mi alma. Viré rápidamente a la derecha. De pronto, un objeto blanco pasó aleteando ante mis ojos. Creí ver los restos de una gaviota que se tragaba la oscuridad.

Sí, el mundo gris se había vuelto negro por los cuatro costados, más negro que el esmalte. A pesar de todo, continué adentrándome por el fondo de aquella sima. El abrigo húmedo y pesado, el cuerpo entero empapado de turba líquida. El aire teñido de negro me irritaba los ojos, la nariz, la boca. Me asfixiaba. Sentía como si me atragantara con gachas de tapioca. Me di cuenta de que no era capaz de continuar. Y justo en aquel momento, una luz amarilla del tamaño de un guisante titiló en la tiniebla e, ignorando los escollos, obligué a mi cuerpo a poner rumbo hacia aquel faro…

Era un pub, las lámparas de gas ardían. Latón y cristal, risas y cánticos. ¡Una auténtica pantomima! Exhalé un suspiro de alivio. Salí de la niebla, penetré en el establecimiento. Y la risa cesó. Y la música enmudeció. Y el camarero dijo: «Aquí no se sirve a amarillos».

Lo más estúpido de todo es que me sorprendí. ¡Qué idiota! Era cierto que no llevaba en Londres mucho tiempo y que hasta el momento apenas si me habían insultado. Pero, en un par de ocasiones, había percibido que era objeto de ciertos comentarios y

especulaciones, una mujer que afirmaba mi pertenencia a «los chinos menos pobres» al cruzarse conmigo por la calle; una pareja en un parque que discutía si yo sería «un chinito o un japo». No me engañaba. Sabía que gran parte de la gente ni reparaba en mi presencia, ni me veían, sus mentes ocupadas en ganar dinero, sin tiempo para entretenerse en burlas a un diminuto perro amarillo como yo. Pero aquella noche, bajo las brillantes luces de aquel pub me había expuesto, desnudo y a plena vista. A la mirada inglesa, al odio inglés: «¿Eres sordo o idiota? Lárgate de aquí, chino asqueroso», ladró el camarero.

Me di la vuelta para marcharme, empujé la puerta y, mientras me giraba, mientras me iba, retornaron las risas, recomenzaron las canciones, más altas y con más bríos que antes, el manchurrón amarillo había desaparecido, todo volvía a ser como era, como era antes.

De vuelta a la opresiva tiniebla, sobre el resquebrajado pavimento, nunca me había sentido tan solo, tan lejos de mi hogar. Oh, cómo deseé que de alguna manera, de alguna forma un viento me levantara del suelo y me transportara sin peligro y suavemente hasta Japón. Pero incluso en el Taller del Mundo, usando la expresión de Disraeli, los sen-nin son imposibles de encontrar, por mucho que uno lo desee. De modo que eché a andar de nuevo, descuidadamente, deseando una muerte temprana bajo los cascos de un caballo desbocado. Y, sin embargo, solo se oían suelas de zapatos que salían del silencio, en la oscuridad, a la derecha, se acercaban y desaparecían de nuevo, en la oscuridad, en el silencio, a la izquierda de pronto, se acercaban por detrás, más cerca, más cerca aún—

Una mano sobre mi hombro, una voz a mi lado: —Disculpe.

Me sobresalté, me detuve, me giré y vi a un hombre alto, todo el mundo era muy alto, lo sé, más alto aún a causa del sombrero, vestido de negro riguroso, ceñudo y con la cara larga, más viejo y experimentado que yo, supuse, en medio de la calle, en el límite entre niebla y oscuridad, pero de ojos amables, de labios amables. —También yo soy extranjero en estas tierras, aunque he vivido en ellas muchos años. Sin embargo, no nací inglés, por lo que sé bien lo cruel que desafortunadamente puede llegar a ser este lugar y conozco el desprecio y el odio de sus habitantes. Ojalá este mundo fuera de otra manera, pero aquí estamos…

—Sí, aquí estamos —respondí yo.

El hombre sonrió, el hombre dijo: —En ese caso, ¿permitiría usted a un extranjero mostrarle algo de hospitalidad a otro?

Aquellas eran las palabras más amables que alguien me dirigía desde que había puesto el pie en suelo inglés. Sonreí y dije: —Sería muy amable de su parte, gracias.

El hombre extendió la mano. —Dejemos de ser desconocidos. Me llamo Nemo. En latín, ya sabe.

—Significa nadie —dije yo.

—Perdóneme —y lo hice, claro que lo hice. Aquel país parecía lleno a rebosar de profesores y profesoras de escuela aficionados, siempre dispuestos a dar por supuesta la ignorancia de los hombrecitos amarillos. Sin embargo, aparte de la breve y desafortunada visita a Cambridge a mi llegada y el encuentro semanal con el profesor Craig, mi primera impresión fue que tenía delante a un poco frecuente Hombre Cultivado. Sonreí de nuevo. Le estreché la mano y dije: —Encantado de conocerle, caballero. Me llamo Natsume.

Nemo respondió con una leve inclinación. —Encantado, Natsume-san. Es un placer. ¿Me permite preguntarle qué le trae desde la tierra de los cerezos en flor a estas oscuras, satánicas islas, parafraseando a Blake?

Respondí que el Ministerio de Educación me había enviado con el objeto de estudiar e investigar la literatura inglesa. Sin embargo, como no me sentía muy inclinado a discutir mi situación, le pregunté si conocía Japón.

—Desgraciadamente, solo por libros y cuadros —contestó—. Las palabras de los hermanos Goncourt me abrieron los ojos y los grabados de Hiroshige y Kunisada me fascinaron. Eso sí, es usted el primer hijo del Japón al que tengo la oportunidad y el honor de conocer.

Se confirmaba así mi impresión de que se trataba de un Hombre Cultivado, y aunque odio que me interroguen, pues me repugna esta era de detectives en la que vivimos, no fui capaz de resistir la curiosidad y dije: —Perdone mi impertinencia pero, ¿a qué se dedica usted?

—Soy pintor. Pero no decorador —fue su respuesta.

—¿De qué escuela?

—Ajá. Efectivamente, ¿de qué escuela? Veamos, si *Monsieur* Baudelaire nombró a Guys el Pintor de la Vida Moderna, yo me nombro a mí mismo el Pintor de la Muerte Moderna.

—¿De la Muerte Moderna ha dicho?

Soltó una carcajada. —Se preguntará, y con buenos motivos, qué quiero decir con eso. Bien. Le ruego que no se sienta obligado a ello, pero dado que prefiero mostrar a explicar, le invito a visitar mi humilde taller. Un buen boceto es mejor que un largo discurso, como dijo en una ocasión cierto pequeño cabo.

Estaba cautivado, era irresistible. —Será un honor y un placer, gracias. Como dijo Turguénev, el dibujo revela de un vistazo lo que descrito en diez páginas de prosa.

—Espléndido —dijo Nemo—. El lugar no es gran cosa, pero, a pesar de sus muchas faltas, mi casera sabe preparar una apropiada aunque sencilla cena, si dispone usted del tiempo y el deseo de acompañarme.

Asentí. —Se lo agradezco, será un placer.

—Vivo al norte de aquí, pero aún es temprano y si tomamos el metro llegaremos en un periquete.

Como ya he dicho, el metro me desagradaba especialmente, de modo que sentí en mi interior las primeras punzadas de arrepentimiento. Pero ya era tarde para declinar la invitación que acaba de aceptar. Así que con un asentimiento y la mejor sonrisa que pude esbozar, nos pusimos en camino.

El trayecto consistió en una rápida caminata hasta la estación, ¿era St. Mary? No me acuerdo; el habitual descenso en una jaula y la travesía de las cavernas en dos trenes antes del esperado ascenso. En los vagones ninguno de los dos dijo una palabra, menos por costumbre que por ansiedad, en mi caso: era consciente de que no tendría ni idea de cómo regresar a mis aposentos si no me concentraba en la ruta con los cinco sentidos.

De vuelta a la calle, la ciudad y la noche eran aún niebla y penumbras, tan solo la esporádica gota de luz mortecina aquí y allá, y al parecer aún quedaban unas cuantas calles para llegar, calles invisibles que apestaban a repollo y a orines. Mi arrepentimiento estaba ya en su apogeo y no pude evitar preguntarle a mi anfitrión dónde demonios nos encontrábamos.

Con una risa avergonzada y una sonrisa de disculpa, Nemo dijo: —Lo que quiere decir es que a dónde demonios le llevo, ¿verdad? Bueno, en realidad la niebla juega a nuestro favor, pues nos hallamos muy lejos de los barrios elegantes y los círculos artísticos de Chelsea, perdidos en la tierra de nadie entre Cumberland Market y Regent Street. Un lugar insalubre, se lo garantizo, pero no falto de encanto, peculiaridades e infinitas posibilidades…

—¿Infinitas posibilidades? —pregunté.

Nemo me agarró de la manga del abrigo, me clavó la mirada y detuvo nuestro paso bruscamente. —¡Los sujetos, Mr. Natsume! Puede que no se muestren esta noche, pero este lugar rebosa de sujetos.

Asentí y dije: —Comprendo.

—Lo hará —dijo Nemo—. Puede que aún no, pero espero que muy pronto. Ya casi hemos llegado, ya casi estamos en mi casa…

Doblamos una esquina, dimos unas últimas zancadas y bajamos por un callejón adoquinado hasta un edificio estrecho y alto que se levantaba al fondo. Nemo subió los tres escalones de piedra, ignoró el aldabón con cara de diablo, abrió la puerta, la sostuvo que para que

yo pasara y dijo: —Bienvenido.

Entré a un largo pasillo en penumbra. Era húmedo y frío y olía a fruta dulce y podrida. Nemo cerró la puerta, soltó una carcajada y dijo: —Le diré que cuando vi este lugar por primera vez pensé, esta es la casa dónde seré asesinado…

Nemo encendió la lámpara. En la pared colgaba un pesado espejo y había unas flores secas en el estropeado aparador. —La verdad es que he acabado por cogerle cariño a este sitio. Sobre todo por el alquiler. Es más bien frío, sin embargo, lo sé. Mis disculpas. Por favor, déjese el abrigo puesto hasta que lleguemos a mis aposentos… —dijo.

De pronto se oyó una voz: —¿Mr. Sweeney?

Al fondo del pasillo apareció una tenue luz. Una solterona vestida de negro emergió del amarillento hueco de la escalera y se acercó a nosotros. —¿Es usted, Mr. Sweeney?

Nemo suspiró y dijo: —Ya le he dicho que no soy Mr. Sweeney. Sweeney ya no vive aquí. Ahora solo quedo yo, Mrs. Bunting.

—Pero yo lo he oído, lo he oído caminar de espaldas por las escaleras.

—Se fue, se fue hace mucho tiempo y no volverá.

—¿Que se fue? ¿Que se fue, dice? Entonces, ¿cómo cobro yo el alquiler? ¿Cómo me las arreglaré? Tenía sus defectos, bien lo sé, tenía sus cosas. Pero era un buen muchacho, sí señor. Puntual como un reloj. Siempre a tiempo.

La anciana estaba ahora frente a nosotros. Vestida de negro, el pelo negro, los ojos hundidos y la nariz respingona, los pómulos marcados y la barbilla afilada, me miró de arriba abajo y dijo: —¿Y a quién tenemos aquí? ¿No habrá venido a arreglar las cañerías, verdad?

Nemo suspiró de nuevo, se disculpó y le dijo a la anciana: —Este es Mr. Natsume. Ha venido de Japón en misión oficial. Está aquí para estudiar e investigar asuntos literarios. Ahora, si fuera tan amable…

La anciana me estrechó la mano con fuerza, me miró a la cara y dijo: —Pues debo confesar que es usted un japo de lo más apuesto, vaya que sí. Yo tampoco soy de aquí, ¿sabe? Mi madre era francesa.

—Mrs. Bunting, por favor —la interrumpió Nemo—. Se hace tarde y aún no hemos comido. ¿Le importaría subirnos algo de cena, por favor?

—Se hará lo que se pueda con lo que hay… —respondió.

Nemo sacó su mano de entre las mías, me hizo pasar delante de ella, recorrimos el pasillo y subimos dos tramos de escaleras hasta un rellano con tres puertas. Abrió la de la izquierda, echó un vistazo al interior y dijo: —Bueno, al menos la vieja ha mantenido el fuego encendido. Usted primero, Mr. Natsume…

Desde luego, la visión de los abundantes rescoldos me hizo sentir

en casa, y la misma habitación fue una agradable sorpresa, con su alfombra roja y sus cortinajes de seda blanca. Delante del fuego había dos cómodas sillas, algunas mesas por aquí y por allá y una mecedora junto a la ventana. Nemo me ayudó con mi abrigo y me ofreció asiento. Se enfundó un elegante batín de color bermellón ricamente bordado y se sentó conmigo frente a la chimenea. Juntó las manos, miró al fuego durante un rato y después se giró hacia mí con una sonrisa y dijo: —Bien, pues aquí estamos.

—Sí, aquí estamos —dije yo sin saber por qué, por qué me había invitado, por qué había yo aceptado, por qué había venido, no ya a aquella habitación, o a aquella casa, sino a aquella ciudad, a aquel país, dejando a mi hija y a mi esposa en el otro extremo del mundo, a mi esposa embarazada, a mi esposa que no contestaba mis cartas, si es que las recibía, si es que las leía, si es que aún vivían, si no habían perecido abrasadas en un incendio o aplastadas en un terremoto o ahogadas en una inundación, atropelladas por un tren, asesinadas por un malhechor o consumidas por una enfermedad, una carta con crespón negro en el interior de un sobre con crespón negro surcando los mares y yo allí sentado en aquella casa, en aquella habitación, frente a aquella chimenea, sin saber por qué, por qué estaba allí, por qué había aceptado la invitación de aquel tipo, por qué me había invitado, por qué, por qué—

De pronto, Nemo dio una palmada, se adelantó sobre la silla y dijo: —Le ruego que acepte mis disculpas. Mi mente tiende a divagar y debe usted estar pensando que soy un anfitrión terrible. En cuanto nos hayamos calentado y tomado algo de cenar le enseñaré mi taller, si es que aún le interesa visitarlo y no se le ha hecho demasiado tarde. Está en el ático, en la planta superior y me temo que hará frío. Pero bueno, dónde se habrá metido esa mujer…

Se puso en pie, pero en ese mismo momento se oyeron unos pasos por la escalera y unos suaves golpecitos en la puerta.

La anciana entró con una bandeja en las manos. Había dos platos con sándwiches de fiambre de ternera, cómo no, un buen trozo de queso, algunas rebanadas de manzana, una frasca de vino tinto y dos copas. Se inclinó para depositarla sobre la mesa que había entre nuestras sillas. De pronto se paró bruscamente y se quedó muy quieta. Inclinada sobre la bandeja, con las asas en las manos, encorvado el cuello, la oreja hacia la puerta, susurró: —¿Han oído eso?

De hecho, yo creía haber oído una especie de ruido que venía de abajo. Pero Nemo dijo: —Otra vez con sus imaginaciones, Mrs. Bunting.

La anciana susurró algo que no entendí, soltó las asas de la bandeja y se puso derecha de nuevo, pero entonces se sobresaltó, se sobresaltó y miró de nuevo hacia la puerta: —¡Otra vez! ¿Lo oyen?

—¡Por favor, Mrs. Bunting! No es más que el viento bajo la puerta.

Ella miró a Nemo y resopló: —¿El viento dice? Y una mierda. ¿El viento gira la cerradura de una puerta? ¿El viento camina de espaldas por las escaleras? ¿Tira una maleta? ¿abre los grifos? ¿Manchas mis toallas, las mancha de rojo? Me deshace las camas, babea en mis almohadas… Arma escándalo en sueños, grita mientras duerme… Conque el viento, ¿no? ¿El viento, dice? No diga más sandeces.

En ese mismo instante, con una entrada de lo más teatral, sonó de hecho un ruido, un leve repiqueteo, no sabría decir si provenía de la casa o de la calle, y los tres giramos la cabeza hacia la puerta.

—Eso sí que lo hemos oído todos, Mrs. Bunting —dijo Nemo. Usted gana, usted se lleva el gato el agua. Pero, antes de que importunemos al policía o al cura del vecindario, quizá no le molestaría ver qué sucede en su cocina. Me temo, por experiencia, que puede que los muchos ratones estén de fiesta en la despensa. Mientras tanto, Mr. Natsume y yo daremos cuenta de esta deliciosa cena…

De pronto la anciana apartó los ojos desorbitados de la puerta y me miró. —Usted no es de aquí, así que ándese con ojo. A la gente de por aquí no les gustan los extraños. Nunca les han gustado y nunca les gustarán. Hay quien pregunta, ¿qué les sucedió a los romanos? Yo le diré lo qué les sucedió a los romanos: que los ingleses se colaron en sus villas con sus cuchillos de carnicero y los mataron a todos. Los asesinaron mientras dormían, eso es lo que hicieron. A todos. No dejaron ni a uno solo de aquellos malditos. Les rebanaron el pescuezo de oreja a oreja y los echaron al río, sí señor. Oh, ya nunca dejaron de sonreír.

Nemo cogió a la anciana de los hombros y la condujo a la puerta: —Basta ya, Mrs. Bunting. Debería darle vergüenza asustar de esa forma a este pobre hombre, a nuestro huésped…

—¡No lo estoy asustando! Le estoy avisando —protestó.

Nemo la sacó al rellano y le cerró la puerta en la cara. Se giró hacia mí con un suspiro y dijo: —Acepte mis más sinceras disculpas, Mr. Natsume. ¿Qué pensará usted?

Lo tranquilicé y le dije que no creía que las viejas supersticiosas fueran patrimonio exclusivo del archipiélago británico.

Nemo sonrió y dijo: —De modo que no es usted persona supersticiosa, ¿verdad, Mr. Natsume? ¿No cree en fantasmas, por ejemplo? Se dice que Japón es un país repleto de espíritus y demonios. Pero claro, hoy en día lee uno tantas bobadas que es imposible distinguir la verdad.

Yo también sonreí y dije: —Bueno, en realidad parece que nuestros fantasmas se han quedado sin empleo desde la Restauración del Emperador. Naturalmente, no puedo hablar en nombre de las Mrs.

Buntings de Japón, de las que por cierto no andamos cortos.

Nemo soltó una carcajada y sirvió dos copas de vino de la frasca. —Bebamos a la salud de las Mrs. Buntings de Japón y de Inglaterra. Que nunca desaparezcan, pues mucho me temo que sin ellas el mundo sería un lugar muy aburrido. Y a nuestra propia salud, por supuesto…

—Y también a su salud y amabilidad —apostillé. Levantamos las copas y después comimos y bebimos. El pan estaba rancio y la carne dura, el queso era de piedra y la fruta insípida, aunque el vino era bueno y la conversación fluida. Hablamos de libros y letras, música y arte, política e historia, de su país y el mío, y de los viajes de ambos, así que cuando sonaron las diez lamenté que la velada llegara a su fin.

—El tiempo vuela cuando se está en buena compañía —dijo Nemo —. Sin embargo, se hace tarde y debe usted estar deseando cruzar el río. En cualquier caso, no tema, le acompañaré hasta dejarle sano y salvo en su casa…

Dije que no era necesario, pero Nemo no quiso escucharme. Nos pusimos los abrigos, cogimos los sombreros, y cuando salimos al rellano, dije yo: —¿Y su taller?

La charla y el vino nos habían hecho olvidar el objeto, el motivo de mi invitación, de mi visita. Sin embargo, allí en el rellano sentí la reticencia de mi anfitrión, así que dije rápidamente que si en aquel momento era ya imposible podíamos dejarlo para otra ocasión.

Nemo se dio la vuelta con los ojos puestos en la empinada escalera que conducía al oscuro piso superior y dijo: —Lo había olvidado por completo. Cuánto lo siento. Pero, desde luego, si insiste…

—Le pido perdón —dije yo—. No insistiré más. Es mera curiosidad por contemplar su obra. Pero si no es apropiado y estamos escasos de tiempo…

—Lo mejor sería que se pusiera en camino —dijo una voz, la voz de la solterona que nos miraba desde el piso de abajo.

Nemo esbozó una breve y triste sonrisa, puso el pie en el primer escalón y dijo: —Tenemos tiempo y además le agradezco su interés. Solo temo que quede usted decepcionado. Sígame, por favor, y tenga cuidado dónde pisa. Estas escaleras pueden ser mortales.

De hecho, las escaleras parecían más una escala de un barco, impresión acentuada por el pasamanos de soga al que me aferré mientras trepaba detrás de Nemo.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, Nemo se detuvo delante del estrecho anaquel que había junto a la puerta. Se buscó la llave en el bolsillo, la introdujo en la cerradura, empujó la puerta y la abrió. —Déjeme encender una lámpara…

Esperé frente al anaquel, en el último escalón, hasta que la suave luz de una bujía bañó mi rostro y Nemo me invitó a pasar. —Cuando

guste, Mr. Natsume.

Cuando atravesé el umbral y entré en el ático me quedé sin aliento. Incluso en la penumbra se veía que se trataba de una estancia enorme, mitad establo y mitad iglesia, con un techo bajo inclinado en ambos extremos pero del doble de la altura de un hombre en el centro, en cuyo punto más alto había una tragaluz. El barullo de cien chamarilerías danzaba ante mí a la exigua y temblorosa luz, y sin embargo, ni siquiera el desorden era capaz de disminuir la sensación del tamaño de aquel espacio.

Nemo estaba de pie a cierta distancia con la bujía en la mano. La movió de izquierda a derecha diciendo: —Disculpe el desorden y tenga cuidado por dónde pisa pero, por favor, pase, acérquese, se lo ruego.

Caminé hacia él, o debería decir que más bien me abrí paso. Sobre el entarimado de madera, un alfombrado de basura: libros y periódicos, cajas y latas, botellas vacías y cajones rotos, restos de muebles y tiras de tela, ropa vieja y zapatos desparejados, pinceles en frascos, pinceles en floreros, una escalera por aquí, un caballete por allá, todo cubierto de polvo o manchado de pintura—

El artista estaba ante mí ahora. Se había quitado el abrigo, se había puesto un gorro ladeado sobre un ojo y se había atado un pañuelo rojo al cuello. Colocó la bujía sobre una mesa de comedor barata, señaló hacia un maltrecho sofá de crin de caballo, sonrió y dijo: —Póngase cómodo…

Me senté, sí, aunque incluso entonces no podría haber dicho por qué lo hice, qué me hizo seguir allí, no darme la vuelta y marcharme. Y es que Nemo había cambiado, y me di cuenta, me di perfecta cuenta, de que no solo de ropa; en aquella estancia, en aquel momento, fui consciente de que Nemo había cambiado, de que todo había cambiado, incluso yo, especialmente yo, aquel yo que seguía allí, el yo que dijo, que dijo, que dijo: —¿Y los cuadros? No veo ningún cuadro…

Nemo cogió una lata de galletas, se sentó a mi lado y dijo: —Debo decir que es usted un tipo de lo más persistente, y debería sentirme halagado por su interés. Pero desgraciadamente la luz no nos acompaña y me temo que habrá de conformarse con estos bocetos—

Cogí la lata de galletas de sus manos y me la coloqué sobre el regazo. Le quité la tapa, la dejé a un lado y miré en su interior. Un lápiz roto por la mitad sobre un irregular fajo de papeles. Al sacar el fajo, las mitades del lápiz cayeron al fondo de la caja con un sonido metálico, después de lo cual, uno a uno, boceto a boceto, hoja a hoja observé aquellos papeles, aquellos diecisiete esbozos hasta el último, hasta el final.

Yo había viajado a aquel país con el fin de aprender. La mayor, la

más importante urbe del planeta, el centro, la capital del mundo. Con el objeto de beber de sus fuentes de conocimiento, de paladear la sabiduría de sus cosechas para después regresar a Japón cargado con los frutos de mi estudio, para compartirlos, para enseñar lo que había aprendido. Y sin embargo, allí estaba, en aquella ciudad, en aquella casa, en aquel ático, en aquel sofá, hambriento, sediento, medio muerto, y con un saldo claramente desfavorable en la cuenta de mi viaje.

Sí, aquel era el fin, el fin del mundo. Afiancé la mano, ordené los papeles y los devolví a la lata de galletas. Coloqué la tapa, me aclaré la garganta y dije: —Lamento que vea usted semejantes cosas.

A mi lado en el sofá, su rodilla contra la mía, Nemo cogió la lata de mi regazo y dijo en voz baja: —¿Y usted no?

Yo miré hacia adelante, más allá de la bujía sobre la mesa, con los ojos ya habituados a la oscuridad, hacia un armario que se cernía sobre el bastidor de hierro de una cama con las sábanas rasgadas, el colchón roto, una sucia almohada en el cabecero, un caballete de pie ante la escena, sobre él un lienzo que esperaba. Cerré los ojos, cerré los ojos y dije: —No.

—No, claro que no —dijo Nemo entre susurros, pero cerca, muy cerca de mí. Lo sentí empujar mi pierna, agarrarme el muslo, lo oí decir: —En ese caso tiene usted mucha suerte, pues se trata de una enfermedad.

Me soltó el muslo. Oí que se levantaba. Abrí los ojos. Estaba de pie junto a la mesa, la lata de galletas cayó al suelo con un golpe metálico y él cogió bruscamente la bujía de encima de la mesa y empezó a girar, a dar vueltas sobre los talones, hacia la cama, girando, dando vueltas y más vueltas; la luz trazaba círculos, conjuraba apariciones entre las tinieblas, iluminaba los muros de aquella caverna con un fulgor salvaje y primitivo, revelaba lienzos y lienzos con un brillo cada vez más brutal, más ferino, hasta que Nemo se derrumbó medio en el suelo medio en la cama, con el rostro hacia el techo y la bujía colgando aún en la mano, la luz balanceándose, balanceándose hacia adelante y hacia atrás…

Me levanté, pero una vez más, demasiado tarde. Despertaba de mi propia pesadilla dentro de la pesadilla de otro hombre, de otro país—

Nemo estaba sentado en el borde de la cama. Cogió la almohada del colchón, se la apretó contra la nariz, cerró los ojos, suspiró y dijo: —Sí, oh sí, esto le ayudará a ver…

Abrió los ojos. Se puso en pie con la almohada en las manos. Caminó hacia mí, la almohada estirada, la funda amarillenta, manchada de saliva, marrón y sucia, acercándose, cada vez más, cada vez más cerca. Si pudiera ver lo que yo he visto, si pudiera soñar lo que él soñó…

Recogí la lata de galletas, la agarré fuerte, me la puse delante de la cara, delante de aquel hombre, de sus manos, de la almohada, aquella almohada, aquella almohada en sus manos que me obligaba a retroceder y me empujaba al suelo, al suelo—

—Inspire —dijo—. ¡Inspire y verá!

Abajo, cada vez más abajo, la lata contra el pecho, la almohada contra la cara, el olor, el hedor a aceite, a sudor, forcejeé en vano, caí hacia atrás, forcejeé en vano, con su peso sobre mí, su cuerpo me aplastaba, me agobiaba, me asfixiaba, en sueños ingleses de imperial lujuria yo forcejeaba, forcejeaba, forcejeaba en vano, en vano, me derrumbaba, tañeron las campanas, una, dos, tres, cuatro, repiquetearon cinco, seis, siete, ocho, sonaron nueve, diez, once, doce, doblaron trece, trece, trece—

—Mr. Sweeney, por favor —sonó la voz en la tiniebla, en la luz, la silueta en el umbral—. Su Majestad acaba de exhalar su último aliento.

*

Sōseki había dejado de hablar y reposaba la mejilla sobre la mano.

Ryūnosuke y Kume no se movieron, no hablaron. Los ruiseñores trinaban por el jardín, una brisa soplaba entre las hojas del huerto.

—Ahora los zeppelines bombardean aquella ciudad y se abate sobre ella una furiosa guerra interminable, interminable…

Sus palabras, su voz, se fueron apagando.

Sōseki se levantó del escritorio con paso vacilante. Esperó, recuperó el aliento. Se giró y dio unos pasos hasta las estanterías de la pared. Se arrodilló, sacó un paquete envuelto en tela negra del estante inferior. Se puso en pie, lo llevó al escritorio. Lo depositó sobre él y desató la tela. Era una lata roja decorada de amarillo, blanco y negro. Le entregó la lata a Ryūnosuke y le dijo: —Tome. Ahora le toca guardarla a usted.

Ryūnosuke observó la lata, las palabras escritas en la tapa:

Huntley & Palmer Biscuits — Superior Reading Biscuits.

Era la Época del Invierno, el otoño después de la muerte del Sensei, y el noveno día del mes. Aquel día Ryūnosuke había terminado pronto sus clases en la Academia, así que tomó el tren de Yokosuka a Tokio, cruzó la ciudad, compró un ramo de flores y entró en el cementerio de Zōshigaya por la puerta norte. Las nubes amenazaban lluvia desde el amanecer y Ryūnosuke vestía un impermeable encima de la ropa occidental que se ponía para dar clase y, además de las flores, llevaba un paraguas. Una vez en el cementerio, recorrió una

avenida flanqueada de arces y zelkovas del Japón cuyas hojas no habían amarilleado aún. Aparte de él, no había nadie en el cementerio, nadie vivo. Ryūnosuke abandonó la avenida y echó a andar por los senderos, entre las lápidas, los senderos hacia los muertos, las lápidas de los muertos, sobre raíces y musgo húmedos en anticipación de la noche y la lluvia, las ramas de los árboles combadas lánguidamente en muestra de agradecimiento por la cercanía del crepúsculo y la visita de Ryūnosuke a la tumba.

Ryūnosuke apoyó el paraguas contra el seto bajo que rodeaba la tumba, entró y se quedó de pie frente a ella. Era un enterramiento provisional, el nombre del Sensei descendía en caracteres negros por la pálida madera de un alto sotoba que destacaba por encima de la lápida de su hija, de menor tamaño. Ryūnosuke se arrodilló ante el basto montículo de tierra al pie de ambas lápidas. Sobre la tierra, dos floreros y unos estrechos incensarios. Ryūnosuke quitó las flores marchitas de los floreros y las dejó a un lado. Dividió las flores frescas que traía y las repartió entre los dos floreros. Sacó del impermeable una caja de varillas de incienso y otra de cerillas. Extrajo nueve varillas, devolvió la caja al impermeable, encendió una cerilla, aplicó la llama a las varillas y las colocó en uno de los incensarios del montículo. Se puso en pie, inclinó la cabeza ante la tumba de Natsume Sōseki y cerró los ojos…

«*¿Trabaja duro? ¿Tiene algún escrito entre manos? Estoy vigilando su porvenir. Quiero que se convierta en uno de los grandes. Pero no se impaciente. Quiero que avance con la determinación del búfalo. Debemos ser búfalos. A menudo intentamos ser caballos, pero ser un búfalo perfecto es una tarea ardua. Por eso le ruego que no sea impaciente. No se devane los sesos. Avance incansable. El mundo se inclina ante la perseverancia, pero rara vez guarda memoria de los destellos fugaces. Empuje, siempre adelante, hasta la muerte. Solo eso importa. No busque rivales a los que vencer, pues en ese caso los rivales no tendrán fin, aparecerán uno tras otro para irritarle. Los búfalos empujan siempre adelante, siempre con desapego. Si me pregunta qué es lo que debe empujar, le diré que empuje al hombre que le habita, pero no al artista*».

Ryūnosuke juntó las manos. Se inclinó una vez más y abrió los ojos. Se agachó, recogió las flores marchitas del suelo y salió de la tumba. Se despidió del Sensei con una sonrisa y se alejó por los senderos, entre las lápidas, de vuelta a la avenida.

Dos cuervos volaban en círculo sobre la avenida, cada vez más y más bajo, discutiendo, Ka-ha, Ka-ha. Ryūnosuke les sonrió mientras caminaba, y los llamó Kanzan y Jittoku y los observó desaparecer tras la copa de un enorme ciprés hinoki que había más adelante. Ryūnosuke vio la silueta borrosa de un hombre bajo sus ramas. La sombra y el crepúsculo ocultaban el rostro y los rasgos del hombre,

pero al parecer vestía un impermeable idéntico al suyo y también llevaba un paraguas occidental. Ryūnosuke suspiró, miró las flores muertas que tenía en la mano, sacudió la cabeza y volvió a la tumba; había olvidado su paraguas. Sin embargo, cuando llegó al seto bajo que la rodeaba, el paraguas había desaparecido.

Ryūnosuke se dirigió rápidamente hacia el ciprés hinoki. Quizás de alguna forma, aunque no conseguía imaginarse cómo, el hombre del árbol había cogido su paraguas y le esperaba para devolvérselo. Sin embargo, al acercarse al árbol vio que el hombre ya no estaba. Solo quedaban Kanzan y Jittoku, saltando por la enramada, burlándose de su mala suerte, ¡Ka-ha, Ka-ha!, sabiendo perfectamente lo que le esperaba a Ryūnosuke—

Un chaparrón frío y copioso sobre el hombre sin paraguas.

*

El lunes por la mañana, Yasukichi Horikawa abrió la puerta de la sala de profesores. Estaba de mal humor; el fin de semana había sido por completo desagradable e improductivo, frío, de sueño irregular. No había conseguido terminar el relato que estúpidamente le había prometido a un editor. Normalmente, el único otro profesor en la sala era su colega K, el profesor de alemán, al que al parecer Yasukichi le resultaba antipático desde el primer día. Como era su costumbre, K estaba de espaldas delante de la chimenea, acaparando el calor de la sala.

—Buenos días —dijo Yasukichi tan cordialmente como pudo mientras sacaba las notas de la primera clase de su maletín.

K alzó una ceja y dijo: —Vaya, vaya, pero si es nada menos que el moderno y joven escritor que saluda por las mañanas pero no por las noches.

—Discúlpeme si le he molestado. Lo siento —dijo Yasukichi.

—No me ha molestado usted, es más, ni siquiera me ha sorprendido, solo me ha divertido —replicó K—. Es evidente que usted no se molesta en presentar sus amistades literarias a sus colegas profesores, sobre todo cuando dichas «amistades» son atractivas mujeres de mayor edad.

—Le aseguro que no sé de qué me habla —dijo Yasukichi.

K soltó un bufido, guiñó el ojo y dijo: —¿El sábado? ¿En el cine?

—Este sábado no he ido al cine —respondió Yasukichi.

—¿En serio? —rio K acercándose a Yasukichi—. En ese caso, es verdaderamente curioso. Y toda una coincidencia también.

—¿De qué coincidencia habla?

—Pues que juraría que el sábado por la noche lo vi en el cine

Denki-kan de Asakusa en compañía de una mujer mayor. Estaba tan seguro de que era usted que le llamé cuando se marchaba pero usted se limitó a quedárseme mirando y a pasar por mi lado sin decir palabra.

—Pero yo no estaba allí —protestó Yasukichi. Aquella persona no era yo, de modo que por favor no diga «usted» ni me venga con coincidencias.

—Pero es que sí que fue una coincidencia —dijo K—, porque la película que proyectaban era el *remake* de *Der Student von Prag*. ¿La conoce…?

—Sí —ladró Yasukichi—. La conozco, por supuesto.

—Por supuesto, —sonrió K—. En ese caso, por supuesto, comprenderá por qué digo que es una coincidencia que yo acabara de ver una película sobre un *doppelgänger* y me encontrara con usted, pero como no era usted solo podemos concluir que me debí cruzar con su *doppelgänger*.

—O que se deja usted influir con demasiada facilidad por las películas.

K estaba en la mesa, muy cerca de Yasukichi. Lo miró fijamente, sonrió de nuevo y dijo: —O que simplemente se avergüenza usted de que le vean en compañía de una señora que a todas luces no era su prometida.

Yasukichi lamentó haberse dejado llevar por la exasperación. —Lo siento. Yo no estaba allí. No era yo. Ahora, si me disculpa, llego tarde a clase —dijo con toda la calma que pudo.

K miró a sus apuntes y dijo: —Vaya, vaya, pero si hoy toca Edgar Allan Poe.

—¡Qué coincidencia! —dijo Yasukichi con una sonrisa.

—Quizás —replicó K—. De todas formas por aquí todo el mundo sabe que a usted le permiten enseñar lo que le dé la gana. Pero solo a usted, por supuesto.

*

En su habitación de la casa de huéspedes de Shioiri donde se alojaba, Yokosuka, Ryūnosuke arrojó la pluma contra el escritorio y soltó un juramento. Aquella noche había planeado escribir un relato de un tirón. «Planeado», porque no le quedaba más remedio si quería entregarlo dentro del plazo. Pero era ya más de medianoche y solo había conseguido escribir una deprimente y deshilvanada cadena de palabras sin belleza ni sentido alguno. Encendió otro cigarrillo. Su mente divagaba en busca de responsables a los que culpar de su incapacidad de escribir el relato. Si no tuviera clases por la mañana

podría pasarse la noche entera escribiendo. Pero no eran solo las clases; entre clase y clase siempre había otras exigencias y obligaciones: una oración fúnebre por este u otro capitán, la revisión de una conferencia en inglés para algún colega, la traducción de un artículo de un periódico extranjero, y cómo olvidar el manual que se suponía que estaba compilando. También estaba la siempre creciente montaña de cartas de amigos y editores por responder. Y después también su propia boda, las citas, discusiones y formalidades sin fin… Soltó otro juramento. Después se maldijo a sí mismo; al fin y al cabo, culpar a los demás no servía de nada. Apagó el cigarro. Cogió la pluma e intentó ponerla de nuevo en movimiento. Necesitaba ayuda, necesitaba inspiración. Y ni un cigarrillo más. Cogió un libro del escritorio. Se levantó del escritorio. Dio unos pasos hasta la cama, ya preparada en el suelo. Se tumbó a leer en el futón. Era un ejemplar de los cuentos de Edgar Allan Poe. Comenzó a releer uno de ellos, atento sobre todo a la inspiración subyacente, a la forma en que Poe adaptaba la fuente original. El relato se basaba en un artículo breve de Washington Irving. Ryūnosuke lo conocía bien. Recordaba que el protagonista era un joven que descubre que una figura enmascarada le persigue por donde quiera que vaya. Finalmente, el joven atraviesa al embozado con su espada. Pero cuando mira detrás de la máscara, descubre solo «su propia imagen, el espectro de sí mismo». Ryūnosuke incluso había copiado aquella línea de Irving en uno de sus cuadernos junto a muchas otras líneas y párrafos de Poe. Sin embargo, al releer la versión de Poe, comenzó a ponerse enfermo. En los relatos de Poe, Ryūnosuke percibía la fragilidad de la mente humana, fácil, tan fácil de romper y quebrantar, de hacer añicos, de partir en pedazos. Pero además era un maestro del estilo, escribía con claridad y realismo siendo a la vez intensamente lírico. La alquimia de su intelecto analítico y su temperamento poético, su capacidad de someter y esculpir la realidad y la verosimilitud de sus sueños, sus sueños dentro de otros sueños, reales e irreales a un tiempo, en palabras, en escritura, en poesía, en prosa, en relatos e historias, tan hermosos y aterradores, y aquella grandeza, aquella grandeza que Ryūnosuke, por mucho que lo intentara, por mucho que lo deseara, jamás podría alcanzar. Arrojó el libro contra un rincón—

«*¡Has vencido, y me entrego…!*».

Ryūnosuke se desplomó en la cama de nuevo. Se puso a contemplar el techo, los patrones de lectura y los signos de sus propios Pensamientos nocturnos en las sombras y manchas. Cerró los ojos—

Ryūnosuke estaba sentado en un palco en el cine con una mujer a la que no reconocía. Ella le apretaba el brazo en la oscuridad y le apoyaba la mejilla en el hombro. En la pantalla, un hombre con sombrero de copa rasgaba una hoja de papel y esparcía los pedazos

sobre el cadáver de un joven que yacía en el suelo. Entonces, la escena cambiaba, el doble del joven estaba sentado sobre su tumba bajo un sauce. La mujer sentada al lado de Ryūnosuke le apretaba el brazo cada vez más fuerte, el calor de su sangre le quemaba la ropa y se transmitía a la suya, ella le acercaba la boca al oído y susurraba: «Allá donde vayas siempre estaré yo, hasta el fin de tus días. Mira, mira…».

De pronto, Ryūnosuke se veía a sí mismo en la pantalla. Estaba en un jardín. Un jardín parecido al de la casa de su familia en Tabata. Ryūnosuke estaba sentado en los escalones del porche. Llevaba un sombrero de ala ancha, fumaba un cigarro y le echaba el humo directamente a la cámara. Era mucho más viejo, el rostro demacrado, el cabello largo bajo el sombrero. Dos niños jugaban a su alrededor por el jardín. Al parecer eran sus hijos. Súbitamente, Ryūnosuke se ponía en pie de un salto y comenzaba a trepar al gran árbol de Júpiter que había junto al porche. Cada vez más y más alto, con la ropa interior al aire, se balanceaba de rama en rama hasta llegar a los aleros del tejado. Se encaramaba a una rama y contemplaba al público. En la pantalla aparecía un subtítulo: «¡Quack, quack! Encantado de conocerles. Soy un kappa. Me llamo Tock».

Los niños entraban corriendo y dando gritos en la casa, la casa que se parecía a la de su familia. Ryūnosuke los seguía al interior. Los niños desaparecían por un pasillo. Ryūnosuke iba detrás de ellos, pero los perdía. Entraba en una habitación a buscarlos. Tumbado en un futón había un hombre vestido con un *yukata* de estilo chino. Con los ojos cerrados, una Biblia sobre el pecho, el hombre era idéntico a Ryūnosuke, un doble exacto. De pronto el niño de más edad entraba en la habitación. Sacudía al hombre, lo despertaba. El hombre se incorporaba y decía: «He tenido un sueño rarísimo. He soñado que estábamos jugando en el jardín. Pero tú y tu hermano corríais al interior de la casa. Yo iba detrás pero os perdía. Y entonces entraba en esta habitación y me veía a mí mismo tumbado en el suelo sin sentido, sin vida, como un viejo impermeable olvidado».

Ryūnosuke no podía contenerse. «¡He venido en tu busca y aquí estás!», le gritaba al hombre tumbado en la cama.

El hombre se levantaba del futón, se acercaba a Ryūnosuke y lo abrazaba. «Así que tú también eres Ryūnosuke… No ha sido un sueño».

«¡No!», gritaba Ryūnosuke. «Ha sido más real que la realidad misma».

Pero apenas pronunciaba esas palabras, el niño de menor edad se asomaba a la habitación, miraba dentro, y salía corriendo y llorando. «Ma-má, Ma-má, ven rápido a la habitación de Ryu-chan…».

De pronto, el hombre salía de la habitación a toda prisa y Ryūnosuke lo llamaba, «¡Ryūnosuke, por favor, no te vayas! ¡Por

favor, no me abandones…!».

El niño mayor miraba a Ryūnosuke y se reía. «¿Dónde está ese Ryūnosuke al que llamas, Ryu-chan?».

Ryūnosuke señalaba la puerta. «Se acaba de ir».

«Sigues soñando», decía el niño. «¿No sabes con quién hablas? Con tu propia imagen en el espejo».

De pronto, la película se cortaba, parecía que se quebraba en dos. Las luces de la sala se encendían. La mujer sentada al lado de Ryūnosuke le clavaba las uñas en el brazo, le mordía la oreja y decía: «Y así es como termina…».

*

En el café Paulista en Ginza, Yasukichi Horikawa charlaba con el editor de una revista literaria en la que a veces publicaba relatos o artículos. En cuanto le entregaba un relato a tiempo a un editor, Yasukichi ya estaba en conversaciones con otro editor para ultimar otro plazo de entrega de otro relato. El editor iba por su segunda manzana asada y hablaba de la obra de Edgar Allan Poe. Yasukichi le interrumpió.

—La verdad, me siento como si estuviera atrapado en un cuento de Poe. El otro día, en una fiesta de fin de curso, me encontré con ese traductor de alemán al que le falta una pierna. Me dijo que me había visto en una tienda de tabacos de por aquí cerca y que le había molestado mucho que no lo saludara. Sin embargo, ese día yo estaba dando clase en Yokosuka, como siempre. Cuando me explicó lo que había sucedido, resultó que ese «otro yo» llevaba la misma ropa que yo: un impermeable. Y además es la segunda vez que me pasa últimamente.

—De modo que cree usted en eso que los alemanes llaman *doppelgänger* —preguntó el editor—. Dicen que vivimos en la Era del Doble.

Yasukichi suspiró. Se apretó el puente de la nariz con dos dedos y dijo: —No lo sé. Pero si no se trata de mi «otro yo», ¿Será que alguien intenta hacerse pasar por mí deliberadamente? ¿Con malas intenciones? Mucho me temo que ninguna de las explicaciones será de mi agrado.

—¿Entonces también cree que el *doppelgänger* es presagio de desgracias, incluso de muerte? —preguntó el editor.

Yasukichi suspiró de nuevo: —No lo sé. De todas formas, siento como si algo o alguien me acechara.

—Si de verdad es eso lo que cree —dijo el editor—, debería hacérselo mirar. Quizá un profesional pueda ayudarle.

—¿Un médico quizás? —preguntó Yasukichi con una sonrisa.

—Un detective privado —respondió el editor.

Yasukichi sacudió la cabeza: —Detesto a los detectives, odio a los detectives. Los detectives ni siquiera son seres humanos. Son máquinas.

—Sin embargo, no cabe duda de que un escritor y un detective tienen mucho en común. Cada uno a su manera, ambos buscan la verdad —dijo el editor con una sonrisa.

Yasukichi resopló: —Bobadas. Comparar a un escritor con un detective es una grave falta de educación. La esencia de la profesión del detective es la búsqueda de la verdad en el más vulgar de los sentidos. Y si existen escritores que persiguen la verdad pero dejan de lado otros ideales como la belleza y la moral, es evidente que algún defecto tendrán dichos escritores. Puede que no como individuos, pero sí como escritores. Y además, añadiría que son nocivos. Como los carteristas y los ladrones.

—¿En qué desafortunada experiencia personal basa usted semejante diatriba? —rio el editor—. ¿Ha tenido problemas con algún detective?

—Afortunadamente no —dijo Yasukichi sacudiendo la cabeza—. Nunca he tenido la desgracia de conocer a uno.

—Entonces, todo esto no son más que observaciones suyas, ¿no?

—No solo observaciones mías, no —respondió Yasukichi con una sonrisa. —Las simples observaciones me pondrían al mismo nivel que un detective. Se trata de mis opiniones; opiniones basadas en mis conocimientos, basados a su vez en mis observaciones.

—Pero usted carece de experiencia alguna con detectives. Ni siquiera ha conocido nunca a uno —dijo el editor.

Yasukichi sacudió la cabeza de nuevo: —No que yo sepa. Pero lo más seguro es que alguna vez me haya vigilado un detective. Es más, estoy seguro de ello. Lo cual seguramente explica mi sensación de acoso. Sin duda a usted también le habrá sucedido. Así es la vida moderna en la ciudad moderna.

—Pero entonces quizá sí que le convendría conocer a uno —dijo el editor con una mueca. Sacó la cartera y de ella una tarjeta de visita. La colocó en la mesa delante de Yasukichi. —«Conoce a tu enemigo», por así decir —rio.

Yasukichi miró el nombre de la tarjeta de visita y después la habitación. Los espejos de las paredes del café lo reflejaban en infinitos dobles. Fríos, amenazantes, se burlaban de él.

—Como mínimo sacará un buen relato de ello —dijo el editor.

Yasukichi suspiró: —Querrá decir que el que lo sacará será usted.

*

Ryūnosuke soltó de nuevo la pluma. Cogió el paquete de cigarrillos Golden Bat. Lo dejó en la mesa inmediatamente. Cogió el paquete de Shikishima. Sacó un cigarrillo. Se lo puso en los labios. Cogió la caja de cerillas. La agitó un par de veces y después sacó una cerilla y encendió el cigarro. Observó el manuscrito y con un suspiro exhaló el humo contra el escritorio. Cogió la pila de sobres. Los pasó uno a uno dándoles la vuelta para leer los nombres y direcciones de los remitentes. Uno de los sobres no tenía nombre. Dejó el cigarrillo en el cenicero. Cogió el abrecartas. Abrió el sobre. Extrajo la carta y leyó:

> Muy señor mío,
>
> Se encuentra usted bajo vigilancia.
>
> Su comportamiento en el restaurante Mikado de Manseibachi la noche pasada fue inexcusable. La mujer que le acompañaba está casada y tiene un hijo de corta edad y usted mismo está comprometido. Si no abandona usted inmediatamente las relaciones con la mujer en cuestión, informaré tanto al marido de ella como a su prometida.
>
> Le ruego que no dude de mi determinación y sinceridad.
>
> Recuérdelo, se encuentra usted bajo vigilancia.

Ryūnosuke dejó caer la carta sobre el escritorio. Observó la carta, la carta que yacía sobre el manuscrito. Estiró el brazo para coger el cigarrillo, pero se había convertido en una columna de ceniza derribada. Cogió el paquete de Shikishima e inmediatamente lo dejó donde estaba. Cogió el paquete de Golden Bat, encendió uno y se lo fumó. Después se fumó un Shikishima, después otro Golden Bat, después otro Shikishima, después otro Golden Bat, alternando las marcas, observando la carta que yacía sobre el papel blanco del manuscrito.

*

Espesas capas de humo y niebla flotaban sobre el río Sumida. Yasukichi observaba cómo en la orilla, el barrio de Mukōjima se acercaba. Los troncos de los cerezos parecían cadáveres quemados en fila.

Yasukichi desembarcó del pequeño vapor. Caía el crepúsculo, aún llovía. Yasukichi echó a andar por el distrito de Tamanoi. Le llegaba el olor del caucho de su impermeable. Por encima de su cabeza, el cable del tranvía lanzaba chispas moradas por los aires. Yasukichi siguió el cable y las chispas hasta un cruce. A su izquierda, el río y sus

arboladas riberas; a su derecha, Tamanoi y sus casas iluminadas.

Yasukichi siguió recto, hacia la oscuridad. Y allí, como había dicho su editor, rodeada de antiguas tumbas, en medio de un bosquecillo de bambú, Yasukichi encontró una pequeña casa de estilo occidental. Y en ella, en un estrecho porche con la pintura desportillada, había una placa de porcelana con un nombre:

A, Detective.

Yasukichi llamó al timbre que había debajo de la placa y esperó. Finalmente la puerta se abrió y apareció una anciana de pequeña estatura.

—¿Está el señor A en casa?

—Así es, señor. Le espera.

La anciana condujo a Yasukichi a una habitación frente a la puerta principal. La habitación estaba parcialmente iluminada por la débil luz del corredor, y cuando la mujer cerró la puerta tras de sí, Yasukichi quedó momentáneamente a oscuras hasta que la llama de una lámpara de aceite empezó a brillar gradualmente y reveló el rostro pálido y severo de un hombre.

—Bueno, ya está usted aquí —dijo el hombre. Estaba de pie en el centro de la habitación, tenía la lámpara en una mano y con la otra le señalaba una silla—. Siéntese, por favor, siéntese.

En el centro de la habitación, una mesa con dos sillas. Yasukichi ocupó una de ellas. Yasukichi recorrió la oscura habitación con la mirada. Entre las sombras se adivinaban montañas de libros y papeles. En las paredes, cuadros y crucifijos. Un gran escritorio frente a una pequeña ventana. Muebles raídos y deteriorados. Incluso el llamativo mantel con el filo bordado de flores rojas estaba deshilachado y parecía a punto de desintegrarse en cualquier momento.

El hombre colocó la lámpara de aceite sobre la mesa. Miró a Yasukichi al otro lado del mantel. Sonrió sin decir una palabra y Yasukichi se vio a sí mismo escuchando el sonido de la lluvia en el bosquecillo de bambú del exterior. El viento en los árboles, las olas del río.

La anciana regresó con un servicio de té. Lo dejó sobre la mesa y se retiró. El hombre abrió una pitillera que había sobre el mantel. Se la ofreció a Yasukichi, sonrió de nuevo y dijo: —Por favor, tome uno.

—Gracias —respondió Yasukichi.

El hombre se inclinó por encima de la mesa. Sostuvo la llama del encendedor en dirección a Yasukichi. Yasukichi se acercó para encender el cigarrillo. Sentía la mirada del hombre. Yasukichi apartó los ojos de la llama, miró al hombre y vio su rostro claramente por

primera vez. Tendría su misma edad. Quizá fuera algo mayor, puede que estuviera ya en los treinta. Pero era completamente calvo. O quizá llevaba la cabeza afeitada como un monje. Era difícil de decir en aquella habitación medio en penumbra. Yasukichi apartó la vista y la fijó en el cigarrillo.

—Es usted un manojo de nervios —dijo el hombre—. Todo su ser está envuelto en un aura de oscuridad y sombra.

—Mire donde mire, delante o detrás de mí, solo veo sombras. Solo oscuridad —dijo Yasukichi apartando la mirada del cigarro.

—Pero donde reina la oscuridad, antes o después brillará la luz —dijo el hombre—. Si no se impacienta…

Yasukichi sonrió con tristeza y dijo: —Sin embargo, existe la oscuridad sin luz.

—Momentáneamente sí —contestó el hombre—. Pero la luz siempre sigue a la oscuridad. Igual que el día sigue a la noche. Es un milagro.

Yasukichi sacudió la cabeza: —No creo en milagros.

El hombre sonrió. Alzo la mano. La mantuvo por encima de la lámpara de aceite. Luego la puso sobre la mesa. Arrancó una de las flores rojas del borde del mantel. Estiró el brazo y se la ofreció a Yasukichi. Con los ojos parpadeantes y las manos temblorosas Yasukichi tomó la flor. Se la acercó a la cara. Sintió los pétalos en la piel, olió su perfume. Cuando dejó la flor sobre el mantel aún le parpadeaban los ojos, aún le temblaban las manos. Inmediatamente después, la flor volvió a su lugar en el borde del mantel. Y por más que lo intentó, Yasukichi no pudo volver a cogerla.

—No lo entiendo… —dijo Yasukichi sacudiendo la cabeza.

—No es cuestión de entender sino de creer —dijo el hombre—. En cuanto ha dejado de creer, la flor ha muerto.

Yasukichi miró al hombre al otro lado de la mesa. —¿Puede ayudarme? ¿Puede salvarme? —preguntó Yasukichi.

—Solo si desea ayuda —respondió el hombre—. Solo si desea salvarse.

*

Un nuevo año, un nuevo comienzo. Una nueva vida, vida de casado. Después de la ceremonia, las fotografías y las fiestas. Un nuevo hogar, hogar de casado. En Kamakura, frente al mar, frente al mar, frente al mar. Viento en los pinos, arena en los zapatos. Una casa grande, con jardín. Un estanque de lotos y plantas de bashō. Lluvia en el estanque, gotas en las hojas. En el estanque y en las hojas. Una vida tranquila, una vida tranquila. Es lo que quieres, o eso dices: una vida tranquila para ti,

una vida tranquila para mí. Frente al mar, frente al mar. Para ser otro hombre, un hombre nuevo y mejor. Es lo que quieres, o eso dices. Vivir tranquilamente componiendo haikus. Lluvia en el estanque, gotas en las hojas. Viento en los pinos, arena en los zapatos. En los calcetines, entre los dedos de los pies. Los granos que rozan, los granos que cortan. En el cuarto de baño, en el lavabo. Sangre en los pies, sangre por el suelo. Viento alrededor de tu casa, olas en tu puerta. El mundo te lame los pies, el mundo llama a tu puerta. El precio del arroz, el coste de la vida. Disturbios en las calles, humo en el cielo. Un mundo en guerra, siempre en guerra. Campos convertidos en trincheras, trincheras en fosas, nosotros convertidos en soldados, en cadáveres. Sangre en tus manos, sangre en tu lavabo. En el cuarto de baño, en el espejo. Contemplas tu rostro, tu piel, tu calavera. Sacas la lengua, te tiras del párpado inferior. Enciendes la luz, apagas la luz. Estás y no estás, no estás y estás. El hombre que fuiste, el hombre que eres. Apagar, encender, encender, apagar. El hombre que quieres ser, el que nunca serás. El que serás y el que no serás, el que puedes y el que no puedes ser, el que nunca podrás ser, el que nunca serás. Cuántos hombres, cuántos hombres. En el cuarto de baño, en el espejo. No habrá vida tranquila para ti, no habrá vida tranquila para mí. Para mí, para ti; para nosotros, para nosotros, para todos nosotros. La vida tranquila, la mitad de la vida. Rota por la mitad, partida en dos.

*

Lunes por la mañana, delante de la pizarra, detrás de su mesa, Ryūnosuke abrió su maletín y sacó las notas para su clase: Poe de nuevo. Ryūnosuke abrió el libro. Levantó la vista y observó la clase. Filas de pupitres con estudiantes de uniforme de la Academia Naval, aburridos incluso antes de que hubiera comenzado a hablar. Y no eran los únicos. Ryūnosuke suspiró para sí y comenzó a leer en voz alta: «El entierro prematuro… Hay ciertos temas de interés absorbente, pero demasiado horribles para ser objeto de una obra de ficción. El mero escritor romántico debe evitarlos si no desea ofender o desagradar. Solo se los usa con propiedad cuando lo severo y lo majestuoso de la verdad los santifican y los sostienen. Nos estremecemos, por ejemplo, con el más intenso de los «dolores agradables» ante los relatos del paso del Beresina, del terremoto de Lisboa, de la peste de Londres y de la matanza de San Bartolomé, o la asfixia de los ciento veintitrés prisioneros en el Pozo Negro de Calcuta. Pero en esos relatos lo excitante es el hecho, la realidad, la historia. Como invenciones, nos inspirarían simple aversión…«

Ryūnosuke hizo una pausa, levantó la mirada del texto, observó la clase y se quedó de piedra: los estudiantes de uniforme seguían sentados en sus pupitres pero no estaban solos; junto a cada uno de

ellos estaba su doble exacto, como el tronco blanqueado de los árboles de invierno, cada uno con una túnica hospitalaria y una gorra militar, algunos con gafas de sol, otros apoyados en muletas, con miembros vendados, unos sin brazos, otros sin piernas, otros sin rostro, sin rostro alguno, fila tras fila, sentados y de pie, un ejército de dobles, un *Doppelgänger Korps*, los estudiantes y sus dobles, todos con la mirada fija en Ryūnosuke, y Ryūnosuke que se echaba a temblar, se estremecía, y los estudiantes que empezaban a reírse, a reírse de Ryūnosuke, y los dobles se burlaban, se burlaban de Ryūnosuke y a Ryūnosuke que se le caía el libro al suelo, se le olvidaba el maletín, Ryūnosuke que huía del aula lagrimeando por el pasillo.

*

En su estudio de la nueva casa de Kamakura, Yasukichi Horikawa arrojó la pluma, soltó un juramento y encendió otro cigarrillo. Quería haber terminado el último capítulo del relato que estaba publicando por entregas en Osaka Mainichi; algunos días pensaba que era lo mejor que había escrito, la historia de un joven artista y su dedicación, su obsesión, por su obra; en otras ocasiones, como aquella noche, sentía que estaba llena de fallos, como el resto de sus escritos, fallos producidos por su falta de dedicación, por su falta de obsesión con su obra, por sus continuas distracciones, porque lo consumían pensamientos sobre el dinero y el tiempo; nunca tenía suficiente dinero, nunca tenía suficiente tiempo. Había conseguido, no sabía muy bien cómo, que le redujeran las horas lectivas y al mismo tiempo le aumentaran el sueldo, para irritación, incluso desprecio, de algunos de sus colegas de la Academia. Sin embargo, aún necesitaba más dinero, de modo que seguía aceptando encargos, de modo que seguía sin tener tiempo, de modo que su relato para el Mainichi, aquel relato que era casi su mejor obra hasta la fecha, aquel relato no era más que uno de los muchos que había aceptado escribir. Si pudiera abandonar su empleo en la Academia, si pudiera conseguir plaza en una universidad, con mejor sueldo, mejor horario, más horas para escribir. Si esto, si lo otro. Soltó otro juramento. Después se maldijo a sí mismo. Si fuera capaz de dejar de pensar en el tiempo y el dinero, si fuera capaz de pensar exclusivamente en la escritura, en su escritura, ni siquiera de pensar en la escritura, si fuera simplemente capaz de escribir, escribir y punto… Apagó el cigarrillo. Cogió la pluma, intentó ponerla en movimiento de nuevo. Pero ya no estaba, había desaparecido; el momento había pasado, había pasado de nuevo. Soltó la pluma otra vez. Se levantó del escritorio, se levantó de su obra. Fue al baño y después al dormitorio.

Yasukichi se tumbó junto a su esposa dormida. Cogió un libro del

suelo y se puso a leerlo en la cama. Era *The Night Side of Nature, or, Ghosts and Ghost-Seers*, de la novelista británica Catherine Crowe, publicado por primera vez en 1848. Yasukichi lo había encontrado una tarde en Jimbōchō. Sabía que Baudelaire era un admirador de la obra, pero también había oído que Catherine Crowe había enloquecido durante el proceso de investigación y escritura. Convencida de que los espíritus podían hacerla invisible, la encontraron desnuda una noche de invierno por las calles de Edimburgo. Yasukichi había comprado el libro sin pensarlo dos veces y ya era al menos la segunda vez que lo leía. Volvió al capítulo de los *doppelgänger*, pero pronto empezaron a pesarle los párpados, a cerrarse, abrirse y caer de nuevo, abrirse y caer de nuevo, caer de nuevo y cerrarse—

Un número de vodevil. En el escenario, una pantalla colgante, un espectáculo de linterna mágica, escenas de la Guerra Sino-japonesa, escenas de la Guerra Ruso-japonesa, a su alrededor la multitud ondeaba banderas de Japón y gritaba «*¡Banzai, Banzai, Banzai!*» a pleno pulmón. Una mano lo agarraba de la manga, del brazo, se lo apretaba cada vez más, cada vez más fuerte, una mujer, una mujer a la que conocía pero no sabía de qué, se reía, se reía y señalaba, señalaba y decía «eres tú, eres tú, siempre eres tú…».

En el escenario, delante de la pantalla, Yasukichi veía a su doble, su doble exacto, lo veía de pie en el escenario junto a una caja, vestido de esmoquin, sombrero de copa incluido, hablando con la multitud, pidiendo un voluntario, la mujer, esa misma mujer, señalaba a Yasukichi, lo empujaba hacia delante, la multitud lo agarraba, lo empujaba hacia delante, hacia el escenario, lo subía al escenario, su doble, de esmoquin, sombrero de copa incluido, abría la caja, el enorme osario del mundo, una absoluta Oscuridad se extendía por el mundo, la mujer, esa misma mujer, también estaba en el escenario, delante de la caja, besaba a Yasukichi en los labios, empujaba a Yasukichi a la caja, dentro de la caja, la tapa de la caja caía, la tapa se cerraba, la tapa se cerraba—

Oscuro, todo oscuro; absoluta y completa negrura. Yasukichi intentaba hablar, intentaba gritar, chillar, pero sus labios, su lengua estaban resecos y mudos, sus pulmones, su corazón jadeaban, palpitaban, sus brazos, sus puños golpeaban las paredes de la caja, sus pies, su rostro apenas a unos centímetros de la madera de la caja, la madera, la caja empezaba a temblar, a estremecerse, a estremecerse y chillar, chillar con el sonido de una sierra, de una sierra y de sus dientes, sus dientes—

¿Cómo puedes tú dormir tranquilo?

Media luz, luz grisácea, luz diurna sobre una colina. La mujer caminaba hacia la verja de la casa de Yasukichi, la casa de su familia

en Tabata, su esposa zurcía unas prendas sentada en el *kotatsu*, la mujer se detenía junto a un farol de piedra en el jardín, su esposa cantaba una canción a su hijo, la mujer descorría la puerta de su casa, su esposa se arrodillaba ante ella en el *genkan*, la mujer le tendía a su propio recién nacido a su esposa, el hijo de Yasukichi lloraba, el recién nacido chillaba, su esposa lloraba, la mujer chillaba, su esposa lo buscaba a él, tumbado en el futón, vestido con una túnica de estampado chino y una Biblia abierta sobre el pecho, y lo sacudía, le gritaba, le rogaba: «Despierta, despierta…».

*

Ryūnosuke, un editor y un colega de más edad, Jun'ichirō Tanizaki, estaban sentados en un café en Jimbōchō, fumando un cigarrillo tras otro, escuchando música de una gramola al otro lado de la sala, cotilleando sobre políticos, burlándose de otros escritores. Ryūnosuke hablaba poco. Le abrumaba el otro escritor, mayor que él, no solo por la fuerza de su obra, sino por el mero poder de su personalidad, su vitalidad, su absoluta vitalidad. Incluso el traje negro y la corbata roja que llevaba proclamaban a voces la autoconfianza y el magnetismo de aquel hombre y atraían la atención de la clientela del local, todas las miradas convergían en él, se clavaban en su mesa —

—Me he pasado la mitad del día dando vueltas en un automóvil.

—¿Estaba realizando algún tipo de investigación? —preguntó el editor.

Con la mejilla apoyada en una mano, el escritor de mayor edad respondió con completo abandono. —No, simplemente me apetecía dar vueltas por la ciudad.

Ryūnosuke envidiaba la libertad de aquel hombre y sus ojos debieron dejar ver sus celos pues el escritor preguntó: —¿Está usted trabajando en algo últimamente?

Ryūnosuke suspiró. —Aunque siento como si me estuviera prostituyendo, me he comprometido a escribir un relato de detectives para Chuō Kōron…

—¡Yo también! —exclamó el escritor de más edad—. ¡Qué curioso! Y debo decir que estoy disfrutando del reto. ¿De qué trata el suyo?

Ryūnosuke suspiró de nuevo: —La verdad es que apenas he comenzado, pero mi idea es escribir sobre el tema de los dobles…

—¡Yo también! —exclamó de nuevo el escritor de más edad—. ¡Qué curioso! Yo casi he terminado. Trata sobre dos artistas, Ōkawa y Aono. Son rivales acérrimos. Un día Ōkawa se le aparece a Aono como

su *doppelgänger* e incluso cita el famoso cuento de Edgar Allan Poe…

—Es una idea brillante —afirmó el editor—. Al público le encantará tener la ocasión de comparar cómo tratan ustedes el mismo tema, las dos luminarias del firmamento literario, frente a frente, compitiendo mano a mano, por así decir…

Ryūnosuke se puso enfermo. Se disculpó y se levantó de la mesa. Caminó rápidamente hacia los servicios, cerró la puerta, se agachó y vomitó varias veces.

Ryūnosuke volvió a ponerse de pie. Se giró hacia el lavabo. Abrió el grifo, se lavó la cara, se lavó las manos, se secó la cara, se secó las manos y observó su imagen en el espejo: qué has hecho…

De vuelta a la mesa, Ryūnosuke se detuvo junto a la gramola. La música había terminado. Se inclinó sobre la gramola y leyó la etiqueta del disco: *Schwanengesang - Schubert*.

Ryūnosuke sintió miedo. Miró a su amigo y al editor al otro lado de la sala. Pero su amigo y el editor ya no estaban allí. Y sobre la mesa solo había una taza de café. Su taza de café. Ryūnosuke puso una moneda de plata sobre el mostrador y se dirigió a la puerta.

—Son veinte *sen*, señor.

La moneda que Ryūnosuke había dejado en el mostrador era de cobre, no de plata.

*

Yasukichi Horikawa soltó de nuevo la pluma. Cogió el paquete de cigarrillos Golden Bat. Lo soltó en el escritorio inmediatamente. Cogió el paquete de Shikishima. Sacó un cigarrillo. Se lo llevó a los labios. Cogió la caja de cerillas, la agitó dos veces, sacó una cerilla y encendió el cigarrillo. Miró el manuscrito, suspiró y exhaló el humo contra el escritorio. Estiró el brazo y cogió la pila de sobres. Los pasó uno a uno, dándoles la vuelta para leer los nombres y direcciones de los remitentes. Uno de los sobres no tenía nombre. Sintió que la sangre se le congelaba en las venas, que se le vaciaban de aire los pulmones. Dejó el cigarrillo en el cenicero. Cogió el abrecartas. Abrió el sobre. Extrajo la carta y leyó:

Muy señor mío,

Se encuentra usted bajo vigilancia.

Le he advertido, pero usted ha hecho caso omiso de mis palabras. Ha dudado usted de mi determinación y sinceridad. Pero ya no dudará más:

Se les ha visto pasear juntos por Ginza, en público, delante de todo el mundo, bajo las farolas eléctricas, ante los escaparates de los

comercios, detenerse ante una sastrería occidental, reírse de los maniquíes, entrar en una librería, curiosear entre los volúmenes, con total osadía y el mayor de los descaros, como si no supieran de la existencia del pecado. Sí, debería caérsele la cara de vergüenza al leer esta carta, y no obstante sigue usted empeñado en creer que no es más que fruto de la casualidad, una broma pesada, ¿No es así? Bien, pues en la mencionada librería, en el segundo piso, con esa mujer a su lado, con esa mujer del brazo, descubrió usted unas obras completas de Dostoievski, sacó uno de los volúmenes de la estantería y lo abrió por la página del título. Era la novela *Dvoynik, El doble*.

Usted compró el libro, salieron de la librería y caminaron y caminaron hasta llegar a una tienda de segunda mano. En el escaparate había un cisne disecado, con el cuello erecto, las alas amarillentas y apolilladas. Allí, ante el cisne disecado, a plena luz del día, se abrazaron, se besaron y se despidieron. Ella se fue hacia el sur y usted hacia el norte.

Usted esperó en la cola, subió al tranvía. Entre las letras rojas de los anuncios que colgaban del techo, ante las cenicientas salpicaduras de barro que manchaban las ventanas. Se sentó entre los pasajeros. El tranvía se alejaba de las luces, penetraba en las tinieblas, se levantó del asiento y se apeó del vehículo. El lugar estaba desierto, la única presencia eran las sombras. Subió usted una cuesta. Dobló a la derecha, dobló a la izquierda. Abrió la cancela de la verja exterior de una casa. La cancela se cerró detrás de usted. En la noche y bajo la lluvia. Entre los faroles de piedra, detrás de los altos árboles. A pesar de la hora, a pesar de lo tarde que era. Había luz en la casa, se oía a los niños en un dormitorio. Entonces la luz se apagó, los niños callaron. Usted subió por la empinada escalera, caminó por el pasillo. Entró en su estudio. El estudio estaba lleno de libros, el suelo cubierto de papeles. Tarros en una mesa, pinceles en los tarros. Usted se despojó del abrigo. Colgó el abrigo. Después se despojó de la piel. Colgó la piel. Lo que quedaba permaneció de pie en el centro de la habitación. Más pequeño que un hombre. Quizá no midiera más de un metro. Más ligero que un hombre. Quizá no pesara más de quince kilos. De un tono verdoso, de un brillo reptiliano. Tenía las manos palmeadas. Tenía los pies palmeados. Y una concavidad en lo alto la cabeza, bajo una mata de pelo castaño, corto, áspero. El ser cogió un pincel fino. Dio unos pasos hasta la piel. El pellejo completo de un hombre colgaba de una percha. Entonces el ser comenzó a retocar el pellejo con el pincel. Un toque por aquí, una pincelada por allá. El ser se apartó de la piel en la percha. Metió el pincel en su tarro. Volvió a la piel en la percha. Descolgó la piel de la percha. La sacudió como un manto. Se envolvió en ella. Y recuperó el aspecto de hombre, el ser volvió a convertirse en usted. Y entonces usted se giró hacia la

ventana. Y en la noche, bajo la lluvia. Usted me sonrió sin vergüenza, sin vergüenza, y se rio y dijo «¡Quack, quack! Encantado de conocerle. Me llamo Tock».

He descubierto su auténtico ser. Ahora lo haré público.

No habrá más advertencias. No habrá más oportunidades.

Yasukichi dejó caer la carta sobre el escritorio. Observó la carta, la carta que yacía sobre el blanco papel del manuscrito, junto a su ejemplar de *Dvoynik*.

*

Ryūnosuke oía el repiqueteo de la lluvia en el bosquecillo de bambú del exterior. El viento en las hojas y las olas del río. Ryūnosuke contempló el cigarrillo que tenía entre los dedos. Aún ardía, aún era largo. Ryūnosuke sacudió la cabeza. —No lo entiendo —dijo.

—No es cuestión de entender sino de creer —replicó el hombre—. De creer, sencillamente…

Ryūnosuke miró al hombre al otro lado de la mesa. —Entonces, ¿no puede usted ayudarme? —preguntó.

El hombre se puso de pie. Caminó hasta una de las pilas de libros y papeles. Cogió un libro de la pila. Volvió a la mesa y le entregó una Biblia a Ryūnosuke—

—Solo el que gobierna sus pasiones es capaz de obtener la paz y la santidad. Por el contrario, el que no consigue dominar sus pasiones está condenado a habitar en el Infierno convertido en demonio.

*

Era la Época del Invierno, aún era la Época del Invierno, alrededor del segundo aniversario de la muerte del Sensei. Yasukichi Horikawa tomó el tren de Kamakura a Tokio, cruzó la ciudad, compró un ramo de flores y entró en el cementerio de Zōshigaya por la puerta norte. Vestía un impermeable, llevaba las flores. Entró en el cementerio y recorrió una avenida flanqueada de arces y zelkovas del Japón cuyas hojas ya habían caído. Aparte de él, no había nadie en el cementerio, nadie vivo, a excepción de dos cuervos que volaban ruidosos por encima de él, cada vez más y más bajo; sus alas proyectaban sombras sobre él mientras caminaba. Yasukichi alzó la vista hacia los cuervos y les puso los nombres de Han-shan y Shih-te, pero Han-shan y Shih-te parecían reírse de él, *¡A-hō! ¡A-hō!*, burlándose y mofándose. Yasukichi siguió caminando, dobló en el cruce, y caminó por la amplia avenida central, después dobló por la segunda a la izquierda y llegó

por fin a la tumba del Sensei.

Se trataba de la tumba permanente, una lápida de granito alta, gris, terminada para el primer aniversario de la muerte del Sensei, majestuosa e imponente, un monumento a la figura de aquel hombre. Sin embargo, Yasukichi sentía que de alguna forma el diseño de la tumba no hacía justicia a la personalidad del hombre, del escritor al que había tenido el honor, el privilegio de conocer. Aún así, Yasukichi dividió el ramo en dos. Colocó las flores en los dos jarrones de metal que había en el altar delante de la tumba. Sacó del bolsillo del impermeable una caja de varillas de incienso y las cerillas. Extrajo nueve varillas de incienso, devolvió la caja al bolsillo, encendió una cerilla, prendió las varillas y las colocó en una bandeja de granito entre los jarrones de metal con las flores. Retrocedió un paso, inclinó la cabeza ante la tumba y cerró los ojos.

«*Si lo aborda todo de modo racional se volverá demasiado severo. Si rema por el río de las emociones lo arrastrará la corriente, si da rienda suelta a sus deseos lo aprisionarán. Este mundo nuestro no es la más agradable de las moradas…*».

Yasukichi unió las manos. Se inclinó una vez más y abrió los ojos. Se despidió del Sensei, se dio la vuelta y se alejó de la tumba—

En el sendero había un hombre que le cortaba el paso, un hombre que era su doble exacto.

—¿Cómo demonios me has seguido? —preguntó Yasukichi.

—*Ce grand malheur de ne pouvoir être seul* —respondió el hombre.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Después de tanto tiempo? ¿Me vienes con palabras prestadas? —preguntó Yasukichi.

—No —respondió el hombre—. He venido a despedirme. Y a darte una última oportunidad: ¡Déjame en paz, vete de mi mundo! ¡Lárgate! ¡Lárgate! Refúgiate en otro lugar, con otra persona…

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves a hablarme así! —protestó Yasukichi—. ¡Eres tú quien debe dejarme en paz, quien debe marcharse de mi mundo! Eres tú quien debería convertirse en un hombre nuevo y mejor. Te he visto tal y como eres, he visto cómo eres en realidad, cómo eres ahora y cómo serás en el futuro. Y te digo que una gran catástrofe se acerca.

Con estas palabras, Yasukichi dejó a Ryūnosuke delante de la tumba, *en el verde bosque, en la frontera oscura*, vestido con su impermeable, con su paraguas occidental apoyado contra la verja de granito que rodeaba la tumba de Natsume Sōseki, mientras Kanzan y Jittoku graznaban y se peleaban por encima de su cabeza y el inquilino de la tumba susurraba:

«*¿Cómo escapar excepto por la fe, la locura o la muerte…?*».

*

Un año nuevo, un nuevo comienzo. Una nueva vida, vida de escritor. Has dimitido de la Academia Naval, has firmado un contrato exclusivo con la revista Osaka Mainichi. *Volverás con tu mujer a la casa de Tabata, con tus padres adoptivos y tu tía Fuki, y dejarás atrás esta casa. En Kamakura, junto al mar, con su estanque de lotos, con sus plantas de bashō. Lluvia en el estanque, gotas en las hojas. En el estanque y en las hojas. La vida tranquila, esa vida tranquila. Nunca más, nunca más. En el baño, en el espejo. Contemplas tu rostro, tu piel, tu calavera. Sacas la lengua, te bajas el párpado inferior. Enciendes la luz, apagas la luz. Estás y no estás, no estás y estás. Tú eres el mago, tú el ilusionista. Con tu esmoquin, con tu sombrero de copa. En el escenario, delante de la caja. Las luces en el rostro, la sierra en la mano. Doblas la hoja, compruebas los dientes. Comienzas a trabajar, sierras la madera. Sierras y sierras, sierras y sierras. Dejas caer la sierra, separas la caja. La caja por la mitad, el hombre por la mitad, el hombre en el interior partido en dos. Sentados en el borde de sus butacas, los espectadores contienen el aliento. Unes de nuevo las dos mitades de la caja y observas la herida en la madera. Redoble de tambor, el público espera. Otro redoble, aún espera. En el escenario, delante de la caja. Observas la herida, buscas las palabras mágicas. Que unan la caja, que unan al hombre. En el escenario, delante de la caja. El hombre serrado en dos, el hombre en dos mitades. El hombre que eres, tú eres ese hombre. El hombre que fuma Golden Bat, el hombre que fuma Shikishima, el hombre que se abstiene, el hombre que bebe, el hombre que es fiel, el hombre que engaña a su mujer, el hombre que es buen padre, el hombre que es mal padre, el hombre que es buen hijo, el hombre que es mal hijo, el hombre de Oriente, el hombre de Occidente, el hombre que cree, el hombre que no, el hombre que miente, el hombre que miente; ese hombre, esos hombres, tú eres esos hombres, yo soy esos hombres, nosotros somos esos hombres. Pero nos faltan las palabras mágicas porque nos falta voluntad. Por eso no podremos unirnos de nuevo, por eso no podrás unirme de nuevo.*

Hará unos diez años, por cuestiones artísticas, me enamoré del cristianismo —sobre todo del catolicismo. Aún hoy guardo una vívida imagen en la memoria del Templo Japonés de la Sagrada Madre de Nagasaki. Pero no era más que un cuervo picoteando las semillas sembradas por Hakushū Kitahara y Mokutarō Kinoshita.

Ryūnosuke Akutagawa, *El hombre de Occidente*, 1927.

En mil novecientos diecinueve, año octavo del Período Taishō, estoy impaciente. Impaciente por que llegue la mañana con los ojos abiertos, por que la casa se despierte y se levante, impaciente por el olor de la sopa de

miso, por el sabor de las gachas de avena, la leche y los huevos cocidos, impaciente por el tacto del periódico, por leer las noticias del precio del arroz, siempre el precio del arroz, el precio del arroz y…

Última iniciativa japonesa en materia de discriminación racial

El país pedirá a la comunidad internacional que en reconocimiento del Principio de Igualdad la Declaración sea independiente del Acuerdo.

Medidas drásticas en corea

La situación se agrava— Tokio decide aplicar medidas severas.

Yokohama gravemente dañada

3.700 edificios destruidos, 20.000 personas sin hogar, las pérdidas se calculan en 50 millones de yenes.

Terremoto en tokio

A las 9:53 de ayer un terremoto de dos minutos de duración devastó la ciudad de Tokio. El epicentro se encuentra situado frente a la costa de Kinkazan, a unos 190 km de la capital.

Noticias locales

Los conocidos intelectuales Ryūnosuke Akutagawa y Kan Kikuchi saldrán de Tokio esta mañana, domingo 4 de mayo, en dirección a Nagasaki. Se espera su regreso a final de mes.

… Impaciente por afeitarme, ducharme y vestirme, por ponerme el abrigo y coger el sombrero, por pasar por el genkan *y calzarme, por coger las maletas, despedirme de mi familia y de mi esposa y salir de esta casa, salir de mi casa, por cruzar la ciudad en un taxi que ya espera, llegar a la estación, caminar hasta el andén, esperar en el andén, esperar a Kikuchi, reunirme con Kikuchi, por subir al tren, el Súper Expreso, por dejar esta ciudad, dejar atrás esta ciudad, impaciente por que Tokio se desdibuje en la distancia, se desdibuje y desaparezca, por correr y correr, atravesar el país, ver pasar las ciudades, las fábricas, las chimeneas que nos desfilan por delante —Yokohama, Nagoya, Kioto, Osaka, Kobe, Okayama, Hiroshima, Ogori, por seguir hasta Shimonoseki, cruzar el Estrecho de Tsushima en ferry hasta Mojiko y después seguir hasta Hakata cruzando Kokura— de estación en estación, estación a estación. Estoy impaciente, estoy impaciente; impaciente por ver el sol en la bahía, las cometas surcando el cielo, las golondrinas veloces entre los tejados, los patos bajo los puentes, los montones de plátanos y mikanes junto a las carreteras, el*

Templo de Nuestra Señora en lo alto de la colina, en todo lo alto de la colina, altísimo bajo el cielo, impaciente por subir, por subir a esa colina, por seguir los pasos de los maestros, de Mokutarō y Hakushū, los pasos de los maestros que seguían los pasos del Maestro, y las canciones que cantaban, oh, las canciones que cantaban, impaciente por oírlas, por oír aquellas canciones, impaciente por cantarlas, por cantar aquellas canciones, por oír y cantar yo mismo aquellas canciones…

Creo en las enseñanzas heréticas de un época degenerada,
en la brujería del Dios de los cristianos,
en el capitán de los negros navíos, en el país fantástico de los pelirrojos,
en la copa escarlata, en el clavel fragante,
en el calicó, el aguardiente y el vino tinto de los Bárbaros del Sur:
Los dominicos de ojos azules que cantan la liturgia e incluso en sueños me hablan
del Dios de la fe prohibida, de la Cruz ensangrentada,
del ingenioso invento que hace que un grano de mostaza sea tan grande como una manzana,
del extraño catalejo plegable cuya mirada alcanza el Paraíso.
De piedra levantan sus casas, la blanca sangre del mármol
se desborda en cuencos de cristal y dicen que rompe a arder cuando cae la noche.
El hermoso sueño eléctrico se mezcla con el incienso del terciopelo
reflejando al pájaro y las bestias de la luna.
Dicen que sus cosméticos se fabrican con flores de plantas venenosas,
que las imágenes de María se pintan con óleos de piedras podridas;
Las cartas azules escritas de costado en latín, en portugués,
rebosan una triste y hermosa música del Cielo.
Revelaos ante nosotros, oh, Santos Padres de la ilusión,
aunque nuestros cien años queden en un instante,
aunque perezcamos en la sangrienta cruz,
merecerá la pena; deseamos el Secreto, ese extraño sueño escarlata:
Jesús, hoy te adoramos con nuestros cuerpos y nuestros espíritus envueltos en el incienso de tu anhelo.

…«Jashumōn Hikyoku», la «Canción secreta de los herejes»; impaciente

por oírla, por cantarla yo mismo, por creerla, por creerla yo mismo, un hombre de Oriente ante esta puerta de Occidente, este tapiz del Este y el Oeste, esta «Pequeña Roma», mi «Pequeña Roma», mi Nagasaki; estoy impaciente por llegar a mi Nagasaki…

*

Tokutarō Nagami esperaba en el *genkan* de la gran casa de su familia en Nagasaki. Estaba impaciente y estaba nervioso y llevaba esperando mucho rato. Se suponía que sus huéspedes habían salido de Tokio el 30 de abril y debían llegar el primero de mayo. Sin embargo, no habían partido de Tokio hasta el día anterior, 4 de mayo, a causa de un retraso. Además, no los conocía, lo cual aumentaba su impaciencia, aumentaba su nerviosismo. La visita la había concertado un conocido común de más edad, Kōichiro Kondō, así que solo conocía a sus invitados por su reputación y sus obras.

En el genkan, Tokutarō Nagami suspiró y consultó el reloj de nuevo; casi las seis en punto. Sabía que debía haber ido a la estación, sabía que debía haber ido a esperarles al tren. Pero el señor Akutagawa se había disculpado profusamente por la demora y las molestias que le estaban ocasionando y, decidido a no causarle más problemas, había insistido mucho en que para llegar a su casa tomarían un taxi en la estación. Y sin embargo, aún no había ni rastro de ellos. Sabía que debía haber ido a la esperarlos a la estación, lo sabía…

De pronto, Nagami oyó el sonido de un automóvil, de frenos, de puertas. Llamó a los criados, abrió las puertas del genkan y recorrió el sendero del jardín hasta la verja de la casa.

Ryūnosuke Akutagawa estaba en la calle, con una maleta en la mano y otra a los pies, el abrigo en el brazo y el sombrero en la mano. Llevaba un moderno traje occidental, con una camisa blanca y una corbata oscura y calzaba unos típicos *getas*. Llevaba el pelo largo peinado hacia atrás y su rostro mostraba señas de cansancio pero esbozaba una sonrisa, una sonrisa avergonzada—

—Siento mucho haberle hecho esperar —dijo Akutagawa con una profunda inclinación—. Y todas las molestias que le he causado. Pero le doy las gracias por su amabilidad y su hospitalidad. Soy Ryūnosuke Akutagawa, encantado de conocerle.

—Tokutarō Nagami, el gusto es mío —dijo Nagami con una inclinación—. Bienvenido a Nagasaki y bienvenido a mi hogar.

Akutagawa se inclinó de nuevo y respondió —Gracias.

—¿Pero, dígame, ¿dónde está el señor Kikuchi? —inquirió Nagami con la mirada en la calle vacía.

Akutagawa sonrió avergonzado una vez más y dijo: —Me temo que poco después de pasar por Kobe el señor Kikuchi comenzó a quejarse de un fuerte dolor de cabeza. Le preocupaba no haberse recuperado del todo de la gripe española que ha padecido recientemente y temía contagiarme de nuevo, pues la he sufrido ya dos veces, así como traer la epidemia a su hogar. De modo que se bajó del tren en Okayama con la intención de dirigirse a Sanuki, su ciudad natal.

—Es horrible —exclamó Nagami.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Akutagawa—. Yo he oído que es un lugar encantador.

—No —dijo Nagami—. Me refiero a que es horrible que el señor Kikuchi esté tan enfermo. Confío en que habrá podido llegar a Sanuki…

—Desde luego —dijo Akutagawa—. ¿No ve una hermosa simetría en el hecho de regresar a morir al lugar donde uno nació?

—En todo caso, yo espero y rezo para que el asunto no llegue a tal extremo —dijo Nagami con la mirada puesta en el frío e indiferente literato que tenía delante.

Akutagawa sonrió y añadió: —Por favor, discúlpeme. No debería hacer estas bromas cuando apenas nos conocemos. Le he preocupado sin necesidad. A pesar de su gran talento, Kikuchi es incluso más hipocondríaco que yo. Sospecho que su dolor de cabeza se debía al exceso de conversación y cigarrillos en el espacio cerrado de nuestro compartimento. Además, mis sospechas se confirmaron al llegar a Mojikō. En la estación, un telegrama me informaba de que nuestro Lázaro se ha alzado de entre los muertos y se dirige en este mismo momento hacia Nagasaki, si bien tiene planeado pernoctar en Onomichi.

—Oh, qué alivio —exclamó Nagami.

Akutagawa sonrió de nuevo, de nuevo aquella sonrisa avergonzada, y dijo: —Lamento sinceramente haberle alarmado, señor Nagami. Le ruego que acepte mis disculpas…

—En absoluto —dijo Nagami—. De hecho soy yo quien debe disculparse por obligarle a responder a mis preguntas aquí en medio de la calle, después de cruzar el país entero para visitarme. Entremos, Sensei…

Nagami condujo a su huésped a través de la verja y del jardín hasta la casa y la habitación que había hecho que le prepararan. —Espero que esta habitación le resulte cómoda a la vez que interesante. Aquí se reunían los magistrados de Nagasaki con los embajadores comerciales de Inglaterra durante el Período Meiji. Confío en que será adecuada.

—Es perfecta. Muchas gracias —dijo Akutagawa.

Nagami sonrió aliviado y dijo: —Está usted en su casa. El baño ya está listo. Y aunque sé que debe estar agotado del viaje, espero que el baño le refresque y me acompañe a cenar. Para darle la bienvenida he dispuesto que preparen una cena *shippoku*, especialidad de Nagasaki que espero será de su agrado.

—Lamento causarle tantas molestias. Se lo agradezco mucho y le aseguro que estoy deseando degustar esa cena.

—Es usted muy amable —dijo Nagami—. La comida no será gran cosa, me temo. Me reuniré con usted en una hora.

Nagami dejó al huésped en manos de las criadas y regresó a su estudio a dar vueltas nerviosamente mientras se preparaba para la cena, ensayaba la conversación, practicaba sus intervenciones con la esperanza de no aburrir al huésped de la capital, cogía una de las famosas obras del célebre autor, volvía a leer un párrafo de aquí, otro de allá…

—Es un gran honor darle la bienvenida a mi hogar —dijo Nagami ofreciendo asiento a su huésped en una de las mesas rojas y redondas del tatami del comedor principal, llena de platos chinos, portugueses, holandeses y japoneses—. Esto que ve es una tradicional cena *shippoku*. Pruebe los platos en el orden que desee. No obstante, la costumbre es comenzar con una sopa de *ohire* y un breve discurso del anfitrión… Así que comencemos, pues por la sopa.

—Gracias —dijo Akutagawa.

Después de la sopa, después del breve discurso y de haber explicado cada plato a su invitado, Nagami dijo mientras comían: —Debo decir que he disfrutado mucho de su reciente obra *Vida de San Cristóbal*. Es un auténtico *tour de force* estilístico, impresionante su uso del lenguaje de la traducción japonesa de las *Fábulas* de Esopo que llevaron a cabo los jesuitas del siglo xvi.

—Gracias —dijo Akutagawa—. Es la única obra que he escrito en la que tengo alguna confianza, y si he de serle sincero no me está resultando fácil desvincularme de ella, lo mismo que me sucede, por cierto, con este delicioso plato de cerdo…

Nagami sonrió: —Gracias. Si tanto le place el *tōbani*, tengo que llevarle a probar los panecillos *dōngpōròu* de nuestro Chinatown de Shinchi. Pero volviendo a su *Vida de San Cristóbal*, en mi opinión, nada tiene que envidiar a *La tentación de San Antonio* de Monsieur Flaubert…

—Gracias —dijo Akutagawa una vez más—. Es usted muy amable, aunque la verdad es que yo creo que *La leyenda de San Julián* es una obra de mayor calidad e influencia. Temo, sin embargo, que en lo tocante a calidad, el *sashimi* de Nagasaki va a ejercer tan mala influencia sobre mí que no seré capaz de volver a probar el pescado de

Tokio.

Nagami soltó una carcajada: —Es usted demasiado generoso, Sensei, gracias. Ha escrito usted tantos relatos de tema cristiano, tantas historias maravillosas, que quisiera preguntarle de dónde procede su interés. ¿Se crió usted en un hogar cristiano, Sensei?

—En absoluto —respondió Akutagawa—. Ni siquiera en una familia particularmente religiosa en ningún sentido. Sí era, y lo sigue siendo, un hogar supersticioso, y según me cuentan, aunque naturalmente no conservo recuerdo de ello, de niño me abandonaron en la escalinata de una iglesia cristiana en Tsukiji, donde me encontró cierto obispo Williams que me entregó a uno de los encargados de los negocios de productos lácteos que poseía mi padre, el cual me devolvió a mis padres como si fuera un expósito…

—Fascinante —comentó Nagami.

—Quizá se lo parezca, quizá suene fascinante, pero lo cierto es que toda la farsa fue un simple intento de conjurar la mala suerte que me amenazaba debido a la avanzada edad de mis padres cuando nací. Le confieso, además, que el intento fue totalmente inútil.

—Cuánto lo siento —se excusó Nagami—. Le pido disculpas por mi insistencia pero, ¿cree usted que procede de ahí su interés por el cristianismo?

—Quizás —respondió Akutagawa con melancólica sonrisa—. Puede que el obispo me bautizara antes de devolverme. Puede que por eso siempre me haya sentido atraído por la Biblia y sus historias…

—Y sin embargo, esta es la primera vez que visita Nagasaki, ¿verdad?

—Lo es, en efecto —dijo Akutagawa.

—Y sin embargo, en relatos como por ejemplo La muerte de un mártir escribe usted acerca de nuestra ciudad y su historia de forma muy convincente y realista.

—Gracias.

—Le confieso que las referencias a antiguas fuentes locales del final del relato me hicieron rebuscar como un idiota en la Biblioteca de la Prefectura hasta que caí en la cuenta de que tales textos formaban parte de la ficción, eran un engaño verosímil.

—En tal caso, le pido disculpas —dijo Akutagawa—. Nada más lejos de mi intención que burlarme de los lectores. Solo pretendo que la historia les fascine.

—En este caso —dijo Nagami poniéndose en pie—, tuvo usted éxito, y debo decir que de manera admirable además. Pero ahora, y si no está usted demasiado cansado, antes de retirarnos, ¿me permite que le muestre mi biblioteca y le enseñe algunas de las bagatelas de mi colección, algunos fragmentos de sabor local?

—Será un placer —respondió Akutagawa—. Gracias.

Nagami condujo a Akutagawa por un pasillo hasta su estudio y biblioteca, donde las lámparas esperaban encendidas. Allí, uno a uno, Nagami le mostró una serie de cuadros, libros y otros objetos; porcelana de Hasami y cristal de vidrio de su colección de objetos de Nagasaki; un cuadro de una casa holandesa en Hirado; un plato con una imagen de un barco holandés anclado en la bahía, libros antiguos con ilustraciones de la vida cotidiana en Dejima.

A Akutagawa le encantaron las piezas de cristal pero naturalmente lo que más le interesó fueron las reliquias del pasado cristiano de la ciudad, particularmente una estatuilla de la *Bodhisattva Kannon* de unos treinta centímetros de altura que los Cristianos Ocultos japoneses veneraban en secreto como a la Virgen María durante los largos, largos años de la persecución.

—Estas estatuillas son excepcionales —comentó Akutagawa mientras le daba vueltas con las manos y la examinaba con atención —. ¿Son difíciles de encontrar?

Nagami negó con la cabeza: —Las estatuillas blancas son relativamente comunes. Por el contrario, las que están talladas en ébano son más escasas.

—¿En serio? ¿Había imágenes negras de la Virgen? —preguntó Akutagawa apartando la mirada de la figura.

Nagami asintió: —Desde luego. De hecho yo mismo he visto una, pero solo en una ocasión. Pertenece a la familia de un amigo de la universidad. Era muy hermosa, aproximadamente del mismo tamaño que esta, con el cuerpo tallado en marfil negro, el rostro de marfil blanco y un toque de coral rojo en los labios. Llevaba un collar con una cruz inspirado en los rosarios cristianos y la cruz tenía incrustaciones de oro y nácar azul.

—Increíble —exclamó Akutagawa—. Debía ser exquisita.

—Absolutamente exquisita —dijo Nagami—. Sin embargo, según mi amigo, aquella imagen negra de la Virgen era la protagonista de una extraña leyenda.

—Fascinante —comentó Akutagawa—. ¿Extraña en qué sentido?

Nagami encendió la pipa y dijo: —Verá, según mi amigo, y no es persona dada a las historias sobrenaturales, el poder de aquella Virgen negra funcionaba al revés, pues transformaba la buena fortuna en desgracia.

—Entonces pesaba sobre ella una maldición —dijo Akutagawa dejando la figura de porcelana blanca y cogiendo un cigarrillo—. Por favor, cuénteme esa historia…

Nagami sonrió y dijo: —El caso es que yo no soy un gran anecdotista y me sentiría algo avergonzado ante un narrador de su

altura…

—Por favor —insistió Akutagawa—. Me tiene usted ya completamente intrigado.

—En ese caso… —dijo Nagami—. Y si no le aburre, según mi amigo, antes de que llegara a manos de su familia, la Virgen negra perteneció a los Inugami, una adinerada familia de Tochigi.

Para los Inugami, la Virgen negra no era un simple pieza de coleccionista. Era su deidad protectora. Pero un otoño, concretamente el otoño después de la primera aparición en Uraga de los navíos negros del comodoro Perry, allá por el año sexto del Período Kaei, 1853, el benjamín de la familia, un niño de apenas ocho años llamado Mosaku, que además era el único hijo varón, contrajo un grave sarampión. A Mosaku y a su hermana mayor Oei los había criado su abuela, que tenía ya más de setenta años, pues habían perdido a sus padres en una epidemia de viruela algún tiempo antes. Como es natural, la abuela estaba terriblemente preocupada por la enfermedad del niño, que no mejoraba a pesar de los muchos esfuerzos del médico de la familia. En tan solo una semana su estado se agravó de tal forma que se hizo evidente que no viviría mucho más y que estaba a punto de morir.

Un noche mientras Oei dormía, su abuela entró abruptamente en la habitación, la despertó y la vistió. La anciana condujo a Oei, aún medio dormida, por el pasillo al exterior de la casa. Caminaron hasta un oscuro almacén de adobe que había en el jardín. Dentro del almacén había un pequeño santuario de madera blanca. La anciana lo abrió con una llave. En su interior, iluminada por el débil resplandor de una vela, Oei vio la estatuilla de una María Kannon tras un grueso velo de brocado. Agobiada por la ominosa atmósfera del oscuro y silencioso almacén de adobe, Oei se agarró a la manga de su abuela y comenzó a llorar. Pero la anciana no prestó atención a sus lágrimas y se arrodilló ante la imagen de la Virgen negra, se hizo la señal de la cruz en la frente y el pecho y comenzó a rezar fervorosamente con palabras que Oei nunca había oído.

Después de un rato, la anciana dejó de rezar. Tomó a Oei en brazos, la calmó, hizo que se arrodillara junto a ella y comenzó a rezarle a la estatua negra en un idioma que Oei comprendía: «Santa Virgen María, escucha mis plegarias. Esta niña y su hermano pequeño, Mosaku, son mi único apoyo en esta vida transitoria. Mi nieta Oei es demasiado joven para tomar un marido que cuide de la familia. Si algo le sucede a mi nieto, Mosaku, mi familia, los Inugami, se quedará sin heredero varón. Por favor, consérvale la vida y no permitas que la desgracia se abata sobre él. Y si mi fe no es lo bastante firme como para merecer esta petición, déjale al menos vivir hasta que yo muera. Soy ya una anciana y no pasará mucho tiempo antes de que me toque

entregar el alma a nuestro Padre Celestial. Y que para entonces Oei haya alcanzado la edad de casarse. Por favor, atiende nuestras súplicas, por favor, detén la espada del Ángel de la Muerte y no permitas que toque a mi nieto antes de que mis propios ojos se cierren para siempre».

Así, con la cabeza baja, rezaba fervorosamente la anciana. Y mientras su abuela concluía la plegaria, Oei levantó los tímidos ojos hasta la negra imagen y la vio esbozar una leve sonrisa. Con un pequeño grito, la atemorizada niña se agarró de nuevo a la manga de su abuela. Sin embargo, la anciana parecía satisfecha. «Vámonos. Estoy segura de que la Virgen ha oído la plegaria de esta desdichada».

Al día siguiente, como si efectivamente las súplicas de la anciana hubieran sido atendidas, el estado del niño mejoró; le bajó la fiebre y por fin salió del coma. Una alegría indescriptible invadió a la abuela. Oei nunca olvidaría las lágrimas de felicidad que bañaron su rostro aquel día.

Mientras su nieto dormía plácidamente, la exhausta anciana se tumbó en la estancia contigua y por fin cerró los ojos para descansar. A su lado, Oei jugaba a las canicas y de vez en cuando miraba el tranquilo rostro de su abuela. Alrededor de una hora más tarde, la vieja criada que cuidaba al niño abrió la puerta cuidadosamente y dijo «¿Puede usted despertar a su abuela un momento, por favor, señorita Oei?».

Oei sacudió suavemente a su abuela varias veces y le dijo «Despierte, abuela, despierte». Pero la anciana no se movió y no había forma de sacarla del sueño. La criada, presa de la inquietud, entró en la habitación, contempló a la anciana y con voz dolorida y consternada gritó «¡Oh, señora Inugami, señora Inugami!».

Pero la anciana seguía inmóvil, una ligeras sombras cárdenas bajo los ojos cerrados. De pronto Oei oyó a otra criada que abría la puerta con premura y, con la mirada puesta en la anciana, decía con voz trémula, «Señora, su nieto…».

Oei comprendió que algo terrible le había sucedido a su hermano pequeño. Pero los ojos de su abuela continuaban cerrados, no se abrían, y las dos criadas lloraban y gemían tristemente a los pies de la cama.

Y, efectivamente, un instante después el niño exhalaba su último aliento. La Virgen negra le había concedido a la anciana el deseo de que su nieto viviera hasta que a ella le llegara la muerte.

Nagami dejó de hablar, volvió a encender la pipa con una cerilla y miró a su huésped sentado otro lado de la mesa.

Akutagawa observaba fijamente la María Kannon de porcelana blanca que tenía delante. Apartó los ojos de ella y miró a Nagami: —

¿Qué fue de la nieta, Oei?

—La adoptó la familia de un pariente lejano —respondió Nagami —. Según mi amigo, esa línea de la familia Inugami se extinguió con ella. Es más, se dice que el heredero de la familia adoptiva, al que Oei estaba prometida, murió en la Batalla del Castillo de Utsonomiya.

—Y entonces, ¿cómo consiguió la estatuilla de la Virgen negra la familia de su amigo y supo de su leyenda? —preguntó Akutagawa.

—Eso mismo pregunté yo —respondió Nagami—. Tashiro-kun, mi amigo, me contó que su padre, un reputado coleccionista de antigüedades y reliquias, la compró en un anticuario cercano al templo de Futarayama en un viaje de negocios a Utsonomiya. El propietario de la tienda no quiso vendérsela hasta asegurarse de que el padre de Tashiro no era seguidor de lo que él llamaba la «Fe de María», advertirle de la maldición que pesaba sobre ella y contarle la historia asociada con aquella Virgen Negra.

—Es un relato absolutamente fascinante, misterioso y triste —comentó Akutagawa—. Le agradezco el haberlo compartido conmigo. Además, le confieso mi envidia por haber tenido oportunidad de observarla, tenerla en las manos y contemplar su rostro.

—Así fue —dijo Nagami—. Pero debo decir que, a pesar de su belleza, aquella Virgen tenía una sonrisa de lo más arrogante, casi diría que desdeñosa.

Akutagawa asintió: —Ya me lo imagino.

—Sin duda, su expresión aumentaba la verosimilitud de la historia —dijo Nagami—. Al menos en mi opinión. Y recuerdo ahora un último detalle que quizá le interese: en la peana de la figura de la Virgen negra había grabada una inscripción en latín que rezaba así:

Desine fata deum flecti sperare precando.

—«No esperes cambiar con plegarias los decretos de Dios» —susurró Akutagawa con los ojos llenos de lágrimas.

*

¿Hasta cuándo, Señor? ¿Me olvidarás por siempre? ¿Hasta cuándo esconderás de mí tu rostro?

¿Hasta cuándo he de albergar afanes en mi alma, pesar en mi corazón día tras día? ¿Hasta cuándo prevalecerán sobre mí mis enemigos?

Observa Tú y atiéndeme, oh, Señor, Dios mío; ilumina mis ojos, no me duerma en la muerte;

que no diga mi enemigo: «le he podido» y goce mi opresor, si yo perezco.

En cuanto a mí, confío en tus bondades; mi corazón en tu liberación se regocija.

Al Señor quiero cantar, Él es mi recompensa.

*

Sentado tras el escritorio de su estudio en el piso superior de paredes forradas de madera del Seminario de Latín de la Iglesia Católica de Ōura, el padre Léon Gracy abrió los ojos, miró el cielo y la bahía por la ventana y suspiró. Ya no le gustaba aquel lugar como solía gustarle aquel lugar, ya no amaba aquel lugar como solía amar aquel lugar. Sabía que aún era un lugar de Dios, aún en la tierra de Dios. Sabía que lo habían enviado allí a hacer la obra de Dios, estaba allí para predicar la palabra de Dios. Para educar, para instruir, para enseñar a los sacerdotes japoneses a difundir la palabra de Dios. Su palabra de amor, Su palabra de paz, Su palabra de misericordia, Su palabra de perdón. Se había unido a la *Societé des Missions Étrangères* de París con el fin de difundir esa palabra, Su palabra. Había rezado para que lo enviaran allí a acometer aquella obra, Su obra. Y Dios había oído sus plegarias, y Dios había atendido sus plegarias. Más de veinte años ya desde su llegada a Japón. Había estudiado japonés en Kagoshima, había ejercido el ministerio en Ōita, después había venido a Nagasaki, a aquella iglesia y a su seminario, y más tarde lo habían nombrado rector del seminario. Y había hecho la obra de Dios, había difundido la palabra de Dios, Su palabra de amor, Su palabra de paz, Su palabra de misericordia, Su palabra de perdón, en los lugares de Dios, en la tierra de Dios.

Pero los lugares de Dios en la tierra de Dios habían cambiado, habían caído en desgracia, habían caído muy, muy en desgracia. Se decía, pero quién lo decía y a quién, eso era un misterio, que había más creyentes al final de la guerra que al principio, tanto entre militares como entre civiles. Gracias a *Dieu et patrie*, gracias a la *foi patriotique*: si no era una Guerra Santa, si no era una Cruzada, al menos sí era una Guerra Justa, una Cruzada Justa, decían, luchemos para frenar el sempiterno barbarismo teutónico, luchemos para acabar con todas las guerras, decían. Y durante tres años, durante aquellos tres años desde que lo llamaran a filas, durante aquellos tres años de servicio, había sido testigo de la Catástrofe, del suicidio de la Europa civilizada; católico contra católico, cristiano contra cristiano, creyente contra creyente, hombre contra hombre, una y otra vez y otra y otra, matar y matar. El horror que había presenciado, el horror del que había sido testigo, era imposible de olvidar, imposible de perdonar.

Detrás del escritorio de su estudio, el padre Léon Gracy se giró y observó, como siempre hacía, el retrato enmarcado del padre Bernard-Thadée Petitjean, un hombre al que nunca había visto pero al que una vez había creído conocer, el hombre que de niño había sido su

inspiración, el hombre que le había motivado a unirse a la *Societé des Missions Étrangères*. En una época diferente, en un mundo diferente. El padre Léon Gracy se giró de nuevo y observó el otro retrato que tenía en el escritorio: un hombre con un uniforme diferente, un hombre al que había conocido, un hombre al que había amado; un joven que había caído llevando aquel uniforme, al que habían matado y asesinado en el sangriento fango de Verdún, un hermano sacerdote llamado Philippe, pero en el fondo, uno más de tantos, tantísimos hermanos muertos, caídos, asesinados, perdidos para siempre, mientras él, en cambio, seguía vivo, aún respiraba, allí, en aquel lugar, un lugar de Dios en la tierra de Dios; la misma tierra de Dios que había devorado, se había tragado, se había llevado a tantos—

¿Hasta cuándo, Señor? ¿Me olvidarás por siempre?

Con los ojos llenos de lágrimas, con el corazón rebosante de pena, el padre Léon Gracy miró a la pared, a la cruz que colgaba de la pared —

¿Hasta cuándo esconderás de mí tu rostro?

Nuestro Señor, el padre Philippe y el padre Petitjean: cada día, cada hora, aquella trinidad velaba por él, le sonreía, y sin embargo cada día, cada hora, él era consciente de que les había fallado, cada día, cada hora, les fallaba y les traicionaba; incapaz de olvidar, incapaz de perdonar, con ojos oscurecidos, dormía—

El sueño de la muerte, en el sueño de la muerte…

Incapaz de perdonar, incapaz de amar.

Con los ojos enrojecidos y los hombros bajos, el padre Léon Gracy se levantó del escritorio y salió del estudio, y con paso melancólico, el hábito arrastrando por el suelo, salió del seminario y subió la escalinata de la iglesia.

El edificio estaba oscuro y vacío como siempre, el cristal y la cruz desabridos y ocultos. El edificio solo estaba iluminado y lleno durante las misas de los domingos o en los días de fiesta, pero la mayoría de los feligreses y los asistentes eran europeos o americanos, importantes hombres de negocios o funcionarios, de modo que la única presencia japonesa eran sus esposas.

El padre Léon Gracy caminó por el pasillo hacia el altar mayor y la cruz y una vez allí, sentado en un banco a la derecha, delante de la tumba del Padre Petitjean y la estatua de la Virgen con el Niño, descubrió a un japonés vestido a la occidental que parecía sumido en profundos pensamientos.

—*Konnichi-wa* —dijo el padre Léon Gracy.

El joven se giró hacia el padre Gracy, inclinó levemente la cabeza, le sonrió y dijo: —Buenas tardes, padre.

—Buenas tardes —respondió el padre Gracy—. No es mi intención

molestar pero si hay algo en lo que pueda ayudarle, estaré aquí.

—Gracias —respondió el joven—. En realidad, y por favor disculpe mi ignorancia, pues vengo de visita desde Tokio, ¿Es este el lugar donde los cristianos ocultos y clandestinos se dieron a conocer al padre Petitjean?

—Sí —respondió el padre Gracy—. Como dice la carta que escribió al día siguiente, poco después de acabada la construcción de la iglesia en 1865, el padre Petitjean se encontró con un grupo de unos doce o quince japoneses, hombres, mujeres y niños, que esperaban de pie en el exterior y que entraron con él cuando abrió la puerta. Entonces él vino a este lugar, o a un lugar muy cercano a este, y cuando empezó a rezar el padrenuestro, una anciana llamada Isaberina Yuri Sugimoto se llevó la mano al pecho y en susurros le dijo al padre Petitjean «los corazones de los aquí presentes sienten lo mismo que el suyo…«

—El Milagro de Ōura —afirmó el joven.

—Efectivamente —replicó el padre Gracy—. Después de casi doscientos cincuenta años de aislamiento, fue verdaderamente un milagro.

—Pero permítame una pregunta —dijo el joven—. ¿No contenía ya ese milagro las semillas de una tragedia? Después de leer acerca de las persecuciones y las muertes que siguieron, eso que llamamos Kuzure o Cuarta Persecución, dígame sinceramente, padre, ¿No habría sido mejor que aquellos cristianos hubiesen seguido ocultos?

El padre Gracy observó al joven sentado en el banco con su traje occidental, le sonrió y dijo: —¿Puedo sentarme con usted un momento?

—No faltaba más —contestó el joven—. Por favor…

El padre Gracy tomó asiento junto al joven delante de la tumba del padre Petitjean y de la estatua de la Virgen con el Niño y dijo: —Tiene razón en lo que dice. El Urakami Yonban Kuzure fue un suceso terrible. Muchos de los así llamados cristianos ocultos sufrieron torturas y casi tres mil quinientos fueron enviados al destierro y condenados a trabajos forzados, y se dice que al menos seiscientos de ellos murieron. Sin duda, fue una terrible tragedia. Pero la tragedia, las persecuciones y destierros, conmocionaron de tal forma al mundo que el gobierno Meiji se vio obligado a levantar la prohibición contra la libertad religiosa, en vigor desde hacía más de dos siglos y medio. ¿Puedo preguntarle si ha visitado usted Urakami?

—Aún no —respondió el joven—. Pensaba ir mañana.

El padre Gracy sonrió de nuevo: —Bien. Muy bien. Pues cuando visite la espléndida iglesia nueva de Urakami, una de las mayores iglesias de Oriente, espero que vea, espero que sienta que la persecución y los sufrimientos que soportaron los cristianos de

Urakami no fueron en vano.

—Estoy seguro de ello —dijo el joven con los ojos fijos en la estatua de la Virgen con el Niño—. Pero…

—Por favor, continúe… —dijo el padre Gracy.

—Verá, he oído que algunos de los así llamados Cristianos Ocultos no se han reconciliado aún con la Iglesia; que las prácticas y creencias que seguían durante la larga época de la clandestinidad se consideran heréticas actualmente, que se han apartado de la doctrina oficial de la Iglesia de Roma y que incluso hoy en día se niegan a renunciar a ellas —explicó el joven.

—En algunos casos ha habido un cisma, efectivamente —reconoció el padre Gracy.

—Estoy muy interesado en la historia y las narraciones de la fe cristiana en mi país —dijo el joven—, y he leído y recopilado muchas de esas narraciones y cuentos. Sin embargo, muchas veces tengo la sensación de que la historia del cristianismo en Japón es la historia de una serie de malas interpretaciones.

—¿Malas interpretaciones…? —preguntó el padre Gracy— ¿A qué se refiere?

—A malas interpretaciones de Dios, del auténtico significado de Dios.

El padre Gracy observó al joven sentado a su lado en el banco y giró el rostro hacia la tumba del padre Petitjean al tiempo que preguntaba: —¿A qué historias y cuentos se refiere concretamente?

—Bueno, y solo si dispone usted de tiempo, hay una en particular, que podría ser de utilidad para ilustrar la cuestión —dijo el joven.

—Tengo tiempo, y también a mí me interesan, he leído y me son conocidas muchas de las historias de nuestra fe en el Japón. ¿Cuál de ellas tiene usted en mente?

—La historia de la fe de Genta —contestó el joven.

—No la conozco. Por favor… —reconoció el padre Gracy con los ojos aún fijos en la tumba del padre Petitjean.

—Sucedió en la época de la persecución —comenzó el joven—. Y sucedió cerca de aquí. Un día, a orillas del río Urakami, cerca de su desembocadura en la bahía y el mar, una anciana encontró entre los altos juncos a un recién nacido abandonado en una cesta de bambú. La anciana, que era una de las criadas de la casa del jefe de la aldea de Urakami, un hombre llamado Saburōji, llevó al niño en su cesta a casa de su señor. El señor y su esposa tenían ya muchos hijos, y no necesitaban una boca más que alimentar, y menos una boca cuyas manos aún no podían trabajar a cambio de su comida. Pero la anciana era una criada buena y leal que había criado al señor desde la infancia y después había servido con devoción a su esposa y había criado a sus

hijos como si fueran propios, ya que no se había casado y no tenía descendencia. Por eso, al ver a la anciana compadecida del bebé en la cesta, se apiadaron de ella y le permitieron quedarse con él y criarlo como si fuera su hijo. La anciana dio gracias a sus señores con lágrimas en los ojos, puso al bebé el nombre de Genta y lo adoptó.

Cuando Genta tenía siete años, la anciana murió. El señor y su esposa consolaron al niño, le permitieron seguir viviendo en la casa, en la misma habitación que había ocupado con su madre adoptiva, y le dieron un empleo de criado en su hogar, con tareas y obligaciones. La vida de Genta, así como su trabajo, era difícil y dura. A decir verdad, en poco se diferenciaba de una vaca o un caballo. Pero Genta no se quejaba, no holgazaneaba, siempre atento a sus tareas, siempre diligente en sus obligaciones, siempre una luz en los ojos y una sonrisa en los labios. En las escasas ocasiones en que disfrutaba de tiempo libre lo primero que hacía era arreglar la tumba de su madre adoptiva, limpiar la lápida y adornarla con flores. Después, bajaba entre los juncos de las riberas hasta la desembocadura del río para mirar el mar y contemplar las olas, con una luz en los ojos y una sonrisa en los labios.

Sin embargo, cuando Genta tenía quince años, un día, que acababa de limpiar la tumba de su madre adoptiva y paseaba por la orilla del mar, un enorme y súbito tifón azotó la aldea arrancando los tejados de las casas, arruinando los sembrados, anegando las orillas del río y sumergiendo los altos juncos de las riberas. Cuando pasó el temporal y bajó la inundación, y a pesar de que el señor envió a todos los criados en su busca, no hubo manera de encontrar a Genta. Supusieron que se lo habría tragado el mar, creyeron que se había ahogado entre las olas.

Pero después de cuarenta días y cuarenta noches, Genta regresó de pronto a casa de su señor, con la ropa hecha jirones, el pelo apelmazado y en la frente una marca de barro, la cruz de los cristianos. Condujeron a Genta a presencia de su señor, que le pidió que contara su desaparición y su regreso. De modo que, siempre con una luz en los ojos y una sonrisa en los labios, pero con voz calma y digna, una voz muy diferente de la voz de antes, dijo, «paseando por la ribera del río, entre los altos juncos, en dirección a la orilla del mar, me encontré con un extranjero de pelo rojo. El extranjero me relató muchas cosas de este mundo y del próximo, me quitó mi antiguo nombre y me dio uno nuevo, y después me llevó al borde de las aguas, donde me sumergió bajo las olas mientras la tempestad rugía sobre mi cabeza y las aguas se desbordaban a mi alrededor. Después me soltó y al volver sobre las olas y sentir el aire circulando por mis pulmones supe que había sentido el aliento del mismo Dios».

El señor se había entristecido al creer que Genta se había ahogado,

así que se alegró de ver que el joven volvía con vida a su casa. Escuchó en silencio el relato de lo que le había sucedido pero al contemplar la marca de barro que llevaba en la frente le preguntó: «¿Qué nuevo nombre te dio ese extranjero de pelo rojo?».

El joven respondió: «Yaso».

En la oscura y vacía iglesia, con la cruz oculta y sin brillo, el padre Gracy se giró bruscamente hacia el joven que le relataba aquella historia y dijo: —¿Ha dicho Yaso?

—Sí —respondió el joven—. Yaso, nuestra antigua palabra para Jesús.

El padre Gracy asintió. —Continúe —dijo.

—Como iba diciendo, esto sucedió durante la persecución, la fe cristiana estaba prohibida y severamente castigada. El señor se preocupó mucho. Hizo que los criados encerraran al joven en los establos mientras decidía qué hacer, pues estaba confundido e indeciso. Desde luego, el joven no era más que un criado, pero era fiel y bondadoso. Quizá había perdido la razón durante la tormenta a causa del miedo y después la sed y el hambre lo habían vuelto loco. Quizá ahora que había vuelto, la comida y el agua lo repondrían y volvería a ser el de antes, el buen y leal criado llamado Genta. Así fue como el señor decidió concederle algo de tiempo, pero prohibió terminantemente a los demás criados que dijeran nada del regreso del joven o de la historia que había contado.

Pero la gente habla y los criados murmuran, de manera que el rumor del regreso del joven y de la historia que había contado se difundió por la región. Y un día la noticia llegó a un pueblo, un pueblo donde los habitantes practicaban en secreto la fe cristiana. A pesar del peligro, a pesar del riesgo, los ancianos del pueblo decidieron ir a ver al joven con sus propios ojos y escuchar el relato con sus propios oídos. Por eso, una noche, al amparo de la oscuridad, tres de ellos viajaron hasta la casa de Saburōji y entraron a hurtadillas en los establos. Y allí encontraron al joven y oyeron su relato, lo oyeron pronunciar su nombre, con una luz en los ojos y una sonrisa en los labios, Yaso.

Aquellos cristianos ocultos quedaron atónitos, aquellos cristianos ocultos quedaron confusos, y le preguntaron al joven: «¿Cómo puedes tú ser Yaso?».

«Soy el hijo de Dios, soy el hijo de María —respondió—. Pues todos somos hijos de Dios, todos somos hijos de María».

Sin embargo, aquellos cristianos quedaron consternados, aquellos cristianos quedaron airados, y dijeron: «Eso es una herejía, eso es una blasfemia. Tú no eres hijo de Dios, tú no eres hijo de María. Tú eres un blasfemo, tú eres un hereje». Y entonces aquellos cristianos dejaron al

joven en el establo, y entonces aquellos cristianos viajaron a Nagasaki. Allí buscaron a un juez, allí hablaron con un juez y sin mencionar sus propias creencias, sin revelar su propia fe, le hablaron del joven, le contaron su historia.

El juez envió a sus soldados a la casa de Saburōji a Urakami sin perder tiempo. El magistrado ordenó a sus soldados que arrestaran a todos los habitantes de la casa y los encerraran en la prisión de Nagasaki.

Saburōji había mantenido una relación cordial con el juez durante muchos años. Siempre pagaba sus impuestos a tiempo y nunca protestaba cuando subían. Por eso cuando Saburōji narró su parte de la historia, el juez se sintió inclinado a creerle y cuando Saburōji y todos los miembros de su casa pisaron el rostro de Cristo y escupieron sobre él, el juez los puso en libertad.

Sin embargo, aún quedaba por resolver el caso del joven que afirmaba llamarse Yaso, un caso harto complicado.

Trajeron al joven ante el juez, y el joven repitió su historia ante el juez. No cambió la historia, no negó su nombre. Y el juez lo escuchó en silencio, y después el juez estuvo un rato deliberando. Pues el juez era un hombre docto y no un hombre impulsivo. No era de Nagasaki; había nacido en Edo. Allí había estudiado la Ley y allí había estudiado la herejía cristiana. Y la Ley era muy clara: los herejes debían ser condenados a morir en la cruz. Eso decía la Ley.

El juez preguntó al joven: «¿Qué fue del extranjero de pelo rojo del que hablas una vez te hubo dado ese nuevo nombre y después de que volvieras de debajo de las aguas?».

Siempre con una luz en los ojos, siempre con una sonrisa en los labios, el joven habló: «Caminó sobre las aguas y cruzó el mar».

«¿Y desde entonces no lo has vuelto a ver?», preguntó el juez.

«No», respondió el joven. «Pero me anunció su retorno».

«¿En serio?», dijo el juez. «¿Y te dijo cuándo sería su retorno?».

«Sí», dijo el niño. «Regresará al final».

«Al final…», repitió el juez. «Bien, pues a no ser que renuncies a tus heréticas creencias, a no ser que pises el rostro de Cristo, será tu propio fin el que esté próximo. Lo sabes, ¿verdad?».

Con la luz en sus ojos y la sonrisa en los labios el joven respondió que lo sabía.

«¿Estás pues dispuesto a aceptar tu destino, tu muerte?», inquirió el juez.

«Sí». Respondió el joven. «Lo estoy».

Sentado en el banco de la oscura y vacía iglesia junto al joven, el padre Gracy sintió que le pesaban los hombros y se le llenaban los ojos de lágrimas al observar a través de las tinieblas la cruz envuelta

en sombras junto al altar.

Como ya he dicho —continuó—, el juez era un hombre docto, un hombre que había estudiado la herejía cristiana. Y aunque la Ley estipulaba claramente que los herejes debían morir crucificados, el juez decidió un destino diferente para aquel joven que se hacía llamar Yaso: no habría repetición, no habría crucifixión.

Al caer la tarde, con la marea baja, mientras los habitantes de Nagasaki y los de Urakami se reunían junto a la orilla, el juez y sus soldados condujeron al joven a la playa, a un lugar junto a la desembocadura del río Urakami. Allí, los soldados cavaron un agujero en la arena y plantaron un poste hecho con el tronco de un árbol para amarrar al joven. Pero el joven los detuvo. «No hace falta que se esfuercen», les dijo. «Porque yo me quedaré aquí esperando su regreso, pues tengo fe en que regresará a por mí».

Los soldados miraron al juez. El juez miró al joven. El joven sonrió y el juez asintió y dijo: «Así sea».

El juez y sus hombres dejaron al joven en la playa, el agua comenzaba a lamerle los pies y el joven tenía las manos juntas en oración y la mirada puesta en las alturas, y una luz en los ojos, y una sonrisa en los labios.

Oscurecía cuando el juez tomó asiento ante los habitantes de Nagasaki y los de Urakami con los ojos fijos en el joven que seguía en la playa mientras ola a ola la marea subía y el viento soplaba entre los juncos y el viento soplaba sobre las olas.

Sun a *sun, shaku* a *shaku* subía la marea, el agua se acercaba, avanzaba sobre la playa y sobre el joven, le cubría los tobillos y las espinillas, las rodillas y los muslos, por encima de la cintura y por encima del pecho, pero el joven no se movía y no movía el rostro vuelto hacia las alturas, el cielo oscuro, las aguas que subían y las olas eternas que le llegaban ya al cuello, ya a la barbilla, ya le cubrían la boca, ya le corrían por el cabello y le cubrían la cabeza, ya el joven estaba bajo las aguas, el joven estaba ya bajo las olas, y el joven se ahogó, y el joven murió.

A la mañana siguiente, cuando bajó la marea, los soldados del juez encontraron el cuerpo del joven entre los altos juncos, las manos aún juntas en oración, los ojos aún abiertos, una sonrisa aún en los labios. Y dicen que cuando movieron su cuerpo, cuando lo levantaron de los juncos, un delicado perfume invadió el aire y su boca se abrió. Y en la boca del joven floreció un lirio. Y así termina la historia de la Fe de Genta, el Yaso de Nagasaki.

Durante un buen rato en la oscura y vacía iglesia el padre Gracy no dijo una palabra. Después, con los surcos de las lágrimas aún húmedos en las mejillas, se volvió hacia el joven sentado junto a él en el banco, cuyos ojos también se llenaron de lágrimas cuando el padre Gracy le

dijo: —*Merci*. Gracias.

—No hay de qué —dijo el joven. —De todos los cuentos e historias de los mártires de Japón, la vida de este Iluminado por Cristo es mi favorita.

—¿Por qué? —preguntó el padre Gracy.

—Nací en esta época moderna —respondió el joven con cierta vacilación. —Y siento que no puedo realizar ninguna obra imperecedera. Día y noche, vivo una vida decadente y sin sentido, como si estuviera en la playa y sin embargo huyera de las olas, siempre queriendo creer y sin embargo nunca teniendo fe…

El padre Léon Gracy asintió de nuevo, sonrió con tristeza y finalmente dijo: —Aunque no le sirva de consuelo, sepa que no está solo. Acaso en todos nuestros errores y todas nuestras faltas lo que hacemos simplemente es huir de las olas, escondernos, queriendo creer, esperando tener fe. Y acaso en el fondo en eso consista la fe, en ese querer y ese esperar. En una querencia y una espera—

«Cuanto mayor la esperanza, mayor el merecimiento».

*

Hemos llegado a Nagasaki. Nos alojamos en casa del señor Nagami, que nos está enseñando la ciudad. Nagasaki me ha impresionado mucho. Perfecta fusión de los gustos chinos y occidentales. Hay muchos extranjeros y también muchos chinos. La mayor parte de la ciudad está adoquinada y tiene puentes de estilo chino. Hay tres templos católicos muy majestuosos. Ayer visité uno y pasé casi toda la tarde conversando con un sacerdote francés. Volví paseando por la ciudad y te encontré un regalo a un precio increíble que te enviaré próximamente.

Postal de Akutagawa a su esposa Fumi, en Tabata, Tokio fechada el 7 de mayo de 1919.

*

Sentado en su escritorio del Hospital Provincial de Nagasaki, Mokichi Saitō, jefe del Servicio de Psiquiatría del hospital, jefe del Departamento de Psiquiatría de la Facultad de Medicina, consejero médico de la Clínica de Primeros Auxilios de Nagasaki, y célebre escritor de tanka, cerró los ojos. Estaba agotado y deprimido; agotado por la cantidad de trabajo, deprimido por aquel lugar. Y además estaba atrapado, atrapado por culpa de Ishida.

Noburo Ishida, el psiquiatra más brillante de su generación, se había licenciado en la Facultad Imperial de Medicina de Tokio tres

años antes que Mokichi. Ishida era autor del tratado clásico sobre los trastornos psiquiátricos. Y no solo eso. Ishida también había traducido El Quijote al japonés y publicado sus propios cuentos y novelas bajo el pseudónimo de Hamatōro Ojima. En enero de 1918,viajó a los Estados Unidos con el objeto de estudiar la esquizofrenia con Adolf Meyer en el Hospital John Hopkins de Baltimore. Durante la ausencia de Ishida, Mokichi accedió a sustituirle en Nagasaki. Sin embargo, las cosas no habían salido según lo esperado; de hecho, las cosas se habían torcido por completo.

En Baltimore, a Ishida se le detectaron síntomas de esquizofrenia y empezó a padecer delirios y alucinaciones auditivas. Primero creyó haberse enamorado de la enfermera jefe, pero más tarde pasó a creer que estaba implicado en un «triángulo amoroso» con dicha enfermera y un médico alemán llamado Wolf. El veintiuno de diciembre del año anterior por la mañana temprano, Ishida persiguió y mató a tiros al Dr. George V. Wolf. La policía de Baltimore atrapó y arrestó a Ishida, pero sin embargo, hubo división de opiniones en lo referente a su estado mental. De momento, Ishida seguía encarcelado en Baltimore y Mokichi seguía atrapado en su propia prisión en Nagasaki.

Llamaron a la puerta. Mokichi abrió los ojos, se frotó la cara, miró el reloj y suspiró. Había olvidado que tenía una cita con el señor Nagami y sus dos renombrados huéspedes de Tokio.

Llamaron de nuevo a la puerta. Mokichi se levantó tras el escritorio y dijo: —Adelante, por favor.

Nagami abrió la puerta e hizo pasar a sus huéspedes con una inclinación, pidió disculpas por la interrupción, le agradeció al doctor Mokichi que los recibiera y le presentó a sus invitados—

—Estos son el señor Kan Kikuchi, o Hirochi Kikuchi, como él prefiere, y el señor Ryūnosuke Akutagawa —dijo Nagami mientras los jóvenes tokiotas, para los que conocer a Mokichi era un honor, se inclinaban y se disculpaban por la interrupción.

Mokichi salió de detrás del escritorio, hizo caso omiso de las disculpas y las expresiones de admiración, y les ofreció asiento. Después, dejó a los visitantes sentados en silencio en su despacho, fue hasta el final del pasillo y le pidió a uno de sus asistentes que trajera el té. Volvió a su despacho, se sentó de nuevo detrás del escritorio y observó a Nagami y a los dos famosos huéspedes de Tokio con sus modernos trajes occidentales, sentados al otro lado de los montones de papeles de trabajo, rechoncho y con gafas uno y más bien cadavérico y repeinado el otro, mientras se preguntaba de qué demonios hablar con aquellos dos literatos de vanguardia.

El silenció se prolongó hasta que el rollizo Kikuchi dijo de nuevo: —Es verdaderamente un privilegio conocerle, Sensei.

—Sin duda —añadió el enjuto Akutagawa.

—Desde luego, cualquiera se sentiría agradecido e impresionado de tener la ocasión de conocer a dos de nuestras más brillantes y jóvenes estrellas literarias —contestó Mokichi con un suspiro que no pudo contener.

—Créame —intervino Nagami—. Desde su llegada no han hablado más que de la posibilidad de conocerle, Sensei.

Mokichi esbozó una sonrisa sardónica no carente de escepticismo y dijo: —Me abruma usted. Estoy convencido de que soy lo menos llamativo que esta ciudad tiene que ofrecer. Espero, caballeros, que su anfitrión les habrá ofrecido un detallado y exhaustivo tour.

—Así ha sido —dijo Kikuchi—. Fíjese, solo hoy hemos visitado toda clase de lugares estimulantes. De hecho, hemos comenzado el día en la Biblioteca Provincial de Nagasaki, donde por casualidad, por pura casualidad, nos hemos encontrado con el señor Kunio Yanagita.

—Ah, sí —dijo Mokichi—. Mi esposa me ha dicho que está en la ciudad.

—¿Qué tal su esposa? —se interesó Nagami—. Espero que bien.

—Así lo creo —respondió Mokichi—. Esta mañana ha partido hacia Tokio.

De nuevo cundió el silencio en el despacho, un silencio solo interrumpido por la llegada del té y finalmente por Mokichi, que preguntó: —¿Qué les ha parecido nuestro estimado folklorista?

—Encantador —dijo Akutagawa—. Y muy amable.

Mokichi miró al macilento y repeinado joven prodigio al otro lado del escritorio, sonrió, arqueó una ceja y se volvió hacia Kikuchi para preguntarle: —¿Y qué lugares han visitado después?

—¡Qué lugares no hemos visitado, querrá decir! —rio Kikuchi—. Los templos de Sōfukuji, Daionji y Kōfukuji, las iglesias de Urakami y Nakamichi…

—El señor Akutagawa está muy interesado y conmovido por la historia del cristianismo en nuestra ciudad y su legado, Sensei —dijo Nagami.

—No me sorprende lo más mínimo —replicó Mokichi con deliberado desdén.

Entonces Akutagawa se adelantó en su asiento, miró al otro lado del escritorio atestado de papeles y con la mirada fija en Mokichi, dijo —Sensei, nunca olvidaré la noche en que leí por primera vez los primeros versos de Shakkō, los primeros tres tankas de la serie,«*corro, corro por esta carretera oscura, y a mi lado corre oscuro, oscuro mi insoportable remordimiento / ese leve resplandor de luciérnaga, de sí mismo, fuera de sí mismo, aplastado en la oscura carretera / nada, nada se puede hacer, se extinguió la luz y en la palma de mi mano, esta luciérnaga aplastada*». Vivía yo por entonces en Shinjuku. Hacía un año

de la muerte del Emperador y el suicidio del general Nogi y su esposa, y yo estaba ciego; estaba ciego de juventud. Sin embargo, cuando leí Shakkō, cuando leí su tanka, dejé de estar ciego, sané de la ceguera de la juventud. Podía ver, podía ver la luz de la poesía.

Se hizo de nuevo el silencio. Silencio mientras Mokichi inclinaba la cabeza, silencio hasta que Mokichi dijo: —Gracias. Se lo agradezco sinceramente, Akutagawa-sensei. Debe perdonarme; reconozco que estoy de un humor de perros. En realidad, esta ciudad no me ha sido tan propicia como esperaba, ni para mis investigaciones ni para mi poesía. Quizá hayan oído que el maestro Hakushū ha manifestado su intención de retirarse de la escritura del tanka. Pues bien, a pesar de que sus palabras me llenan de tristeza, al menos sé que podrá continuar ejerciendo su talento en otros géneros de poesía o prosa. Por desgracia no es ese mi caso. Sin embargo, no necesito manifestar públicamente el fin de mis tanka. Como cualquier lector se habrá dado cuenta, mis tanka mueren por sí mismos, como un demente que muere en silencio sin dejar testamento tras de sí.

—¡No! —protestó Kikuchi—. ¡No puede decir eso, por favor no diga eso, Sensei! De camino en el tren desde Tokio, Akutagawa y yo veníamos citando los últimos versos de Aratama, el tanka que escribió a su llegada a Nagasaki: *Al alba suena la sirena del barco, su eco resuena por el aire: la montaña engalanada…* ¡Qué fuerza! ¡Qué…!

—Parece que hace siglos de eso —lo cortó Mokichi—. Y sin embargo, hace apenas dos años. Me temo que llevo demasiado tiempo en esta ciudad.

De nuevo se hizo el silencio, otro silencio, un silencio largo y tenso que se prolongó hasta que Kikuchi dijo: —Nos quedamos consternados al saber de la noticia del Dr. Ishida, el incidente, el asesinato, qué tragedia…

—Desde luego —dijo Mokichi.

—Cuesta creerlo…

—Desde luego—repitió Mokichi.

—¿Hay alguna otra noticia de América? —preguntó Nagami—. ¿Alguna novedad?

Mokichi suspiró, sacudió la cabeza y dijo: —Como posiblemente ya sabrán, la Asociación Japonesa de Psiquiatría está intentando conseguir la extradición de Ishida para que reciba tratamiento y cuidados aquí. Sin embargo, incluso si tenemos éxito, será un proceso largo y farragoso. Así que de momento, Ishida permanece recluido en la prisión de Baltimore.

Akutagawa suspiró también y dijo: —Quizá tenga que ver con el lugar, con Baltimore. Al fin y al cabo es la ciudad donde Edgar Allan Poe perdió la razón y enloqueció.

—Cierto —observó Mokichi.

—Es curioso, pero me acordé de las últimas horas de Poe cuando leí el pasaje del estudio del Dr. Ishida en que describe cómo las enfermedades mentales reducen al paciente a un mero trozo de carne azotado por el delirio. El doctor concluye que sin duda es preferible la muerte que vivir en semejante estado de demencia. Dicen que cuando ingresaron a Poe en el Hospital Universitario Washington de Baltimore y le preguntaron si tenía algún amigo, respondió que su mejor amigo sería el que le trajera una pistola con la que volarse los sesos…

Una vez más, Mokichi miró a aquel joven demacrado, intenso y atribulado que ocupaba un asiento al otro lado de su escritorio. —¿De modo que es usted un estudioso de la psiquiatría, señor Akutagawa?

—No soy un estudioso —replicó Akutagawa—. Pero es una materia que me interesa e intento estar al día de lo que se publica…

—¿Tiene su interés algún motivo en particular?

—Mi madre. Se volvió loca —respondió Akutagawa.

—Comprendo. Créame que lo siento —dijo Mokichi.

—Por ello también me interesa y, evidentemente, me preocupa la naturaleza hereditaria de la demencia. Aunque —dijo Akutagawa con una sonrisa en un labios, una sonrisa distinta esta vez, resignada y solitaria—, tanto si uno es hijo de una enferma mental como si no, como escribió el maestro Sōseki en *El caminante*, «*Cómo escapar de este mundo excepto por la fe, la locura o la muerte…*?».

—Desde luego —comentó Mokichi poniéndose de pie bruscamente para mirar por la ventana. La enorme grúa de los astilleros Mitsubishi asomaba entre los árboles, el eco de la sirena del ferry de Shanghái resonaba por el puerto. Entonces, de espaldas a sus invitados, suspiró una vez más y dijo: —No importa donde uno vaya, no importa dónde se esconda, ya sea en Oriente o en Occidente, en América o en Japón, en Nagasaki o en Tokio, esa trinidad de opciones parece seguir siendo nuestra única escapatoria…

En el Hospital Provincial de Nagasaki, en el pesado silencio del despacho, en aquel último y definitivo silencio, casi en un susurro, Akutagawa dijo: —Al final, como dijo Poe en su lecho de muerte, «*Dios, ayuda a mi pobre alma*».

*

En mil novecientos diecinueve, en el año octavo del Período Taishō, espero. Espero al tren de Tokio en la estación de Nagasaki, espero en el tren la vuelta a Tokio, en la estación de vuelta en Tokio, espero en el taxi de vuelta a Tabata, en el genkan de mi casa, espero en el vestíbulo, en el baño, en el dormitorio, en el estudio, espero en mi escritorio, entre mis

libros, entre mis papeles. Espero, espero; espero oír el viento entre los juncos, espero la marea y espero las olas, espero, simplemente espero, aún espero, siempre espero, estoy esperando, estoy esperando; esperando y anhelando, anhelando sentir el aliento de Dios…

«¿Dónde va, maese Melocotón?», dijo un faisán. «Al País de los Demonios, a robarles sus tesoros…», respondió Momotarō.

Momotarō, el niño melocotón, cuento tradicional japonés.

1

La marea estaba alta, el momento había llegado, así que Ryūnosuke recorrió la pasarela a largas zancadas y subió a bordo del *Chikugo-maru* en Mojikō…

—Yo no tengo valor para viajar a China —decía Kume a los amigos reunidos en su gran fiesta de despedida en el Seikoyen de Ueno—

El *Chikugo-maru* comenzó a moverse, los motores vibraban mientras Ryūnosuke subía a la cubierta superior y se sentaba en una butaca de mimbre…

—Sin embargo, el señor Akutagawa aquí presente sí lo tiene. Y será resuelto. Y será fuerte porque es un gran tipo. ¡El mejor de todos nosotros!

En cubierta, sentado en su butaca, con un puro entre los dedos y el viento acariciándole el cabello, Ryūnosuke contempló el horizonte más allá del mar…

—China fue una gran potencia en el pasado —le informó Ton Satomi—. Es increíble que una nación tan grande haya perdido su poder tan deprisa. Por eso, cuando esté en China no piense solo en la grandeza de su pasado; busque su grandeza actual. La China antigua se esfuerza como un viejo árbol, pero la nueva China tiene la pujanza de la hierba nueva, de la hierba silvestre…

—Y olvídese de guías japoneses mal informados —le recomendó Jun'ichirō Tanizaki—. En mi opinión, los chinos son muy amables y nunca he visto a uno que se comportara de forma indebida. El único peligro son los soldados. En el tumulto de la Revolución, los hay por doquier en las grandes ciudades, sobre todo en Nankín. De modo que elija un guía de confianza y que sea chino…

Sentado en su butaca con su puro entre los dedos, Ryūnosuke observó cómo las espumosas aguas de la bahía se convertían en olas de alta mar…

Cómo había envidiado las aventuras de Tanizaki-sensei en China,

qué celos había tenido del viaje a China de Haruo Satō; cuántas veces había pedido y suplicado al editor de Osaka Mainichi que le permitiera seguir sus pasos, que le permitiera internarse en territorio chino; era un japonés con sueños chinos, un niño japonés que había crecido leyendo libros chinos, criado con el Saiyūki, educado con el Suikoden. Con ojos hambrientos, bajo una tenue luz. Noches sin dormir, noches de lectura. En el escritorio, en el baño. En el tren, por la calle. Noche tras noche, día tras día. Soñando, imaginando hermosas y feroces guerreras, monjes audaces e intrépidos. El enorme tigre del Paso de Jinyang, el estandarte de batalla con la leyenda «obramos en nombre del Cielo». Espada de madera en mano, guerreaba con compañeros de armas imaginarios. Desde entonces hasta ahora, leyendo, siempre leyendo; una y otra vez, riendo y llorando. Una y otra vez cambiando, transformándose. Aquellos libros chinos, sus sueños chinos. Le transformaron entonces y aún ahora lo hacían. Una espada de juguete entonces, una trémula pluma ahora: sus propias palabras, sus propios relatos inspirados por China, enamorados de China—

Su inspiración primera, su primer amor verdadero…

—Por favor, cuídate mucho —le pidió, le suplicó su mujer en la estación, en el andén, entre el vapor y las lágrimas—. Ten cuidado con lo que comes y con lo que bebes. No olvides descansar y, por favor, no te preocupes por nosotros…

Batientes y coronadas de espuma, las olas de alta mar eran ya grises colinas que golpeaban las bordas del barco y salpicaban las butacas de cubierta, las grises colinas ya negras montañas que le empapaban el abrigo y le apagaban el puro, se subió el cuello y se metió un caramelo de menta en la boca, agitado, mareado, el estómago revuelto, la cabeza inestable, las manos en los bolsillos, la espalda contra el asiento, las mesas volcadas, los resbalones de la tripulación, la espalda rígida, los ojos fijos en el horizonte, en el ondulado horizonte, un barquichuelo, un remolcador, finas columnas de humo, un último resto de valentía tragado por las aguas, perdido en la mar, su instinto marinero perdido, su equilibrio perdido, tumbos por aquí, tropezones por allá, Ryūnosuke admitió la derrota y bajó al camarote, a su bamboleante litera, el estómago le daba vueltas, echó un vistazo al ojo de buey, por el ojo de buey, el horizonte bajaba, el horizonte subía, se inclinaba, giraba, apartó la vista del ojo de buey y se miró las manos, un golpe de mar, un vaivén, los libros cayeron de la litera, los papeles resbalaron de la mesa, un golpe de mar aún mayor, la porcelana de la cocina rodó por el suelo, las butacas de mimbre de cubierta se volcaron, se levantó de la litera, se agarró a la pared, bilis en la boca, bilis en el lavabo, se desplomó en la litera, otro golpe de mar, se volvió a levantar de la litera, medio de pie corrió al

lavabo, más arcadas, más bilis, agarrado a la pared, a duras penas regresó a la litera, un último golpe de mar y todo lo que había soñado, todo lo que había imaginado subía y bajaba, el país de sus sueños, el país de su imaginación daba vueltas y vueltas, subía y bajaba, las montañas eran colinas, tumbos y tropezones, las colinas eran olas, batientes y coronadas de espuma…

De nuevo en la fresca cubierta, sentado en la butaca húmeda. Un cigarrillo arrugado entre los dedos, un mar tranquilo ante los ojos; un mar sin memoria, una tierra a la vista: el país soñado, la tierra imaginada. Ryūnosuke encendió el cigarro y Ryūnosuke saludó con la mano a la tierra firme. Era la tarde del 30 de marzo de 1921—

Esto es lo que deseas, lo que deseas.

2

Lejos del mar, rio arriba. Más allá de los almacenes, los interminables almacenes. Las pilas de madera, las pilas de metal. Muelles y fundiciones. Fábricas de algodón y astilleros. Carteles publicitarios sobre postes. Prometiendo remedios, ofreciendo cigarrillos. Más allá de la curva, hacia el puerto, grises y blancos, una fila de buques de guerra. Cruceros y destructores. Perros guardianes anclados. Caballos en sus establos. Todas las banderas multicolores, todas las grandes potencias. Sus cargueros y paquebotes. Abarloados. Lorchas locales, juncos nativos. Con velas como alas de murciélago, con ojos pintados de vivos colores. Observando y esperando, esperando y saludando. Ryūnosuke saludó de nuevo, saludó hacia el muelle a sus dos viejos amigos, Murata, del *Osaka Mainichi Shinbun*, y Jones, de *United Press International*, que esperaban a Ryūnosuke y saludaban a Ryūnosuke.

Sus primeros pasos en territorio chino. Rodeado de conductores de *rickshaw*, atosigado por su hedor mientras gritaban a las aterradas caras de los pasajeros que desembarcaban y se agarraban a las mangas del abrigo de Ryūnosuke. De pronto, Jones se interpuso entre los conductores y su presa y gritó por encima del estrépito: —Ryūnosuke, date prisa y no te quedes atrás…

Atravesaron la multitud de *coolies* hacia una fila de coches de caballo. Pero una vez a bordo del carruaje, en el primer cruce, el caballo se precipitó contra un muro de ladrillo y lanzó a los pasajeros de rodillas fuera de sus asientos. El cochero golpeaba y daba latigazos al animal, que mantenía el testarudo hocico contra los ladrillos y danzaba frenéticamente con las patas traseras lanzando coces y sacudiendo el carruaje a un lado y al otro con más violencia que las

olas del mar. Jones se limitó a reírse y a decir: —Bienvenido a Shanghái, Ryūnosuke.

Sometido por golpes o simplemente agotado, el caballo reculó y pronto trotaban de nuevo junto a un río. Había tantas barcazas, tantos sampanes, borda con borda, proa con proa, popa con popa que no se veía el agua. A su izquierda, luminosos trenes verdes corrían por un puente. A su derecha, edificios de ladrillo rojo de tres o cuatro pisos. Entre los edificios, chinos y occidentales caminaban a paso rápido por el asfalto de la calle ancha y larga y, a las órdenes de un policía indio enturbantado de rojo, cedían el paso a su carruaje. Horrorizado al principio por la ferocidad de los conductores de *rickshaw* y la violencia del cochero, Ryūnosuke se maravillaba ahora ante el súbito orden en aquel océano de caos.

El carruaje se detuvo delante de un hotel. El cochero tenía ya la mano extendida. Murata dejó caer unos céntimos en la palma abierta, pero el cochero no retiró la mano. De las comisuras de la boca salían despedidas gotas de saliva mientras les gritaba a la cara una y otra vez. Murata y Jones ignoraron al tipo y entraron en el hotel sin perder tiempo. Ryūnosuke echó una rápida mirada por encima del hombro y vio al cochero, ya sentado en el pescante, el dinero en el bolsillo y el látigo en la mano. Ryūnosuke se sintió algo engañado por el espectáculo del cochero. *¿Para qué tanto escándalo si en el fondo le daba igual?*

Una vez dentro del Hotel Dong-Ya Yangxing, a Ryūnosuke le asaltaron nuevas preocupaciones. La desierta recepción era sombría y estridente al mismo tiempo.

Jones sonrió de nuevo. —¿Sabías que este es el lugar donde asesinaron a Kim Ok-Kyum? Le dispararon a través de la ventana de su habitación…

—No lo dudo —empezó a decir Ryūnosuke, pero lo interrumpieron unas zapatillas que se acercaban ruidosamente por el pasillo y la aparición del propietario japonés, ostentosamente vestido a la occidental, que exclamó: —Bienvenidos, bienvenidos…

—Tengo entendido que mi colega, el señor Sawamura, hizo una reserva a nombre de Akutagawa —dijo Ryūnosuke.

—Ah, sí —dijo el propietario con una profunda inclinación—. Es un gran honor recibir al eximio escritor Akutagawa-sensei… Nuestra mejor habitación, reservada solo para nuestros más importantes clientes, le espera, señor. Si tiene la bondad de seguirme…

El propietario acompañó rápidamente a Ryūnosuke a una habitación junto al pasillo. Una habitación con dos camas, sin sillas, las paredes cubiertas de hollín, las cortinas apolilladas; Ryūnosuke se dio cuenta al instante de que aquella era la habitación en que Kim Ok-kyun había abierto una ventana por última vez en su vida—

—¿Y por casualidad no tendría otra habitación?

—Lo lamento señor. Esta es nuestra mejor habitación y la única disponible —respondió el propietario.

Después de unas iniciales disculpas y excusas seguidas de palabras desagradables y amenazas, el terceto se vio de nuevo en la calle.

—Al Banzaikan —dijo Jones con una sonrisa.

Una hora después, Jones esperaba a Ryūnosuke en la recepción del Banzaikan: —¡Chop-chop! La noche de Shanghái nos espera…

En el Sheperd's los camareros eran chinos y los clientes extranjeros. Ryūnosuke era el único comensal de piel amarilla. Pero el curry era mucho mejor de lo esperado, la atmósfera muy agradable y Jones tan parlanchín y al mismo tiempo melancólico como siempre: —China es mi hobby, pero Japón es mi pasión.

—En ese caso lo echarás de menos —dijo Ryūnosuke.

—Poco después de mi llegada, estaba un día sentado en un café donde la camarera era japonesa. Estaba sola, sentada en una silla mirando al infinito. «¿Cuánto tiempo lleva usted en Shanghái?» le pregunté en japonés. «Llegué ayer», respondió. Entonces le dije «En ese caso lo echará de menos». Cuando respondió «Por supuesto. Quiero irme a casa», pensé que se iba a echar a llorar. Sabía como se sentía ella entonces, que es cómo me siento yo ahora. Ya sé, ya sé, soy un sentimental…

—Quizás —dijo Ryūnosuke.

—Vámonos, *sa-ikō*… —rio Jones.

Recorrieron una avenida de cuatro carriles llena de gente en el norte de la concesión francesa hasta el Café Parisien, con su enorme pista de baile de estilo occidental. Los focos lanzaban destellos rojos y azules al compás de la música de la orquesta, como en las salas de fiestas de Asakusa. Sin embargo, la música y la orquesta eran mucho mejores que en Tokio.

En una mesa en un rincón, pidieron dos copas de anisete. Una chica filipina bailaba con un grupo de jóvenes americanos vestidos a la última. Todos eran felices, todos reían. Una pareja de ancianos británicos de complexión más bien corpulenta se acercaron a ellos bailando. Ryūnosuke sonrió: —Creo que fue Whitman el que dijo que los jóvenes son hermosos pero la belleza de los viejos es mucho más valiosa…

—Menuda sandez —gritó Jones. —Los viejos no deberían bailar. Y los versos de Whitman que deberías citar son estos: «*A través de la risa, la danza, las cenas de la gente / dentro de sus vestidos y ornamentos, dentro de sus caras lavadas y depiladas / yace un secreto y callado asco y una desesperanza…*».

—Ah sí, ¿*El canto del camino abierto*?

—Desde luego, *sa-ikō*… —dijo Jones riendo de nuevo.

Cuando salieron del Café Parisien, en la avenida solo quedaban los conductores de *rickshaw*. Ryūnosuke miró el reloj y dijo: —¿No hay un sitio por aquí donde tomar una copa?

—Sí, sí, justo aquí al lado —respondió Jones.

Por la calle de edificios de tres y cuatro plantas no se oía más que el sonido de sus pasos. Caminaron mirando el resplandor de las estrellas en el cielo y de vez en cuando las luces de las tiendas, una tienda de empeños de paredes blancas, el cartel publicitario de un médico, una ajada pared de estuco empapelada de anuncios de cigarrillos Nanyang. —Tengo una sed terrible… —dijo de pronto Ryūnosuke.

—Paciencia —respondió Jones—. Está aquí al lado…

El café era mucho menos elegante que el Parisien. Cerca de la puerta de cristal una anciana china vendía rosas. En el centro de la sala, tres o cuatro marineros británicos bailaban provocativamente con unas mujeres de mundo profusamente maquilladas. Un niño chino peinado con raya en medio aporreaba un piano enorme delante de una pared rosa al fondo del local. En otra mesa en otro rincón, Jones y Ryūnosuke pidieron dos sodas frías—

—Me siento como si mirara una revista —afirmó Ryūnosuke—. Sin duda el único título posible de esa imagen sería Shanghái…

Seis marineros más irrumpieron en el local beodamente y al lanzarse al centro de la sala tiraron al suelo el cesto de rosas de la anciana china y empezaron a bailar frenéticamente con sus compañeros de tripulación y las mujeres de mundo aplastando las flores, pisándole los dedos a la anciana—

Jones se puso en pie: —Larguémonos de aquí…

—Sí —dijo Ryūnosuke.

Jones le lanzó una moneda a la anciana en el cesto mientras decía: —Permíteme que te hable de la vida, Ryūnosuke…

—Adelante —dijo Ryūnosuke—. ¿Qué es la vida?

Mientras le abría la puerta a Ryūnosuke, Jones afirmó: —La vida… La vida es un camino abierto salpicado de rosas…

Una vez fuera, los conductores de rickshaw se les echaron encima desde todas las direcciones. Ryūnosuke sintió una mano que le tiraba de la manga. La anciana de las flores le agarraba el brazo con una mano, le tendía la otra como una mendiga, los labios llenos de saliva, y le gritaba algo a la cara una y otra vez.

—Señora, lo siento profundamente por sus lozanas rosas, pisoteadas por esos marineros borrachos, sí, pero también vendidas por una persona tan avariciosa como usted —le dijo Ryūnosuke.

Jones se limitó a reírse y por segunda vez en el día le dijo: —

Bienvenido a Shanghái, Ryūnosuke. Bienvenido a China…

—Gracias —respondió Ryūnosuke—. Pero me niego a creer que Shanghái sea China.

—Quizás todavía no —dijo Jones y, de pronto, estornudó.

3

Alimentando el fuego con carbón, conversamos sobre el feto …

En el Banzaikan, en su habitación, en su cama, Ryūnosuke despertó de pronto de un sueño terrible. Un cuchillo se remetía entre sus costillas, un dolor punzante en el costado y la parte baja del pecho. Ryūnosuke se sentó en la cama y tosió. Sin embargo, el dolor era real, el dolor era intenso. Reptaba desde el abdomen hasta los hombros y se le agarraba alrededor del cuello. Tosió de nuevo y de nuevo el dolor. Le atravesaba el pecho, le horadaba los hombros. Temblaba, ardía. Ryūnosuke se desplomó en la almohada. Hacía frío, había humedad. Ryūnosuke sudaba tumbado en la cama. Maldijo su suerte, esperó a la doncella. Y al doctor.

Diagnóstico de pleuritis seca. Ryūnosuke tendría que estar al menos dos semanas de reposo en el Hospital Satomi en Miller Street. El Dr. Satomi en persona le administraría una inyección cada dos días.

Desamparado y presa de la desesperación, Ryūnosuke temía que no tendría más remedio que cancelar el viaje. Envió un telegrama a Osaka. La respuesta llegó sin demora: *Esperamos su pronta recuperación, pero tómese el tiempo necesario. Después continúe el viaje según lo planeado. Esperamos artículos y reportaje tan pronto como esté de nuevo en forma.*

Tumbado boca arriba, en su cama. En la habitación, en la sala del hospital. Jones o Murata lo visitaban todos los días. De vez en cuando, admiradores desconocidos le enviaban cestas de fruta y ramos de flores. Poco después, había tantas cajas de galletas en una estantería cerca de su cabeza que no sabía cómo deshacerse de ellas. Por suerte, Jones siempre traía un apetito feroz. Y afortunadamente también traía libros: los relatos de Friedrich de la Motte Fouqué, los ensayos de Herbert Giles y los poemas de Eunice Titjens.

Ryūnosuke agradecía cualquier distracción. La fiebre no le bajaba, así que tenía la mente constantemente embotada. Durante el día estaba convencido de que la muerte le acechaba a la vuelta de la esquina. A la caída de la tarde tomaba una dosis de Calmotin para ahorrarse los terrores de la noche. Pero antes del alba siempre estaba despierto repitiendo para sí el verso del poema de Wang Cihui:

«Tomar medicinas sin efecto produce sueños extraños y recurrentes…».

Un espectáculo de vodevil de vuelta a Tokio. En escena, una pantalla, un espectáculo de linterna mágica, escenas de la Guerra Sino-japonesa: la Batalla de Weihaiwei, el hundimiento del Dingyuan, el Capitán Higuchi al frente de la tropa con un brazo y protegiendo a un bebé chino con el otro; a su alrededor una enorme multitud daba vivas a la bandera japonesa y gritaba a pleno pulmón «*Banzai, Banzai, Banzai*». Una mano se agarraba de su manga, se agarraba de su brazo, fuerte, cada vez más fuerte, la mano de una mujer, de una mujer a la que reconocía; una mujer a la que había deseado y a la que ahora despreciaba, la mujer reía, la mujer decía «*Sa-ikō…*».

Sobre su cabeza un farolillo chino, a través de la ventana una balaustrada china; en el patio una falsa acacia, más allá de la verja una ciudad en llamas; en la estación, en el andén, un niño calcinado junto al cadáver de su madre, los brazos extendidos, la boca abierta en un grito, un grito silencioso; la mujer, la mujer de antes, sonreía. «Mira bien, Ryūnosuke. Esto es todo lo que queda. Solo un páramo…».

Media luz, luz grisácea, luz diurna sobre una colina. Esa mujer, esa misma mujer caminaba hacia la verja de la casa de Ryūnosuke, de la casa de su familia en Tabata. Su esposa zurcía unas prendas sentada en el kotatsu, la mujer se detenía junto a un farol de piedra en el jardín, su esposa cantaba una canción a su hijo, la mujer descorría la puerta de su casa, su esposa se arrodillaba ante ella en el genkan, la mujer le tendía a su propio recién nacido a su esposa, su hijo lloraba, el recién nacido chillaba, su esposa lloraba, la mujer chillaba, su esposa lo buscaba a él, tumbado en el futón con una túnica de estampado chino y una Biblia abierta sobre el pecho, y lo sacudía, le gritaba, le rogaba, «¡Despierta, despierta…!».

Alimentando el fuego con carbón, conversamos sobre el feto…

Veintidós noches, veintitrés días. Tumbado boca arriba en la cama. En la habitación, en la sala. En el hospital, en Miller Street. Vientos de Mongolia golpeaban las ventanas, polvo amarillo cegaba el sol. El sol se defendía, la primavera se acercaba. Finalmente la fiebre cedía, el dolor se aplacaba.

El Dr. Satomi sonrió y dijo: —Buenas noticias, Sensei. Ya está usted recuperado. Puede marcharse…

4

Sentado en un carruaje a toda velocidad por una calle atestada. Con el

señor Yosoki, distinguido poeta, como guía. Ryūnosuke no tenía tiempo que perder. La tarde lluviosa y ya oscura. A través del chubasco, a través de la atmósfera plomiza, las tiendas se sucedían—

Aves asadas de color rojo oscuro colgadas unas junto a otras a la luz de las lámparas, luz y reflejos, tienda tras tienda, cubertería y fruta, montañas de plátanos, montañas de mangos. Vejigas natatorias de pescado colgadas junto a sus torsos sangrientos, cadáveres despellejados de cerdos suspendidos pezuñas abajo en ganchos de carnicero, grutas de color carne con vagos recovecos oscuros, súbitas esferas blancas de reloj, las manecillas detenidas, una tienda de vinos vieja y ajada con un cartel viejo y gastado escrito al estilo del poeta Li Taibai.

Una avenida más ancha, doblar una esquina, doblar otra y entrar por un callejón—

El corazón de la Ciudad Vieja, el corazón del auténtico Shanghái, antaño amurallado como protección contra los piratas japoneses, los Bandidos Enanos de allende la mar, las murallas desaparecidas tiempo atrás, el corazón de la ciudad ahora abierto, abierto y palpitante, palpitante y acogedor, le daba la bienvenida—

Bajaron del carruaje y penetraron en otro callejón. Pavimento precario, adoquines resquebrajados. Tiendas de tableros de mahjong, tiendas de objetos de madera de sándalo, cartel tras cartel, uno encima de otro, chinos vestidos con túnicas negras de manga larga tropezaban y chocaban unos con otros sin palabras de disculpa pero también sin palabras de ira, sin palabras en absoluto.

Al fondo del callejón, la entrada al Jardín Yuyuan y su gran lago ornamental. Su lago cubierto de algas verdes, con carpas escondidas en sus aguas, cruzado por el Puente de las Nueve Curvas, con sus resplandores zigzagueantes aquí y allá para despistar a los malos espíritus y a los demonios, que no saben doblar esquinas, y en su centro la Casa de Té Huxinting. Desvencijada, abandonada. Una muralla de piedra en ruinas alrededor del lago, delante de la muralla un hombre. Vestido de algodón azul, el pelo recogido en una coleta. Meando en el lago, completamente ajeno al mundo. Ya podía Chen Shufan izar al viento el estandarte de la rebelión, ya podía la Alianza Anglojaponesa firmar otra renovación, que nada perturbaría su indiferencia mientras el arco sereno de su orina se derramaba en el lago atestado de algas delante de tan famoso y antiguo pabellón y su puente. Una imagen que trascendía la nostalgia, un amargo símbolo de aquel antiguo y gran país—

—Observe, por favor, que por esas piedras fluye puro meado chino y nada más —reía Yosoki.

Una sola tufarada de aquel penetrante hedor a orina era suficiente para romper cualquier hechizo—

La Casa de Té Huxinting no era más que eso, la Casa de Té Huxinting. Y los meados eran solo meados. No debería uno permitirse caer en la admiración ciega, pensó Ryūnosuke siguiendo a Yosoki de puntillas al pasar por delante de un mendigo ciego sentado en el suelo. Tantos mendigos. Mendigos por doquier. Mendigos aficionados y mendigos eremitas, mendigos profesionales y auténticos mendigos. Vestidos con capas y capas de papel de periódico, lamiéndose las rodillas putrefactas. Sobre los adoquines delante de un mendigo. Su mísera vida entera escrita con tiza con mejor caligrafía que la del mismo Ryūnosuke: *Extrañar, anhelar algo que nunca se sabrá de verdad lo que es. En eso debe consistir el Romanticismo…*

—Vamos —dijo Yosoki—. Vamos. No perdamos el tiempo en ensoñaciones con los mendigos de Shanghái, Sensei…

Un nuevo callejón, lleno de anticuarios. Los dueños chinos con sus pipas de agua en la boca entre pilas de quemadores de incienso de cobre, caballos de arcilla, tiestos de esmalte alveolado, jarrones con forma de cabeza de dragón, pisapapeles de jade, armarios incrustados de madreperla, paneles de mármol, faisanes disecados y aterradores cuadros de Chu Ying. Y al fondo del callejón, el Templo del Dios de la Ciudad. El antiguo centro neurálgico de la ciudad, punto de encuentro de artistas y lugar propicio para las hadas. Y allí moraba el Dios de la Ciudad—

El Señor del Viejo Shanghái.

Mucho tiempo atrás, Ryūnosuke había comprado una postal de aquel templo legendario. La usaba de marcapáginas y a menudo prefería la imagen a las palabras que estaba leyendo y soñaba con el día en que al fin visitara al Dios de la Ciudad—

Entre el humo y el ruido, miles de personas iban y venían, presentaban sus respetos a la deidad, le ofrecían incienso, quemaban billetes, tarjetas doradas y plateadas, y colgando de los techos, las vigas y los pilares, cubiertos de grasa y mugre, los jueces del Infierno en sus asientos a ambos lados, cuadros y estatuas que le recordaban a las ilustraciones de los *Extraños cuentos del estudio Liaozhai* o *deEl nuevo bufón de Qi*; magistrados del averno que mataban a los ladrones que arrasaban los pueblos, funcionarios de ultratumba que fracturaban codos y cortaban cabezas, el mismo Dios de la Ciudad con su rostro rojo, imponente, erguido bajo el cielo de la tarde ante Ryūnosuke, que no quería marcharse, que se resistía a seguir a Yosoki—

De nuevo entre los puestos; concentrado de caña de azúcar y botones de nácar, pañuelos y cacahuetes. Entre la multitud, un hombre con un traje claro y un alfiler de corbata de amatista, una anciana con zapatos de solo cinco centímetros de longitud. A su alrededor, Ryūnosuke descubría personajes del Jin Ping Mei y *El Precioso espejo de la cortesana de altura*. Sin embargo, Ryūnosuke no

veía a Du Fu, Yue Fei o Wang Yangmin. La nueva China no era la antigua China de la poesía y la filosofía. Era más bien la China cruel, avariciosa y obscena de la ficción…

De vuelta a la ribera del lago, en la desierta casa de té, ensordecidos por el súbito piar de una horda invisible de pájaros, jaulas colgadas de las vigas del techo. Tantas jaulas, tanto estruendo, les reventaban los tímpanos mientras huían de aquella horrible casa de té llena de pájaros chillones, con las manos en los oídos incluso ya en la calle, y más jaulas colgadas en todas las tiendas, y Yosoki que gritaba: —Un momento, por favor, quiero comprarles un pájaro a mis hijos…

En una tranquila calle lateral, delante de un escaparate, Ryūnosuke observaba un retrato de la famosa cantante de ópera Mei Lanfang pero pensaba en los hijos de Yosoki esperando a que su padre volviera a casa y en su propio hijo, esperando en su casa, allá en Tabata, allá en Tokio.

—Vamos —dijo Yosoki de nuevo, con un pájaro en una jaula en la mano—. Como dicen aquí, «el sol se pone en la ciudad vieja y se levanta en las Concesiones».

5

El señor Sawamura había organizado una serie de reuniones para que Ryūnosuke conociera y entrevistara a cierto número de importantes intelectuales chinos. El señor Nishimoto, editor del semanario *Shanhai*, se había ofrecido amablemente a ejercer de acompañante y traductor. La primera cita era en un despacho en la Concesión Francesa con Zhang Binglin. Filósofo, académico, figura política de renombre en varias revoluciones así como en las últimas revueltas, Zhang Binglin había estado en la cárcel, después de lo cual había pasado una temporada en Japón. Recibió a Ryūnosuke en su estudio, una estancia alicatada, una estancia fría, sin estufa, sin alfombras, solo libros. Vestido con un fino traje de sarga, sentado en una silla de madera sin cojín, Ryūnosuke observó el gran cocodrilo disecado que colgaba de la pared. El frío de la habitación le atravesaba la piel, pero la piel del cocodrilo no le ofrecía consuelo alguno. Ryūnosuke estaba seguro de que moriría de frío allí mismo.

A Zhang Binglin, por su parte, vestido con una bata larga formal de color gris y una chaqueta de montar con un grueso forro de piel y sentado con las piernas estiradas en una butaca de mimbre forrada igualmente en piel, no parecía hacerle mella el frío. La piel casi

amarilla, el bigote muy fino, al hablar le brillaba una fría sonrisa en los ojos enrojecidos detrás de unas elegantes gafas francesas sin montura. «Lamento decir que, políticamente hablando, la China contemporánea es un país corrupto. Desde los últimos años de la dinastía Qing, la injusticia se ha extendido a niveles desproporcionados. Tanto en el terreno intelectual como en las artes reina un extraordinario estancamiento. El pueblo chino, sin embargo, no es naturalmente dado a los extremos. Mientras conserve esa cualidad, el comunismo será imposible. Por supuesto, cierto sector del estudiantado comulga con los principios soviéticos, pero los estudiantes no son el pueblo. Incluso si el pueblo se volviera comunista, llegaría un momento en que abandonaría esa creencia. Ello se debe a que nuestra cualidad nacional, el amor por la Dorada Vía Media, es más fuerte que cualquier entusiasmo pasajero por los fuegos de artificio…».

En su duro asiento, Ryūnosuke necesitaba un cigarro desesperadamente, pero se limitaba a asentir. Zhang movía lentamente sus largas uñas y decía: «¿Cuál sería pues la forma de resucitar China? La solución a este problema, por muy concreta que sea, no puede provenir de una teoría urdida en un escritorio. Nuestros antepasados afirmaban que aquellos que comprendían las necesidades de la época eran grandes hombres. Los que no razonaban por medio de un proceso deductivo a partir de opiniones, sino que razonaban inductivamente fundamentándose en una innumerable serie de hechos. En eso consiste el conocimiento de las necesidades de la época. Solo después de determinar cuáles son dichas necesidades pueden elaborarse los planes. En esencia, este es el significado de la antigua máxima de gobernar en consonancia con la época en que se vive…».

Ryūnosuke asentía pero sus ojos acudían de nuevo al cocodrilo. Los rayos del sol primaveral, la calidez de las aguas estivales, la fragancia de las flores de loto: una vez los conociste, y sin embargo ahora, qué suerte tienes de estar disecado. ¡Apiádate de mí!

—El personaje japonés que más detesto —afirmó Zhang de pronto —, es el de Momotarō, el personaje que conquista el país de los demonios en el conocido cuento tradicional que ustedes les cuentan a todos sus niños. No puedo evitar un sentimiento de antipatía por los japoneses a los que les encanta el tal Momotarō.

Ryūnosuke había oído a muchos extranjeros hablar de Japón y ridiculizar al Príncipe Yamagata o elogiar a Hokusai. Pero hasta aquel momento jamás había oído a ninguno de los así llamados expertos en Japón pronunciar una sola palabra crítica hacia Momotarō, el niño melocotón. Las palabras de Zhang contenían más verdad que toda la elocuencia de esos expertos.

Entonces, Ryūnosuke miró a Zhang Binglin y supo que estaba en presencia de un auténtico sabio.

6

En el *Public Garden*, un jardín que no era público. Prohibido a los chinos, solo se admitía a extranjeros. Niñeras con los hijos de sus patrones, sicomoros en flor. Era todo muy hermoso, pero no era China. Era Occidente. No porque fuera avanzado, no era más avanzado que los parques de Tokio. Era solo más occidental. Y algo no era avanzado por el mero hecho de ser occidental. En la Concesión Francesa sucedía lo mismo. Las palomas zureaban suavemente y florecían los sauces. Perfume de flor de melocotón en el aire. Todo muy agradable. Pero a Ryūnosuke no le gustaban las casas occidentales. No porque fueran occidentales sino porque le parecían toscas. Igual que los japoneses que se empeñaban en usar solo ropa occidental, trastabillando por el barrio de Ginza o por el Bund con sus calcetines gruesos y sus zapatos estrechos—

—Hipócrita —rio Jones—, en realidad prefieres la ropa occidental a la japonesa. Y también prefieres vivir en un bungalow que en una casa tradicional. Siempre pides macarrones en vez de udon. Y te gusta más el café brasileño que el té japonés…

Ryūnosuke negó con la cabeza y dijo: —No, no. Admito, por ejemplo, que el cementerio occidental de Temple Street no está tan mal pero…

—No es feo —le interrumpió Jones—. Pero personalmente prefiero que me entierren bajo una esvástica budista que bajo un crucifijo. No quiero ángeles y demás fisgoneando, gesticulando y haciendo proselitismo sobre mi tumba. Lo que te pasa es que Shanghái no era lo que esperabas y no te interesan las cosas occidentales de aquí.

—Al contrario, me interesan mucho. Pero, como tú dices, hasta cierto punto Shanghái es Occidente. Observar Occidente, para bien o para mal, es divertido. Sobre todo para mí, que no conozco el «verdadero» Occidente. Lo único que digo es que, a mi pobre entender, Occidente parece fuera de lugar aquí.

—¿En serio? —dijo Jones con fingida incredulidad—. Pues a mí me parece un maridaje divino. ¿O debería decir infernal…?

Aquella ciudad malvada. Aquel Shanghái demoníaco. Ryūnosuke había oído historias de conductores de rickshaw que por las noches se convertían en forajidos, de mujeres a las que les cortaban las orejas para robarles los pendientes—

—Los peores son los de la banda Chaibai —susurró Jones—.

Atraen a las mujeres a un coche con engaños, les roban las joyas y después las estrangulan. Se inspiran en el cine. En esas películas de misterio que causan furor por aquí…

A la caída del sol aparecían los Faisanes Salvajes en el exterior de la casa de té del Loto Verde. Hablaban japonés e inglés alrededor de Ryūnosuke y Jones. Chicas con gafas oscuras paseaban en rickshaw en busca de pardillos—

—Furor —repitió Jones.

Un fumadero de opio en un edificio. Bajo la cruda luz de una bombilla desnuda, una prostituta de pelo blanqueado con lejía fumaba «medicina de los occidentales» con un cliente extranjero en una larga pipa.

Ryūnosuke había visto una gran cantidad de extranjeros estrafalarios en Shanghái, tanto hombres como mujeres, la mayoría parecían emigrantes siberianos. Incluso en el Public Garden, un mendigo ruso se había dedicado a sermonear a Ryūnosuke y a Jones.
—En realidad tampoco es para tanto —dijo Jones. —Las autoridades son muy estrictas hoy en día. En la zona occidental han desaparecido los locales de mala nota como El Dorado o el Palermo. Ahora hay que ir a los suburbios, a lugares como el Del Monte…

En el fumadero, bajo la cruda luz, Ryūnosuke sacudió la cabeza de nuevo y dijo: —Pero esto es Shanghái.

—No es China. Es la Joven China…

7

Ryūnosuke y Murata iban al encuentro de Li Renjie. Li tenía veintiocho años, era un representante de la «Joven China» y además era socialista. Avenidas de árboles verdes tras las ventanas del tranvía; la primavera se acercaba. Pero Ryūnosuke y Murata no hablaban de follaje ni de estaciones. Discutían en voz baja lo que la gente pensaba de Japón y de la formación de un nuevo consorcio extranjero. A Ryūnosuke le había sucedido algo de lo más peculiar: había sucumbido a una fiebre misteriosa a causa de la cual había abandonado el arte y solo pensaba en política y hablaba de política. Ryūnosuke culpaba de ello a Shanghái y a la peculiar atmósfera de aquella ciudad peculiar que había acumulado veinte años de problemas sobre los que pensar y hablar.

Un criado condujo a Ryūnosuke y a Murata hasta una salita con varias sillas de estilo occidental alrededor de una mesa rectangular con un cuenco de frutas de porcelana en el centro. Aquellas humildes

manzanas, uvas y peras de imitación eran el único adorno, una agradable sencillez que completaba la habitación vacía. En la esquina del fondo, una escalera de mano y un par de zapatos de estilo chino que bajaban por los peldaños—

De estatura más bien baja, vestido con una bata larga de color gris, el rostro afilado y el pelo largo, la mirada inteligente y el carácter nervioso y extremadamente serio, Li Renjie era un hombre que causaba una muy buena primera impresión. Se sentó a la mesa frente a Ryūnosuke.

Li había estudiado en Tokio, así que hablaba japonés con fluidez. Ryūnosuke quedó admirado con la profundidad de sus razonamientos.

—¿Cuál es la solución para los problemas de la China contemporánea? La respuesta no es ni una república ni una restauración monárquica. China nunca ha evolucionado a base de revoluciones políticas. Lo hemos visto en el pasado y lo estamos viendo una vez más en el presente. Por lo tanto, de lo que se trata es de llevar a cabo una «revolución social».

Para posibilitar este tipo de revolución debemos echar mano de la propaganda. Por eso escribimos. Los intelectuales chinos ilustrados no somos indiferentes a los nuevos conocimientos. De hecho, tenemos hambre de conocimiento. ¿Cómo solucionar entonces la cuestión de la escasez de libros y publicaciones donde saciar nuestra hambre? De momento, nuestro deber inmediato es el de escribir.

Ryūnosuke asintió y dijo: —El arte chino me ha decepcionado. No hay nada que merezca la pena ni en la novela ni en la pintura que he visto hasta el momento. Además, a juzgar por la situación actual en el país, esperar un renacimiento artístico, o quizá debería decir esperar un renacimiento de cualquier tipo, parece un error.

—Tengo una semilla en la mano —dijo Li—. Pero desgraciadamente el terreno es completamente árido en diez mil kilómetros a la redonda. Un absoluto páramo. Y no hay nada que hacer al respecto. Por esa razón me entristece sin remedio pensar si nuestro cuerpo es o no lo suficientemente fuerte para resistir…

Ryūnosuke asintió de nuevo y dijo: —Pero, ¿Pueden ustedes permitirse siquiera preocuparse por el arte a no ser como medio de propaganda?

—En absoluto —sentenció Li—. A lo que debemos prestar atención en la actualidad es al poder que tiene la banca china. No me refiero a los poderes que la respaldan sino más bien a su tendencia a influir en el Gobierno de Pekín. Pero esto no debe entristecernos; conocemos a nuestros enemigos, los tenemos en el punto de mira, y en el fondo no son más que un puñado de bancos…

Cuando salieron de la casa Murata comentó: —Este tipo es

realmente listo.

—Impresionante en verdad —coincidió Ryūnosuke.

—¿Sabías que, cuando estudiaba en Japón, Li era un ávido lector y admirador de tu obra?

—Todo el mundo tiene algún defecto —suspiró Ryūnosuke.

8

En su última noche, en un café, en otro rincón de otro local, en otra mesa, bajo un farolillo chino, Ryūnosuke y Jones bebían whisky con soda y observaban los enjambres de americanos y rusos que pululaban por la sala, las mujeres apoyadas en las mesas escuchando a los músicos indios de la orquesta. Una mujer con un vestido de color verde jade pasaba de un hombre a otro, su rostro hermoso pero con un punto de porcelana, un cierto aire lúgubre: *Satén verde y un baile, vino blanco / y risa resplandeciente, con dos oscilantes aretes: son dos lotos…*

—¿Quién es la chica del vestido verde? —preguntó Ryūnosuke.

—¿Aquella? Creo que es francesa. Actriz o algo así —dijo Jones encogiéndose de hombros.

—¿La conoces? ¿Conoces su historia…?

Jones se encogió de hombros otra vez. —La llaman Ninny. Pero fíjate en aquel tipo, el viejo de allí. Menuda historia la de ese…

Ryūnosuke echó una mirada al tipo de la mesa de al lado. Sostenía una copa de vino entre las manos, calentaba la copa, mecía el vino, movía la cabeza al ritmo de la orquesta.

—Es judío, ¿sabes? Vive aquí desde hace por los menos treinta años. Pero nunca habla del motivo que lo trajo a Shanghái o de por qué sigue aquí. Pienso en él con frecuencia… —susurró Jones.

—¿Qué te importa? —preguntó Ryūnosuke.

—En algo hay que pensar —dijo Jones—. La verdad es que estoy harto de China.

—De China, no —dijo Ryūnosuke—. De Shanghái.

Jones asintió: —De China. También viví en Pekín una temporada.

—¿Es porque China se está volviendo cada vez más occidental?

Jones estuvo a punto de responder, pero se quedó callado.

—Entonces, ¿dónde piensas vivir si no es en China? ¿Qué te parece volver a Japón? Podrías regresar a Tokio…

Jones negó con la cabeza: —No se debe volver a los lugares donde se ha vivido. Lo digo en serio…

—¿Dónde, pues?

Jones sonrió: —En Rusia. Bajo los soviets.

—Pues hazlo. Puedes ir donde te plazca —exclamó Ryūnosuke.

Jones cerró los ojos y estuvo un momento en silencio, un momento muy largo. Después citó en japonés unos versos del Man'yōshū, versos que Ryūnosuke había olvidado hacía mucho tiempo: «*El mundo es dolor / y deshonrosa pobreza. / Y yo no soy un pájaro. / Imposible huir volando…*«

Ryūnosuke sonrió.

Jones abrió los ojos, recorrió la sala con la mirada y dijo: —No sé el viejo judío, pero hasta Ninny parece más feliz que yo…

—¡Ajá! —rio Ryūnosuke—. ¡Ya sabía yo que tenías que conocerla!

Jones se encogió de hombros de nuevo y dijo: —No soy una persona sencilla, Ryūnosuke. Soy poeta, pintor, periodista, crítico y mucho más. Hijo, hermano, soltero e irlandés. Y para colmo soy romántico en lo mental, realista en lo vital y comunista en lo político.

—Y uno de los amantes de Ninny —dijo Ryūnosuke con una carcajada.

Jones también rio: —Sí, sí. Y ateo en lo religioso, y materialista en lo filosófico. Vámonos de aquí. *Sai-kō*…

La ciudad estaba sumida en una extraña niebla amarilla. Sus fachadas falsas, ocultas de momento. Ryūnosuke seguía a Jones por las calles, hacia el ruido del agua, hacia el rumor de las olas…

Se detuvieron cerca del agua. El chapitel de la aduana asomaba entre la niebla. Una vela negra, rasgada y ladeada chirriaba abandonada y sola. El oleaje del río subía y bajaba. Las patas negras de un muelle encadenado. Montañas de mercancía. *Cooliessentados* en pilas de barriles bajo la atmósfera húmeda del muelle.

—Es demasiado tarde para cambiar —dijo Jones.

—Entonces has malgastado tu vida.

Un grupo de prostitutas rusas exhaustas sentadas en un banco. El farolillo azul de un sampán navegando a contracorriente oscilaba sin cesar, hipnóticamente, ante sus ojos silenciosos y demacrados…

—No solo yo —dijo Jones—. El mundo entero la ha malgastado.

El tintineo apagado de unas monedas de cobre. Los chinos de los barriles apostaban. Las farolas de gas proyectaban franjas de luz a través de la niebla amarilla y los árboles mojados. Los barcos amarrados al muelle se mecían en las olas y cabeceaban entre los destellos de la luz artificial.

—Eh, mira eso —dijo Jones señalando al agua negra.

A sus pies, a merced de la marea, el pálido cadáver de un perro pequeño con una guirnalda al cuello besaba las piedras del embarcadero—

Arriba y abajo, al ritmo de la marea.

Ryūnosuke se dio la vuelta, encendió un cigarrillo y observó a las prostitutas levantarse y alejarse a paso tranquilo junto a una baranda de hierro. La joven que cerraba la procesión se dio la vuelta y le echó un vistazo furtivo con ojos pálidos. Ryūnosuke se sintió abrumado por la súbita, aplastante tristeza de los sueños: cuando después de confesarle que él era el padre de su segundo hijo, aquella mujer llamada Shigeko le dio la espalda y se alejó caminando, volvió la cabeza y le echó esa misma mirada. La prostituta se alejó sorteando las maromas de los barcos hasta desaparecer entre los barriles con sus compañeras. Una piel de plátano aplastada y pisoteada fue lo único que dejaron tras de sí. Ryūnosuke contempló el puerto más allá del agua. Todos los días pasaban por allí mercancías y monedas y a lo largo del río los barcos de guerra del mundo aprestaban sus baterías de cañones.

—Me pregunto por qué lo hacemos —dijo Jones en voz baja, con la mirada aún en el perro muerto cabeceando al compás de las negras olas.

—¿Por qué hacemos qué? —preguntó Ryūnosuke.

—Guirnaldas para los muertos —respondió Jones.

Ryūnosuke contempló el cadáver y sacudió la cabeza: —No lo sé, pero me alegro de que las hagamos. O de que algunos las hagamos —dijo.

—A lo mejor esa la hizo Ninny —dijo Jones.

Ryūnosuke se acordó de unos cuantos versos más de un poema de Eunice Tietjens y levantó la mirada hacia Jones: quizás también tú encallaste aquí, *como esos pobres / chicos nostálgicos, en esta enorme red que todo lo atrapa, / donde termina la raza blanca, en este lúgubre Shanghái / que cuelga como un tamiz sobre la mugre y la soledad…*

Ryūnosuke lanzó la colilla del cigarro hacia la noche y las aguas y dijo: —…*Pues se hunden en ti la esperanza y las jóvenes alas.*

—Qué sentimentalismo tan horrible —exclamó Jones.

Ryūnosuke asintió: —Te echaré de menos, pero a Shanghái no.

—El resto de China no es mejor —afirmó Jones—. Aún tienes demasiadas ilusiones, siempre las has tenido. Así que me temo que quedarás muy decepcionado.

—En ese caso, espero que la próxima vez que nos veamos sea en Japón y en una época más feliz, y que tú seas mucho más feliz también.

Jones contemplaba la silueta de los barcos de guerra río arriba. En la noche, con sus cañones. Silenciosos, a la espera. Se giró hacia Ryūnosuke y dijo: —Lo siento, viejo amigo. Pero lo dudo mucho.

Ryūnosuke no respondió. Allí, en aquel muelle, aquella noche, recordó su primer encuentro. Un fuego ardía alegre en una chimenea,

las llamas se reflejaban en las mesas y sillas de caoba. Hablaron toda la noche. De literatura, de Irlanda, hasta que finalmente Ryūnosuke se quedó dormido. No hacía tanto tiempo, no llegaba a los diez años, pero parecía un recuerdo de otra vida, de otro mundo. Las cálidas y acogedoras llamas de aquel fuego parecían ahora amenazantes y ominosas, y le producían una vaga sensación de ansiedad y temor.

En el muelle, en la noche, Ryūnosuke se estremeció bajo la atmósfera húmeda y preguntó: —¿Aún odias a Bernard Shaw?

—Más que nunca —rio Jones.

—¿Y la palabra de Cristo?

—Es de un sentimentalismo horrible.

Ryūnosuke contempló las aguas de nuevo, al perro, a su guirnalda, ahora inmóvil, solo flotando. El rostro de Jesús en el agua. Con los ojos, las mejillas y el cuello de la camisa llenos de lágrimas dijo: —Sin duda es mejor creer al menos en la posibilidad del perdón y la redención…

—Deberías devolver el billete —dijo Jones—. Reconciliar Oriente y Occidente es imposible. Te destrozarán, Ryūnosuke.

De pronto, Jones estornudó de nuevo.

9

Se despidieron en la noche. Ryūnosuke subió a la cubierta del *Hōyō-maru* y encendió un cigarrillo. No había un alma en el muelle. Las luces brillaban río abajo, a lo largo del Bund. Una fachada falsa, una parodia grotesca. Y allí, en la noche, sobre la cubierta, Ryūnosuke cerró los ojos…

Había una vez un melocotonero tan enorme que sus raíces llegaban a los infiernos y su copa sobresalía por encima de las nubes. Una mañana, el legendario cuervo Yatagarasu se posó entre una rama y picoteó uno de los frutos del árbol. El melocotón cayó y cayó a través de las nubes hasta un arroyo. Una anciana que no tenía hijos lo vio allí flotando en el agua. Dentro del melocotón había un niño. La anciana se lo llevó a su casa. La anciana y su marido lo llamaron Momotarō.

A Momotarō se le ocurrió la idea de conquistar la isla de los demonios porque al igual que el anciano y la anciana que lo habían adoptado y criado, odiaba el trabajo del campo, las montañas y los ríos. Los dos ancianos estaban agotados con aquel travieso huérfano, así que le regalaron una espada, le prepararon una bandera y unas cuantas gyōzas y Momotarō se puso en camino. Poco después, un

perro hambriento, un mono cobarde y un elegante faisán se unieron a él en su aventura.

A pesar de su nombre, la isla de los demonios era un hermoso paraíso. Los demonios que en ella habitaban eran tranquilos y hedonistas. Tocaban el arpa, cantaban canciones y bailaban. Sus abuelos, no obstante, les contaban todo tipo de fábulas acerca de los horribles seres humanos que moraban al otro lado del mar. «Si te portas mal te enviaremos al país de los humanos. Los hombres y mujeres de ese país son mentirosos, tacaños, envidiosos y banales. Incendian las cosas, se roban unos a otros e incluso asesinan a sus amigos por gusto o para aprovecharse de ellos».

Con la bandera del melocotón en una mano y su abanico con el emblema del sol en la otra, Momotarō sembró el pánico entre los demonios y ordenó al perro, al mono y al faisán: «¡Adelante, adelante, matad a los demonios! ¡Que no quede ni uno!».

El perro acabó con la vida de un joven demonio de un solo mordisco. El mono violó a las muchachas y después las estranguló. El faisán mató a picotazos a muchísimos cachorros de demonio. Pronto un bosque de cadáveres cubría la isla entera. Y el rey de los demonios no tuvo más remedio que rendirse a Momotarō—

—Tan grande es mi piedad que te perdono la vida —afirmó Momotarō. Pero a cambio habrás de entregarme tus tesoros y a tus hijos como rehenes. Momotarō regresó victorioso a Japón. Pero sin embargo, no vivió feliz el resto de sus días. Los hijos del rey de los demonios crecieron y se convirtieron en unos adultos de lo más desagradecidos. Conspiraban sin fin para asesinar a Momotarō, sin cesar trataban de huir de Japón, de volver a su hogar, de regresar a la Isla de los Demonios—

Sin fin, sin cesar…

Los motores del *Hōyō-maru* se pusieron en marcha. Ryūnosuke abrió los ojos, lanzó al agua la colilla del cigarro y se metió la mano en el bolsillo. Sin embargo, lo que sintió entre los dedos no fue la cajetilla de Egyptians—

«*Rosas, rosas rojas…*».

Los pétalos ya marchitos, la fragancia ya disipada, desaparecida, ya apenas un sueño—

Una pesadilla…

El súbito estruendo de la fusilería, la estridente sirena de un barco de guerra. Larvas de luciérnaga alimentándose de un caracol paralizado. Carne nueva, cuerpos nuevos. Los demonios detrás de las esquinas, el mal consultando los mapas. Una algarabía a su alrededor, griterío y destrucción. Por valles de sombras, por valles de lágrimas—

«*Qué horrible sentimentalismo*».

En la noche, sobre la cubierta. Ryūnosuke arrojó la rosa marchita al agua. Y se cubrió los oídos con los dedos y se tapó los ojos con los dedos y Ryūnosuke maldijo a Momotarō, Ryūnosuke maldijo a Yatagarasu. Y después se maldijo a sí mismo. Y rezó, con el billete en la mano; Ryūnosuke rezó y rezó por que los pájaros nunca más perturbasen las ramas de aquel árbol. Por que no volviera jamás a nacer un niño de un melocotón—

Lo que deseas no deberías desearlo.
Lanzo el pepino
desde el puente,
el agua suena
y aparece una cabeza peluda
—para Owaka-san, de Gaki el borracho.
Tanka en un biombo decorado con un kappa,
Ryūnosuke Akutagawa, Nagasaki, mayo de 1922.

Un hombre se interpone en mi camino, me corta el paso y me grita a la cara «Un ángel justiciero caerá sobre esta ciudad espada en mano. Pues esta es una nación pecaminosa, un pueblo entregado a la iniquidad, un lecho de perversión. Mirad el Parlamento y el concejo municipal. Mirad los teatros y los grandes almacenes, y la frivolidad de los hombres y mujeres que los frecuentan. Mirad a los intelectuales y a los literatos a los que admiran y los periódicos y revistas que los animan. ¡No temen insultar a lo sagrado, no temen ofender a Dios! ¡Son apóstatas, son herejes! Esto no es Tokio, esto no es Japón. ¡Esto es Sodoma y Gomorra! Y conoceréis la ira de Dios tan pronto como caiga sobre vosotros el castigo de los Cielos».

Dejo atrás al perturbado de un empujón y entro en la estación de Tokio por el control de billetes, accedo al andén por las escaleras, subo a mi tren y me marcho…

*

Kyō Tsunetō, su más antiguo y querido amigo, y el motivo de su vista a Kioto, acababa de tomar posesión de su nuevo cargo en la Facultad de Económicas de la Universidad Imperial de Kioto, así que durante el día Ryūnosuke se dedicaba a pasear por la ciudad y deambulaba por sus calles, soñando e imaginando cómo eran en los viejos tiempos. Bajo sus cielos azules, bajo sus flores de cerezo. La mirada de sus cielos, la locura de sus cerezos.

Aquel día de principios de mayo, vestido con un kimono de sarga y calzado con unas sandalias *geta*, con el cuaderno, el tabaco y el abanico en el bolso, Ryūnosuke salió de la residencia con vistas al Templo de Shimgamo en Morimoto-chō donde vivía su amigo Tsunetō,

puso rumbo sur hasta la bifurcación del río y después dobló al oeste por Imadegawa-dōri dejando atrás la parte superior del parque del Palacio Imperial y el límite inferior del campus de la Universidad Dōshisha, siguió hacia el oeste, más al oeste aún hasta el templo de Kitano Tenmangū, continuó hacia el oeste para doblar al sur a la altura de Nishiōji-dōri, y después de nuevo al oeste cuando llegó a Myōshinji-dōri, y una vez más al oeste hasta la entrada sur del enclave amurallado del Templo de Myōshinji.

Una vez allí, Ryūnosuke cruzó el puente de piedra, franqueó la puerta de madera y penetró en otro mundo, en otra ciudad, una ciudad dentro de una ciudad, con más de cuarenta templos secundarios, avenidas de pinos y abetos, estrechos senderos de piedra y jardines de grava rastrillada, templos rojos y templos de madera, y deambuló y se perdió a su antojo por aquel laberinto de muretes de piedra blanca con grises tejas de kawara en dirección a su objetivo de la jornada. Podría haberse detenido a contemplar el jardín de rocas, el Karesansui del Templo Taizōin, podría haberse detenido bajo el Unryūzu de Kanō Tanyū, la pintura del «dragón que mira en las ocho direcciones» del techo del salón del templo Myōshinji, pero aquel día Ryūnosuke tenía una sola cosa en mente.

Ryūnosuke cruzó otro pequeño puente de piedra entre un arbusto de peonías en flor y un cerezo llorón florido, franqueó otra pequeña puerta de madera y de nuevo penetró en otro mundo, otro mundo dentro de otro mundo: el Templo Shunkōin.

Una vez allí, un monje le dio la bienvenida. Ryūnosuke se presentó, se disculpó por no haber pedido cita, y preguntó si era posible ver aquello que había venido a ver desde muy, muy lejos. El monje sonrió y condujo a Ryūnosuke al edificio principal. Allí, por fin, Ryūnosuke pudo contemplar la Campana de Nanbanji.

Fundado por el jesuita Gnecchi-Soldo Organtino en 1576 con las bendiciones y el apoyo de Oda Nobunaga, Nanbanji fue el principal templo cristiano de Kioto. La Gran Campana, fabricada en Portugal, llegó a Kioto en 1577. Sin embargo, diez años después Totoyomi Hideyoshi ordenó la destrucción del templo durante la primera gran persecución de cristianos. Incluso ahora, nadie sabía exactamente la ubicación original del templo. La campana se perdió durante la destrucción y la persecución. Pero a principios del siglo xix la encontraron y la trajeron al Templo Shunkōin. Del gran Templo Cristiano de Nanbanji solo quedaba la campana, aquella campana.

Ryūnosuke se detuvo frente a la campana, contempló a la campana, embelesado por la campana. En la superficie había grabados tres emblemas jesuíticos. Los tres emblemas formaban el cristograma *ihs*, del cual existían tres posibles interpretaciones: las primeras tres letras del nombre de Jesús en griego; las iniciales de la expresión

latina *Iesus Hominum Salvator*, «Jesús Salvador de los Hombres»; o la expresión también latina *In Hoc Signo Vinces*, «con este signo vencerás». Sobre el cristograma había una cruz y debajo de él tres clavos. En el lateral de la campana estaba grabada la fecha de 1577.

Ryūnosuke extendió la mano a través de los siglos, del océano de la historia, y tocó la superficie de la campana, sus dedos cálidos y frío el metal, pero con los oídos y con la mente oyó el tañido de la campana resonando por el Templo Cristiano de Nanbanji y llamando a los fieles a la oración a lo largo y ancho de la capital antigua de Kioto. Con los oídos, con la mente y con el corazón, reverberando en su corazón, en las cavidades de su corazón.

—La Campana de Nanbanji no es la única reliquia cristiana que conservamos aquí —dijo el monje—. En los jardines tenemos *unkirishitan-dōrō*, un farol de piedra con el pie en forma de cruz que tiene grabada una imagen de la Santa Madre de los cristianos, la Virgen María…

Ryūnosuke siguió al monje por largos y pulcros, oscuros corredores, a través de dorados biombos, hasta el jardín principal del Templo Shunkōin, el Jardín de Rocas, el *Sazareishi-no-niwa*…

En un extremo del jardín, a la sombra, Ryūnosuke se detuvo delante del farol, de nuevo contemplando, de nuevo embelesado…

—Nadie sabe a ciencia cierta cómo llegó aquí este farol de piedra, este Icono Oculto —le informó el monje.

Una vez más Ryūnosuke extendió la mano a través de los siglos, del océano de la historia, y tocó la superficie del farol y después se agachó, se acuclilló y pasó los dedos suavemente sobre la imagen de piedra de la Santa Madre con los brazos cruzados sobre el pecho y sobre el corazón, los dedos de Ryūnosuke cálidos y cálida la piedra, cálida al contacto de Ryūnosuke, cálida por el contacto con la Virgen, el contacto de la Virgen en su corazón, en las cavidades de su corazón.

—Quédese a reposar un rato a la sombra en la estancia que da a nuestro jardín si así lo desea —le ofreció el monje.

Ryūnosuke agradeció al monje la amabilidad de mostrarle la Gran Campana de Nanbanji y el Farol de Piedra de la Santa Madre y el monje se retiró y dejó a Ryūnosuke sentado en los pulcros escalones de madera oscura de la sombreada galería que daba al Jardín de Rocas…

Allí sentado, en los escalones, a la sombra, en silencio, con los ojos que se le abrían y se le cerraban, Ryūnosuke perdió la noción de tiempo y dejó de saber qué hora era y en qué día estaba o en qué año. Pero a la sombra, en el silencio, de pronto sintió que una sombra se cernía sobre él, que de pronto una sombra caía detrás de él, una sombra en la sombra, una sombra dentro de la sombra y Ryūnosuke se

giró y Ryūnosuke vio—

Un hombre de Occidente, fornido y alto, descalzo, sin calcetines, con un traje de chaqueta de tres piezas, el pelo largo peinado hacia atrás con fijador, la nariz grande y el rostro hinchado, le sonreía. —Debo decir, digo, que este jardín, este Jardín de Rocas es muy de mi agrado. ¿Qué opina usted? —dijo con acento inglés

Ryūnosuke alzó la mirada al hombre, a aquel hombre de Occidente y respondió con un breve asentimiento: —Coincido con usted. Es fascinante.

—Fascinante —repitió el hombre—. Por ser la esencia de lo japonés.

Ryūnosuke esbozó una leve sonrisa. —Puede, pero en Occidente debe haber no pocos jardines fascinantes aunque no sean japoneses.

—Ya no es así, por desgracia —dijo el hombre—. Al Jardín Occidental le ha llegado su hora, terrenos descuidados, verjas cerradas con llave. Y me temo que si no se andan ustedes con ojo, dentro de poco también a sus jardines les llegará la hora…

—¿Lo dice en serio? —exclamó Ryūnosuke apartando la mirada del desconocido y dirigiéndola al Jardín sin saber qué decir.

El hombre apoyó suavemente la palma de la mano en la espalda de Ryūnosuke mientras se sentaba a su lado en los pulidos y oscuros peldaños de la veranda y dijo en voz baja, —Estaba usted aquí sentado frente a esta vista maravillosa y de pronto llego yo y le describo un panorama desolador. Lo lamento.

—No se preocupe —respondió Ryūnosuke—. La verdad es que su entusiasmo por este jardín refresca mis cansados ojos y mi mirada.

—¿Y qué ve usted con sus ojos frescos? —preguntó el hombre.

Ryūnosuke se arrepintió del comentario y estudió la escena que tenía delante mientras se devanaba los sesos por encontrar algo inteligente que decir, lo que fuera, pero que no incluyera la palabra armonía.

—Exactamente —afirmó el extranjero—. Armonía. Y es que este jardín budista está inspirado en el Santuario de Ise, el Ise Jingū, en la prefectura de Mie, que como ya sabrá, es el santuario Shintō más importante de Japón y perdóneme si ya está familiarizado con su historia y diseño. Este jardín budista en el que nos encontramos tiene un bosque dedicado a Amaterasu-ōmikami, la diosa del sol, y también un pequeño templo de Toyouke-no-ōmikami, la diosa de la agricultura. Como sabrá, antaño era común rendir culto a objetos budistas y Shintō en el mismo templo, pues hasta la Restauración Meiji, o revolución si así lo prefiere, en Japón existía la creencia popular de que las deidades Shintō nativas eran en realidad diferentes admoniciones de Buda que abogaban e intercedían en la salvación de

la gente. De ahí la sensación de armonía que percibe en este lugar, pues lo que sentimos es la atracción de su sincretismo.

Ryūnosuke recorrió con la mirada el jardín principal del Templo Shunkōin, el Jardín de Rocas y dijo: —No lo sabía.

—Y aún así lo ha sentido en el corazón, en su corazón japonés —dijo el hombre de Occidente.

—Bueno, a decir verdad este corazón japonés ha venido aquí en busca de algo en particular: la Campana de Nanbanji.

—No me sorprende —replicó el hombre haciéndose eco de las palabras que le había dicho Mokichi Saitō a Ryūnosuke tres años antes en el Hospital de la Prefectura de Nagasaki, si bien este hombre no las decía con desdén sino con tristeza.

—Ah, sí, sí, Nanbanji… —continuó—. Qué espléndido lugar fue aquel, de este lado del río Kamo, sobre la ribera occidental, entre Sanjō y Shijō, cerca de donde aún sigue el Rokkakudō, un enorme lugar protegido por una empalizada, con dos puertas que daban al sur, el templo principal con planta de cruz y el campanario con su cruz en el tejado, visible a kilómetros y kilómetros de distancia, y el tañido de la Gran Campana marcando las horas, llamando a los fieles, audible en toda la antigua capital de Kioto, en nuestros oídos, en nuestros corazones, en las cavidades de nuestros corazones. Escuche… Escuche, Ryūnosuke…

Bajo la sombra, en los escalones, Ryūnosuke miró sobresaltado a aquel extranjero, aquel desconocido que lo acababa de llamar por su nombre, que sabía su nombre, que lo miraba, que le sonreía con un dedo en los labios y otro en el oído y ahora frente a uno de sus ojos mientras susurraba: —Escuche, Ryūnosuke, y mire…

El hombre se apartó el dedo del ojo y señaló al jardín. Ryūnosuke siguió con la mirada la trayectoria del dedo más allá del Jardín de Rocas y vio cómo descorría, cómo el dedo descorría, descorría un velo —

—Observe, fíjese cómo las exóticas plantas occidentales, el rosal, el olivo, el laurel, la canela, crecen bajo el pino autóctono y el ciprés; fíjese y huela los misteriosos aromas, los dulces perfumes, las vagas esencias de las rosas a punto de florecer, pues aún estamos en primavera, ahora es primavera como lo era entonces, nos encontramos en cierto modo en Japón y en cierto modo lejos de Japón. ¿Sabe usted dónde estamos, Ryūnosuke? ¿Reconoce usted este lugar? El tañido de aquella campana suena y resuena…

Boquiabierto, con los ojos como platos, Ryūnosuke olió el perfume de las rosas y escuchó la campana y susurró: —Nanbanji…

—Exacto —dijo el hombre—. Estamos en el jardín del Gran Templo de los Bárbaros del Sur, y ahora, ¡fíjese, fíjese! ¿A quién

vemos, a quién nos encontramos?

Ryūnosuke miró y descubrió de pronto la silueta de un hombre que caminaba con paso melancólico por un sendero de tierra roja, los oscuros bajos de la túnica barrían el polvo rosado, y entonces Ryūnosuke exclamó: —¡El padre Organtino!

—Exacto —dijo el hombre de nuevo cogiendo a Ryūnosuke del codo, del brazo, y poniéndolo de pie mientras decía— ¡Vamos…!

El hombre condujo a Ryūnosuke del brazo por el sendero rojo, sobre la arena rosada, en silencio, tras la silueta del Padre Organtino, paso a paso, cada vez más cerca, hasta que oyeron al sacerdote murmurar, hasta que oyeron al sacerdote musitar sobre cuánto extrañaba Roma, cuánto echaba de menos Lisboa, el sabor de las almendras, el sonido de las rabecas, las voces celestiales del *Magnificat*, y una y otra y otra vez, salmodiar y recitar el nombre de *Deus, Deus, Deus*, con la mirada en los pies, la mirada en el sendero, ya en el musgo oscuro junto al sendero, ya en los pétalos de las flores sobre el musgo, los pétalos que lo hacían detenerse de golpe pues al parecer le cortaban el paso y lo aterraban, el sacerdote temeroso, con la mirada en los árboles del jardín, y allí mismo, bajo las melancólicas sombras de las palmeras enanas, Organtino vio un cerezo llorón de ramas combadas y bajas, con las fantasmagóricas, espectrales flores abiertas cubriendo, hechizando todo el jardín—

—¡Que el Señor me proteja! ¡Que Dios me asista! —gritó el sacerdote clavándose de hinojos, santiguándose una y otra vez y clamando a *Deus* repetidas veces…

A su lado en el sendero, el hombre de Occidente que acompañaba a Ryūnosuke sofocaba su risa con una mano y se sujetaba las costillas con la otra y le temblaban los hombros, el cuerpo entero se le estremecía de gozo al ver a aquel sacerdote extranjero santiguándose de rodillas y llamando a Cristo bajo las flores de un cerezo llorón—

¿Hasta cuándo, Señor? ¿Me olvidarás por siempre?…

Súbitamente, el hombre dejó de reír. Miró a Ryūnosuke, sacudió la cabeza, puso los ojos en blanco y susurró: —¡Jesuitas…! Quieren el mundo pero cuando el mundo no los quiere a ellos, se arrodillan y culpan a Cristo. Increíble, ¿no le parece? Culpan al único que no es culpable de nada; al único hombre, y créame, Ryūnosuke, he conocido a muchos, al único hombre verdaderamente libre de toda culpa…

Bajo las flores del cerezo y aún de rodillas, Organtino seguramente había oído los susurros y risas entre las sombras a su espalda, pues de pronto se dio la vuelta, se puso en pie señaló al extranjero y a Ryūnosuke, sacudió el dedo y gritó —¡Usted! ¡Otra vez usted!

El hombre miró a Ryūnosuke, sacudió la cabeza y después, con la sonrisa más inocente imaginable preguntó: —¿Se refiere a mí?

—¿A quién si no iba a referirme? —ladró Organtino acercándose a él—. ¡Por supuesto que me refiero a usted! ¿Cómo ha logrado encontrarme?

—¿Encontrarle? —rio el hombre—. Más bien es usted quien me ha encontrado. Como ya le he dicho muchas veces, si me necesita me encontrará en el jardín.

—No le necesito. ¡Váyase! ¡*Vade retro*! —gritó el sacerdote.

El hombre se giró hacia Ryūnosuke de nuevo, sacudió la cabeza de nuevo y dijo: —¿Ve lo que le decía? ¡Jesuitas…! Me dice que me vaya, me expulsa, cuando son ellos, cuando son ustedes los que… —el hombre se volvió hacia Organtino—. Son ustedes los que no son bienvenidos; ustedes, padre, son los huéspedes a los que nadie ha invitado…

—Que el señor me proteja. Que Dios me asista —susurró de nuevo Organtino mientras se santiguaba de nuevo y miraba a la oscuridad, a las sombras, al hombre y decía— este es un lugar de Dios en la tierra de Dios y yo he sido enviado a hacer la obra de Dios, estoy aquí para difundir la palabra de Dios…

—Ya, ya —dijo el extranjero colocándose detrás del sacerdote y dándose la vuelta para susurrarle al oído—. He oído todo eso muchas veces, muchas veces antes, así que no se moleste y regrese usted a sus palacios de Roma, a sus autos de fe de Lisboa o a donde le plazca, porque esta vez, en este lugar, va usted a ser vencido, será usted el perdedor.

El padre Organtino se agarró al crucifijo que llevaba al cuello y negó con la cabeza: *—Dios nuestro Señor es omnipotente, no hay persona, cosa o lugar que pueda triunfar sobre él, y por eso Dios Todopoderoso se alzará con la victoria…*

—Bien —dijo el hombre apartando la mirada de la oreja del sacerdote y guiñándole el ojo a Ryūnosuke—. Naturalmente, permítame que discrepe. Y una vez más, y como siempre, se diría que la realidad, la historia, los hechos, coinciden conmigo. Así que escúcheme con atención, padre, y puede que por una vez aprenda algo, porque ustedes y su Dios no han sido ni mucho menos los primeros en llegar a esta isla. Hombres mejores que ustedes y que traían palabras de mayor sabiduría que las suyas, recalaron en estas costas en el pasado y aun así fracasaron. Confucio y Mencio, por mencionar solo a dos. Y con eso y con todo, ¿es China este lugar o por el contrario sigue siendo Japón? Y eso que los chinos no vinieron con las manos vacías, nada de eso. Traían seda de Wu, traían joyas de Ch'in, y también traían su maravillosa palabra escrita, sus exquisitos caracteres chinos. Usted habla, como siempre hablan ustedes, de «difundir la palabra de Dios», padre, así que escuche esta fábula…

Como le decía, los visitantes chinos arribaron con sus caracteres

escritos y los nativos japoneses sonrieron, se inclinaron educadamente y adoptaron su escritura. Muchas gracias, dijeron, de ahora en adelante usaremos sus caracteres escritos, pero, y este es el quid de la cuestión, el quid de su cuestión, padre, y el genio del pueblo japonés, lo que hicieron fue mantener el sonido original nativo. Por ejemplo, cuando los historiadores japoneses escriben que los narizotas y pelirrojos Bárbaros del Sur llegaron aquí en barco, escriben el carácter chino para barco *shū*, pero cuando leen en voz alta siguen pronunciando *fune*, el sonido original de su palabra vernácula. Ingenioso, ¿verdad?

El crepúsculo envolvía el jardín de Nanbanji y el padre Organtino se hincó de rodillas de nuevo en el sendero rojo, se agarró a la cruz de su rosario y murmuró y musitó: —*Tú, Señor, eres mi Dios y yo te ansío: de ti mi alma tiene sed y por ti mi cuerpo languidece en una tierra árida, exhausto, falto de agua…*

Entre las sombras, el hombre hizo caso omiso de las palabras del cura arrodillado en el polvo rosado y poniéndole la mano en el hombro con ademan sencillo, se inclinó hacia él y le dijo —Usted seguramente las ignora, no sabe que existen, pero solo hay que observar la magnífica obra de Kūkai, Dōfū, Sari y Kōsei, los grandes calígrafos de este país, que si bien al principio imitaron el estilo chino después crearon y desarrollaron el suyo propio, el estilo kana…

—*Una vez que te he visto en el santuario, que he contemplado tu fuerza y esplendor. Que mejor que la vida es tu gracia, y mis labios te alaban…*

—Por supuesto —continuó el hombre al oído de Organtino—, no se trata solamente de los caracteres y de la escritura, hablamos también de las ideas y del pensamiento. Considere usted cómo se suavizó en estas costas el rígido Tao de Lao-Tse, y después por supuesto, también está el revelador destino de aquel pobre príncipe llamado Siddharta…

—*Quiero ya toda mi vida bendecirte, alzar mis manos en tu nombre* —continuaba Organtino en voz más alta aferrado con más fuerza a su crucifijo—. *Cual de grasa y de médula me siento satisfecho y mi boca te alaba con labios jubilosos. En mi lecho te recuerdo y en las vigilias pienso en ti…*

El hombre miró de nuevo a Ryūnosuke, de nuevo sacudió la cabeza, suspiró y habló una vez más al oído de Organtino: —Sé que no me escucha usted, padre; Sé que no está en su naturaleza. Y sin embargo, haría usted bien en prestar atención a mis palabras, en escucharlas y en salvarse, puede que no usted mismo, pero sí salvar a los pobres nativos que morirán por su causa, por su ignorancia, su insistencia y sus engaños, que morirán por su culpa y que además morirán en vano, no ya creyendo en su Dios sino confundiendo a ese

Dios de usted con el suyo propio…

—*Pues Tú eres mi auxilio, y a la sombra de tus alas soy dichoso. Mi alma va pegada en pos de ti: tu diestra me sustenta* —gritaba el sacerdote.

—Sí, sí, padre, parlotee cuanto guste. ¿Nunca se le ha ocurrido pararse a pensar que la razón por la que los nativos de estas tierras adoran al Buddha Dainichi, el Buda del Gran Sol, es solo por que creen que ese Dios es sencillamente Ōhirume, su propia Gran Diosa del Sol? Usted sabe, padre, que son muchos los jardines por los que he caminado; he caminado bajo las flores del árbol de Sara con los grandes sacerdotes de este país, con Shinran y con Nichiren, y puedo decirle, padre, que cuando miré en sus corazones, cuando mis ojos se posaron en la imagen que veneran allí, no fue precisamente un Buda *gaijin* de piel oscura lo que vi, de ninguna manera. No, lo que vi fue simplemente la pálida y amable, la noble imagen de su propio príncipe Shōtoku, que brillaba allí, en sus corazones, en las cavidades de su corazones…

—*Los que me buscan para ruina entrarán en las profundidades de la tierra* —gritaba Organtino con los ojos cerrados.

—Necio —murmuró el hombre—. Siempre hablando de destruir, de destrucción, de destrucción si no hay conversión, de cruzadas, de conquistas, de juicios y de hogueras, siempre agarrados a la imagen del pobre Jesús crucificado, el Libre de Culpa, el único Libre de Culpa, siempre vestidos con túnicas regias en nombre de alguien que jamás habría accedido a ser rey, aun cuando podría haberlo sido, vaya que si podría haberlo sido, créame, padre, construyen ustedes palacios en nombre de un pobre que renunció a las posesiones, ese viejo judío llamado Karl está más cerca de la verdad que vos, *pater*, pues usted es ciego a la belleza de las tierras a las que ha venido sin ser invitado, y sordo a la sabiduría de los nativos a los que busca subyugar…

—*¡Serán dados al filo de la espada para hacerse botín de los chacales…!* —chillaba Organtino.

—Volvemos a lo mismo —suspiró el hombre con una triste sonrisa en los labios—. Espadas y botines de chacales. Pero si tan solo abriera los ojos, si tan solo se pusiera en pie, padre, y anduviera, y observara, mirara y escuchara, vería, oiría y sabría que en esta tierra, en este lugar, la historia y las tradiciones están basadas en el aprendizaje y la adaptación, la recreación y la transformación…

—*Pero el rey tiene la dicha en el Señor, cuantos juran por él podrán gloriarse…* —dijo Organtino abriendo los ojos y poniéndose en pie de pronto y sosteniendo la cruz de su rosario frente a la oscuridad, frente al hombre, frente a Ryūnosuke.

El hombre sonrió a Ryūnosuke tristemente, negó de nuevo con la cabeza y dijo: —Nunca escucha, así que nunca aprende. No sé ni por

qué me molesto, la verdad…

Pero el padre Organtino se les interpuso en el sendero, bajo el crepúsculo, con la cruz delante del rostro de Ryūnosuke gritando con voz de trueno: —*¡…Mas callará la boca de quienes hablan con engaño!*

Y la cruz desapareció, y el sendero desapareció y solo quedó el crepúsculo, el crepúsculo en el Jardín de Rocas del Templo Shunkōin, y Ryūnosuke sentado en los escalones pulidos, los escalones oscuros de la veranda, y Ryūnosuke sentado junto al hombre de Occidente—

Con la mirada más allá del jardín, el hombre hizo un catalejo con las manos, lo alzó hasta su ojo y dijo: —Adiós a Nanbanji, pues sopló el viento sobre él y desapareció y el lugar donde se erguía nada más sabrá de él; adiós a Organtino, el buen padre prefiere pasear por la orilla bajo un amplio parasol que le sujeta un niño negro, y conspirar y planear con los capitanes, esperar a los Barcos Negros y a sus cañones, a los Pájaros de Plata y a sus bombas, y esperar su venganza, la venganza de los narizotas pelirrojos Bárbaros del Sur, que convertirán esta tierra en un páramo y no dejarán nada, nada más que sombras, sombras sobre las piedras…

—¿Quién es usted? —Preguntó Ryūnosuke.

—Soy Nemo —dijo el hombre con un guiño—. Es latín, ¿sabe?…

—Significa nadie, lo sé —dijo Ryūnosuke.

—En efecto —dijo el extranjero—. Sabe usted mucho, ha leído mucho. Sin embargo, ¿Conoce usted esta historia, un último relato, un cuento Zen, ahora que estamos aquí sentados en este templo? ¿Conoce usted la historia de Nanquan Puyuan y el gato? Un día, Nanquan, o Nansen Fūgan si así lo prefiere, oye que los monjes de los salones del este y el oeste discuten acerca de un gato. ¿Tiene el gato la naturaleza de Buda o no? ¿Se convertirá en gato en Buda en el futuro? Discuten sin cesar acerca del gato. Entonces Nansen agarra al gato del pellejo de cuello, lo levanta ante los exaltados monjes y dice «Si sois capaces de decir algo cierto sobre este gato lo salvaréis». Por supuesto, ninguno de los monjes es capaz de decir nada, de modo que Nansen corta al gato en dos con una espada y arroja los trozos a los pies de los monjes. Cuando cae la noche, Jōshū regresa al templo y Nansen le cuenta lo sucedido. Jōshū lo escucha, se quita las sandalias, se las coloca en la cabeza y se retira. «De haber estado allí, habrías salvado al gato», dice Nansen.

—Sí, la conocía —dijo Ryūnosuke.

—Por supuesto —contestó el hombre con una sonrisa—. Pero creo que también usted debería pensar en retirarse, verdaderamente es hora de que se marche. Su amigo acaba de terminar sus clases del día y pronto le estará esperando en Kane-yo. Tiene usted mucho camino por delante y poco tiempo, así que intente no llegar tarde de nuevo…

—Pero… —comenzó a decir Ryūnosuke— ¿Cómo…?

—No tema —dijo el extranjero—. Volveremos a vernos, Ryūnosuke. Como dije antes, siempre me encontrará en el jardín…

Ryūnosuke apartó la mirada del Jardín de Rocas, se puso en pie, miró al hombre occidental y dijo: —Rezo por que no sea así.

—Rece cuanto le plazca —rio el extranjero—, pero recuerde siempre, Ryūnosuke, *desine fata deum flecti sperare precando*…

*

Dice el necio en su interior: «Dios no existe». Corruptos, abominables en sus obras, no hay quien haga el bien. El Señor observa desde el cielo a los hijos de los hombres, para ver si hay quien comprenda, quien pregunte por Dios. Todos van desviados, todos a una pervertidos: no hay quien haga el bien, no hay uno siquiera. ¿Es que no saben comprender los obreros del mal que devoran a mi pueblo como quien come pan y no invoca al Señor? Allá se hallan temblando de terror, pues Dios está con la progenie de los justos. El designio del humilde les confunde porque el Señor es su refugio. ¿Quién dará desde Sión la victoria a Israel? Cuando el Señor restaure la suerte de su pueblo Jacob se gozará y se alegrará Israel.

*

Desde la llegada de Ryūnosuke a Nagasaki no había hecho más que llover y llover, así que se quedó en su habitación del *ryokan* Hana-ya de Gotōmachi intentando escribir pero no conseguía escribir, intentando leer después pero ni siquiera conseguía leer. La lluvia caía y el hedor de los servicios inundaba la segunda planta del ryokan, invadiendo su habitación con una pestilente nube de orina y excrementos. Se arrepentía de no haberse alojado en un lugar algo más selecto, como por ejemplo el Midori-ya o el Ueno-ya. Por fin, al tercer día las nubes se levantaron, lució el sol de nuevo y por fin Ryūnosuke quedó en libertad…

Por las calles, los mercaderes ambulantes vendían frutas de *biwa*, el sabor del inminente verano, las azaleas florecían rojas en los jardines, un aroma del verano ya presente, las cometas de combate de Nagasaki batallaban por los cielos azules y cálidos, y Ryūnosuke deambulaba por las calles de Manzai-machi, cruzaba el río Nakashima por el puente de Tokiwa en dirección al Templo Sōfukuji de nuevo, y entraba en el templo por la Puerta de Ryūgumon, la puerta del Palacio del Dragón, aquel templo que amaba más que cualquier otro, el que más amaba de todos los templos de Nagasaki, con sus elegantes muros de color bermellón gastado y sus techos respingones de estilo chino.

Ryūnosuke se sentó a descansar un rato allí, por encima de la ciudad, en el patio del templo Sōfukuji, las plantas de bashō cuajadas, pero el lugar desierto; Ryūnosuke agradecía la tranquilidad, saboreaba la calma y el silencio y al mismo tiempo le entristecía y le apenaba que tan bello y elegante lugar estuviera tan vacío, y solo esperaba que sobreviviera, que no cayera en el abandono y la ruina mientras que los templos Shintō como el de Yasaka, el antiguo Gion-jinja, prosperaban, siempre a rebosar de excursiones escolares y soldados.

Desde allí, Ryūnosuke deambuló y paseó sin rumbo, bajó escalones, subió cuestas, la mañana se convirtió en tarde, caminando por los templos de Daikōjo y Daionji en dirección al Templo Kōfukuji de Teramachi…

Por las calles de Teramachi se arracimaban los de anticuarios y las tiendas de objetos usados. Ryūnosuke se esforzó durante un rato en tratar de distinguir los tesoros de la basura, pues parecía que todos los desperdicios del mundo habían acabado allí, apilados en aquellas diminutas tiendas. De pronto, Ryūnosuke se detuvo delante de una en particular. El cierre del escaparate estaba medio echado, no era fácil ver el interior, lo cual, junto con el nombre de la tienda, *Shōhin*, «trocitos», le despertó la curiosidad. Ryūnosuke empujó la puerta con cierta indecisión y penetró en el sombrío interior.

En la pequeña tienda, la única luz provenía de la calle y entraba por el cierre medio abierto y por la puerta con largos dedos de sombra que danzaban por los altos anaqueles alineados contra las paredes y la gran mesa que ocupaba el centro de la estancia. Ryūnosuke dejó la puerta entreabierta para que entrara la luz y corriera el aire, pues la tienda olía a humedad y a cerrado, y echó un vistazo rápido al lugar, a las antigüedades y curiosidades, en busca de un mostrador, en busca de un dueño. Pero no vio ni dependiente ni caja registradora, y comenzó a incomodarse como si invadiera un espacio privado, y a agobiarse por el calor sofocante y la falta de aire fresco. El eco de la chirimía de un vendedor ambulante resonó en la calle, y ya se daba la vuelta para marcharse, cuando súbitamente creyó oír un murmullo

¿Por qué esa cara tan larga, tan triste? ¿No se encuentra bien…?

Ryūnosuke se giró de nuevo y recorrió la tienda vacía con la mirada

No es nada. Estoy bien. Quizá un simple dolor de cabeza debido al calor…

La tienda seguía desierta, pero él seguía oyendo las voces

La verdad es que para esta época del año hace un día sofocante…

¡De dolor de cabeza, nada! Lo que tiene es mal de amores. ¡Mal de amores…!

Ryūnosuke caminó hacia las voces. Las voces procedían de la gran

mesa, de los objetos de la mesa

¡A callar! ¡Silencio! Yo no tengo mal de amores…

Con los ojos como platos, Ryūnosuke descubrió un boceto de un mercader holandés en Dejima dibujado al estilo de Shiba Kōban que gesticulaba furioso a un loro disecado sobre una percha rodeada de flores de cuero y tela, mientras dibujado en una antigua taza de té, reía un comerciante de la Compañía Holandesa de la Indias Orientales

Cuéntame, si tiene mal de amores, ¿de quién se ha enamorado, entonces?

Está enamorado de ella, está enamorado de ella…

El loro graznaba señalando con la cabeza y el pico a un plato pintado en el que Ryūnosuke vio a una mujer con un abanico en la mano

¿De verdad? ¿De ella? Es tan engreída como hermosa…

El holandés se giró y se encaró con el comerciante

¿Cómo te atreves a ser tan ofensivo y maleducado?

El loro graznaba y reía

Si tanto la amas, cásate con ella. ¡Cásate con ella! ¡Cásate con ella!

¿Casarme yo con ese? Imposible. ¿Francamente, detesto a ese compatriota holandés!

La mujer del plato levantó el abanico, le echó una mirada furtiva a Ryūnosuke, sonrió y volvió la cabeza con arrogancia al tiempo que el holandés del boceto rompía a llorar con las manos en el corazón y después señalando a un antiguo y largo arcabuz *Tanegashimaque* reposaba sobre la mesa

No hay esperanza, lo sé. Debería pegarme un balazo en el corazón…

¡No, no! ¡Por favor, no te precipites! ¡No!

En la mesa, delante del arcabuz, un pequeño sacerdote bateren metálico decorado al estilo koftgari y con incrustaciones de oro le suplicaba al holandés

Las puertas del paraíso están cerradas por siempre a los suicidas…

¿Qué demonios puedo hacer, entonces? —preguntó el holandés—. Me prohíbes morir, pero este amor no correspondido me arrebata la razón. ¿Qué debo hacer, padre?

¡Reza, hizo mío! ¡Implórale su socorro a nuestra Señora…!

Desolado, el holandés recorrió con la mirada el paisaje del boceto, el islote de Dejima, aquel pequeño islote prisión, y sacudió la cabeza

Estamos en el Japón, padre; la Virgen no me oirá…

Y entonces, en aquella diminuta, oscura y extraña tienda de Teramachi, Ryūnosuke oyó la voz más suave, hermosa y arrebatadora que jamás había oído

Te oigo, hijo mío. Estoy aquí, aquí me tienes…

Como si de un sueño se tratara, un sueño dentro de un sueño, Ryūnosuke caminó hacia uno de los anaqueles apoyados contra la pared, donde detrás del cristal descubrió una estropeada estatuilla blanca de marfil de la deidad budista Kannon, la Diosa de la Compasión, con un niño en brazos cuya cabeza se había perdido hacía mucho y tenía el muñón del cuello cubierto de polvo, de aproximadamente treinta centímetros de altura, con la túnica ennegrecida de suciedad y una cruz al cuello, la cruz de un rosario católico, que lo miraba y le sonreía

Estoy aquí, Ryūnosuke, aquí me tienes…

Ryūnosuke abrió lentamente la doble puerta de cristal, y sacó la estatuilla de María Kannon y la meció entre sus brazos mientras su ojos lo miraban y le sonreían

Gracias, Ryūnosuke, amor mío…

Ryūnosuke recorrió la tienda de nuevo con una rápida mirada en busca del dueño, del propietario del negocio, caminó hasta el fondo en busca de un mostrador o una puerta que diera a la parte trasera del edificio o al piso superior; no encontró nada, no vio a nadie, pero pegada a la pared había una nota escrita a mano: *Un día estos trocitos estuvieron perdidos pero alguien los encontró.*

Ryūnosuke se envolvió la estatuilla en la solapa de la chaqueta y salió a la calle. La chirimía del vendedor ambulante resonó de nuevo en el crepúsculo de Teramachi mientras Ryūnosuke se daba la vuelta para cerrar la puerta con una última y rápida mirada al interior de la pequeña tienda llamada Shōhin.

Desde las sombras del fondo de la tienda una diminuta anciana lo observaba fumando una pipa fina y larga, con el cabello recogido en un moño sujeto con un peine. Se quitó la pipa de los labios, golpeó la cazoleta contra el borde de la mesa, lo miró de nuevo, le sonrió y dijo: «¡Conk!».

Con la mitad del cuerpo en la tienda y la otra mitad en la calle, Ryūnosuke apartó los ojos de la anciana y miró a la María Kannon, que lo miraba a él, que le sonreía, y en la base de la peana, a los pies de la estatuilla, Ryūnosuke leyó una inscripción en latín—

Desine fata deum sperare precando.

*

Bajo la luna llena de mayo, sobre el Puente de las Vacilaciones, parto grandes pedazos de un bizcocho de castella de Fukusaka y me los meto en la boca mientras ansío, mientras anhelo, bajo esta luna llena de mayo, sobre este Puente de las Vacilaciones, mientras ansío un sendero, un sendero diferente que seguir, mientras anhelo un par de alas, oh, si tuviera

un par de alas bajo la luna, sobre el puente, las tranquilas brisas procedentes de la colina, los frutos dorados de la colina, mientras ansío y anhelo, bajo la luna pero fuera del puente, bajo los sauces, los sauces llorones, entre las luces de Maruyama-chō, el brillo rojo de sus veladas linternas, mientras ansío y anhelo, rugen los torrentes, crecen los arroyos, me transportan colina arriba, me llevan colina arriba, hacia el horror de mi alma, el horror de mi alma, mientras ansío y anhelo, sin coraje, sin fe, sin ayuda de Dios ni de los dioses, colina arriba de nuevo, a pie colina arriba de nuevo, mientras ansío y anhelo me transportan colina arriba, me llevan colina arriba, con la promesa de una maravilla, del ansia y el anhelo, colina arriba, hacia el país de las maravillas.

*

En lo alto de la colina, por encima de Maruyama-chō, por encima de los farolillos, por encima de los tejados, a través de la puerta, más allá del pozo, a través del jardín, más allá del castaño, en el terreno de la antigua residencia de la amante de Takashima Shūhan, en una casa de geishas llamada Tatsumi, en la habitación del segundo piso llamada Useirō, la Torre de la Voz de la Lluvia, sentado sobre un cojín junto a la ventana, el cuaderno en el regazo, Ryūnosuke llevaba un rato haciendo dibujos y bocetos, dibujos de seres reptilianos, delgados y negros, bocetos de mitológicos kappas; de pronto alzó los ojos para mirar por la ventana cómo las luces de la casa atravesaban la noche y caían sobre la cebada y el bambú del jardín, y escuchó el caer de las súbitas gotas de una temprana lluvia estival sobre el tejado, sobre las piedras del sendero, sobre las hojas de las plantas, e imaginó como debieron ser antaño aquella casa y aquel jardín, aquel lugar ya perdido, aquella época ya pasada, el tamborileo de la lluvia ya apagado, ahogado por el barullo de su fiesta; sentados sobre esteras alrededor de la gran mesa en el centro de la habitación, Kanbara, Nagami y Watanabe bebían y charlaban con las geishas Dateyakko, Kikuchiyo y Terugiku, entre risas y bromas, los rostros de los hombres enrojecidos, las mejillas coloradas de beber, jugando y cantando, poniéndose de pie para bailar y quedándose dormidos…

Terugiku, la geisha de la casa con la que Ryūnosuke había intimado y mucho, a decir verdad, de hecho era su única razón para volver allí aquella noche, su última noche en Nagasaki, Terugiku se sentó junto a Ryūnosuke, observó los dibujos y los bocetos que había dibujado, alzó la vista y preguntó: —¿Te aburre este lugar, Ah-san?

—Ya no —respondió Ryūnosuke devolviéndole la mirada.

Su kimono de tejido chijimi y su obi de tejido hatan eran muy diferentes de los de las geishas de Tokio, y a pesar del cabello recogido en un moño de hoja de ginko y el pálido maquillaje, los

rasgos de su cara eran inusualmente marcados para una mujer de su oficio; sus cejas y su nariz pronunciadas y los ojos oscuros y los labios caídos le conferían un aire melancólico incluso al sonreír, incluso al preguntar: —¿Crees que los kappas existen de verdad, Ah-san?

—¿Crees que nosotros existimos de verdad, tú y yo? —respondió Ryūnosuke.

Teriguki lo tomó del brazo suavemente, sonrió, y dijo: —Por supuesto…

—Entonces, por supuesto que creo que los kappa también existen.

Terugiku le tocó el brazo de nuevo. —¿Has tocado a un kappa alguna vez?

—No —rio Ryūnosuke—. Son demasiado rápidos para mí. Pero ya sabes, hay tantos cuentos sobre los kappa, desde hace tanto tiempo, por todo Japón, que uno no puede por menos que concluir que deben estar basados en la realidad…

Terugiku lo tomó suavemente del brazo de nuevo, sonrió de nuevo y dijo: —Supongo que dada la naturaleza de tu oficio, tendrás que creer las palabras que lees.

—No —rio Ryūnosuke de nuevo—. En absoluto. Aunque supongo que dada la naturaleza de tu oficio, tendrás que dudar de las palabras que escuchas…

Con la mano aún en su brazo, Terugiku alzó la vista y miró a Ryūnosuke, negó tímidamente con la cabeza y dijo en voz baja: —No de todas, Ah-san.

Ryūnosuke apartó la mirada de los ojos de Terugiku y recorrió la habitación con la vista, vio a sus amigos, borrachos, desmayados entre los cojines de las esteras, los vasos ya vacíos, las geishas se habían marchado, y una vez más los arañazos en los biombos dorados de la estancia lo llenaron de nostalgia por cómo debía haber sido aquel lugar en otra época, el lugar ya perdido, la época ya pasada, ya solo quedaba la polvorienta esfera de un viejo reloj de pared que lo miraba desde el otro lado de la silenciosa habitación—

—No pueden ser solo las once. Debe ser mucho más tarde —dijo.

—Sí —respondió Terugiku—. Es mucho, mucho más tarde. Las manecillas de ese reloj siempre se detienen dos minutos después de las once, por mucho que le demos cuerda, por mucho que vengan a arreglarlo, ese pertinaz y viejo reloj se empeña en detenerse dos minutos después de las once pase lo que pase.

—Uno más uno más dos es igual a cuatro —dijo Ryūnosuke.

Terugiku le puso la mano dulcemente en la mejilla y dijo con voz suave: —No todo es un mal presagio en este mundo, Ah-san…

—Lo sé —dijo Ryūnosuke apretando la mano de Terugiku contra su mejilla—. Pero también sé que es hora de que me marche.

—¿Ya? ¿De verdad…? —preguntó Terugiku.

Ryūnosuke le tomó la mano, la apretó suavemente, se la colocó a Terugiku en el regazo y asintió.

—¿Y tus amigos? ¿Quieres que los despierte para que te despidas de ellos?

—No me gustan las despedidas —respondió Ryūnosuke sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué entonces nos estamos despidiendo? —preguntó Terugiku inclinándose para mirar su cara y sonreír en sus ojos—. ¿Es esto el adiós?

Ryūnosuke apartó la vista y cogió su cuaderno para arrancar de él una página, para entregarle una página, una página en la que había escrito

Kanzōmo saitabatten wakarekana…

—«El lirio de verano apenas ha florecido, pero debemos despedirnos» —leyó Terugiku y, después, con los ojos bajos, dijo— Esto es, pues, el adiós.

Ryūnosuke se puso en pie y caminó hacia la puerta, y Terugiku lo siguió. Ryūnosuke descorrió la puerta y se giró, miró a Terugiku y dijo: —Espero que no…

—Gracias —dijo Terugiku arrodillándose delante de él y poniendo las manos una sobre la otra en las esteras. Después bajó la cabeza y dijo —Me llamo Waka Sugimoto. La próxima vez que nos veamos, por favor, llámame Waka.

Ryūnosuke salió de la habitación y no volvió a mirar atrás, salió de la casa, atravesó el jardín, la lluvia había cesado, la lluvia se había ido, una silueta en el jardín, la silueta de un hombre, un hombre de Occidente que hacía un catalejo con las manos, pero Ryūnosuke no se detuvo, no miró atrás, franqueó las puertas y bajó la colina, atravesó Maruyama-chō, los farolillos apagados y los sauces aún llorones, pasó bajo los sauces y cruzó el río por el Puente Matsugae, sin mirar atrás, solo hacia arriba, a las estrellas que aún lucían en el cielo, al Triángulo de las Plegarias, al *Ōura Tenshudō*, las vidrieras del templo de la Nuestra Señora, la Pasión de Cristo, iluminaban la oscuridad, brillaban hasta la llegada del próximo amanecer, llamaban a Ryūnosuke, convocaban a Ryūnosuke, lo emplazaban a orar, lo invitaban a hincarse de rodillas, en el banco de la iglesia, entre los fieles, con las manos juntas, y los labios moviéndose, «no nos dejes caer en la tentación…«

Cuando acabó la misa, cuando terminó sus plegarias, Ryūnosuke permaneció en el banco, siguió sentado ante la tumba del padre

Petitjean y la estatua de la Virgen con el Niño. Los ojos se le llenaron de lágrimas al mirar la cruz en el altar.

Y entonces, Ryūnosuke llenó el pecho de aire, se frotó el rostro con las dos manos, se levantó del banco, caminó por el pasillo, pasó por delante de la pila bautismal hasta llegar a una gran mesa junto a las puertas, pilas de libros de oraciones y cruces sobre rosarios en venta sobre la mesa junto a las puertas.

Ryūnosuke cogió un rosario y preguntó al sacerdote que había junto a la mesa: —¿Cuánto es?

El sacerdote le quitó el rosario de las manos, la cruz de las manos, y dijo: —Lo lamento señor. Son solo para cristianos, no para turistas…

Ryūnosuke miró al sacerdote, aquel sacerdote extranjero en su tierra natal y dijo: —Perdón, me he equivocado. Lo he tomado a usted por un vendedor y a este lugar por un museo.

El sacerdote trató de responder, pero Ryūnosuke ya salía por las puertas del Ōura Tenshudō, bajaba los escalones, bajaba la colina, con lágrimas en los ojos, con lágrimas por las mejillas, con lágrimas resonando en su corazón, en las cavidades de su corazón…

De nuevo en el puente, parado en el puente, de nuevo en el Puente de Shianbasi, el Puente de las Vacilaciones, Ryūnosuke oyó un sonido en el agua, debajo del puente, se asomó por la barandilla y en el agua vio un rostro, un rostro que lo miraba, un rostro reflejado en el agua, el rostro de un kappa reflejado en el agua, que le devolvía la mirada, le sonreía y decía: —¡Quack, quack! Encantado de conocerle. Soy un kappa y me llamo Tock.

*

Bajo al andén, bajo las escaleras, paso el control de billetes, salgo de la estación de Tokio y salgo a la acera y a los gritos de un demente: «¡La humanidad se ha vuelto demasiado orgullosa, la gente se ha vuelto demasiado orgullosa! Se ríen a la cara de la naturaleza; no respetan al Cielo. ¡Cuidado! ¡Reprimid vuestro orgullo! ¿Acaso creéis que vuestra única obligación para con los dioses es vestir hermosos kimonos, consumir deliciosas comidas y vivir en ostentosos palacios? Cosas terribles han de suceder. Esta ciudad será destruida en un solo día. Y todo serán ruinas, y todo serán cadáveres. Pues el mundo se derrumba cuando se abate sobre él la cólera de los Cielos.

En emergencias como este terremoto, el arte es, por decir algo, inútil. Nuestra reciente experiencia ha servido para mostrar la esencial intrascendencia de toda actividad artística.

Reflexiones sobre el terremoto. Kan Kinkuchi, 1923.

Después del desastre, Ryūnosuke viviría cuatro años más.

Antes del desastre, durante aquel verano, Ryūnosuke y el artista Ryūichi Oana se habían estado alojando en Kamakura. Regresaron a Tokio el 25 de agosto, el calor en la capital aún extremo, pero justo cuatro días después, a la hora del crepúsculo, Ryūnosuke empezó a temblar y la temperatura le subió a 38.6 grados. El Dr. Shimojima le diagnosticó una gripe; La madre, la tía, la esposa y los hijos de Ryūnosuke habían estado todos enfermos de diversa consideración.

Antes del desastre, el día antes, Ryūnosuke comenzó a mejorar gradualmente y leyó Shibue Chūsai del difunto Mori Ōgai, en la cama.

Antes del desastre, durante aquella mañana, hubo breves chubascos y fuertes vientos. Ryūnosuke terminó el último capítulo de Shibue Chūsai y hojeó los periódicos en busca de artículos sobre la composición del nuevo gabinete presidido por el conde Yamamoto ignorando la abundante información acerca del doble suicidio de Takeo Arishima y Akiko Hatano, símbolo de la degeneración y la decadencia moral de la clase intelectual.

Antes del desastre, justo antes de mediodía, Ryūnosuke tomó una rebanada de pan y un vaso de leche y estaba a punto de beber una taza de té y encender un cigarrillo cuando sintió una leve vibración. Momentos después, la casa temblaba de manera increíble y oyó el ruido de las tejas contra el suelo y los gritos de su familia en el piso superior. El temblor no cesó como era habitual, sino que se hizo más intenso, así que Ryūnosuke condujo a su madre al jardín de la casa mientras su esposa corría escaleras arriba para rescatar a su segundo hijo, Takashi, que dormía en el segundo piso, y su tía se agarraba al pie de la angosta escalera intentando mantener el equilibrio y los llamaba sin cesar. Poco después, su tía y su esposa salieron de la casa con Takashi y se reunieron con Ryūnosuke y su madre en el jardín mientras el suelo seguía temblando y agitándose. Sin embargo, no había aún rastro de su padre ni de Hiroshi, su hijo mayor. La criada, Shizu, se lanzó al interior de la casa y volvió con Hiroshi en brazos. El padre de Ryūnosuke no tardó en aparecer también, y los miembros de la familia soportaron el resto del terremoto abrazados, aferrados, agarrados unos a otros mientras Ryūnosuke repetía monótonamente «todo va bien, todo va bien» y pensaba «*nada va bien, nada va bien*», pues el suelo no dejaba de vibrar, de agitarse, de temblar, de sacudirse, y el aire venía cargado de una neblina polvorienta cada vez más espesa y asfixiante, del intenso hedor de la tierra removida y de los chirridos de la madera rota: gii-ko, gii-ko, gii-ko, gii-ko…

Después del desastre, el comunicado oficial establecería que el terremoto había comenzado a las 11:58 a.m. del 1 de septiembre de1923 y había durado cuatro minutos.

Cuando pasaron aquellos cuatro minutos, los temblores más intensos parecieron cesar y su frecuencia disminuyó, así que inmediatamente su esposa, su tía y las criadas empezaron a sacar de la casa víveres esenciales y las posesiones más valiosas de la familia. Lo alinearon todo en el jardín. Su esposa le sugirió que hiciera lo mismo con sus libros más preciados. Ryūnosuke volvió al interior de la casa y subió a su estudio en el segundo piso. Muchas cosas se habían caído o movido de sitio desde la última vez que se sentara en su escritorio. Durante un rato se dedicó a poner derechas las pilas de libros y reordenar papeles. Después repasó la biblioteca con la mirada preguntándose qué libros salvar y a cuáles renunciar: ¿Baudelaire o Strindberg? ¿Flaubert o Dostoievski? No quería leer poesía. No quería leer teatro. No quería leer relatos o novelas. Cogió un volumen de Voltaire. Lo devolvió a su sitio. Cogió un volumen de Rousseau. Lo devolvió a su sitio. Finalmente, eligió la Biblia y el *Manifiesto Comunista*. Después envolvió en un *furoshiki* la caligrafía de Sōseki-sensei, cogió la estatuilla de María Kannon que había adquirido en Nagasaki, bajó las escaleras y salió al jardín. Arrancó unas cuantas hojas de una planta de bashō. Las dispuso en el suelo. Colocó los libros, el furoshiki y la María Kannon sobre la parte verde de las hojas. Su mujer y su tía lo miraron con desprecio. Ryūnosuke no sabía si su desdén se debía a los libros que había elegido, a la María Kannon o a la forma en que había tratado a la planta. O quizá no fuera desprecio, quizá fuera miedo—

—¡Mirad! ¡Mirad! —exclamó su hijo mayor, Hiroshi, señalando al cielo.

Desde la puerta de su casa en la colina de Tabata, Ryūnosuke y su familia vieron las espesas columnas de humo de los incendios que arrasaban la parte baja de la ciudad, y Ryūnosuke y su familia comprendieron que se habían librado de la peor parte del terremoto y, por el momento, de los estragos del fuego; unas cuantas tejas se habían desprendido del tejado y se habían roto; el farol de piedra que había cerca de la puerta se había caído y se había partido en pedazos. Ryūnosuke recogió los fragmentos de las tejas. Las apiló ordenadamente. Pero entonces el suelo volvió a temblar y el montón se derrumbó. Ryūnosuke contempló los trozos de las tejas y los cuatro pedazos del farol de piedra. Trató de enderezar la base del farol, pero era demasiado pesada. Lo dejó todo donde estaba.

Esa misma tarde, su vecino, Kurasuke Watanabe, que era estudiante, vino a visitar a Ryūnosuke y a su familia. Aunque aún se encontraba algo débil, Ryūnosuke accedió a acompañarle a dar una vuelta por el barrio.

La gente se había refugiado en las calles y charlaba amigablemente con redescubierta cordialidad, se ofrecían cigarrillos y rodajas de pera

nashi y cuidaban de los niños ajenos en una atmósfera de amabilidad sin precedentes. Sin embargo, más arriba, en las faldas de Shinmei-chō, había casas destruidas y, desde el puente de Tsukimi, Ryūnosuke y Kurasuke descubrieron que el cielo de Tokio se había convertido en barro, torres de fuego y columnas de humo que rugían y se elevaban.

Kurasuke decidió continuar explorando para recopilar tanta información como pudiera pero Ryūnosuke regresó con su familia. Al llegar a casa Ryūnosuke descubrió que la luz y el gas no funcionaban y a su familia preocupada por la escasez de alimentos.

Así que Ryūnosuke se puso en marcha de nuevo y recorrió el barrio en busca de velas, arroz, verdura y comida enlatada. Cuando pasó de nuevo por el puente de Tsukimi a la caída del sol, tuvo la sensación de que Tokio era una estufa de leña encendida. El cielo estaba al rojo, los incendios aumentaban en lugar de disminuir, un río interminable de gente atravesaba Tabata y Nippori, las calles estaban alineadas y bloqueadas con sillas y colchones. Nadie dormiría bajo techo aquella noche.

Por la noche, Kurasuke regresó de su expedición con noticias: *Honjo-ku, totalmente destruido por el fuego; Hongō-ku, totalmente destruido por el fuego; Shitaya-ku, totalmente destruido por el fuego; en Kōjimachi-ku, el palacio y la manzana al sur del Parque Hibiya, sin daños; el Hotel Imperial y el barrio sur, sin daños; Koishikawa-ku, del lado del río Edo, parcialmente destruida por el fuego; Kyōbashi-ku, totalmente destruido por el fuego; Shiba-ku, prácticamente destruido por el fuego; Azabu-ku, parcialmente destruido por el fuego; Ushigome-ku sin daños; Yotsuya-ku sin daños en su mayor parte; Asakusa-ku, totalmente destruido por el fuego; Nihonbashi-ku, totalmente destruido por el fuego; Akasaka-ku, la mitad lindante con el centro de la ciudad, destruida por el fuego; Fukugawa-ku, totalmente destruido por el fuego; Yokohama y Shōnan, también destruidos*. Ryūnosuke se temía que las casas de su hermana y su medio hermano en Shiba y Honjo habrían ardido por completo y se preguntaba con preocupación si ellos y sus familias habrían sobrevivido. Antes de mudarse a Tabata, Ryūnosuke y su familia vivían en Honjo. *De no habernos mudado*, pensó Ryūnosuke,*sin duda ahora estaríamos muertos*. A Ryūnosuke también le preocupaban los amigos que se habían quedado en Kamakura y rezó por que hubieran sobrevivido como fuera.

Algo más tarde, apareció también el Dr. Shimojima para ver si estaban bien de salud y proporcionarles medicinas en caso de que las necesitaran, pues por suerte su esposa había salvado sus provisiones de fármacos. Durante el terremoto había vuelto a su consulta y, sin ayuda, de nadie había mantenido los armarios, gabinetes y cajones de medicinas en su sitio, así que no habían tenido que preocuparse por los incendios. *Qué mujer tan valiente*, pensó Ryūnosuke. Era consciente

de que él jamás habría sido capaz de hacer algo así. ¡Sin duda aquella mujer era la reencarnación de la esposa de Shibue Chūsai!

Las réplicas se sucedían, los nervios se crispaban, el humo llenaba el aire, la ceniza caía del cielo cubriendo la casa y el jardín, las visitas llegaban sin cesar, unos para pedirles dinero, otros para comerse sus víveres, otros para beberse su agua, otros para intercambiar noticias de la destrucción y los incendios, rumores de revueltas e invasiones, acusaciones de pillaje e incendios provocados, habladurías de violaciones y asesinatos, palabras de muerte, palabras de miedo.

Finalmente, el presidente de la Asociación de Vecinos visitó a Ryūnosuke y su familia al caer la noche. El presidente de la Asociación de Vecinos preguntó a Ryūnosuke si él y su familia se encontraban bien, si su casa había sufrido daños, si era aún habitable; seguidamente el presidente de la Asociación de Vecinos procedió a informar a Ryūnosuke que se había impuesto la ley marcial, que se habían movilizado a todo el personal militar de Tokio y que todo aquel que se negara a acatar las órdenes de requisa sería condenado a tres años de cárcel o a una multa de tres mil yenes. A continuación, el presidente de la Asociación de Vecinos le preguntó a Ryūnosuke si estaría dispuesto, como Buen Ciudadano que era, a unirse a su recién constituido Comité de Vigilancia local con el objeto de contribuir a la protección del barrio en aquellos momentos de incertidumbre y turbulencia. Ryūnosuke, como Buen Ciudadano que era, asintió con la cabeza. Entonces, el presidente de la Asociación de Vecinos le hizo entrega de un casco y Ryūnosuke, como Buen Ciudadano que era, se lo puso.

Cuando el presidente de la Asociación de Vecinos se marchó, Ryūnosuke corrió a casa de Kurasuke y le dijo que la fiebre le había vuelto a subir y que tenía un dolor de cabeza terrible, un dolor de cabeza tan terrible que apenas podía mantenerse en pie, en vista de lo cual a Kurasuke quizá no le importaría sustituirle en su turno de vigilancia con el Comité de Vigilancia local aquella noche. Kurasuke no puso inconveniente y se ciñó un pequeño puñal y una espada de madera con los que era la viva imagen de un Buen y Vigilante Ciudadano.

Aquella noche, de vuelta a casa, Ryūnosuke se tumbó en el futón entre su esposa y sus dos hijos. Intentó leer la Biblia, pero no lograba concentrarse. Intentó leer el *Manifiesto comunista*, pero tampoco se concentraba. Sentía que debajo del suelo la tierra aún se estremecía y chillaba, como si un gigantesco gusano mecánico anduviera excavando cavernas y túneles, empujando el suelo hacia arriba y dejándolo caer de nuevo a su paso. Ryūnosuke se imaginó los engranajes y ruedas dentadas en el interior del cuerpo metálico de semejante bestia. Y una y otra vez oía las acusaciones y los rumores de

violaciones y asesinatos, de muerte y de terror. Se tapó los oídos con los dedos, se cubrió los ojos con los dedos, y esperó el alba.

*

Soy un Buen Ciudadano. Pero en mi opinión, Kan Kikuchi tiene mucho que aprender al respecto.

Después de la imposición de la ley marcial, charlaba yo con Kan Kikuchi con un cigarrillo entre los labios. Aunque he dicho charlar, lo cierto es que hablamos exclusivamente del terremoto. Comenté que había oído que la causa de los incendios había sidoxxxxxxxxx. «¡Mentira! exclamó Kikuchi arqueando las cejas. No tuve más remedio que coincidir con él, «hmmm, de modo que no es cierto». Pero también comenté que parecía que los xxxxx eran unos títeres de los bolcheviques. «Ya sabe usted que eso es falso» rezongó Kikuchi arqueando las cejas una vez más. Una vez más dije yo, «Oh, conque tampoco eso es cierto» e inmediatamente retiré mi explicación.

Sin embargo, en mi opinión, un Buen Ciudadano cree en la existencia de las conspiraciones entre los bolcheviques y los xxxxx. Si por casualidad uno no lo cree, debería al menos fingir que sí. Pero ese bárbaro de Kan Kikuchi ni se molestó en fingir, no hablemos ya de creer. Esto debería considerarse en sí mismo una renuncia completa a ser calificado de Buen Ciudadano. Yo, por mi parte, como Buen Ciudadano y miembro de un Comité de Vigilancia local que soy, no pude por menos que sentir una cierta compasión por Kikuchi.

Y es que convertirse en un Buen Ciudadano es una ardua tarea.

*

Después del desastre, a la mañana siguiente, a Ryūnosuke lo abrumaba la preocupación por su amigo Yasunari. Yasunari vivía en Asakusa y, durante la larga noche, los rumores que Ryūnosuke había oído le hicieron temer por el destino de su joven amigo; veía el elegante y distinguido rostro de Yasunari roto y aplastado bajo el peso de un edificio, pálido y exangüe, o su cuerpo menudo quemado y carbonizado en una montaña de cadáveres negros y anónimos. Así que, con terribles presentimientos y una cierta sensación de duplicidad debida al miedo de preocupar a su esposa y familia, Ryūnosuke abandonó la relativa calma y seguridad de Tabata, su pequeño *bunshi mura*, aquella «aldea de literatos» en las afueras, y se encaminó hacia el barrio de Asakusa.

El trayecto desde Tabata no fue fácil, pues los tranvías no funcionaban y las calles estaban atestadas de supervivientes con niños

amarrados a las espaldas, con enormes hatos a hombros o con carritos cargados hasta los topes con sus pertenencias, que pretendían salir de Tokio, dirección contraria a la de Ryūnosuke. Se había aprobado una ley militar en virtud de la cual estaba permitido abandonar Tokio pero no entrar en él, por lo que había soldados y policías en todas las esquinas. También había Comités de Vigilancia, compuestos por Buenos y Rectos Ciudadanos, armados con bastones y trozos de tubería, palos o espadas, y a menudo tocados con cascos similares al que llevaba Ryūnosuke. Mientras caminaba hacia Asakusa tuvo ocasión de comprobar cómo dichos comités sacaban a determinadas personas de las columnas de supervivientes y los acusaban de no ser japoneses, de sangre o de espíritu, y de albergar nefastas intenciones. Todas las veces las acusaciones iban acompañadas de golpes de bastón o tubería, palo o espada por parte de los Comités de Vigilancia. Ryūnosuke tenía por cierto que de no haber llevado el casco también a él le habrían sometido a tales acusaciones y golpes. O peor, mucho peor.

Finalmente, Ryūnosuke llegó a Asakusa. O mejor dicho, al lugar donde una vez había estado Asakusa. Y es que allí la destrucción era total: a partir del río, kilómetros y kilómetros de ruinas calcinadas y aún humeantes en todas las direcciones. Y cadáveres por doquier. Cadáveres carbonizados y ennegrecidos, cadáveres medio quemados, cadáveres tirados en posturas obscenas en los albañales, cadáveres flotando en los ríos, cadáveres apilados en los puentes, cadáveres bloqueando completamente las calles y los cruces. Todas las formas de muerte posibles para un ser humano a la vista. Y por todas partes el hedor de la muerte; aquel aroma de albaricoques podridos que le quemaba la nariz y le escaldaba los ojos de horror y de pena, incluso a través del pañuelo apretado contra el rostro. Y entonces por fin llegaron las lágrimas, corrieron las lágrimas al recordar a las personas y los lugares que una vez habían sido Asakusa, las pequeñas casas de placer convertidas en ceniza, marchitas las macetas de ipomeas, todo destrozado—

Todo muerto.

Ryūnosuke desesperó de encontrar a Yasunari. Pero entonces, en ese mismo momento, oyó la voz de su amigo y se dio la vuelta. Pestañeó; pestañeó de nuevo, se frotó los ojos con el pañuelo y volvió a pestañear. *¡Sí! ¡Sí! ¡Era cierto!* Allí, allí mismo en plena destrucción, allí en medio de toda aquella muerte, allí estaba Yasunari, sano y salvo, caminando hacia él entre los escombros, caminando hacia él entre el humo, en animada conversación con Tōkō Kon, otro de sus amigos—

—¡Kawabata-kun! —exclamó Ryūnosuke—. Estaba convencido de que había muerto. Estaba seguro de que era usted un fantasma…

—Ahora todos somos fantasmas —rio Yasunari—. O huérfanos.

Yasunari y Tōkō Kon se dirigían a Yoshiwara para ver qué había sido del viejo distrito de placer e instaron a Ryūnosuke a que los acompañara. Mientras se abrían paso entre los escombros, Yasunari apuntaba incesantemente sus impresiones en su cuaderno o les relataba sus recientes peripecias y observaciones—

—En los momentos posteriores al primer gran temblor, antes de que el fuego consumiera mi alojamiento, pude salvar algunas sábanas. Así, anoche dormí en el parque. Incluso me las arreglé para construirme una mosquitera. ¿Y quién creen que se arrastró bajo la red y se acostó a mi lado de pronto sino la esposa de mi casero con su bebé?

Sin embargo, cuando llegaron al distrito de Yoshiwara hasta Yasunari guardó silencio ante lo que vieron allí.

El estanque de Benten era ahora un caldero con quinientos cadáveres, cuerpos apilados sobre cuerpos, unos quemados, cocidos otros. Las orillas del estanque estaban cubiertas de trapos de color rojo fango, pues la mayoría de los muertos eran cortesanas.

Ryūnosuke se detuvo junto al incienso ardiente con el pañuelo apretado contra el rostro y la mirada fija en el cadáver de un niño de unos diez o doce años. Ryūnosuke apartó la vista y la dirigió al cielo, los ojos abrasados de humo y de sol. Quería gritar, quería clamar a los dioses:

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que nacer este niño si había de morir así?

Y una vez más, como tantas veces antes, Ryūnosuke vio la imagen de Cristo en la cruz y una vez más oyó aquellas palabras que lo atormentaban:

«*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*».

Un niño de la misma edad que el cadáver se detuvo junto a Ryūnosuke. También observaba el cadáver. Reprimió un sollozo y apartó la mirada. Su hermano mayor lo agarró del brazo, le sujetó la cara y le regañó. —Mira bien, Akira. Si cierras ojos ante una visión terrorífica, acabarás aterrorizado de por vida. Pero si lo miras todo de frente, te darás cuenta de que no hay nada que temer…

Súbitamente, Ryūnosuke sintió la mirada del niño. Se giró para sonreírle. Pero cuando sus ojos se encontraron, el niño escondió el rostro entre los pliegues de la ropa de su hermano mayor. Ryūnosuke giró sobre los talones y se marchó de allí pensando: *Habría sido mejor que hubiéramos muerto todos.*

*

El vizconde Shibusawa afirma que debemos considerar este terremoto un castigo divino. Es seguro que nadie ha salido indemne de este desastre, pero comparando la muerte de la propia esposa e hijo con aquellos cuyas casas no han sufrido daños, ¿a quién no espanta la injusticia del castigo divino? Mejor renunciar por completo a creer en el concepto de castigo divino que verse obligado a creer en un castigo divino parcial y tener que aceptar la cruel indiferencia de la naturaleza ante los seres humanos…

Antes del desastre, durante el verano, cuando Oana y yo nos alojamos en una casita de campo en el besso *de Hirano-ya de Kamakura, en el alero de nuestra ventana crecían ramas de glicinia, y entre las ramas se vislumbraban por aquí y por allá sus flores de color malva. Ver flores de glicinia en agosto parecía propio de una crónica antigua. Y no solo eso. Desde la ventana del baño se veían rosales japoneses florecidos en el jardín. Más aún, y más extraordinario si cabe, en el estanque del jardín de Komachien los iris y los lotos estaban también en flor…*

Pensando en la glicinia, las rosas, los iris y los lotos en flor en pleno agosto llegué a la conclusión de que la naturaleza se había vuelto loca. Y cada vez que me cruzaba con alguien, le hablaba de un cataclismo de la naturaleza que tenía lugar en ese mismo instante y que transformaría los cielos y sacudiría la tierra…

Sin embargo, nadie me tomaba en serio. Masao Kune me sonreía con autosuficiencia, se burlaba de mí y decía: «Lo único que va usted a conseguir es poner a Kan Kikuchi más nervioso aún».

Oana y yo regresamos a Tokio el 25 de agosto y el Gran Terremoto ocurrió ocho días después. Ahora Kune siente un gran respeto por mi predicción. «Mi deseo de discutir con usted era solo una pose. Pero de hecho su predicción resultó ser cierta».

No obstante, he de confesar que ni yo mismo me creía mi propia predicción.

La naturaleza hace gala de una cruel indiferencia ante la humanidad. El terremoto no hizo distinciones entre proletarios y burgueses, entre buenos y malos. Es lo que decía Turguénev en sus poemas—

A los ojos de la naturaleza, los humanos no se diferencian de los insectos…

*

Después del desastre, caminando por Iriya bajo una madeja de cables eléctricos achicharrados de vuelta a Tabata, junto a unos tranvías quemados en sus vías, Ryūnosuke oyó de pronto la voz de un niño a un lado de la calle, un niño que jugaba entre los escombros, un niño que cantaba *My old Kentucky Home*…

Inmediatamente, la canción de aquel niño acabó con la

negatividad que se había apoderado de él y lo dominaba. *Sí,* pensó Ryūnosuke. *Siempre habrá quien diga que el arte es un exceso y un excedente de nuestra existencia. Y es cierto, cuando se te incendia la cabeza lo último que piensas es en cómo representar las llamas. Igualmente, cuando meas o cagas quizá no pienses en Rembrandt o en Goethe. Sin embargo, lo que convierte a los humanos en humanos es siempre ese exceso, ese excedente que nos confiere dignidad, que nos ayuda a trascender y a cantar una canción que ningún terremoto o incendio podrá destruir jamás…*

Pero un poco más tarde, Ryūnosuke coincidió con un policía cerca de Nippori. Caminaron juntos un trecho y Ryūnosuke le hizo todo tipo de preguntas acerca del terremoto, los incendios y los distintos rumores de crímenes e insurrecciones que al parecer corrían de boca en boca y flotaban por el aire con el humo y el hedor de la muerte, ese aroma de albaricoques podridos.

El policía, quizá impresionado por el casco de Ryūnosuke, le dio todo tipo de detalles y confesó que se había acusado a mucha gente de actos vandálicos o revolucionarios, pero que al menos él no había visto prueba alguna de tales actos.

Justo en el exterior de la estación de Nippori, Ryūnosuke y el policía se encontraron con el cadáver de un hombre amarrado a un poste con la cabeza machacaba a golpes, el cuerpo horriblemente mutilado y un cartel al cuello que proclamaba que el hombre era a la vez coreano y pirómano. El hombre debía haber muerto lentamente, pero incluso en aquel momento, quizá horas después de su muerte, mientras Ryūnosuke y el policía lo observaban, un viandante se acercó al cadáver y lo golpeó con una sombrilla enrollada. El viandante se giró hacia Ryūnosuke y el policía, les agradeció el buen trabajo que realizaban, se inclinó ante ellos y siguió su camino, dando vueltas a su ahora ensangrentada sombrilla al andar. El policía sacudió la cabeza, instó a Ryūnosuke a andarse con ojo, se despidió de él y se marchó.

Después del desastre, bajo el crepúsculo, Ryūnosuke se quedó absorto ante el cadáver del coreano mientras el suelo aún temblaba bajo sus pies. Y mientras contemplaba el cadáver del coreano, y todos los cadáveres, mientras contemplaba aquella ciudad de escombros, aquella ciudad de humo, por todas partes vio engranajes y ruedas dentadas, traslúcidos contra la tierra, luminosos contra el cielo, girando y rotando, rechinando y chirriando.

Cuatro cuervos se posaron en dos postes retorcidos cercanos. Miraron primero al cadáver y después a Ryūnosuke—

Ryūnosuke se quitó el casco e inclinó la cabeza. El cuervo de mayor tamaño levantó el pico sangriento al cielo y graznó una vez, dos veces, una tercera vez y una cuarta.

Después del desastre, el comunicado oficial declaró que el Gran

terremoto de Kantō había sido de una magnitud de 7.9 en la escala de Richter, había comenzado el 1 de septiembre de 1923 a las 11:58 a.m. y había durado cuatro minutos.

Pero Ryūnosuke no se creyó el comunicado oficial. Ryūnosuke creía que el terremoto no había terminado y nunca terminaría. Ryūnosuke sabía que el desastre estaba aún por venir.

*

Al parecer, a todos esos a los que llamamos socialistas, sean o no bolcheviques, se les considera una amenaza. Especialmente con motivo del reciente Gran Terremoto, a muchos parece haberles encima caído encima ese sambenito. Pero ya que hablamos de socialistas, no olvidemos que el mismo Charlie Chaplin es socialista. Si empezamos a perseguir a los socialistas, ¿debemos perseguir también a Charlie Chaplin? Imaginen que un teniente de la policía militar matara a Charlie Chaplin. Imaginen que mientras hace elduckwalk viniera alguien y acabara con él de una puñalada. Todos los que lo hayan visto en el cine se indignarían. Si proyectáramos esa indignación sobre la situación actual… En cualquier caso, lo único seguro, querido lector, es que incluso usted figura en la lista negra…

Para vivir una vida relativamente tranquila lo mejor es no hacerse novelista.

Diez reglas para escribir una novela. Ryūnosuke Akutagawa, mayo 1926.

A última hora de la mañana del 15 de julio de 1927, año segundo de la Era Shōwa, recibí un telegrama de Ryūnosuke Akutagawa en el me pedía que acudiera tan pronto como me fuera posible a su casa de Tabata, Tokio. Me quedé completamente atónito.

No había sabido gran cosa de Akutagawa desde su visita a Nagasaki hacía más de cinco años. Recordar aquella visita, aquella época, fue como ver fragmentos de la vida de otra persona. Yo lo había perdido todo con la quiebra de mi negocio de caucho en Malasia. El año anterior me había mudado a Tokio, a los remotos y económicos suburbios de la ciudad, con la esperanza de ganarme la vida por medio de la escritura, con la esperanza de convertir una pérdida económica en una ganancia personal, o al menos de satisfacer mis antiguas ambiciones literarias. Había conseguido publicar dos libros sobre el arte y la historia de Nagasaki, aunque no por ello mi mujer y yo gozábamos de una situación desahogada ni mucho menos. Sin embargo, incluso allí, en las afueras de la capital y sus círculos

literarios no había sabido gran cosa de Akutagawa. Por lo que había oído tampoco él pasaba por su mejor momento, y esos rumores se confirmaron durante una de las escasas y últimas ocasiones en que lo vi, hará unos cuatro meses.

A finales del invierno pasado, Kaizōsha organizó una fiesta en el teatro Kabukiza para celebrar el éxito de *Enbon*, su colección de libros de un yen y, entre número y número, fumaba yo un cigarro en el pasillo, cuando de pronto Akutagawa se me acercó muy agitado, me colocó los brazos en los hombros, me empujó contra la pared y dijo —¡No lo soporto!

—¿Qué? —exclamé sorprendido por sus palabras, su comportamiento y su aspecto. Estaba frágil, demacrado, tenía las mejillas hundidas y la nariz aún más prominente, el rostro de un pálido azulado y los labios de un rojo enfermizo, y el pelo largo le caía por encima de la frente. La verdad es que parecía una de aquellas caricaturas de sí mismo como si fuera un kappa que solía hacer en Nagasaki.

—¡Al tomar hoy el tren de Kugenuma —dijo abriendo los ojos al máximo como si fuera a compartir conmigo la historia más extraña del mundo—, junto a los raíles el paisaje ardía con llamas rojas!

—¿En serio? —Le pregunté—. ¿Había algún incendio?

Akutagawa no respondió. Bajó la mirada y sonrió para sí mismo, de pronto alzó la vista de nuevo, volvió a bajarla y después me miró hasta que finalmente dijo: —¿Sabía usted que mi cuñado se ha suicidado?

—Sí, me lo han dicho —respondí.

—Es verdaderamente insoportable… Aún no he sido capaz de zanjar el asunto. Hay tantas cosas que resolver… No puedo soportarlo más…

Allí, en aquel corredor oscuro del Kabukiza, sus hombros, su cuerpo entero parecía abrumado por el peso de una carga, el rostro exhausto, desamparado, dolorido, casi infantil en su sufrimiento y desesperación.

Le puse una mano en el hombro y con unas suaves palmadas le dije: —Sí, al parecer hemos llegado a la edad en que acaecen este tipo de cosas, en que debemos cuidar de nuestros parientes ancianos y al mismo tiempo seguir manteniendo a los más jóvenes…

—Pues la verdad es que no lo soporto —suspiró.

—Y qué otra elección hay —dije yo en tono más de afirmación que de pregunta, pensando en mis propios problemas económicos, consciente de que tenían una repercusión mental enorme—. Sin embargo, nuestra situación se torna verdaderamente intolerable si continuamente la consideramos una carga. Sin duda es mucho mejor

aceptar que así es la vida cuando envejecemos y que nos ha llegado el turno…

De nuevo Akutagawa no respondió. De nuevo bajó la mirada, aún sonreía para sí, apoyado contra la pared del pasillo, fumando un cigarro tras otro. Ni siquiera estaba seguro de que me hubiera oído, así que cuando sonó el timbre que anunciaba el comienzo del siguiente número y la gente volvía a sus asientos, me despedí de él instándole a esforzarse al máximo en resistir y él me miró con aquellos ojos desorbitados pero aún hermosos, y recuerdo que pensé, que me pregunté qué demonios verían aquellos hermosos ojos cuando veían este mundo arder con llamas rojas a lo largo de las vías del tren…

Aquella noche de invierno fue la última vez que supe de él hasta su inesperado telegrama de aquel día de verano, por eso recorrí el trayecto desde los suburbios del oeste de Tokio hasta Tabata con cierto nerviosismo.

Incómodo y cansado a causa del calor y el viaje, llegué a la residencia de los Akutagawa a últimas horas de la tarde, en el mismo momento en que una de las criadas despedía al Dr. Shimojima. El Dr. Shimojima era muy conocido y respetado en los círculos poéticos del haiku, pero también era el médico de la familia Akutagawa, así que naturalmente me preocupó encontrarlo allí. Sin embargo, la visita del doctor era puramente social y me mostró orgulloso un ejemplar dedicado de la última novela de Akutagawa, *El abanico de Hunan*, que le acababa de regalar. Sentí cierto alivio. Acto seguido me condujeron al segundo piso, donde se hallaba Chōkōdō, que es como Akutagawa llamaba a su estudio, y que puede traducirse como «Casa del Río Claro» o como «Casa del Río Sumida».

Akutagawa estaba sentado en el suelo ante su escritorio dibujando sus típicas figuras delgadas y reptilianas con una mano y fumando cigarrillos en cadena con la otra, los ojos fijos en el papel y el pelo sobre el rostro.

Tosí una vez y dije: —Buenas tardes, Sensei.

Akutagawa alzó el rostro, me miró con ojos inexpresivos, como intentando ubicarme, y finalmente asintió, sonrió y me dijo: —Ah, Nagami-san, ha venido usted. Y en un día de calor tan asfixiante como hoy. Se lo agradezco…

—Y yo le agradezco su invitación, Sensei.

Akutagawa se puso en pie. Llevaba el *yukata* suelto, la ropa interior claramente visible y muy gris, y su cuerpo parecía aún más demacrado. Se dirigió a una de sus muchas pilas de libros y papeles. Cogió un sobre y me lo entregó diciendo: —Si no le supone mucha molestia ni inconveniente, me gustaría confiarle este manuscrito.

Agradecido, como es lógico, tomé el sobre de sus manos y comencé

a abrirlo—

—Lamento ser tan brusco y exigente —dijo Akutagawa—. Pero si consiente usted en leer el pobre relato que contiene ese sobre, le ruego que lo haga más tarde.

—Por supuesto —respondí—. Y muchas gracias, Sensei, es un honor.

—El honor es mío —dijo Akutagawa—. Si me permite rogarle un último favor, ¿le importaría dar un paseo conmigo y que le invite a un té y unos dulces?

Así fue como aquel día de verano, paseamos juntos al crepúsculo hasta muy tarde y pasamos varias horas en una confitería. Por desgracia no recuerdo toda la conversación, todo lo que Akutagawa me contó aquella noche. Pero sí recuerdo que en cierto momento, cuando nos dábamos el capricho de un segundo cuenco de sopa dulce de judías azuki, Akutagawa reprimió un bostezo y dijo de pronto: —Últimamente tengo terribles dificultades para conciliar el sueño.

—A mí también me sucede de vez en cuando —dije yo—. Pero sobre todo después de excederme con la cafeína y el tabaco.

—Ojalá pudiera yo decir lo mismo —replicó Akutagawa con expresión triste—. En mi caso se debe a que me atormenta una pesadilla horrible. Pero discúlpeme, nada hay más insufrible que los sueños ajenos…

—En absoluto —dije yo—. Si compartir conmigo esa pesadilla le sirve de ayuda, hágalo, se lo ruego.

—Gracias —dijo Akutagawa. —Pues verá, sueño que en un jardín en ruinas, yermo y desierto hay un castillo de hierro con rejas de hierro en las estrechas ventanas. En el castillo de hierro solo hay una estancia. En la estancia solo hay un escritorio. En el escritorio, una criatura que se parece a mí escribe con letras que no entiendo un largo poema sobre una criatura que en otra estancia escribe un poema sobre una criatura que en otra estancia escribe un poema y así hasta el infinito.

—¿Y dice que ha tenido este sueño más de una vez?

—Todas las noches —respondió Akutagawa—. El sueño se repite y nunca acaba, pero jamás puedo leer el poema. Eso es lo más terrorífico. Jamás en toda la eternidad podré leer el poema…

No supe qué decir, es más, ni siquiera ahora mismo sé si de hecho dije algo. Pero recuerdo que pensé que aquello explicaba por qué Akutagawa quería estar fuera hasta tan tarde, por eso era tan reticente a volver a casa y acostarse.

Era ya mucho más de medianoche cuando llegué a mi propia casa. Sin embargo, la curiosidad pudo más que el cansancio, así que abrí el sobre, saqué el manuscrito y comencé a leer, y leí y leí…

A última hora de la mañana de cierto día, recibí un telegrama de Tock en el que me pedía que acudiera tan pronto como me fuera posible a su casa.

Anteriormente, la primera vez que me vi en el país de los kappas, conocí a un estudiante llamado Lap. Lap a su vez me presentó a Tock; Tock era un poeta y yo lo visitaba a menudo. Siempre lo encontraba fumando y escribiendo en su estudio, rodeado de libros y papeles, textos de kappas y textos de humanos, Jonathan Swift y William Morris, Hirata Atsutane y Kunio Yanagita, Oscar Wilde y Anatole France, tantos, tantísimos textos, Tock rodeado de macetas de plantas alpinas, una kappa hembra sentada en un rincón de la estancia tejiendo o cosiendo en silencio. Tock parecía no tener preocupaciones y siempre me recibía con una cálida sonrisa de oreja a oreja y conversaba conmigo durante horas, sobre la vida y el arte de los kappas. Tock tenía muy firmes opiniones y puntos de vista acerca del arte e insistía en que este nunca debe verse restringido por las reglas de aquella, porque creía con fervor en el principio del arte por el arte, por lo que el auténtico artista debía ser ante todo y sobre todo una especie de súperkappa cuya existencia estuviera más allá del bien y del mal. Tock no era el único en profesar esas creencias y en ocasiones me llevaba con él al Club Súper-Kappa, un salón iluminado con potentes luces eléctricas donde conocí a todo tipo de súperkappas: poetas, novelistas, dramaturgos, críticos, pintores, músicos y escultores tanto profesionales como aficionados. Fumaban y bebían, hablaban y gritaban hasta altas horas de la noche y se peleaban y discutían sobre la vida y el arte y sobre el significado y el valor de la una y el otro. A menudo, después de una de esas veladas Tock y yo volvíamos a casa lentamente, dando tumbos cogidos del brazo. Como he dicho, Tock siempre me pareció el más despreocupado de todos los kappas que conocí, y no conseguía imaginar qué le habría llevado a enviarme semejante telegrama, así que me apresuré tanto como pude en llegar a su casa.

A mi llegada me condujeron al segundo piso y entré en Gakikutsu, que es como Tock llamaba a su estudio y que puede traducirse como «Cueva del Demonio» o «Madriguera del Demonio», palabra que procede de la raíz *gaki*, «demonio», pseudónimo con el que a veces firmaba sus escritos. Como siempre, Tock estaba sentado en el suelo en su escritorio, entre sus libros y sus plantas, pero aquel día dibujaba delgadas y negras figuras aviarias con una mano mientras con la otra fumaba cigarrillos en cadena, los ojos fijos en el papel y el pelo sobre el rostro.

Tosí una vez y dije: —Buenas tardes, Tock.

Tock alzó el rostro, me miró con ojos sobresaltados, como intentando ubicarme, y finalmente dijo: —Ah, A-san, al fin ha venido usted. Se lo agradezco mucho…

Tock se puso en pie. Observé su demacrado cuerpo mientras se acercaba a una de sus muchas pilas de libros y papeles. Cogió un sobre y me lo entregó diciendo: —Si no le supone mucha molestia ni inconveniente, me gustaría confiarle este manuscrito.

Agradecido, como es lógico, tomé el sobre de sus manos y comencé a abrirlo—

—Lamento ser tan brusco y exigente —dijo Tock—. Pero si consiente usted en leer el pobre relato que contiene ese sobre, le ruego que lo haga más tarde.

—Por supuesto —respondí—. Y muchas gracias, es un honor.

—El honor es mío —dijo Tock—. Si me permite rogarle un último favor, ¿Le importaría dar un paseo conmigo y que le invite a un té y unos dulces?

Así fue como aquel día de verano, paseamos juntos al crepúsculo hasta muy tarde y pasamos varias horas en una confitería. Por desgracia no recuerdo toda la conversación ni todo lo que Tock me contó aquella noche. Pero sí recuerdo que en cierto momento, cuando nos dábamos el capricho de un segundo cuenco de sopa dulce de judías azuki, Tock reprimió un bostezo y dijo de pronto: —Últimamente tengo terribles dificultades para conciliar el sueño.

—A mí también me sucede de vez en cuando —dije yo—. Pero sobre todo después de excederme con la cafeína y el tabaco.

—Ojalá pudiera yo decir lo mismo —replicó Tock con expresión triste—. En mi caso se debe a que me atormenta una terrible pesadilla. Discúlpeme, nada hay más insufrible que los sueños ajenos…

—En absoluto —dije yo—. Si compartir conmigo esa pesadilla le sirve de ayuda, hágalo, se lo ruego.

—Gracias —dijo Tock—. Pues verá, sueño que en un jardín en ruinas, yermo y desierto hay un castillo de hierro con rejas de hierro en las estrechas ventanas. En el castillo de hierro solo hay una estancia. En la estancia solo hay un escritorio. En el escritorio, una criatura que se parece a mí escribe con letras que no entiendo un largo poema sobre una criatura que en otra estancia escribe un poema sobre una criatura que en otra estancia escribe un poema y así hasta el infinito.

—¿Y dice que ha tenido este sueño más de una vez?

—Todas las noches —respondió Tock—. El sueño se repite y nunca acaba, pero jamás puedo leer el poema. Eso es lo más terrorífico de todo. Jamás en toda la eternidad podré leer el poema…

No supe qué decir, es más, ni siquiera ahora mismo sé si de hecho dije algo. Pero recuerdo que pensé que aquello explicaba por qué Tock quería estar fuera hasta tan tarde, por eso era tan reticente a volver a casa y acostarse.

Era ya mucho más de medianoche cuando llegué a mi propia casa. Sin embargo, la curiosidad pudo más que el cansancio, así que abrí el sobre, saqué el manuscrito y comencé a leer, y leí y leí…

Epílogo al Libro de Tock

En el reino de los humanos, en el país de Japón, en el corazón de Tokio, su capital, se encuentra Jimbōchō, una zona que alberga cientos de librerías, algunas son grandes y en ellas se venden libros nuevos, pero la mayoría son pequeñas y están especializadas en textos antiguos o raros. En una reciente excursión nocturna a esa tierra río abajo, cuando me colaba a pasar la noche en Tamora Shoten, descubrí un compendio titulado *Taishō Monogatari*. Entre las muy interesantes historias de esta variopinta colección hay una cuyo autor es un tal Yasukichi Horikawa. Nunca había oído hablar del tal Yasukichi Horikawa y a pesar de mis exhaustivas pesquisas no he sido capaz de encontrar rastro alguno de dicho autor más allá de esta historia…

La Mort d'un Auteur

…que Horikawa introduce con la siguiente nota:

> *Este pobre relato se basa por un lado en un cuento de la dinastía T'ang titulado* Tu Tze-ch'un *y, por otro, en una reciente y popular versión firmada por mi apreciado contemporáneo el señor Ryūnosuke Akutagawa. No pretendo, por lo tanto, adjudicarme la autoría de las palabras que siguen, y solo puedo pedir disculpas a los lectores por las libertades que me he tomado con estas dos precedentes obras maestras, de calidad muy superior, en las que he basado mi propio, imperfecto y pobre relato…*

Y después, comienza así…

1

En la Era del Invierno, a la muerte de Taishō, bajo un cielo negro y sin estrellas, al norte de Asakusa y al sur de Senju, a orillas del río

Sumida, Y tenía hambre y frío. En otro tiempo, Y había sido un autor famoso y reconocido, de gran reputación y muchos lectores. Pero había sucumbido a los vicios y tentaciones de la Vida Literaria de la Gran Ciudad, con sus placeres de la carne, sus distracciones de la mente, y había despilfarrado primero su talento y su fortuna después. De modo que Y había perdido todo cuanto se le había concedido: sus lectores, sus editores, sus amigos, los verdaderos así como los falsos, sus amantes, así las profesionales como las aficionadas, y por fin incluso su familia. Y allí estaba Y, bajo la noche invernal, a orillas del río, sin lugar donde dormir, nada que comer, ni un céntimo, nadie en quien confiar. E Y alzó la vista al cielo negro, e Y bajó la vista al negro río, miró más allá de las oscuras aguas, más allá de sus profundidades contaminadas, sus ojos irritados por el viento, su voz que rompiéndose en la noche. «Ya no merece la pena…».

Lentamente, Y se puso en pie. Metódicamente, Y se puso a buscar piedras por la orilla del río. Una por una, Y se metió las piedras que encontró en los bolsillos de su ligero y estropeado impermeable hasta que la prenda le pesaba sobre los hombros.

Lentamente, Y caminó hasta la orilla y, con una triste aunque resignada sonrisa en los labios, se metió en el agua, se abrió paso río adentro tarareando el estribillo de la famosa Canción del barquero: «*Soy hierba muerta en la ribera / tú también eres hierba muerta en la ribera / soy hierba muerta en la ribera…«*

—¡Espere! ¡Deténgase! ¿Pero, qué hace? —gritó una voz.

Con el agua hasta la cintura y lastrado por las piedras, Y giró el rostro hacia la orilla. Allí, en el banco del río, un anciano con los brazos extendidos y las palmas de las manos abiertas le hacía gestos y le suplicaba: —¡Deténgase! ¡Deténgase! ¡Vuelva! ¡Vuelva aquí…!

Pero por encima del ruido de las olas, de la llamada de la corriente, Y gritó: —¡No! No merezco vivir. Estoy decidido a morir.

—Entonces yo iré hacia usted. Yo iré a su encuentro —dijo el anciano metiéndose en el agua y abriéndose paso río adentro.

El viento arreciaba, la corriente del río se aceleraba, el anciano perdió pie, el anciano se hundió rápidamente en el agua. E Y sacudió la cabeza, e Y maldijo su suerte; no podía ni morir tranquilo. E Y se dio la vuelta en el río, e Y se abrió paso en la corriente, sacó al anciano a la superficie, arrastró al anciano hasta la orilla, hasta que salieron del río y cayeron al suelo—

Y y el anciano yacían lado a lado en la ribera del río, los rostros mirando al cielo, jadeantes, sin aliento, empapados, calados hasta los huesos—

—Gracias —dijo el anciano—. Me ha salvado la vida.

Y soltó una risotada, resopló y dijo: —No me ha dejado otra

elección.

—No —dijo el anciano—. Siempre hay elección.

Y rio de nuevo: —Sí. La elección de Hobson.

—Sigue siendo una elección. Tomarlo o dejarlo. Actuar o no actuar —dijo el anciano.

Y suspiró. —La verdad es que yo ya había hecho mi elección. Y había decidido actuar. Pero gracias a usted, heme aquí de nuevo, en la ribera del río, después de fracasar incluso en mi muerte. Gracias por nada.

—No desespere —rio el anciano—. Todavía puede que muera usted de hipotermia. Pero suponiendo que no sea así, le debo un favor por salvarme la vida. Así que si sobrevive a esta noche, con la primera luz del sol encontrará su recompensa. Úsela o no la use, tómela o déjela. La elección es suya.

A Y le castañeteaban los dientes y le temblaba todo el cuerpo. Cerró los ojos y soltó una carcajada: —Con que haya usted desaparecido, me conformo.

2

El sol invernal le calentaba extrañamente el rostro, los punzantes rayos le bailoteaban en los párpados, los barcos traqueteaban en el río, la brisa traía aroma de *fukujusō*, y con la espalda y el cuello doloridos, Y abrió los ojos. Sobre él, un cielo de diciembre azul brillante, sin una sola nube, aún sin una sola columna de humo de una fábrica. El suelo en el que yacía no le parecía duro, ni tenía la ropa empapada, aunque le molestaba el calambre en el cuello y la espalda. Se sentó y miró a su alrededor frotándose el rostro y masajeándose el cuello. Había pasado la noche con la cabeza sobre una almohada, una almohada hecha de un gran *furoshiki* de tela roja y blanca cuyo nudo envolvía un bulto gigantesco.

Sin saber a ciencia cierta si estaba soñando, Y desató el nudo lentamente, Y abrió el nudo lentamente, y se quedó helado, se quedó helado hasta que pestañeó, y pestañeó de nuevo, y se frotó los ojos, y se frotó los ojos de nuevo. Y levantó la vista, Y miró a su alrededor: la ribera vacía, el río lleno de barcos, todo en su sitio, todo real. Seguro de que no soñaba, Y estiró el brazo lentamente y tocó el contenido del *furoshiki*: montones y montones de billetes, nuevos y relucientes, en fajos perfectos, más dinero del que había visto en su vida, más del que jamás había imaginado. Y encima de la montaña de billetes, un taco de hojas de papel y una pluma. Y cogió la pluma y el papel y

rápidamente comenzó a pasar las hojas. Estaban todas en blanco menos la primera, en la que se leía: *Epílogo*.

Y puso de nuevo la pluma y el papel encima de los billetes, rápidamente y echando miradas furtivas a su alrededor. Más rápidamente aún, volvió a atar el nudo del furoshiki, lo cogió y se alejó de allí con el bulto a cuestas, dando tumbos, tan rápido como podía, de vuelta a la ciudad, bajo el cielo azul que se iba tiñendo de blanco al compás de las estridentes sirenas de las fábricas, de vuelta a la ciudad, de vuelta a las luces, de vuelta a la vida, a la vida que creía haber perdido…

Y se había hecho más rico de lo que creía posible en una sola noche, así que no perdió tiempo en comprarse una casa en Hōngo y un chalet en Kamakura. Pero Y era consciente de que se le había concedido una segunda oportunidad, una segunda oportunidad que no se había ganado, así que estaba decidido a aprovechar aquella oportunidad, aquel don que se le había otorgado. Así, Y comenzó a escribir de nuevo usando el papel y la pluma que se le había regalado, y pronto terminó una novela *shishōsetsu* breve que naturalmente tituló —

Epílogo

Nada más publicarse, la novela fue calificada de obra maestra, leída por jóvenes y viejos y considerada un antídoto contra estos tiempos cada vez más oscuros de egoísmo y decadencia moral.

Querido y respetado como era, Y se esforzó por escribir otra novela, pero acabó por sucumbir de nuevo a las tentaciones y vicios de la Vida Literaria de la Gran Ciudad, con sus placeres de la carne, sus distracciones de la mente. Porque a Y no le faltaban ahora placeres y distracciones: amigos nuevos y antiguos, todos falsos esta vez, amantes nuevas y antiguas, todas profesionales esta vez, se congregaban en torno a Y, que pasaba el tiempo en noches de desidia y días de remordimiento mientras la pluma y el papel yacían abandonados y olvidados, y los días y las noches se convertían en meses y en años, hasta que perdió primero el chalet de Kamakura y después la casa de Hōngo e Y volvió a verse bajo un cielo negro y sin estrellas a orillas del río Sumida, sin lugar donde dormir, nada que comer, ni un céntimo y nadie en quien confiar, contemplando las olas, mirando las piedras y sabiendo, sabiendo que ya nada merecía la pena…

«*Soy hierba muerta en la ribera / tú también eres hierba muerta en la ribera / soy hierba muerta…*».

—Vaya, vaya. Qué curioso que volvamos a encontrarnos aquí — dijo una vieja voz familiar en la oscura y fría noche.

Y se dio la vuelta con asombro y vio al anciano sentado junto a él en la ribera del río.

—Qué casualidad que nuestros caminos se crucen de nuevo —dijo el anciano.

Y sacudió la cabeza y dijo: —No es casualidad, ¿verdad? Sin duda habrá estado usted siguiéndome, vigilándome, acechándome, espiándome. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—No soy más que un hombre con una deuda —dijo el anciano—. Un hombre agradecido que desea devolverle el favor a la persona que le salvó la vida. Solo eso…

Y sacudió la cabeza de nuevo y dijo: —Pues si lo que dice es cierto, usted ya me ha devuelto el favor con creces. Así que olvide cualquier sentimiento de deuda. No me debe nada.

—¡No! ¿Cómo puede decir eso? El regalo de la vida es el regalo más preciado que existe. Es imposible devolverlo completamente. De modo que repose la cabeza sobre estas piedras, descanse sobre la ribera de este río, y con la primera luz del sol, encontrará su recompensa. Por favor, apoye la cabeza, por favor cierre los ojos…

Asombrado de nuevo, Y se sintió atrapado en un súbito torrente de emociones y sensaciones: la promesa de hojas de papel en blanco, la urgencia de una rauda pluma y de sus palabras sobre el papel, el aplauso de los críticos, la adulación de los lectores, el aroma del alcohol, el sabor de las mujeres, el orgullo y la avaricia, la gula y la lujuria, la desidia y el remordimiento, una noche negra y sin estrellas, la ribera del río, las piedras y el agua…

—No —dijo Y—. No, gracias. Le devuelvo el regalo. Lo rechazo. No soy digno de recibirlo. Por favor déselo a otra persona. Yo solo lo desaprovecharía de nuevo. Por eso no lo quiero.

—Entonces, dígame, ¿qué es lo que quiere? —preguntó el anciano.

Entonces, por primera vez, Y vio al anciano, lo vio como realmente era. Lejos de ser el filántropo excéntrico que había imaginado, el anciano allí sentado junto a él iba vestido con andrajos deshilachados y sucios, llevaba el pelo largo y apelmazado, la piel incrustada de suciedad, envejecida y maltratada por las inclemencias del tiempo. Y tomó la mano del anciano entre las suyas y dijo: —Quiero vivir como usted. Quiero ser como usted. Por favor, déjeme ser su discípulo. Por favor, se lo suplico. Por favor, enséñeme…

El anciano estuvo un buen rato en silencio, la vista fija en su propia mano entre las manos de Y. Entonces, lentamente, alzó el rostro y clavó la mirada en los ojos de Y antes de decir, —Lo que pide no es fácil. Lo que pide implica gran dolor y mucho sufrimiento. Así que, por favor, mire en su corazón y pregúntese si es lo que desea verdaderamente.

Y le apretó la mano, asintió y dijo: —Lo es, lo es. Créame, por favor.

—Si está verdaderamente seguro, haré lo que me pide —respondió el anciano.

Entusiasmado, Y exclamó alegremente: —¡Gracias! ¡Gracias!

—No —susurró el anciano—. No necesita darme las gracias por esto, por esto no me dará las gracias. Simplemente recuerde que es lo que usted ha pedido, y manténgase firme de corazón, manténgase firme de corazón…

—Así lo haré. Así lo haré —asintió Y.

—Ahora, cierre los ojos, por favor…

Y cerró los ojos.

—Ábralos cuando cuente hasta tres —dijo el anciano. Uno, dos…

«3»

Enrarecido el aire, helado el viento, precario el equilibrio, Y abrió los ojos. El mundo se había esfumado, solo quedaban las nubes a su alrededor y el suelo bajo sus pies. Y trató de recuperar el equilibrio cambiando el peso del cuerpo. Trató de orientarse, se esforzó nerviosamente en verse al menos los pies. Parecía estar en lo alto de una inestable montaña de fragmentos sueltos que rodaban y daban vueltas bajo sus pies; conchas vacías que se quebraban bajo su peso y resbalaban repiqueteando montaña abajo, abajo, abajo con un ruido hueco y suave, y cada vez que se quebraba una se encendían y morían vagos y fríos fuegos allí abajo, abajo, abajo, lejos de él. Mareado y asqueado de miedo y vértigo, Y cerró los ojos, Y gritó, —¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar?

Entonces Y sintió una mano en su brazo, firme y segura, Y abrió los ojos de nuevo; las nubes se habían abierto y el anciano estaba frente a él, con un abrigo de refulgentes plumas blancas, la cabeza limpia y afeitada, la piel translúcida e impoluta.

Y se agarró a la mano del anciano y la apretó entre las suyas más y más fuerte mientras preguntaba: —¿Dónde estoy? Dígame qué lugar es este…

—Mira —respondió el anciano—. Tú solo mira y verás.

Entonces, por primera vez, Y vio el lugar, vio el lugar tal y como era. No era el suelo: no había suelo bajo sus pies, no había suelo por encima de él ni sobre él, sino precipicios, precipicios de montañas, sí, interminables montañas, montañas de fragmentos, sí, incontables y monstruosas montañas de calaveras, de calaveras y fragmentos de calaveras y dientes y huesos, de huesos y polvo de hueso, esparcidos, a la deriva entre los escombros de una marea eterna.

—Esto es la Montaña de las Calaveras —dijo el anciano—. Debo dejarte aquí para que te enfrentes a lo que tú y solo tú debes enfrentarte. Sin embargo, te enfrentes a lo que te enfrentes, veas lo que veas, no hables, no hagas un solo ruido. Pues si hablas, si haces un solo ruido, no podrás vivir como yo, no podrás ser como yo. No se te concederá tu deseo. Así que pase lo que pase, no hables, no hagas un solo ruido. Regresaré cuando todo haya acabado.

Lentamente, Y soltó la mano del anciano y dijo: —Comprendo.

El anciano asintió y comenzó a alejarse, más y más, montaña abajo y más abajo, pronto no fue más que una mancha lejana y se hizo invisible.

Solo en la montaña, en equilibrio sobre aquella agitada marea, con el estómago revuelto a causa del brusco oleaje y el pavor constante, Y espero y esperó, con el corazón al galope y el pensamiento disparado, a veces susurrando, a veces ensordecedor, con el cuerpo y el alma retorciéndose…

—¿Quién eres? —susurró una voz, una voz a su espalda, cada vez más cerca, en el oído, más cerca aún, con un aliento delicioso a comida y vinos caros. —¿Quién eres? —susurró de nuevo.

Pero Y no respondió, Y no habló, la boca cerrada y los ojos también, sin abrirlos, sin hablar.

—Por supuesto —se burló la voz—. El anciano te ha ordenado que no hables. Pero da igual, sabemos quién eres: eres Yasukichi Horikawa, autor reconocido y de éxito, ayer alabado por los críticos y amado por los lectores, pero hoy víctima de una especie de marasmo, un leve caso de bloqueo del escritor, una simple crisis temporal de confianza. Y hete aquí, sumido en la inseguridad, hundido en la autocompasión; qué cómodo estás, qué fácil te resulta. ¡Qué patético! ¡Qué vano! Adelante, di tu nombre, reconoce quién eres y se te devolverá todo, todo lo recuperarás; la fama, las ventas, los admiradores, las amantes, no han desaparecido, te están esperando, en tu villa de Kamakura, en tu casa de Hōngo. Tan solo abre los ojos, y después abre la boca, y reconócelo, reconócelo: yo soy Yasukichi Horikawa, autor reconocido y de éxito.

Y seguía sin responder, Y seguía sin hablar, lo ojos cerrados, sin abrirlos, sin decir nada.

—Qué predecible —suspiró la voz—. Qué vanidad la del escritor. Deleitándote en tu supuesto dolor, disfrutando de tu supuesto sufrimiento. Pues veamos cuánto te deleitas con el auténtico dolor, veamos qué tal disfrutas del auténtico sufrimiento…

De pronto Y sintió que una soga se le enredaba en el cuello, de pronto sintió que una cuchilla le cortaba las muñecas, de pronto le corría veneno por las venas, de pronto los pulmones se le llenaban de

agua…

—¡Habla! —gritó la voz—. ¡Habla, pues esta es tu última y única oportunidad! Di tu nombre, reconoce quién eres: ¡Yo soy Yasukichi Horikawa, autor reconocido y de éxito! Y se te devolverá todo, todo lo recuperarás. Pero si no hablas, si no reconoces quién eres, entonces morirás y además morirás la muerte de los suicidas, eternamente condenado, para siempre condenado a morir y morir y morir de nuevo, una y otra vez, sin fin. ¡Habla! ¡Habla! ¡Habla!

Pero Y se negó a hablar. Y no habló, no habló…

—Es tu última oportunidad —susurró la voz—. La última oportunidad…

La cuerda le apretaba el cuello, la cuchilla se clavaba más profundo…

—Hazlo por Yasukichi Horikawa…

El veneno por las venas, el agua en los pulmones…

—Autor reconocido y de éxito…

Pero Y no habló…

—La última oportunidad…

Y no habló…

—Entonces, recibe la muerte y entra en el infierno…

Sin hablar, sin hablar, con el cuello roto, el cuerpo desangrado, envenenado y ahogado, Y cayó y cayó y cayó y cayó en—

死

Aquí, la muerte y el infierno, muerte sin fin, infierno sin fin; su cuello eternamente rompiéndose, su cuerpo eternamente desangrándose, envenenándose, ahogándose sin fin, en el río, en el Río de los Pecados, hirviente y sangrante, a los pies de la Montaña de las Calaveras, Y moría una y otra vez, se hundía un momento para volver a la superficie al momento siguiente, una y otra vez, y todas las veces entreveía y entreveía y entreveía a un ser sentado en un trono sobre la Montaña de las Calaveras, vestido con una túnica de color ala de cuervo, el rostro níveo bajo una corona pálida de espejos rotos que reflejaban sin piedad cuanto veía, que observaba a Y, miraba enfurecido a Y, y sin embargo, sonreía a Y, se burlaba de Y: ¡Satan-Yama, el Señor del Infierno!

—Sin duda, sientes dolor y estás sufriendo —dijo Satan-Yama—. Y, sin duda, crees merecer este castigo, por lo tanto sin duda soportarás eternamente este martirio. ¡Pero mira! Mira a tu alrededor, mira quién sufre contigo, mira quién sufre por tu causa, por tu causa…

Mientras moría una y otra vez y se hundía y salía a flote, Y vio que no estaba solo en el hirviente y sangrante Río de los Pecados: morían una y otra vez un millar de muertes y se hundían y salían a flote en el hirviente y sangrante Río de los Pecados, morían una y otra vez un millar de otras almas, amigos y antiguas amantes, y ¡no!, también su esposa y sus hijos, ¡no! incluso su padre y su madre morían una y otra vez y se hundían y salían a flote eternamente—

—Una palabra tuya —dijo Satan-Yama—. Una sola palabra tuya, y cesarán sus sufrimientos y serán liberados. Di tan solo una palabra, solo una, solo di una palabra…

Mientras moría una y otra vez, Y observó a su padre y a su madre, a sus hijos y a su esposa hundirse un momento para salir a la superficie al momento siguiente, las bocas llenas de sangre, los ojos llenos de lágrimas, suplicando a Y, rogándole—

—Solo una palabra…

Mientras Y moría una y otra vez, despellejado el corazón, desollada el alma, ante las lastimeras, desgarradoras miradas de amigos y amantes, de su esposa e hijos, de su padre y madre, mientras Y se hundía y volvía a salir a flote, de pronto vio otra cara, una cara que apenas recordaba, cuyos ojos no suplicaban, con los ojos bajos, que sin embargo, le atrapó la mirada y fue entonces cuando recordó una noche que creía haber olvidado, que deseaba haber olvidado, en un sombrío y sucio cuartucho de Nankín, con un crucifijo de bronce en la pared, una botella volcada en el suelo, una silla patas arriba, unas cuantas monedas por la cama, entre sus obligados, reacios muslos, la supurante, purulenta polla de Y la contagiaba, la condenaba, la mirada de ella en el crucifijo, el nombre de ella en los labios de Y, aquel nombre que él no sabía que sabía, su nombre, Y gritó su nombre: —¡Xin!

El aire enrarecido, el aire helado, de nuevo precario el equilibrio, Y abrió los ojos. El Río de los Pecados, hirviente y sangrante, lleno de amigos y antiguas amantes, de su esposa y sus hijos, su padre y su madre, todos muriendo una y otra vez, había desaparecido, habían desaparecido, desaparecido por completo, estaba solo de nuevo en la Montaña de las Calaveras, en lo alto de la inestable montaña de fragmentos sueltos que rodaban y daban vueltas bajo sus pies, conchas vacías que se quebraban bajo su peso, y un río de lágrimas que le corría por el rostro porque sabía, sabía que había fracasado—

—Sí —dijo el anciano, de nuevo a su lado, con su abrigo de plumas refulgentes, la cabeza limpia y afeitada, la piel translúcida e impoluta —. Has fracasado. Pero en realidad ya habías fracasado y habrías fracasado de nuevo si no hubieras hablado.

—Pero pude haber elegido no hablar —dijo Y—. La elección era mía. Sé que tenía elección.

—Sí. Siempre hay elección —sonrió el anciano.

Y asintió con la mirada en los precipicios desnudos de las interminables montañas de calaveras y fragmentos de calaveras. —Y yo he elegido la Montaña de las Calaveras —dijo Y.

—Así es —dijo el anciano agachándose junto a la marea eterna de calaveras y cogiendo una calavera y levantando la calavera. —Pero en realidad estabas ya aquí, siempre has estado aquí. Pues esta calavera y todas y cada una de estas calaveras son tu propia calavera. ¡Todas y cada una de estas calaveras son tú! Y solo tú. El nido de tus sueños, todos tus delirios y deseos. Siempre tú, tú desde siempre, tú y solo tú…

—Lo sé —dijo Y—. Lo sé.

Entonces, Y cerró los ojos, pero en ese momento, justo en ese momento, el sol invernal le calentaba extrañamente el rostro, sus punzantes rayos le bailoteaban en los párpados, los barcos traqueteaban en el río, la brisa traía aroma de *fukujusō*, y lenta, muy lentamente Y abrió los ojos de nuevo. Sobre él, un cielo de diciembre azul brillante, sin una sola nube, aún sin una sola columna de humo de una fábrica, de nuevo le molestaba el calambre en el cuello y la espalda y de nuevo se sentó y miró a su alrededor: de nuevo había pasado la noche con la cabeza sobre una almohada, y de nuevo la almohada era un gran *furoshiki* de tela roja y blanca cuyo nudo envolvía un bulto gigantesco. Pero esta vez Y no desató el nudo, esta vez no abrió la tela. Esta vez Y se puso en pie, Y se alejó, se alejó del bulto, se alejó de la ciudad—

Hay hombres que enloquecen, hay hombres que desaparecen, hay hombres que hacen ambas cosas.

*

La mañana después de la velada que compartí con Tock y la larga noche que pasé leyendo su manuscrito, preocupado y deseoso de discutir el estado mental de Tock, me puse en camino hacia la residencia de su amigo, el filósofo Mag.

Mag era un kappa muy hospitalario al que le encantaba recibir visitas y aquel día gris había en su casa toda una congregación: el juez Pep, el doctor Chack y Gael, presidente de una compañía de vidrios. Todos fumaban copiosamente y una nube de humo de tabaco flotaba por la habitación bajo la tenue luz de un farol de cristal de siete colores.

Cuando llegué, estaban enfrascados en una conversación sobre el creciente índice de criminalidad y el código penal, así que tomé asiento, encendí un cigarrillo y dejando de lado por el momento mi

preocupación por Tock pregunté: —¿Aplican los kappas la pena capital?

—Sí —contesto el juez Pep—. Sin embargo, a diferencia de ustedes los humanos, no ahorcamos a la gente. Reconozco que a veces se usan aparatos eléctricos, pero solo en contadas ocasiones. Normalmente nos limitamos a hacer público el nombre del criminal y el crimen que se ha cometido.

—¿Es eso suficiente para acabar con la vida de un kappa?

—Por supuesto —afirmó Mag—. Nosotros los kappas tenemos un sistema nervioso mucho más delicado y sensible que ustedes los humanos.

—Sin embargo —objetó Gael—, así también se cometen algunos asesinatos. Fíjese, el otro día sin ir más lejos, ¡un maldito socialista me llamó ladrón! Casi me da un infarto. ¡Creí que me moría!

Mag asintió y dijo: —Tengo la sensación de que ese tipo de asesinato se está convirtiendo en algo cada vez más común. Conozco un abogado al que lo mataron de esa forma.

—¿Lo dice en serio? ¿Pero cómo? —pregunté.

—Un buen día alguien le llamó rana —sonrió Mag—. Y como ya sabe, para un kappa no hay insulto peor. ¿Quién puede soportar que lo comparen con semejante bestia de sangre fría?

—¿Cayó muerto allí mismo?

—No, no fue instantáneo —intervino el juez Pep—. Más bien no dejaba de preguntarse y refutarse a sí mismo día tras día. «¿Soy una rana? ¡Es imposible que yo sea una rana! Debo ser una rana», y así sucesivamente, fue languideciendo hasta que murió.

—¿Pero eso no es un suicidio? —pregunté.

—¡No, no! En absoluto —dijo Mag—. El criminal que llamó rana al pobre abogado sabía muy bien que eso acabaría con su vida. ¡Fue un asesinato premeditado y con alevosía!

—Aún así, a mí me suena a suicidio —insistí—. Y por cierto, estoy muy preocupado por el bienestar de nuestro común amigo Tock…

—Yo también —exclamó Mag—. Fíjese, el otro día sin ir más lejos me crucé por la calle con nuestro poeta. No era para nada nuestro amigo, siempre despreocupado y alegre, siempre secándose la frente con el pañuelo, siempre mirando a todas partes. Y además, cuando nos despedíamos, de pronto soltó un grito y me agarró del brazo. «¿Qué demonios le ocurre?», pregunté. ¿Saben lo que me respondió? Que había visto un enorme pájaro negro riendo al volante del coche que acababa de pasar…

—Menuda patraña —resopló Gael—. Ese kappa no es más que un egocéntrico que necesita ser el centro de atención, como todos los artistas…

—No estoy tan seguro —objetó el juez Pep en voz baja observando el extremo de uno de sus cigarros de boquilla dorada—. También yo me lo encontré la otra noche. Estaba con los brazos cruzados delante de una casita, espiando por la ventana a una familia de kappas que estaban cenando: el marido, la esposa y sus tres hijos. Naturalmente, le pregunté qué demonios hacía espiando a aquella familia. Tock se limitó a suspirar y después, sacudiendo la cabeza dijo algo acerca de cómo envidiaba esas escenas de vida familiar, y cómo un buen plato de huevos revueltos es mucho más sano que cualquier aventura amorosa u obra de arte…

—Puede que en eso Tock estuviera en lo cierto —dije yo—. Pero de todas formas, creo firmemente que deberíamos recomendarle que buscara algún tipo de ayuda.

—Yo ya lo he intentado —apuntó Mag—. Le he sugerido que consulte a nuestro buen amigo el Dr. Chack aquí presente, pero se negó a escucharme, y farfulló que no olvidara nunca que él no era ningún anarquista y que no quería tener nada que ver con médicos, ni siquiera con nuestro buen Dr. Chack aquí presente…

El doctor se ajustó las antiparras en la nariz y afirmó: —Las causas perdidas no existen.

—Están todos ustedes malgastando saliva —intervino Gael—. Ese kappa es demasiado ególatra y narcisista para contemplar siquiera la idea del suicidio, créanme.

Pero en ese mismo momento sonó el disparo de un revólver, resonando y reverberando y sacudiendo las paredes y el aire dentro y fuera de la habitación—

—¡Tock! —gritó Mag—. Ese ruido procedía de casa de Tock, estoy seguro, absolutamente seguro. ¡Rápido, rápido, a casa de Tock!

Nos pusimos en pie como resortes, corrimos a casa de Tock y subimos las escaleras a toda prisa hasta Gakikutsu—

Allí en su estudio, entre las pilas de libros y papeles, desmadejado entre las macetas de plantas alpinas, Tock yacía boca arriba sobre las esteras con un revolver en la mano derecha, la sangre aún fluyendo, manando y salpicando desde la concavidad de su cabeza, mientras a su lado, de rodillas con la cara contra su pecho, una kappa hembra gemía y lloraba en voz alta.

Con delicadeza, luchando contra mi aversión instintiva a tocar la piel de un kappa, la ayudé a ponerse en pie y le pregunté: —¿Qué ha pasado?

—No lo sé —gritó—. No lo sé. Él estaba ahí escribiendo y de pronto, antes de que me diera cuenta, había cogido el revólver, se lo había puesto contra la cabeza y había apretado el gatillo. ¿Qué será de mí ahora? ¿Qué será de mí ahora?

—Verdaderamente, qué desconsiderado, egocéntrico y egoísta ha sido Tock —le dijo Gael al juez Pep—. Nunca le han importado los demás, siempre pensando primero en sí mismo…

El juez Pep encendió otro de sus cigarros de boquilla dorada, siguió viendo trabajar al Dr. Chack en silencio y no dijo nada.

El doctor examinaba la herida arrodillado junto a Tock. Finalmente se puso en pie, se ajustó las antiparras y anunció, —No hay nada que hacer. Tock ha muerto. Sé que sufría de dispepsia crónica, y algo así es excusa suficiente para una persona con tendencias como las suyas.

—Su mujer ha dicho que estaba escribiendo —susurró Mag para sí mismo cogiendo una hoja de papel del escritorio. Mientras los demás estiraban los cuellos, yo me asomé por encima del hombro de Mag y leí—

Ya me pongo en camino
hacia el valle que divide el mundo terrenal.
La roca es escarpada
y claro el manantial de la montaña,
y perfuman el valle las hierbas aromáticas en flor.

Mag devolvió al escritorio la hoja de papel y dijo con mordaz sonrisa: —Estas palabras son de *Mignon*, el poema de Goethe. Incluso su último testamento, incluso su nota de suicida, incluso sus últimas palabras las ha plagiado Tock de la obra de alguien. No me sorprende que se haya volado los sesos. Nuestro querido Tock sabía que su talento poético estaba total, completa y definitivamente agotado.

Naturalmente, mientras ellos leían y discutían las últimas palabras de Tock, yo pensaba en el epílogo al Libro de Tock, el manuscrito que reposaba en el escritorio de mi estudio, y me preguntaba si debía decir algo al respecto. Pero entonces empezaron a llegar coches y en el exterior se empezó a congregar una multitud y la habitación se llenó de gente. Llegaron el músico Craback y Lap el estudiante. La hembra kappa seguía llorando amargamente y la vista de alguien tan desesperado y dolorido me encogía el corazón.

Le pasé el brazo suavemente sobre los hombros y la llevé hasta un sofá en un rincón de la estancia donde un pequeño kappa de no más de dos años aún sonreía inocentemente. Me puse a jugar con el niño con la intención de distraerlo y aliviar así un poco la carga de su madre, pero pronto sentí mis propios ojos anegados de lágrimas. Confieso que durante todo el tiempo que pasé en el país de los kappas, aquella fue la única vez que lloré.

—Qué terrible infortunio —decía Gael—. Qué desgracia pertenecer a la familia de un kappa tan egoísta, ególatra y egocéntrico como Tock, ¿no les parece?

—Absolutamente —replicó el juez Prep encendiendo otro cigarro de boquilla dorada—. Tock jamás pensó por un momento en su familia ni en su pobre descendencia y no hizo la más mínima provisión para su futuro.

—¡Capital! —exclamó para sorpresa de todos el músico Craback con el borrador del último poema de Tock en la mano—. Se me acaba de ocurrir una espléndida marcha fúnebre. No tengo un segundo que perder. Hasta pronto…

Con una refulgente chispa en los ojos, Craback estrechó la mano de Mag y salió del estudio a toda velocidad. Sin embargo, a esas alturas el vecindario entero se había congregado ya en el exterior de la casa de Tock y todo el mundo intentaba colarse o echar una mirada a lo que sucedía dentro. El decidido Craback se abrió paso a empujones entre la multitud, se subió en su coche y desapareció de allí rápidamente entre el petardeo del motor de su vehículo.

—¡Hagan el favor de dejar de husmear! ¡Un poco de respeto! —gritó el juez Pep cerrando la puerta en las narices de la multitud que se apelotonaba en el exterior. La habitación enmudeció súbitamente, quedó súbitamente en silencio. Incluso la kappa hembra sentada en el sofá dejó de llorar, los hombros aún temblorosos, el cuerpo aún agitado, aún derramando lágrimas, pero en silencio ahora mientras su hijo se miraba las palmas de las pequeñas manos y el hedor de la sangre de Tock se mezclaba con el perfume de las plantas alpinas y todos nos sumíamos en aquel súbito silencio, en aquella súbita quietud.

Me levanté y me dirigí a Mag, que contemplaba de pie el cadáver de Tock. Le toqué el hombro y dije: —Lo lamento pero debo marcharme.

Mag no contestó, no apartó los ojos del cadáver del poeta que yacía a sus pies.

Le toqué el hombro de nuevo. —Mag, me marcho…

—Perdone —dijo Mag mirándome—. Estaba pensando…

Se le cortó la voz, así que le pregunté: —¿Qué pensaba?

—Bueno, ya sabe, estaba pensado sobre la vida de los kappas— dijo con un susurro vacilante y avergonzado.

—Cuénteme, Mag.

Apartó la mirada, se concentró de nuevo en el cadáver y con voz apenas audible añadió, —La verdad es que, al final, en el fondo… Nosotros los kappas, digamos lo que digamos, si queremos vivir una vida de kappa plena… Pues, la verdad es que… Necesitamos creer en la existencia de una fuerza más allá de los kappas… un ser superior, más allá de nosotros mismos… En «algo» más que únicamente en nosotros mismos.

—Sí —dije yo—. Pero eso no solo les sucede a los kappas.

*

Diez días después de la velada que compartí ambos compartimos y la larga noche que pasé leyendo su manuscrito, Ryūnosuke Akutagawa ascendió a los cielos.

Hoy, más de veinte años después, escribo estas palabras sentado de nuevo en una confitería. He pedido dos cuencos de sopa dulce de judías azuki, y uno de ellos lo ofrezco por su alma, Sensei—

Para San Kappa, en el Paraíso
ofrezco un cuenco de shiruko.

*

Otra Nota del Autor:

Después de la guerra, Tokutarō Nagami desapareció en Atami, una ciudad marítima de la península de Izu. No se le volvió a ver. No se encontró su cuerpo. Su esposa fue enterrada en una tumba doble, en cuya lápida figuraba la fecha de su muerte junto a la de su marido:23 de octubre de 1950 / 25 de Shōwa—

Hay hombres que enloquecen, hay hombres que desaparecen, hay hombres que hacen ambas cosas.

Ahora vivo en la más inimaginablemente infeliz felicidad —y, extrañamente, sin remordimientos. Lo siento tan solo por los que han tenido que soportarme como mal marido, padre e hijo. Así que adiós. He intentado, al menos conscientemente, no justificarme… De modo que, por favor, no dudes en reírte del loco de este manuscrito.

A mi amigo Masao Kume, Ryūnosuke Akutagawa, 20 de junio de 1927.

1. «Black & White«

En verano, este verano eterno, en la cabaña de Kugenuma, esta cabaña junto al mar, en el estudio, en mi escritorio, reúno mi Biblia y mis libros, el taco de hojas de papel y mis plumas, lo meto todo en mi cartera y me pongo en pie, en pie…

Con paso inseguro, salgo de la casa y subo al taxi que me espera. Le pido al conductor que me lleve a la estación de la línea Tōkaidō. El conductor se pone en marcha, pero va tan despacio que es evidente que voy a perder el tren de Tokio. Frondosos pinares a ambos lados de la carretera. El viejo conductor dice: —Pasan cosas muy raras por aquí últimamente, ¿sabe? He oído decir que hay gente que ha visto un fantasma incluso de día…

—¿De verdad? Incluso de día… —repito con poco interés buscando con la mirada un rayo de sol entre los pinares que pasan por la ventana.

—Eso he oído. Pero solo cuando llueve —añade el conductor.

—Quizá al fantasma le guste mojarse —respondo.

—Qué raro —dice el conductor—. Dicen que lleva un impermeable.

El taxi llega a la estación justo en el momento en que sale el tren de Tokio. Desciendo del taxi y me dirijo a la sala de espera. Solo hay otra persona sentada. Un hombre más o menos de mi edad con la mirada ausente y un impermeable. Me doy cuenta de que yo también llevo uno y me pregunto si por eso el taxista ha dicho lo que ha dicho. Echo otra ojeada al hombre y decido esperar al próximo tren en la cafetería de enfrente de la estación.

Me siento en un rincón, en una mesa con un hule blanco que tiene un borde de flores rojas. El acabado raído en varios sitios deja ver una tela sucia. Pido una taza de cacao, pero huele a pescado y en la superficie flota una capa aceitosa. Aparto la taza, enciendo un cigarrillo y observo las flores del borde del mantel.

Un paquete de tabaco después, subo a bordo del tren de Tokio. Normalmente voy en segunda clase, pero hoy he decidido sentarme en tercera. El vagón está a rebosar de niñas de primaria que vuelven de una excursión con sus profesores. Parlotean sin cesar mientras yo fumo.

Desafortunadamente, en una de las últimas estaciones antes de llegar a Tokio una conocida sube al tren con un niño pequeño. Es una famosa escritora de tanka cuyo marido es un conocido dibujante. Por suerte, no me ve hasta que estamos prácticamente en Shimbasi, pero cuando me levanto para bajarme en esta estación, exclama para que la oiga todo el vagón: —¡Akutagawa-sensei! No le había visto, casi no le reconozco… Ha

perdido usted mucho peso… Qué pálido está… Parece usted un…

—¡Un fantasma! ¡Un fantasma! —grita el niño que la acompaña señalándome con el dedo.

Finjo una sonrisa mientras ella lo hace callar, me disculpo y me apeo del tren rápidamente, huyendo de la mujer y de su hijo.

Cartera en mano, camino desde la estación hasta el Hotel Imperial. Altos edificios a ambos lados de la calle, oscuros y compactos como los pinares de esta mañana. Pero ahora, al ver pasar los edificios noto que de nuevo no me funciona bien la vista. Veo engranajes y ruedas dentadas, traslúcidas, girando, dando vueltas. No es la primera vez que me pasa y siempre sucede igual: los engranajes y ruedas dentadas se multiplican hasta bloquear la mitad de mi campo de visión. Dura solo un momento pero cuando desaparecen los engranajes y ruedas dentadas, se apodera de mí un fulminante y atroz dolor de cabeza. Mi oculista culpa de ello al tabaco, a lo mucho que fumo, pero yo no le creo. Ahora solo veo por el ojo izquierdo, que por suerte siempre funciona bien. De camino al hotel, a trompicones y con un ojo cerrado, aún veo engranajes y ruedas dentadas detrás del párpado derecho.

Cuando entro en el Imperial, los engranajes y las ruedas dentadas han desaparecido, pero el dolor de cabeza ya ha hecho acto de presencia. Me registro tan rápido como puedo y subo a mi habitación. Recorro el pasillo desierto y me encierro en mi habitación. Me siento en el escritorio junto a la ventana, cierro los ojos y me masajeo las sienes. Empiezo a sentirme mejor de inmediato, pero justo entonces llaman a la puerta y un botones me trae la cartera, el impermeable y el sombrero. Cuelga el sombrero y el impermeable en una percha y se marcha. Miro el sombrero y el impermeable colgados en la pared; parecen mi propia silueta. Peor aún, me acuerdo de que mi cuñado llevaba un impermeable cuando se tiró al tren. Me levanto de un salto, lanzo el sombrero y el impermeable al suelo en un rincón y entro al baño para lavarme la cara con agua fría. Me sobresalto al ver mi imagen en el espejo del lavabo. Solo veo los huesos de mi cráneo. Me aparto del espejo, salgo del baño, salgo de la habitación, salgo al pasillo. El pasillo sigue desierto, pero parece el de una prisión. Camino hasta el rellano de la escalera. En un rincón hay una gran lámpara con una pantalla verde que se refleja en los adornos de cristal. La luz me apacigua, por fin, así que me siento en una de las sillas del rellano. Saco un cigarro y cuando estoy a punto de encenderlo, reparo en algo que cuelga en la silla de enfrente: un impermeable. Me levanto rápidamente y vuelvo a la puerta de la habitación por el corredor. Me armo de valor, abro la puerta, entro, evito el baño y el espejo, y me siento en el escritorio junto a la ventana. El asiento es un sillón de piel marroquí de color verde reptiliano. Al menos parece que el dolor de cabeza se va aplacando, así que abro la cartera, saco el taco de hojas de papel, mojo la pluma en el tintero e intento ponerla en movimiento, intento trabajar en el relato que

estoy escribiendo. La pluma apenas se desplaza y cuando lo hace solo escribe la misma palabra una y otra vez: «Fantasma… fantasma… fantasma… fantasma…».

No lo soporto, no soporto nada, especialmente a mí mismo, a mí mismo en esta habitación. Estoy seguro de que oigo el rascar de las ratas detrás de las paredes, oigo batir de alas en otras habitaciones. Necesito aire fresco. Me pongo en pie, recojo el sombrero y el impermeable del rincón, me los pongo y salgo de la habitación. El pasillo sigue tan deprimente como una cárcel. Bajo las escaleras hasta el vestíbulo. Un hombre con un impermeable discute con un botones. Hago caso omiso de ellos y salgo a la calle por la puerta principal del hotel. Echo a andar. Las ramas y las hojas de los árboles del parque que bordea la calle son de color negruzco, igual que los pinos de la costa esta mañana. Sin embargo, cada árbol tiene una parte delantera y una trasera, como los seres humanos. Me acuerdo de las almas convertidas en árboles del Infierno *de Dante y decido caminar por el otro lado la calle, así que cruzo los raíles del tranvía, lejos del parque, donde solo los edificios bordean la calle, y me dirijo a Ginza tan deprisa como puedo.*

El sol empieza a ponerse cuando llego a Ginza, y sin embargo, la fila de comercios a ambos lados de la calle y el sofocante río de gente solo consiguen deprimirme aún más, toda esa gente que pasea indiferente como si nada supiera de la existencia del pecado. Camino hacia el norte a través de la confusión del menguante resplandor del día y la luz de los faroles eléctricos. Paso por delante de maniquíes y más maniquíes en los escaparates de las sastrerías occidentales. Una librería con pilas de revistas me llama la atención y no soy capaz de resistirme. Entro y dejo a mis ojos vagar por varias estanterías de libros. Cojo un volumen de las obras completas de Dostoievski para echarle un vistazo. Sin embargo, al abrir el libro por una página al azar casi me desmayo: es la página con el título de la novela Dvyonik. *Horrorizado, la devuelvo a su sitio y cojo otro libro, cualquier libro, para romper el hechizo. Pero cuando miro las cubiertas amarillentas descubro que es un compendio de mitología griega aparentemente dirigido al público infantil. Una vez más, la página al azar que abro y la línea al azar que leo casi hacen que me desmaye—*

«Ni siquiera Zeus, el padre de los dioses, tenía poder sobre las Furias, diosas de la venganza».

Dejo caer el libro al suelo, salgo de la tienda precipitadamente y me sumerjo de nuevo entre la multitud. Pero siento al caminar una implacable mirada sobre mi espalda, sobre la espalda de mi impermeable, la implacable mirada de las Furias—

¿Cuándo comenzó todo esto?

Continúo caminando, bajo el crepúsculo, hasta Nihonbashi. Por costumbre, supongo, entro en Maruzen y subo al segundo piso. Por costumbre de nuevo, hojeo el Legender *de Strindberg; describe una*

experiencia no muy distinta de la mía. No solo eso: las cubiertas de esta edición son amarillas. Lo devuelvo a la estantería y saco y hojeo otro grueso volumen al azar. También en esta ocasión hay algo para mí: en una de las ilustraciones aparecen varias filas de engranajes y ruedas dentadas con ojos y narices humanas; miro el título y descubro que se trata de una recopilación alemana de dibujos realizados por pacientes de instituciones mentales. Consumido por un súbito espíritu de desafío y con el temerario arrojo del jugador compulsivo, saco libro tras libro de las estanterías, y abro página tras página al azar, y en todas y cada una de las páginas hay una pequeña aguja que me apuñala, ya sea una frase o una ilustración. ¿En todas las páginas?: hasta en Madame Bovary *me veo y me siento a mí mismo como el burgués Monsieur Bovary.*

Es casi la hora de cierre y al parecer soy el último cliente. Doy la espalda a las estanterías y me dirijo a la pequeña sala de exposición. Lo primero que veo es un póster de san Jorge atravesando a un dragón alado con su espada. Al pie, el mismo caracter de «dragón» que uso para mi nombre. Para colmo, el gesticulante rostro del santo, medio oculto por el yelmo de caballero, se parece al de uno de mis muchos enemigos. Ya basta; no lo soporto más. Abandono la exposición, bajo por las anchas escaleras y salgo de la tienda.

Ha caído la noche en Nihonbashi y camino por las calles oscuras, de nuevo pensando y pensando en el relato que estoy intentando escribir. Quería haberle dado un tono más autobiográfico pero no ha resultado tan fácil como imaginaba. Sé que se debe a mi propio orgullo y escepticismo, aspectos ambos de mi forma de ser que desprecio. Al mismo tiempo no puedo evitar sentir que «si arrancas una capa de piel todo el mundo es igual». Mi idea es titular el relato La noche de Sodoma o quizá La noche de Tokio o quizá simplemente La noche. Como siempre de un tiempo a esta parte, me resulta imposible decidirme. De la misma forma, creo que el título de GoetheAus meinem Leben: Dichtung und Wahrheit *sirve para la autobiografía de cualquiera. Ahora más que nunca, sé que la literatura no conmueve a todo el mundo y, particularmente, que lo más seguro es que mi propia obra no resulte atrayente a los que no sean como yo, a aquellos afortunados que no hayan tenido una existencia como la mía—*

Me detengo frente a una tienda de segunda mano. En el escaparate hay un cisne disecado. El cuello largo y erecto pero las alas amarillentas y apolilladas. La risa y el llanto brotan de mi interior a un tiempo; por delante me esperan tan solo la locura o el suicidio. Me alejo del cisne disecado y del escaparate. Miro al cielo y pienso en lo pequeño que es el mundo en realidad, entre la luz de las infinitas, innumerables estrellas, y cuánto más pequeño soy yo. El cielo, que ha estado tan claro durante todo el día, ahora está cubierto de nubes y de pronto siento como si «algo» viniera derecho a atraparme, así que decido buscar refugio en un restaurante en un sótano al otro lado de los raíles del tranvía.

Me siento en la barra y pido un whisky.

—Solo tenemos Black & White, señor.

Vierto el whisky en un vaso con soda, tomo un sorbo, enciendo un cigarrillo y observo el lugar. En la pared a mi izquierda descubro un retrato de Napoleón y de nuevo se apodera de mí la ansiedad, la agitación. Cuando aún era estudiante, Napoleón escribió en la última página de su cuaderno de geografía, «Santa Elena, un pequeña isla». La mayoría de la gente pensará que se trata de una mera coincidencia, pero seguro que esa mera coincidencia aterrorizó a Napoleón hasta la médula durante sus últimos días. Observando el retrato de Napoleón y pensando en mi propia obra, ciertas frases acuden a atormentarme: «La vida es más infernal que el mismo infierno», escribí en Palabras de un enano; *estaba el destino de Yoshihide el artista, personaje principal de* El biombo del infierno; *y también el pobre Yasukichi…*

Bebo otro sorbo de whisky, enciendo otro cigarrillo y miro a la derecha intentando huir de mis propios pensamientos y palabras. A mi lado hay dos hombres de unos treinta años. Parecen periodistas, conversan en voz baja y, por algún motivo, en francés. Les doy la espalda, pero incluso así siento que me observan de arriba abajo, de la cabeza a los pies, siento que sus miradas me atraviesan el impermeable, la piel, y que saben mi nombre y que hablan de mí: «Bien… très mauvais… pourquoi?».

«Pourquoi? Le diable est mort!»

«Oui, oui… d'enfer…».

Arrojo mi última moneda de plata contra la barra y salgo huyendo de esta cámara subterránea, vuelvo a las calles, vuelvo a la noche y al viento. Bajo el alumbrado eléctrico, las calles siguen llenas de gente. No soporto la idea de toparme por casualidad con algún conocido, así que transito solo por las calles más oscuras, merodeando como un ladrón o un asesino, pensando en Raskolnikov, imaginando que soy Raskolnikov, desesperado por confesar lo que he hecho. Pero sé que mi confesión no acarreará más que desgracias a los demás, incluida mi familia. Tampoco estoy para nada seguro de que mis deseos de confesar sean auténticos. Ojalá tuviera los nervios tan templados como la gente normal.

Entro en otro callejón oscuro, paralelo a un canal, y me acuerdo de la casa de los suburbios de mis padres adoptivos, y de ellos esperando mi regreso día tras día. Quizá mis hijos también. Pero temo la fuerza que naturalmente me ataría a todos ellos si volviera a casa. Paso por delante de una gabarra amarrada en el embarcadero, en las agitadas aguas del canal, de su interior sale una luz mortecina. Incluso en lugares como este viven las familias, hombres y mujeres que se odian para amarse…

Quizá alentado por el whisky, decido regresar al hotel e intentar escribir, salvar algo de este día, de esta vida…

Una vez en la habitación del hotel, enciendo un cigarrillo y contemplo

el taco de papel en blanco. Abro la cartera y saco una pila de libros. Encima de ella, las Cartas Completas de Prosper Mérimee; *un epistolario que me devuelve las fuerzas para seguir viviendo. Sin embargo, la lectura me revela que al final de su vida el autor se convirtió al protestantismo y, por vez primera, veo el rostro tras la máscara: también él era uno de los nuestros, un condenado a caminar entre tinieblas—*

En palabras de Sainte-Beuve, «Mérimee no cree en Dios pero no está tan seguro de que el diablo no exista…«

No debería haber nadie en el pasillo a medianoche. Y sin embargo, a veces puedo oir un batir de alas detrás de la puerta. ¿A quién se le habrá ocurrido meter pájaros en su habitación?

Incapaz de soportar nada más, especialmente las hojas en blanco, me tumbo en la cama y abro de nuevo El transcurso de una noche oscura de Naoya Shiga. El conflicto espiritual del protagonista me es totalmente familiar, pero en comparación con él, me siento como un auténtico idiota. Se me inundan los ojos de lágrimas, las dejo correr en la cama entre sollozos, sintiéndome por fin en paz. Pero no dura, nunca dura. De nuevo empiezo a ver con el ojo derecho esos traslúcidos engranajes y ruedas dentadas que giran y dan vueltas, y de nuevo se multiplican hasta bloquear y cegar la mitad de mi campo de visión. Sé que el dolor de cabeza no está lejos. Oigo las ratas en las paredes de nuevo, quizá incluso más cerca, quizá en el baño, quizá en el armario, quizá bajo la cama, y también oigo el batir de alas, las alas baten cada vez más y más alto, los engranajes y ruedas dentadas giran cada vez más y más rápido. Basta. Basta. Arrojo el libro a un lado, cojo la cartera y, deseando solo dejarme fuera de combate, saco de ella ocho décimas de gramo de Veronal…

En mi sueño, de nuevo el mismo sueño, en un jardín en ruinas, yermo y desierto, hay un castillo de hierro con rejas de hierro en las estrechas ventanas. En el castillo de hierro solo hay una estancia. En la estancia solo hay un escritorio. En el escritorio una criatura que se parece a mí escribe con letras que no entiendo un largo poema sobre una criatura que escribe en una estancia un poema sobre una criatura que en otra estancia escribe un poema. Aun así, intento leer las palabras que la criatura escribe, pero de pronto se vuelve hacia mí y chilla: «¡Quack, quack…!».

Abro los ojos, la habitación inundada de la brillante luz de principios de una mañana de principios de verano. Salto de la cama, voy al escritorio y empiezo a escribir. La pluma surca el papel a una velocidad asombrosa, escribo y escribo con gozo salvaje y fumo y fumo, me levanto y doy vueltas por la habitación, exultante, y vuelvo al escritorio y vuelvo a la pluma y escribo y escribo, y de pronto no tengo padres, ni esposa, ni hijos, solo la vida que se vierte desde mi pluma en estas hojas de papel, en estas páginas; dos páginas, cuatro páginas, siete, diez, más, más, más y más: bajo mi pluma, ante mis ojos, el manuscrito crece y crece, sigue creciendo y yo escribo y escribo con frenética intensidad llenando de bestias terroríficas,

una de las cuales es mi propio autorretrato, el decadente mundo de este relato sobrenatural—

Junto a la cama suena el teléfono.

Me levanto, voy hasta la cama, descuelgo el auricular y digo, —¿Quién es?

—¡Quack, quack! —susurra una voz—. Soy el fantasma de Tock…

—¿Qué? ¿Qué? —grito—. ¿Qué ha dicho?

—¿Listo para partir? ¿Listo para partir ya…?

—¿Qué? ¿Quién habla? ¿Quién es usted?

—Soy la esposa de Uno —dice la voz—. Disculpe las molestias…

—¿Qué quiere? —pregunto—. ¿Le ha sucedido algo a Uno?

—He llamado a su casa —responde—. Su tía me ha dicho que se aloja usted aquí y, lamento mucho molestarle, pero el estado de Uno se deteriora cada vez más…

—No se preocupe —digo—. Voy inmediatamente.

—Gracias —dice ella y corta la comunicación.

Cuelgo el teléfono. Vuelvo al escritorio, meto el manuscrito y los libros en la cartera, cojo el sombrero y el impermeable del rincón y salgo de la habitación. El pasillo tiene el deprimente aspecto de un manicomio. Bajo al vestíbulo por las escaleras. Un hombre con un impermeable discute de nuevo con un botones. Dejo la llave en el mostrador y salgo a la calle por la puerta principal del hotel para coger un taxi. Me acerco al joven encargado de los taxis con su uniforme verde, pero antes de que puede decir nada me pregunta: —¿No es usted el señor A?

—Sí —respondo sin saber qué decir.

—Ya me parecía —dice—. Lo sabía. Soy su más ferviente lector, Sensei. He leído toda su obra. Es un honor conocerle, Sensei.

Me llevo la mano al ala del sombrero, hago una inclinación y le doy las gracias, pero por dentro tengo ganas de vomitar. He cometido todos los pecados conocidos y sin embargo, sigo recibiendo alabanzas y respeto, es como si algo o alguien se burlara de mí. Ya no tengo ni conciencia. Solo nervios.

—¿Desea un taxi, Sensei?

Asiento y digo: —pero que sea verde, por favor. Solo puede ser verde.

El joven encargado sonríe. —No faltaba más, Sensei.

Le doy las gracias de nuevo y subo al asiento trasero de este taxi del color verde de la suerte. Por algún motivo, cada vez que tomo un taxi amarillo siempre sufro un accidente. Le doy la dirección al conductor, me dejo caer en el asiento y observo los edificios pasar con la sensación de que todo es mentira. La política, los negocios, las ciencias, el arte; todo una capa de barniz veteado que recubre esta vida en todo su horror. Empiezo a sentir que me asfixio dentro de este taxi. Abro la ventana tanto como puedo, pero la sensación de opresión en el pecho no se alivia, sino que se

tensa y se tensa cada vez más y más…

Finalmente llegamos al cruce principal de Jingūmae. Deberíamos doblar a la derecha por una calle lateral, pero hoy, por alguna razón, no la encuentro. Hago al taxista ir y venir por la calle a lo largo de los raíles del tranvía pero llega un momento en que ya no puedo soportarlo, así que desisto y bajo del vehículo.

De alguna manera he ido a parar a la funeraria de Aoyama. No he vuelto a entrar en este edificio en los diez largos años que han pasado desde el funeral de Sōseki-sensei. En aquella época tampoco era feliz, pero al menos vivía en paz. Me asomo al patio de suelo de grava y, al recordar las delicadas plantas de bashō del Retiro de Sōseki, no puedo evitar sentir que mi propia vida ha llegado a su fin. Sin embargo, aún siento que hoy, después de tantos años, «algo» me ha debido traer hasta este crematorio; un escalofrío me recorre la espalda y se estremece todo mi cuerpo y se estremece ese lugar donde debería estar mi alma.

Me doy la vuelta y me alejo de allí, pongo rumbo al hospital psiquiátrico, incapaz de acallar la plegaria que me brota de los labios—

«Oh Señor, oh Señor, oh Señor, no me acuses en tu ira y en tu furor no me reprendas. Tus flechas han caído sobre mí y se ha bajado contra mí tu mano…».

¿Cómo escapar excepto por la fe, la locura o la muerte…?

2. Las casas de los locos

En el escritorio de su consulta del Hospital Psiquiátrico de Aoyama en Akasakaku, el director del hospital y célebre escritor de tanka Mokichi Saitō cerró los ojos de nuevo. Estaba agotado y deprimido; agotado por la cantidad de trabajo, las responsabilidades y cargas de su puesto; deprimido por aquel lugar, no ya el manicomio, el hospital, sino la ciudad y el país, Tokio y Japón.

En cierta ocasión, Mokichi había huido. Había huido de Nagasaki, había huido de Japón y se había ido a Europa, primero a Viena, nombrado investigador en el extranjero por el Ministerio de Educación. Había estudiado con Heinrich Oberstainer en el Neurologischen Institut de la Universidad de Viena, había leído su tesis doctoral en Viena y la había aprobado y publicado. Gracias a ese trabajo también la Universidad Imperial de Tokio le había concedido el doctorado en Medicina. Pero Mokichi se negó a regresar a Japón. Dejó Viena para estudiar con Emil Kraepelin en su instituto de Múnich. Nada le haría volver a Japón, ni la inflación y las privaciones de la Austria y la Alemania de posguerra, ni la muerte de su propio

padre, ni siquiera las noticias del Gran Terremoto de Kantō; nada lo hizo volver hasta aquel telegrama del último día de 1924.

Irónicamente, el Hospital Psiquiátrico de Aoyama había sobrevivido al terremoto y el fuego de 1923 solo para resultar destruido en un incendio en la Nochevieja de 1924. Al parecer el incendio se había originado en las cocinas durante la preparación del *mochi* de Año Nuevo y se había extendido rápidamente por el edificio principal. Veintitrés pacientes, un doctor y un miembro del personal perecieron entre las llamas. El fuego también destruyó la biblioteca que Mokichi había estado enviando desde Europa. La situación se complicó más aún debido a que su suegro y mentor, Kiichi, se había negado a renovar el seguro de incendios. Para Kiichi Saitō aquel hospital era el trabajo de toda una vida, el culmen de su larga carrera médica, y su destrucción lo devastó.

A su reacia vuelta a Japón, todos los problemas financieros derivados de la falta de seguro, la oposición de autoridades y vecinos a la reconstrucción del hospital en el mismo solar de Akasaka-ku, la recaudación de fondos y la búsqueda de un solar nuevo, cayeron enteramente sobre los hombros de Mokichi. El proceso de reconstruir el Hospital de Aoyama como anexo de un nuevo y mayor hospital en Matsuzawa había sido lento y doloroso. Dos años y medio después, aún le envolvía la humareda del incendio; una vez más Mokichi estaba atrapado y aprisionado—

«*Más allá del límite / de la amarga inquietud / y la profunda aflicción, / me faltaron las palabras /ante el sol resplandeciente…*».

Llamaron a la puerta. Mokichi abrió los ojos, se frotó el rostro, consultó el reloj y suspiró. Había olvidado, olvidado que había accedido a visitar al escritor Kōji Uno a petición de Ryūnosuke Akutagawa.

Llamaron a la puerta por segunda vez. Mokichi se puso en pie tras el escritorio y dijo en voz alta: —Sí, sí. Adelante, por favor…

Akutagawa abrió la puerta entre inclinaciones y disculpas por la interrupción y agradeció a Mokichi su tiempo y que hubiera accedido a visitar a Uno—

—El señor Uno lleva mostrando síntomas de una depresión nerviosa cada vez más grave desde primavera —comenzó directamente Akutagawa—. Un momento está arriba y al siguiente abajo, eufórico y después destrozado, maníaco y después moribundo. Su esposa dice que esta mañana Uno estaba en la calle bramando y rugiendo a los transeúntes y parando el tráfico. La mujer está desesperada y necesita ayuda, así que le he prometido hablar con usted…

—Pongámonos en camino —dijo Mokichi mientras salía de detrás de su escritorio y cogía su maletín, consciente de que el propio

Akutagawa no tenía buen aspecto.

Desde su primer encuentro en Nagasaki hacía casi diez años y con mayor frecuencia después de su regreso de Europa, Mokichi y Akutagawa se veían muy a menudo. Akutagawa le agradaba y le preocupaba al mismo tiempo. Siempre había sido delgado, pero aquel día estaba terriblemente demacrado, la piel gris, el pelo y las uñas crecidos y sucios, y, quizá estimulado por la condición de su amigo Uno, parecía maníaco, casi poseso—

—Es estremecedor, horroroso, terrorífico… Cualquiera podría acabar como Uno en cualquier momento… Siento como si lo que le sucede a él me estuviera sucediendo a mí —vociferaba Akutagawa haciendo muecas, abriendo los ojos de par en par y temblando con visajes de miedo.

Mokichi sabía que a Akutagawa le atemorizaba haber heredado la demencia de su madre, también torturada por el insomnio, así que desde hacía aproximadamente un año le prescribía fármacos para ayudarle a dormir. Pero mientras salían de la consulta y caminaban por delante de las instalaciones temporales, Mokichi se preguntó si Akutagawa estaría durmiendo regularmente, si habría dormido algo esa noche.

De pronto, Akutagawa se apartó de Mokichi y se desvió hacia una zona herbosa cercana a las ruinas carbonizadas del antiguo hospital y allí, con la mirada en las copas de los árboles del Cementerio de Aoyama, sonrió y dijo: —Qué buen día hace, no me había dado cuenta, corre una brisa de lo más refrescante…

—Cierto —dijo Mokichi—. Vamos a visitar a Uno…

En el coche de Aoyama a Ueno Sakuragichō, Akutagawa iba muy animado y hablaba como si pronunciara una conferencia sobre la locura, aportando estadísticas sobre el rápido incremento del número de ingresos, usando expresiones de moda como «trastorno de la civilización», «trastorno urbano», «enfermedad de nuestra época» e incluso «trastorno americano», y repitiendo una y otra y otra vez «es estremecedor, horroroso… Podría pasarle a cualquiera en cualquier momento, podría pasarme a mí, sobre todo a mí» y estremeciéndose y haciendo nuevas muecas de miedo. De no haber estado al corriente de la larga amistad entre Uno y Akutagawa y de los padecimientos y temores de este último, Mokichi habría pensado que Akutagawa se tomaba a la ligera, casi que disfrutaba y se deleitaba con la aventura del colapso nervioso de Uno.

Afortunadamente, cuando llegaron a su casa, Uno parecía haberse calmado mucho y estaba sentado en silencio en la habitación oscura bajo la escalera; la suave luz del callejón le caía sobre la mitad del rostro y la presencia de un desconocido como Mokichi no parecía preocuparle en absoluto.

—Al parecer, está usted sufriendo un pequeño ataque de nervios, así que he pensado que lo mejor es que el Dr. Saitō le reconozca —le dijo Akutagawa a Uno con un tono de voz más sereno.

Uno sonrió, asintió suavemente y después, alegre, casi orgulloso, le anunció a Mokichi: —Jamás he experimentado tal claridad de pensamiento como en estos últimos días. Con dos horas de sueño por noche tengo más que suficiente.

—Muy bien —respondió Mokichi mientras abría su maletín. Extrajo de él un cepillo, le pidió a Uno que se abriera el *yukata* y después, pasándoselo ligeramente por el pecho le preguntó: —¿Le hace cosquillas?

—Sí —dijo Uno riendo y retorciéndose—. Me hace cosquillas.

Mokichi le sacó la lengua en broma, sonrió y dijo: —Bueno, parece que sus nervios están un poco sobreestimulados, así que lo mejor sería que se tomara ahora mismo un tranquilizante, ¿no cree?

Uno rio de nuevo y asintió.

—Y también debe usted dormir, descansar tanto como pueda, ¿verdad? Se sentirá mucho mejor, ¿no cree? Así que vamos a tomarnos el tranquilizante, ¿de acuerdo? Le dejaré unos cuantos para después si quiere.

—Por cierto, yo tengo un tranquilizante muy bueno aquí mismo —dijo Akutagawa sacando un paquete del bolsillo.

—Gracias, prefiero darle el mío si no le importa —dijo Mokichi sacando un sobrecito del maletín y repartiendo los polvos. A continuación rebuscó en el maletín y sacó una jeringa y una aguja y dijo: —Creo además que deberíamos extraerle un poco de sangre para estar seguros, tan solo como medida de precaución…

Uno seguía muy tranquilo, sonreía y estaba de acuerdo con que le hicieran un análisis. Se dejó sacar sangre, se tomó el tranquilizante entre risas y se lo tragó prometiendo que dormiría y descansaría tanto como pudiera, después de lo cual se despidió alegremente de Mokichi y Akutagawa, los acompañó hasta la puerta, los invitó a regresar pronto y los instó a tener cuidado en el camino de vuelta a casa

—Pues quién sabe cuándo y a quién le golpeará la desgracia…

Ya en la calle, Akutagawa se sintió aliviado de que la visita hubiera transcurrido sin incidentes y le agradeció de corazón a Mokichi su ayuda y su tiempo: —Ya casi acaba el día, así que si no tiene nada que hacer y no le parece un lugar inconveniente, ¿me permite invitarle a cenar en Jishōken como muestra de agradecimiento?

—No hay nada que agradecer —dijo Mokichi—. No obstante, como siempre, estaré encantado de cenar con usted, así que gracias a usted.

Mokichi ya había estado varias veces en Jishōken con Akutagawa; al parecer era su restaurante favorito, estaba muy cerca de su

residencia de Tabata y lo frecuentaba a menudo. Mokichi esperaba que una cena en un lugar familiar cerca de casa, además del patente éxito de la visita a Uno, calmaría a Akutagawa, pero en el asiento trasero del taxi el escritor continuaba igual de agitado y ansioso que antes—

—El colapso nervioso de Uno ha asustado a nuestros colegas escritores. Les aterroriza que les pase a ellos también. ¡La otra tarde sin ir más lejos, Murō Saisei me dijo que si le sucediera a él, estaba seguro de que se convertía en ninfómano! Me hizo prometerle que me ocuparía de que siempre llevara los pantalones puestos y el cinturón abrochado. ¿Cree usted que la familia de Uno piensa que soy un entrometido y un fisgón por ir tan a menudo? ¿Y qué me dice de Seiji? ¿Cree que estoy dejando a Seiji en mal lugar…?

Seiji Tanizaki, traductor de Poe y hermano menor de Jun'ichiro, era uno de los mejores y más antiguos amigos de Uno. Y sin embargo, solo lo había visitado una vez.

—Estoy seguro de que no tiene que preocuparse en cuanto a Seiji —respondió Mokichi—. Sufre tanto de los nervios y está tan débil que lo más seguro es que Uno empeore si recibe visitas suyas…

—Pero es que yo también soy una persona muy débil —dijo Akutagawa.

—Sin embargo, le ha sido de gran ayuda a Uno y su esposa.

—¿Cree usted? ¿De verdad lo cree…?

—Sí, lo creo de verdad.

—¿Está seguro? —Insistió Akutagawa—. Estoy convencido de que Seiji está molesto con mis continuas visitas e intrusiones…

—Y yo de que le está muy agradecido, dado lo reacio que es a visitarle él mismo. Realmente parece superior a sus fuerzas…

—Tiene razón —admitió Akutagawa—. La única vez que fue a verle, lo único que hizo fue sentarse y llorar. Aquella noche me dijo que no podía dormir de tanto pensar en Uno, que le preocupaba su futuro. Estaba muy afectado y afirmaba que, si lo volvía a ver, seguramente le contagiaría su enfermedad… De ser cierto, también yo corro el mismo riesgo…

—No —dijo Mokichi con calma pero con firmeza—. La demencia no es contagiosa. Sin embargo, debe tomar algunas precauciones. Su ansiedad y preocupación por su amigo le están pasando factura y afectando a su propia salud.

—Tiene razón —asintió Akutagawa.

Mokichi le puso el brazo en el hombro suavemente y le preguntó: —¿Qué tal duerme *usted* últimamente? ¿Duerme usted algo?

—No mucho. Y solo con el Veronal que me recetó. El Calmotin ya no me hace efecto —respondió Akutagawa.

—Aún así, es mejor tomar Veronal que no dormir.

—Tiene razón —repitió Akutagawa—. El insomnio es terrible, sencillamente insoportable, absolutamente insoportable. Pero incluso con el Veronal, nunca duermo más de media hora seguida, una hora como mucho. Y no dormir es peligroso, casi diría que constituye un acto de violencia. Un acto de violencia…

Mokichi asintió y dijo: —Le haré llegar treinta gramos de Veronal, pero esta vez importado de Alemania. Es mucho mejor que el que se fabrica en Japón. Le enviaré también un poco de Numal, pues si lo alterna con el Veronal, creo que evitará la adicción. Y por favor, olvídese del precio; aunque los medicamentos japoneses son más baratos, los de importación cuestan menos que volver a casa en taxi. Es importante que no se preocupe por el precio, así que no lo haga.

—Gracias —dijo Akutagawa—. Aún tengo que hacerme cargo de las deudas que mi cuñado le dejó a mi hermana. ¡Solo el interés es del treinta por ciento! Le agradezco su amabilidad de todo corazón, gracias.

—No necesita darme las gracias. No tiene importancia —dijo Mokichi.

—Sí que la tiene —dijo Akutagawa en voz baja y triste girando la cabeza y mirando el crepúsculo por la ventana del taxi.

El taxi se detuvo. Había atravesado Yanaka hasta Nezu y después había recorrido Shinobazu-dōri hasta Dōzaka.

Akutagawa y Mokichi bajaron del vehículo, doblaron por un oscuro callejón lateral y, tras cruzar la puerta y el jardín, entraron en el restaurante Jishōken, donde el propietario les dio una calurosa bienvenida y los condujo por un pasillo de madera hasta su mesa habitual con vistas al jardín. Eran los únicos clientes.

El día claro había dado paso a una noche nublada, los faroles y piedras del jardín estaban ya envueltos en sombras.

Mokichi apartó la vista del jardín y miró a Akutagawa, sentado al otro lado de la mesa, le sonrió y dijo —Como ya le dije en mi última carta, me impresionó mucho *Kappa*, de modo que espero que a pesar de los problemas encuentre tiempo para escribir y que la escritura le brinde algo de alivio.

—Gracias —dijo Akutagawa—. Es usted amable y generoso en sus opiniones. Para serle franco, con algo más de empeño le habría sacado más jugo a *Kappa*. Me arrepiento de haberlo terminado tan pronto, pero quería continuar con *Espejismo*…

—Una obra extraordinaria, por cierto —apuntó Mokichi.

—Gracias —dijo Akutagawa de nuevo—. Quizá sea el único texto del que me siento seguro. Pero incluso así, ni se acerca a lo que esperaba conseguir. Cada vez me siento más y más cansado…

—Al menos sigue usted escribiendo.

—Sin interrupción —dijo Akutagawa—. Pero ya no me apacigua como antes. En mi próxima reencarnación, si existe tal castigo, me gustaría ser arena.

La camarera se arrodilló ante la mesa intercambiando cumplidos y depositó en ella dos grandes bandejas lacadas.

—Sé cuánto le gustan el *unagi* y el *takuan*, de modo que le he pedido al dueño del restaurante que le prepare sus platos favoritos —comentó Akutagawa.

—Gracias. Es un detalle muy amable tanto de su parte como de la del restaurante —dijo Mokichi asombrado de nuevo ante la delicadeza y el cuidado con que Akutagawa trataba a sus amigos sin importar las penalidades que le aquejaran.

—Es lo mínimo que podía hacer. Su ayuda, su gentileza y también su poesía me dan sustento en estos tiempos difíciles.

—Gracias —dijo Mokichi de nuevo con una sonrisa—. Pero ahora estoy seguro de que esta deliciosa anguila nos va a dar sustento a ambos en nuestra labor…

—Sí. Comamos —dijo Akutagawa sonriendo a su vez.

Sin embargo, Akutagawa apenas comió. Probó los distintos platos, jugueteó con la comida y finalmente dejó los palillos—

—Creo que fue Ikkyū quien dijo que había vivido treinta años entre las sombras. Yo por mi parte me he pasado treinta años sin hacer nada que mereciera la pena, es por eso que una y otra vez me digo a mí mismo, mátate, mátate… —Se lamentó Akutagawa.

—No es usted el único —replicó Mokichi con una risita tratando de aligerar el estado de ánimo de su amigo—. A menudo siento lo mismo…

—Sí, pero en su poesía, en sus tanka, usted crea o halla tal belleza en sus aflicciones, en su sufrimiento… Yo soy incapaz, siempre fracaso… Hace poco leí el diario de la cárcel de Kyūtarō Wada… Pues hasta un anarquista es capaz de extraer belleza del sufrimiento, en sus descripciones de la dura vida carcelaria, o cuando escribe «Hay tal silencio que se oye saltar a una pulga…», o «Aumenta la cantidad de insectos en el cuenco de arroz con cebada, hay una nube en el verano…». Pero la mejor es sin duda «Dolor de almorranas, la escarcha me perfora». Siento lo que él siente, imagino el sufrimiento de padecer de almorranas en una cárcel, y me impresiona y me da envidia que un anarquista sea capaz de escribir con tanta poesía…

—Cadena perpetua para Kyū-san por tentativa, diez años para Ama-san por asesinato—respondió Mokichi canturreando una tonada popular de la época.

—Qué época tan oscura nos ha tocado vivir —se lamentó

Akutagawa—. Sin embargo, a pesar de las penalidades, un tipo como Wada no permite que la oscuridad se apodere de él. Y en su poesía, Sensei, sucede lo mismo, usted enciende una lámpara y continúa caminando.

—¿Qué otra elección tenemos? —respondió Mokichi suavemente.

—Yo soy incapaz. Siempre fracaso —dijo de nuevo Akutagawa y a continuación recitó unos versos de la última y reciente obra de Mokichi:

—«*Cuando me encierro / renuncio casi a todo/ me siento con las piernas cruzadas /y cae la noche*».

Mokichi oyó la lluvia sobre las piedras el jardín, suspiró y dijo: —Parece que últimamente se cierne sobre nosotros una sensación de muerte y fatalidad. Al igual que a mí, también a usted parece perseguirle la mala suerte. Sin embargo, debemos seguir escribiendo, no tenemos más elección.

—Quizá debiera acabar esta segunda mitad de mi vida en su nuevo hospital y el resto ahí fuera… —susurró Akutagawa con la mirada en el jardín, con la mirada en la noche y la lluvia.

Mokichi cerró los ojos. No recordaba cuántas veces había encontrado pacientes ahorcados o con las gargantas abiertas, cuántas veces había tenido que informar a sus familias, cuántas veces había experimentado la sensación de fracaso, esa sensación de fracaso que le perseguía. Mokichi abrió los ojos de nuevo. Miró al hombre que contemplaba la noche frente a él al otro lado de la mesa, el cuerpo demacrado, la piel gris, el pelo y las uñas crecidos y sucios, y grave y solemnemente dijo: —Lo primero que necesita es descanso, de modo que debe dormir. Cuando haya descansado, cuando esté más fuerte, entonces podrá usted pensar en el futuro, solo entonces deberá usted buscar la luz de nuevo…

—Tiene razón —dijo Akutagawa—. Porque cuando pienso en el futuro, cuando busco la luz, solo veo oscuridad, solo siento temor…

Después de la cena en Jishōken, en la cancela del jardín, ante la puerta del taxi, bajo paraguas prestados, Mokichi dio las gracias a Akutagawa, Akutagawa dio las gracias a Mokichi, y Mokichi dijo: —¿Recuerda cuando nos conocimos en mi consulta de Nagasaki? Yo estaba de un humor de perros porque mi esposa acababa de marcharse a Tokio tras una terrible discusión. Odiaba Nagasaki, me sentía atrapado, aprisionado allí para siempre. Conversamos sobre Ishida y usted mencionó a Poe, a Sōseki-sensei y Kōjin, y dijo que el único modo de escapar de esta vida era por medio de la fe, la locura o la muerte.

—Parece que hace un siglo de eso. Otra época, otro mundo; una época mejor, un mundo mejor. Pero por supuesto que me acuerdo…

—respondió Akutagawa.

—Pues bien, ahora más que nunca he acabado por aceptar y creer que de esas tres vías de escape, la fe es nuestra única esperanza, nuestra única oportunidad. No me refiero a la fe en los dioses o en Dios, sino a la fe en nuestra obra, la fe en nuestra escritura; en el poder de las palabras, en la salvación por medio del arte…

Akutagawa asintió bajo su paraguas prestado.

—Así que, por favor, Sensei, por favor, conserve la fe en su obra, conserve la fe en sus palabras… —Le rogó Mokichi.

—Gracias —dijo Akutagawa—. Gracias a usted me siento mejor, Sensei.

Mokichi alzó el paraguas, miró a la colina donde vivía Akutagawa y dijo: —Me alegro de que esté usted tan cerca de casa esta noche y espero que pueda dormir pronto, pronto y bien.

—Gracias. Pienso escribir un rato, pero después me tomaré el fármaco y dormiré gracias a usted, Sensei.

En el estrecho y oscuro callejón, junto a la puerta del abierta del taxi, Mokichi sonrió, dio una palmada en el hombro a Akutagawa y dijo: —Mientras podamos escribir y dormir, podremos soportar cualquier embate del destino.

—Gracias —dijo Akutagawa por última vez y después, mientras Mokichi subía al taxi, en el último y definitivo silencio, casi con un suspiro—. Al final, como dijo Poe, al final del todo, *que Dios ayude a mi alma*… Que Dios ayude a todas nuestras almas…

En el asiento trasero del taxi, mientras el vehículo avanzaba por la calle oscura en dirección a las brillantes luces de Dōzaka, Mokichi se dio la vuelta para mirar a Akutagawa, para decirle adiós con la mano, pero Akutagawa ya no estaba allí, Akutagawa ya se había ido.

3. De nuevo, un Salmo.

Señor, Dios de mi socorro,
hacia ti clamo día y noche.
Llegue a ti mi oración,
inclina tus oídos a mi súplica.
saturado estoy de males,
y mi vida tocando en el seol,
se me cuenta entre los que bajan a la fosa,
soy como hombre sin amparo.
Estoy dejado entre los muertos

igual que los difuntos que yacen en la tumba,
de los que no vuelves a acordarte
una vez separados de tu mano.
Me has arrojado en el profundo de la fosa,
en las tinieblas abismales;
sobre mí pesa tu enojo
y con toda aflicción me has humillado.
Alejaste de mí a mis familiares,
me hiciste abominable para ellos.
Confinado, no puedo ya salir,
mis ojos languidecen de pesar,
todo el día llamándote, Señor,
tendiendo hacia ti mis manos.
¿Haces acaso prodigios con los muertos,
o se yerguen los difuntos a alabarte?
¿Se habla acaso de tus favores en la tumba
o de tu fidelidad en el averno?
¿Se proclaman tus prodigios en las sombras
y tu justicia en la tierra del olvido?
Por mi parte, Señor, mi clamor es hacia ti,
mi oración marcha a tu encuentro en la mañana.
¿Por qué, Señor, me arrojas,
me ocultas tu presencia?
Yo soy pobre y apocado desde joven,
de soportar tu enojo estoy entorpecido.
tus furores me atropellan,
tus espantos me consumen:
como aguas me rodean todo el día,
me asaltan todos a la vez.
Alejaste de mí a amigos y compañeros:
mis allegados, las tinieblas.

4. Un ático de fe

Bajo el crucifijo colgado en la pared del ático, Fumitake Muroga sonrió a Ryūnosuke y le preguntó, —¿Cómo estás últimamente?

Fumitake Muroga trabajaba de guardián y encargado de mantenimiento en la *American Bible Society* de Ginza, vivía solo en el ático de la sede de la editorial religiosa y dedicaba su tiempo a la

lectura y la oración. Hacía muchos años había trabajado de repartidor de productos lácteos para Toshizō Niihara, el padre de Ryūnosuke, así que lo conocía desde su infancia.

—Hecho un manojo de nervios, como siempre —respondió Ryūnosuke con la habitual sonrisa de tristeza y resignación a la que Muroga estaba ya acostumbrado—. Cuando me pregunto si seré capaz de soportar otro verano como este, otro mes como este, me siento increíblemente desgraciado… Tengo la cabeza rara … Incluso los asuntos más banales me sumen en la desesperación absoluta… Día tras día, noche tras noche, sobrevivo a base de extracto de opio, estricnina, laxantes y Veronal…

Muroga le ofreció una manzana a Ryūnosuke y dijo: —Tienes que comprender que las drogas y las medicinas no te curarán ni te ayudarán. Sin embargo, si aceptas a Jesucristo, si crees en él, entonces podrás recibir ayuda, podrás ser salvado.

—Ojalá Él pudiera, ojalá pudiera yo… —dijo Ryūnosuke recorriendo con la mirada desde el crucifijo de madera colgado en la pared hasta la manzana amarilla que tenía en la mano.

—«En cuanto a eso de si puedes, todo es posible para el que cree…» —dijo Muroga citando a san Marcos.

—«¡Ayuda a mi escasa fe!» —suspiró Ryūnosuke.

—En realidad no es tan difícil, no es tan arduo. Solo tienes que creer en Dios, creer en Jesucristo y aceptarlo como Hijo de Dios, creer en sus milagros, creer en su poder…

—Creo en el diablo y en su poder —dijo Ryūnosuke.

—Entonces, ¿por qué te niegas a creer en Dios? Si crees en la oscuridad, sin duda también has de creer en la luz…

—Existe la oscuridad sin luz.

—Momentáneamente, sí. Pero la luz siempre sigue a la oscuridad. Como el día sigue a la noche. Es un milagro —lo rebatió Muroga.

—No creo en los milagros —dijo Ryūnosuke. En los milagros del diablo, últimamente quizá, pero incluso de esos no estoy tan seguro…

—¿Por qué hablas siempre solo del diablo?

Ryūnosuke guardó silencio durante un rato con la mirada de nuevo en el crucifijo de la pared y dijo: —Acabo de repasar el Sermón de la Montaña y aunque lo he leído muchas veces, le he encontrado nuevos significados que antes se me escapaban y me ha inspirado a escribir un nuevo texto sobre la vida de Cristo…

Muroga se puso en pie, caminó hasta su antigua estantería, tomó de ella un ejemplar de la Biblia y se lo entregó a Ryūnosuke diciendo: —Por favor, llévatela.

—Gracias —dijo Ryūnosuke—. Pero ya tengo dos ejemplares.

El anciano sonrió a Ryūnosuke y dijo: —Es imposible tener

demasiados ejemplares de la Biblia, es imposible leer la Biblia demasiadas veces. Esta es la edición de *Shin'yaku Seisho*. Está todo ahí, perfectamente claro…

—Gracias —dijo Ryūnosuke de nuevo, esta vez aceptando la Biblia —. Le prometo que volveré a leerla.

—En ese caso, por favor, empieza por el Evangelio según san Marcos.

—¿Por qué san Marcos? —preguntó Ryūnosuke.

—Porque es breve, potente y contiene todo lo que necesitas creer.

—Lo leeré —prometió Ryūnosuke.

Muroga le cogió las manos y la Biblia entre las suyas y lo miró a los ojos, las manos frías, los ojos vacíos como los de un muerto. Y le dijo, le rogó, le imploró: —Entonces léela con el corazón, Ryūnosuke, y créela con el alma…

5. Las llagas de salida

En mi casa, en mi estudio, leo la Biblia, leo la Biblia, una y otra y otra y otra vez, leo la Biblia, leo la Biblia, y después en mi casa, después en mi estudio, escribo, escribo, una y otra y otra y otra vez, escribo, escribo, en mi casa, en mi estudio, hasta que se detiene, y cuando se detiene, yo me detengo, me detengo…

En el crepúsculo, siempre el crepúsculo, en verano, siempre el verano, salgo de mi casa, de mi casa de Tabata, y echo a andar, con una cartera en la mano, siempre la cartera en la mano, camino y camino con una Biblia en la cartera, siempre la Biblia en la cartera, camino y camino…

Con mi kimono oscuro y mis viejos geta, con mi cartera y mi paraguas, llego a Ueno, entro en el parque, intenso el aroma de las hojas verdes de los cerezos, pesado y húmedo el aire de la tarde sobre la ciudad, sobre mi piel, al caminar a través de la noche pegajosa y afilada y sus sombras, mi propia sombra de pronto, de pronto y para siempre la imagen de un kappa, de ese kappa en particular, ese que dibujo desde hace años y años, de ese sobre el que escribo desde hace meses y meses; se agarra a mí, me araña, se niega a marcharse, no me deja, camina conmigo, siempre a mi lado, un alma exiliada, me suplica volver, volver, volver, volver…

Por fin, por fin, salgo del parque a las refulgentes luces de Hirokōji, más melancólico que nunca, más frágil que nunca; no lo soporto, no lo aguanto. Quiero divertirme, divertirme y olvidar. Olvidarme del mundo, olvidarme de mí mismo. Cruzo los raíles del tranvía, entro en un café. Pido un whisky, una botella de whisky: —preferiblemente Black & White…

—Tú no bebes —dice mi acompañante.

—No debo beber en absoluto —rio—. Pero últimamente me bebo un whisky de vez en cuando. Preferiblemente Black & White…

—¿Por qué Black & White?

—Me gusta el dibujo de los dos terriers de la etiqueta —respondo mientras bebo un sorbo de whisky, y después, para divertirle, finjo estremecerme y digo— Vaya, ya estoy completamente borracho…

Da la sensación de que hace siglos que no nos gastamos una broma y compartimos la distensión que produce la risa. Pero ahora lo miro y ahora lo veo, y veo la herida que aún le sangra a través del cabello, la herida de bala que sangra sobre la mesa, gota a gota la sangre se remansa en un charco, se remansa, y se me echa a perder el buen humor, las ganas de broma; me inclino hacia él y le digo: —He cometido un error; debería haber cambiado de marca…

—Pero es tu favorito…

—Sí, pero los dos perros son un solo perro —susurro—. Los dos colores son sus dos naturalezas, las dos caras de nuestra alma, nuestra propia dualidad…

De pronto he doblado una oscura esquina, he vuelto a la sala del psiquiátrico con Uno, mis temores por él, por su familia y por mí, por mí mismo, por mi propia familia—

—¿Sabes?, cuando su madre lo encontró por fin en el restaurante, Uno se estaba comiendo las rosas del florero de la mesa y repetía «qué hambre tengo, qué hambre tengo…», y sin embargo, diría que en realidad es una suerte para la vida de un artista… Sí, a pesar de todo, creo que lo que le ha sucedido es muy bueno para Uno. La demencia y la locura no son una vergüenza para un artista, Casi podríamos decir que Uno ha pasado a un nivel superior, ha ascendido a una dimensión superior…

Mi acompañante parece discrepar y niega con la sangrante cabeza, parece incluso algo molesto: —Puede ser, pero ¿qué será de la familia de Uno si no se recupera pronto, o si ya no vuelve a escribir, o si la locura acaba con él? ¿De qué vivirán entonces?

—Los artistas no podemos evitar ese tipo de cosas —respondo con un encogimiento de hombros—. Es la época que estamos condenados a vivir. Como el mismo Uno me dijo el otro día sin ir más lejos, estamos poseídos por el demonio del fin de siècle*…*

—¿De verdad crees en esas cosas?

—Desde luego que sí —respondo.

—Pues yo, personalmente, ahora me arrepiento de mis ideas románticas acerca del artista torturado que muere joven. Aquellos que me amaron, aquellos a los que dejé atrás, eran mucho más débiles que yo, todos confiaban en mí. Ahora desearía haber vivido más tiempo…

—¡Basta ya de Gogol! ¡Basta ya de Strindberg! —grito levantándome de la mesa y asustando no solo a mi acompañante sino al café entero, y,

señalando con el paraguas a la puerta, exclamo, —¡Queremos divertirnos! ¡Y nos divertiremos! ¡Quack, quack! ¡A Kameido! ¡A Kameido!

En el asiento trasero del taxi, le digo: —¿Sabes?, cuando era niño la ribera este del Sumida era mi patio de juegos. Honjo, Ryōgoku y Kameido. En aquellos días, antes de la inundación, los garyūbai *del jardín de Kiyogaoen parecían dragones tumbados, tan largas y sinuosas eran sus ramas. Me encantaban y me aterraban…*

—Una vez vimos la famosa glicinia del Templo de Tenjin —dice él—. Pero ahora, siempre que oigo hablar de Kameido solo me acuerdo del terremoto y sus consecuencias, los cruentos asesinatos de Keishichi Hirasawa, Uhachi Nakatsuji, Sakae Ōsugi y Noe Itō y los demás. Y por lo que he oído, Kameido sigue siendo un lugar desolado, que seguramente nos aplastará el alma en vez de alegrarnos el espíritu…

—Exactamente —respondo mientras el taxi cruza el Puente Kototoi y atraviesa Koume rumbo sur hacia Kameido—. Pero por la noche, cuando reina la oscuridad, no se ven las fábricas. Caminar por allí a esas horas e inhalar el hedor de las cloacas… Eso es la realidad, ¿no crees? ¡Para dos hommes de lettres *como nosotros será una experiencia vivificante que nos hará volver a casa y a nuestra obra, a nuestro arte y nuestras palabras vigorizados y con energías renovadas*!

No le convence, lo sé, pero ya es demasiado tarde. El taxi se detiene en una calle junto a un canal al norte del templo. Pago la carrera y me apeo del vehículo. La verdad es que el hedor del canal es considerable, hay poca gente, y desde luego ni rastro de «diversión». De pronto vislumbro a un grupo de jóvenes y con una risotada le propino un codazo en las costillas a mi acompañante y le digo, —Parece que saben dónde van. Sigámosles…

Antes de que pueda empezar a quejarse y protestar como siempre, lo agarro del húmedo y delgado brazo y nos ponemos en camino, calle abajo; pasamos por delante de casas en ruinas bajo el nivel de la calle, por delante de sucios carteles de adivinos y medicamentos hasta llegar a un cruce, doblamos a la izquierda y encontramos la entrada a un laberinto de callejuelas con edificios de madera a ambos lados. Las puertas de celosía de los edificios están iluminadas y en cada una hay un panel de cristal transparente a modo de mirilla por la que se asoman los hombres solitarios que transitan por las callejuelas.

—Echemos un vistazo, ya que estamos aquí —digo.

Nos unimos al río de hombres silenciosos y graves que circulan por la primera callejuela y cruzamos de lado a lado asomándonos por las mirillas. A veces vislumbramos a la mujer que hay dentro, pero normalmente solo vemos unos ojos que intentan brillar y sonreír, que se esfuerzan por brillar y sonreír, por darnos la bienvenida e invitarnos a entrar, y yo de vez en cuando me detengo y me giro hacia mi compañero con una sonrisa y un guiño de mi propia cosecha. Pero no nos entretenemos mucho rato y pronto llegamos al final de la callejuela y

salimos a una calle ancha bordeada de quioscos en la que hay un restaurante occidental y unos cuantos taxis. Sé que mi acompañante no está de humor y que piensa que ya es suficiente. Sin embargo, yo señalo con el dedo a la siguiente callejuela y digo: —Sería una pena no hacer el tour completo, ¿no?

Y otra vez nos lanzamos de casa en casa, de mirilla en mirilla hasta que los ojos que hay detrás de las puertas se convierten en un único par de ojos tristes y sin esperanza y volvemos de nuevo al principio, al lugar por donde entramos.—

—Vámonos a casa —dice mi acompañante.

—Sí, podríamos irnos a casa, pero ya que hemos llegado hasta aquí y que puede que no volvamos a tener la oportunidad, ¿por qué no damos una última vuelta? —le respondo.

No dice que sí, no dice que no; se limita a seguirme por las callejuelas de nuevo, mirando por aquí y por allá, más deprisa esta vez, hasta que volvemos al mismo sitio.

La humedad se ha hecho aún más sofocante, el hedor de las cloacas más penetrante, y de pronto del pesado y opresivo cielo nocturno que flota sobre nuestras cabezas empiezan a caer gotas de lluvia gordas como sanguijuelas—

—¿Es eso todo lo que este lugar tiene que ofrecer? —exclamo con indignación fingida—. Pues la verdad, es de lo más decepcionante.

—No solo decepcionante; deprimente y agotador también —replica.

—Desde luego —coincido mientras me agacho a frotarme las piernas y las rodillas. —Estoy cansadísimo. Creo que no puedo dar un paso más…

La lluvia empieza a arreciar. —Si encuentras el camino a la calle principal podremos tomar un taxi… —dice.

—De verdad, quiero volver a casa. Lo digo sinceramente. Pero antes me gustaría descansar un momento. Solo un instante…

—¿Pero dónde? —dice mirando a su alrededor.

—Supongo que en ninguno de esos lugares nos servirán un té, ¿verdad? Después de todo vamos a tener que volver a recorrer las callejuelas.

—Lo dudo mucho —dice negando con la cabeza.

—Al menos podemos intentarlo —insisto con el cuerpo recto y los hombros alineados—. Seguro que encontramos un lugar donde nos lo sirvan si negociamos un poco. No te preocupes por nada, déjame hablar a mí.

Y así, volvemos a las callejuelas por tercera vez, yo caminando a pasos largos y decididos hacia la primera puerta con celosía y él siguiéndome reacio. Cuando me inclino para asomarme a una mirilla, le hago señas para que se acerque y a través del cristal vemos a una mujer algo rechoncha de unos veinticinco años, con un rostro hermoso y amable sentada a solas en el interior de la casa, y yo le susurro: —¿Lo intento?

—Si es lo que quieres, si no queda más remedio…

—Disculpe —digo a través de la puerta, aún asomado a la mirilla—, mi amigo y yo estamos algo fatigados y quisiéramos descansar un poco y nos preguntábamos si sería tan amable de invitarnos a una taza de té.

Quizá nuestros pálidos rostros e intensas miradas la asustan, pues responde nerviosamente, —Aquí no hay nadie.

Inmediatamente cruzo la calle muy decidido en dirección a una casa en diagonal a esta última, me asomo por la mirilla de cristal y pregunto: —¿Podríamos tomar una taza de té?

—Adelante, por favor —dice una voz de mujer desde el interior de la casa. Vemos una silueta que se pone en pie y camina hacia la puerta, pero entonces, aún inclinado hacia delante, aún asomado por la pequeña ventanilla de cristal, la veo, con toda claridad, perfectamente, la veo tal como es y lo que es en realidad, y salto hacia atrás como un resorte, y grito, y chillo: —¡Oh! ¡Oh! ¡Oh, no…!

—¿Qué sucede? —pregunta.

—Es terrorífico —susurro dándome la vuelta y me alejo de allí a la carrera callejuela arriba tan rápido como puedo—

—¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado? —pregunta. Pero yo no me detengo, no puedo detenerme, sigo corriendo hasta llegar a la esquina, hasta el final de la callejuela, y me escondo detrás de la esquina cubriéndome el rostro con las manos, temblando de arriba abajo y balbuceando una y otra vez: —¿Has visto eso? ¿Lo has visto? ¿Lo has visto…?

—¿Qué era? —pregunta—. ¿Qué era?

Lo agarro de los viscosos, huesudos hombros, lo miro a los rojos y diminutos ojos y le pregunto: —¿De verdad no lo has visto? ¿No has visto lo mismo que yo…?

—¿Qué era? ¿Qué has visto? —pregunta de nuevo.

—¡Esa mujer! ¡Esa mujer! —grito.

—Solo le he visto la cara un instante, pero no me ha parecido que tuviera nada de raro…

—¡Era un fantasma!

—¿Quién?

—¡Ella! —digo temblando—. Le he visto toda la cara y todo el cuerpo cuando se ha puesto en pie…

Él sacude su estúpida y agujereada cabeza e intenta no reír. Pero yo sé lo que piensa: si alguien en este antro infernal parece un fantasma, ese soy yo y solo yo. Es un milagro que la pobre mujer no haya chillado de miedo ante el horror que refleja mi rostro, mi propio rostro—

—Vámonos a casa —dice.

Ya en el taxi la lluvia resbala por las ventanas y no decimos una palabra hasta que él le pide al taxista que se detenga junto al estanque de Shinobazu en Ueno. Se apea con un suspiro, pero entonces, justo cuando

está a punto de darse la vuelta para despedirse, lo agarro del escamoso y frío brazo y pregunto, —Por favor, sé sincero, ¿No has visto nada raro en ese lugar?

—Nada en absoluto —responde—. Lo siento.

—Ojalá hubieras vuelto a echar un vistazo.

—Me alegro de no haberlo hecho —sonríe.

Las luces de la calle y la lluvia en los cristales proyectan extraños caracteres negros sobre nosotros. Le devuelvo la sonrisa y me disculpo: —Lo siento.

—Te veré pronto en el valle —dice Tock al cerrar la puerta. Mientras el taxi se aleja me doy la vuelta para decirle adiós con la mano, para verlo allí de pie en la orilla del estanque, intentando detener el chorro de sangre que le sale de la concavidad que tiene en la cabeza con una mano y con la otra diciendo adiós, adiós, adiós, adiós…

6. La casa de sueño

—Hola —dijo Hyakken Uchida—. ¿Hola…? ¿Hola…? ¿Hola…?

Pero Akutagawa no se movió, ni se inmutó. La barbilla sobre el pecho, el cabello sobre la cara, el cuerpo hundido en la silla de mimbre, sentado enfrente del *tokonoma*, en su estudio del piso superior, en su casa de Tabata.

Era casi de noche, era la hora del crepúsculo, a mediados de julio, el mes de julio más caluroso que se recordaba. Incluso allí, en aquel estudio tenuemente iluminado, el calor era insoportable. Hyakken se enjugó el rostro de nuevo, se enjugó el cuello de nuevo, se sentó en un cojín entre papeles y libros, tres ediciones distintas de la Biblia abiertas entre cajetillas de Golden Bat desperdigadas por aquí y por allá, y miró a su amigo; incluso con aquel calor, incluso en aquel estado, Akutagawa siempre tan elegante, siempre tan distinguido, abría los ojos de vez en cuando, alzaba el rostro hacia Hyakken con una media sonrisa y decía, —Lo siento.

—¿Qué le sucede? —preguntó Hyakken.

—Me dolía el estómago —dijo Akutagawa mascando las palabras, como si a su lengua le costara moverse en la boca. —No podía dormir, así que me tuve que tomar algo y después me he levantado antes de estar despierto del todo…

—Ya sabe que no debería tomar tantas medicinas.

Los párpados pesados se le cerraron de nuevo, el cuerpo enjuto de nuevo desmadejado en la silla, pero a pesar de todo Akutagawa murmuró: —Y usted ya sabe que no debería beber tanto…

Hyakken no sabía qué decirle, cómo ayudarle, estaba allí sentado, mirándolo dormitar, sus propios ojos se le cerraban en la atmósfera plomiza, se le abrían y se le cerraban de nuevo, la cabeza le colgaba de calor…

—Acerca del dinero… —dijo de pronto Akutagawa.

Hyakken se puso derecho. —Sí, lo siento… —dijo.

Akutagawa se levantó lentamente, con paso inseguro, y caminó dando tumbos hasta la puerta. Con los ojos aún medio cerrados, alzó el brazo hacia una foto que colgaba sobre la puerta. Metió la mano detrás del marco. Sacó un billete de doscientos yenes nuevo y reluciente. Se lo entregó a Hyakken y dijo: —Tome, le daré más si lo necesita…

—Gracias —dijo avergonzado Hyakken—, pero esto es más que suficiente. Lamento mucho causarle tantas molestias…

—Discúlpeme —dijo Akutagawa desplomándose de nuevo en la silla.

Hyakken intuyó que era el momento de marcharse pero se dio cuenta de que no tenía suelto para el billete de tren. Se maldijo a sí mismo. Quería haber tenido algo de calderilla…

—No se preocupe —dijo Akutagawa poniéndose de pie de nuevo con aspecto mareado—. Espere un momento, por favor…

Akutagawa salió de la habitación con paso vacilante y caminó por el pasillo hacia la escarpada escalera. Hyakken le siguió por el pasillo, preocupado de que se precipitara escaleras abajo. Él también estaba mareado, pero aparentemente Akutagawa se las ingeniaba para bajar por la escalera así que Hyakken lo esperó en el corredor, mirando al jardín por la ventana, temblando en medio del calor.

Desde el mismo momento en que se conocieron, Akutagawa siempre había sido muy amable con él y Hyakken no sabía por qué, incluso ahora seguía sin explicárselo. Se conocieron formalmente cuando Akutagawa empezó a frecuentar a Sōseki-sensei y se unió a Mokuyō-kai. Pero incluso después de la muerte de Sōseki-sensei, incluso cuando muchos otros daban de lado a Hyakken, Akutagawa continuó siendo un buen y leal amigo; cuando Hyakken se quejó de lo poco que le pagaban en la Academia Militar Imperial en Ichigaya, de que no llegaba a fin de mes con aquel magro salario y su numerosa familia, Akutagawa, aunque apenas se conocían, lo recomendó para un segundo empleo en la Academia de Ingeniería Naval de Yokosuka. Y cuando Hyakken le preguntó por qué lo había hecho, Akutagawa simplemente sonrió y dijo: —Porque complacería a nuestras abuelas.

Daba la sensación de que Akutagawa se había marchado hacía un siglo, pero justo cuando se preguntaba si debía seguirle al piso de abajo, Hyakken lo oyó subir por la otra escalera, al otro extremo del

pasillo. Akutagawa se bamboleaba hacia él, con los bajos del kimono de verano enredados en la pierna y las manos juntas.

Akutagawa se detuvo frente a Hyakken y se quedó quieto, balanceándose entre temblores y estremecimientos, pero con una sonrisa de orgullo en los labios y las manos alzadas a la altura del rostro de Hyakken, ofreciéndole un enorme puñado de monedas de níquel y de plata.

—¿Por qué se ha molestado en traer tanto? —dijo Hyakken.

—He intentado sacar de la cartera la cantidad exacta para el billete pero no he podido, así que al final me la he vaciado en la mano. Por favor, lléveselo todo…

Hyakken cogió una moneda de diez sen y dijo: —Gracias. Ahora debo irme. Adiós.

Akutagawa volvió a su estudio, separó las manos y una lluvia de monedas cayó sobre el escritorio de palisandro. El estruendo resonó por toda la casa y siguió a Hyakken escalera abajo. —¿Estás bien? ¿Estás bien? ¿Te has caído…? —gritó la mujer de Akutagawa.

7. ¿Listo para partir?

El acorazado de primera clase Uno *entró en dique seco en Yokosuka. Su amigo el acorazado A estaba fondeado en la bahía. El* A *era más joven que el* Uno. *De vez en cuando se comunicaban sin palabras a través del vasto mar. El* A *sentía pena del* Uno, *no solo por su edad sino también por su navegación ligeramente errática, resultado de un error de cálculo del ingeniero naval. Pero para no avergonzar a su amigo, el* A *nunca aludía a ese particular y siempre se dirigía al aguerrido* Uno *con el mayor de los respetos… Sin embargo, una tarde nubosa se declaró un incendio en la bodega del* Uno *y de pronto, el buque se escoró con horrible estruendo. Naturalmente, el A, que nunca había entrado en combate, se quedó estupefacto, y no daba crédito. Tres o cuatro días después, al faltar la presión del agua en las bandas, la cubierta del* Uno *empezó a combarse. Los ingenieros aceleraron las labores de reparación en cuanto se dieron cuenta. Pero el* Uno *perdió toda esperanza… En la bahía de Yokosuka, el* A *observaba lo sucedido y esperaba su propio destino con creciente inquietud mientras, consciente de que los ingenieros que lo habían diseñado era peores que los del* Uno, *notaba cómo su propia cubierta se torcía poco a poco, cómo se le deformaba la estructura, como se le abrían vías de agua, cómo se inundaba, cómo las olas interminables y la marea creciente le llegaban al cuello y le subían por la barbilla, le entraban en la boca y le corrían por el cabello, por encima del cabello y le cubrían la cabeza—*

Me despierto en mi silla jadeando, luchando por respirar, tosiendo y escupiendo, flemas en la boca, saliva por la barbilla, y mientras me limpio la barbilla y me seco los ojos, la Biblia se me resbala de las manos, se me cae al suelo. Uno *está otra vez peor, la situación se ha vuelto insostenible para su mujer y su familia, así que el doctor Saitō lo ha arreglado todo para ingresarlo en el Instituto de Investigación Komine en Ōji. La última vez que lo visité, en el psiquiátrico, en la sala, atado a la cama*, Uno *levantó la mirada, sacudió la cabeza y dijo de nuevo —tú y yo, yo y tú, somos como dos gotas de agua, Ryūnosuke, como dos gotas de agua, estamos poseídos por el mismo demonio, el demonio del* fin de siècle…

—Chu chuuu chucuchucuchucu…

Me levanto de la silla, recojo la Biblia del suelo, la coloco en el escritorio, enciendo un cigarrillo y salgo de mi estudio al pasillo. Fumo frente a la ventana observando a mis dos hijos mayores jugar a los trenes en el jardín bañado por el sol—

—Chu chuuu chucuchucuchucu…

No solo hacen el sonido de una locomotora, también imitan con los brazos el movimiento de una locomotora. No solo mis hijos juegan así, sé que mucho otros niños lo hacen también. Me pregunto por qué. ¿Será porque perciben la potencia de la locomotora, todo el ruido y el vapor y la velocidad, toda esa violencia? ¿Desean acaso vivir la violenta vida de una locomotora? Sin embargo, semejante deseo no es exclusivo de los niños; los adultos son iguales, todos somos iguales, corremos sobre raíles como las locomotoras, sobre raíles, quién sabe a dónde. Los raíles pueden ser muchas cosas, cualquier cosa: la fama, las mujeres, el dinero, el poder… Pero son siempre raíles, raíles de los que no podemos escapar, raíles que queremos recorrer tan libres y egoístas como podamos, ciegos al hecho de que son raíles, railes que no podemos abandonar. Incontables generaciones en incontables sociedades han querido echar el freno a las máquinas, a los deseos, pero siempre han fracasado y por eso aún corremos y corremos a toda velocidad sobre raíles—

—Chu chuuu chucuchucu…

Abandono la contemplación de los niños en el jardín y con pie inseguro me retiro de la ventana del pasillo y vuelvo al escritorio de mi estudio. Enciendo otro cigarrillo y observo los dos manuscritos que yacen inconclusos sobre él. Uno *de ellos es mi autobiografía, que quizá debería titular El arte de matar dragones. El otro es un intento de biografía de Cristo en las pobres, exiguas, gastadas palabras de un inútil escritorzuelo burgués, un intento de escribir «Mi Cristo», que he dado en titular El hombre de occidente…*

De hecho, me he visto obligado a abandonar esta obra y enviársela a Kaitō porque se había cumplido el plazo de entrega, y sin embargo, no me veo capaz de dejarlo, no me veo capaz de dejar a Cristo y deseo escribir

más…

Sopeso ambos manuscritos incompletos, enciendo otro cigarrillo pero no puedo decidir en cuál de ellos seguir trabajando. Necesito terminar los dos y además hacerlo hoy. Pero antes de que pueda tomar una decisión, oigo la voz de mi esposa que me llama para que baje a comer.

A pesar del calor y del ejercicio que han hecho en el jardín, los niños siguen aún llenos de vitalidad, de una energía aparentemente inagotable, hablan sin parar incluso con la boca llena y Takashi no deja de dar patadas a la mesa. Le regaño, y en ese momento, en ese mismo instante, la atmósfera cambia; los dos dejan de hablar y se comen su almuerzo en silencio, y mi esposa tampoco dice nada, solo mira hacia abajo con los ojos llenos de lágrimas, y otra vez, una vez más, he fracasado como padre y como hombre, como ser humano, torturado por la culpa y los remordimientos, consciente de que lo único que hago es causar dolor e infelicidad a los que les ha tocado la desgracia, la maldición de amarme, consciente de que estarían mejor, de que serían más felices si yo desapareciera, si no existiera, si nunca hubiera existido, si me marchara.

Me levanto de la mesa y vuelvo al piso superior, a mi estudio, a mi escritorio. Cojo la autobiografía, la meto en un sobre en el que dice basura y la dejo en la papelera para quemarla. No tengo más fuerzas para seguir escribiéndola, para seguir sintiéndome así, para seguir viviendo así—

¿Tendría alguien la amabilidad de estrangularme mientras duermo?

Me siento en el escritorio y sigo con El hombre occidental, *con esta* Continuación del hombre occidental—

Si consigo concluir este manuscrito hoy mismo, cuando termine el día, encontraré la paz, moriré en paz. De modo que con mano trémula, cojo la pluma de nuevo, cojo esta espada rota y estrecha de nuevo, y empiezo a escribir de nuevo estas pobres, exiguas, gastadas palabras de un inútil escritorzuelo burgués, a escribir y escribir «Mi Cristo»…

«*…que en estos últimos días he llegado a amar, que ya no es un extraño, pero que aún es un espectro, un espectro en esa cruz que observo y observo, y aunque la mayoría se ha cansado de observarla, aunque muchos han tratado de echarla abajo, yo aún observo y observo a «Mi Cristo» en su cruz…*

…que nació por mí en Japón, que nació de María, esa mujer ordinaria que percibimos en todas la mujeres, en el fuego ardiente del hogar, en las abundantes cosechas de los campos y vivió una vida de paciencia infinita en este «valle de lágrimas», que nació de María y del Espíritu Santo, ni Ángel ni Satán, del Espíritu Santo que camina en la otra orilla, más allá del Bien y del Mal…

…que huyó de Herodes, que escapó de su maquinaria, de esa maquinaria que precisan los que desean detener el cambio, impedir la revolución: ese Herodes temeroso del cambio, su maquinaria aterrorizada

de la revolución, asesinó a los niños y a los otros miles de Cristos mezclados entre ellos; y sin embargo, carmesíes las manos, melancólico el rostro, no podemos odiarle, no podemos despreciarle, solo compadecerle, muerto entre el olivo y la higuera sin dejar un solo verso tras de sí …

…que vivió un tiempo en Egipto y regresó a Galilea y después habitó en Nazaret, igual que los hijos de los oficiales de la marina son enviados a Sasebo y después a Maizuru y después a Yokosuka. ¿Acaso estos cambios súbitos y forzados contribuyeron a forjar el espíritu bohemio de «Mi Cristo«?

…que sabía que no era hijo de su padre, José, un hombre superfluo, que sabía que era hijo del Espíritu Santo, que en la tristeza de semejante revelación, que después de una infancia solitaria, conoció a Juan, un Cristo nacido antes que él, un Cristo venido antes que él, Juan, que con su último lamento le preguntaría: «Fuiste tú Cristo o lo fui yo?».

…que caminó solo por el desierto, que ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches, que entabló un diálogo con Satán, que se negó a sucumbir, que rechazó las tentaciones: el materialismo, el poder, todos los deseos mundanos de nuestros corazones, y que venció a Satán, «hasta un tiempo señalado«…

…que después viajó de pueblo en pueblo, al principio solo, después con discípulos, que empezó a hablar, que empezó a predicar, con alegorías y con parábolas, un bohemio primitivo, un periodista primitivo que con el genio de sus ejemplos, con la pasión de su poesía, echó leña nueva al fuego viejo para que se avivase e iluminase, que con sus obras maestras, el sermón de la Montaña, el Buen Samaritano, el Hijo Pródigo, y con todas sus palabras, pisoteó todas las convenciones de todas las épocas y puso el mundo patas arriba, nuestro mundo patas arriba, pero que después sembró las semillas del temor, del temor al cambio, y que después se hizo enemigos, muchos enemigos…

…y que sin embargo, amó y fue amado por muchos, y más que nadie por María Magdalena, con un amor ético que trascendió su oficio, con un amor poético que limpió sus pecados, un amor aún fragante como la azucena…

…que vio los lirios del campo, que ni Salomón en todo su esplendor era comparable a ellos, que con su poesía derrotó al mañana…

…que obró milagros a pesar de odiar los milagros porque malcriaban a la gente, le arrebataban la energía, le hacían cuestionarse el poder de sus palabras, de sus palabras y de sí mismo, y lo dejaban humano, demasiado humano…

…que no pudo soportar las lágrimas de Marta y de María, que levantó a Lázaro de entre los muertos para detener sus lágrimas, humano, demasiado humano…

…que rechazó a su madre y todo su amor, que eligió Jerusalén, eligió

una muerte cierta para mostrarnos aquello que perseguimos, que su ausencia aún nos atormenta, que nos reveló qué hay más allá de nuestro mundo, dentro de nuestras almas: el Reino de los Cielos, el Reino del Cielo en la Tierra…

…que brillaba como el sol, blanco como la luz pura cuando subió a la montaña para hablar con los muertos, pero que sabía que hoy nunca es ayer, que el Mar Rojo no está ya abierto, y que preguntó entonces y pregunta ahora: «¿Cómo debemos vivir?».

…que bajó de la montaña para saldar sus deudas, las deudas de una vida que pronto dejaría atrás, de una vida que empezaba a vengarse, de una vida que se vengaba de él: la estrella que anunciara su nacimiento y el Espíritu Santo que le insuflara vida, no le darían descanso, no le darían paz, mientras maldecía a la higuera…

…que entró en Jerusalén montado en un asno, con la cruz ya sobre las espaldas, siempre, ya sobre las espaldas, que dijo dadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, que derribó los puestos de los mercaderes del templo y expulsó a los usureros de la Casa de Dios…

…que en el Huerto de Getsemaní, en la noche oscura del alma, de su alma llena de tristeza, incluso hasta la muerte, cayó de bruces y rezó, rezó y rezó por que el Padre apartara de él aquel cáliz…».

Dejo de escribir. Suelto la pluma. Enciendo un cigarro, me levanto del escritorio y salgo al pasillo. Fumo de pie frente a la ventana observando, observando el jardín de mi casa, mi jardín al crepúsculo, mi jardín en silencio: Dios oye nuestras súplicas pero espera.

Dejo el jardín, y en el crepúsculo y en el silencio, con paso inseguro, regreso a mi escritorio, a mi escritorio y a «Mi Cristo»—

«…que no se apartaría de él aquel cáliz, que halló a sus discípulos dormidos, que sabía que su hora estaba próxima…

…que fue traicionado en la noche, traicionado con un beso, de un suicida a otro suicida, que fue negado al alba, negado por aquellos a quienes dejaba atrás…

…que compareció ante Pilatos y después ante el pueblo, y que entonces como ahora fue rechazado, no fue elegido, pero no dijo una palabra…

…que padeció las espinas de la corona, los salivazos de las bocas, los golpes de la caña y finalmente el madero de la cruz…

…que sintió los clavos atravesándole las manos, el clavo atravesándole los pies, que miró al mundo desde la cruz, que miró al cielo desde la cruz y gritó ¿Eli, Eli lama sabachthani?*».*

Dejo de escribir de nuevo, suelto la pluma de nuevo. Me paso el pañuelo por el cuello, por el rostro, me seco los ojos; me seco los ojos y vuelvo a Él—

«…que en su último grito, en sus últimas palabras, se acercó más aún a nosotros, sacrificó su alma por nosotros, murió por nosotros, que murió por

nosotros…

…¿por quién… por quién… por quién sino por ti?

…una escalera cruelmente quebrada en el ascenso de la tierra al Cielo, aún apoyada bajo el diluvio que cae de un cielo sombrío y tenebroso…».

De nuevo me detengo, de nuevo suelto la pluma, la cabeza entre las manos, las manos sobre el rostro, los dedos en los ojos, frotándome los ojos, en los ojos, en la mente—

Mi Cristo, mi Cristo, tantos Cristos:

Mi Cristo es un espejo, el Espejo Universal; mi Cristo es un poeta, un poeta bohemio; mi Cristo es un periodista, un periodista primitivo; mi Cristo es un pacifista, un Tolstoi resistente pasivo, más blando, más blando aún; mi Cristo es un comunista, que vino por los pobres, que amó a los pobres y que dijo: Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo tienen nidos pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza…

En el temor y en el pánico de esas palabras, mi Cristo me habla, asustado y atemorizado, me habla de la desgracia de esta vida, del ejemplo de esta vida, me habla a mí y a todos y cada uno de los hijos del Espíritu Santo; puede que un día el cristianismo desaparezca, un día cercano sin duda, pero la Vida de Cristo, esta Vida de Jesús seguirá emocionándonos, así en Occidente como en Oriente, siempre nos emocionará, a cada Hijo del Espíritu Santo, a todos los Hijos del Espíritu Santo, nos emocionará y nos hablará — una escalera tristemente quebrada en el ascenso de la tierra al Cielo, aún apoyada en medio del diluvio que cae de un cielo sombrío y tenebroso — pues todos somos los viajeros de camino a Emaús, siempre buscando al Cristo que nos abrase el corazón.

En el horror y el silencio de la casa en sombras me quito los dedos de los ojos, aparto las manos del rostro y observo mi escritorio, los papeles en el escritorio, desparramados por el escritorio, los libros en el escritorio, abiertos por el escritorio; empiezo a cerrar todos los libros, a poner todos los libros en su sitio, todas estas Vidas de Cristo: Strauss, Renan, Farrar y Papini; cierro todos los libros, pongo todos los libros en su sitio, los libros y las Biblias, mis tres ediciones de la Biblia: la de Kyō Tsunetō, la de Fumitake Muroga y la que no voy a cerrar, la que no voy a poner en su sitio, la que me llevaré al piso de abajo, la que leeré antes de dormir, antes de dormir esta noche…

Alargo el brazo sobre los papeles, sobre el escritorio y cojo un sobre de Veronal, abro el sobre de Veronal y me tomo el Veronal. Después ordeno los papeles, los manuscritos, los amontono y los dejo a un lado. Después cojo de nuevo la pluma, de nuevo esta espada rota y estrecha, y por última, postrera vez escribo, escribo y escribo: un poema para mi médico, cartas a mis amigos, cartas que he practicado, cartas que he ensayado, después una carta a mi esposa, y después, la más difícil de todas, la más dolorosa de todas, empiezo a escribir la última carta, una última carta—

A mis hijos—

1. Nunca olvidéis que la vida es una guerra que conduce a la muerte.

2. En consecuencia, valorad la vida, acrecentad vuestras capacidades. Que este sea vuestro principio de conducta.

3. Considerad a Ryūichi Oana vuestro padre y escuchad sus consejos.

4. Si perdéis la batalla de la vida, suicidaos como vuestro padre para evitar causar infelicidad a otros.

5. Es difícil reconocer el propio destino en la vida, pero si no dependéis de vuestra familia y renunciáis a ese deseo, quizá encontréis la forma de vivir en paz con vosotros mismos.

6. Tened compasión de vuestra madre, pero que eso no altere vuestra voluntad. Así la haréis feliz en el futuro.

7. Inevitablemente, los tres heredaréis y compartiréis mi ansiedad; es un hecho del que debéis ser conscientes y tener cuidado.

8. Vuestro padre os ama. De no ser así, os habría abandonado o no os habría cuidado, y en ese caso quizá habría encontrado una forma de sobrevivir.

Ryūnosuke Akutagawa

Dejo la pluma, meto las cartas en sus sobres y sello los sobres. Cojo la pluma de nuevo, escribo las direcciones en los sobres, los coloco sobre la Biblia, dejo la pluma de nuevo, dejo la pluma por última vez.

Me paso el pañuelo por el cuello, me paso el pañuelo por el rostro y me seco los ojos, pero tengo los ojos secos, tengo los ojos secos. Trato de recordar si me he tomado el Veronal, pero no recuerdo si me he tomado el Veronal, así que alargo el brazo y cojo un sobre de Veronal, abro el sobre de Veronal y me tomo el Veronal.

De nuevo me paso el pañuelo por el cuello, me paso el pañuelo por el rostro, y me levanto del escritorio, me levanto del escritorio por última vez. Con paso inseguro, con pies absolutamente inseguros salgo del estudio, al pasillo. Con paso inseguro, con paso muy inseguro, dejo atrás el jardín en la noche, en la noche y en su silencio, y camino por el pasillo pero de pronto me detengo y vuelvo a mi estudio, vuelvo a mi escritorio y cojo el poema, el poema para el doctor Shimojima, y lo dejo de nuevo, lo dejo en mi escritorio. Me paso el pañuelo por el cuello, me paso el pañuelo por el rostro y trato de recordar si me he tomado el Veronal, pero no recuerdo si me he tomado el Veronal, así que estiro el brazo y cojo un sobre de Veronal, abro el sobre de Veronal y me tomo el Veronal, y luego cojo otro sobre, abro otro sobre y me tomo otro sobre de Veronal. Después me paso el pañuelo por el cuello de nuevo, me paso el pañuelo por el rostro de

nuevo, cojo las cartas, cojo la Biblia, coloco las cartas sobre la Biblia y cojo el poema. Después salgo de mi estudio, salgo de mi estudio por última vez y camino por el pasillo, con paso tan inseguro, con pies tan inseguros, camino por el pasillo y bajo las escaleras por última vez.

No sé qué hora es, no tengo ni idea de qué hora es, solo sé que es verano, siempre es verano y hace calor, siempre tanto calor, solo sé que es de noche, siempre es de noche y hay silencio, siempre tanto silencio, pero llego a una habitación, al dormitorio de mi tía, la luz aún encendida, la luz siempre encendida, y llamo a la puerta, llamo a su puerta y entro en el dormitorio, entro en su dormitorio, la veo bajo sus sábanas, tumbada bajo sus sábanas y le tiendo el poema, el poema y digo: «Quizá aún esté durmiendo cuando venga el doctor, así que por favor, dale esto al doctor cuando venga y dile que estoy durmiendo, y dejadme, por favor, dejadme dormir».

Le entrego el poema y ella toma el poema, toma el poema y dice, dice, dice, no sé lo que dice pero yo sonrío y sonrío y sonrío y digo: «Gracias, querida tía, gracias, gracias y buenas noches, querida tía, buenas noches, ya me voy, querida tía, ya me voy…».

Salgo de su dormitorio, abandono su dormitorio y me voy a mi dormitorio, nuestro dormitorio, nuestro dormitorio donde dormimos mi esposa, mis hijos y yo, mis hijos duermen con las manos en el rostro, mi esposa duerme con el rostro hacia la pared y veo mi yukata, el yukata que compré en China, doblado sobre mi futón, encima de mi futón, y dejo la Biblia, la Biblia y las cartas y me tambaleo al desnudarme y me tambaleo al ponerme el yukata—

—¿Te has tomado la medicina de dormir? —pregunta mi esposa levantando un momento la cabeza y poniéndola de nuevo sobre la almohada, cerrando los ojos…

—Sí. No te preocupes. Me la he tomado —respondo.

Y entonces, saco las cartas de la Biblia, me las meto en el yukata, entre los pliegues del yukata y me tumbo, me tumbo sobre las sábanas, reclino la cabeza en la almohada, abro la Biblia, abro la Biblia por última vez y empiezo a leer, y cierro los ojos, y abro los ojos, por última vez, empiezo a leer y leo Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa…

Entonces, en la noche, y en la noche, ahora le veo, y le veo: no es una sombra, ni es un espectro, sino el hombre al que amo, el Cristo al que amo…

El Cristo Amarillo en la cruz, en la cruz que espera, la paciente cruz, mi Cristo, mi Cristo, por fin, por fin, por fin…

Mientras me hundo y me hundo, de una vez y para siempre, para siempre jamás, en la arboleda, en la arboleda entre nuestras vidas, en la arboleda…

Él es, Él es, Él simplemente es, Él simplemente —
¡Moco!
Tan solo en la punta de la nariz
permanece
un resto del crepúsculo.
Burla a mí mismo, Ryūnosuke Akutagawa, 23 de julio de 1927.

Era el período Shōwa, era el verano después de la muerte de Taishō, por la mañana temprano. Yasukichi paseaba por el pinar de la playa de Kugenuma. Más allá de los pinos secos, más allá de las bajas dunas de arena, el mar bostezaba, gris y encapotado. En el límite del pinar, entre las dunas, Yasukichi halló la estructura de un columpio, solo la estructura, ya que el asiento del columpio no estaba, el asiento había desaparecido. Solo quedaban dos cuerdas, dos cuerdas colgando de la estructura. Un patíbulo junto al mar.

Un cuervo se posó en el inútil travesaño superior, y después otro, y otro y otro. Los cuatro cuervos miraron a Yasukichi—

Yasukichi se quitó el panamá e inclinó la cabeza. El cuervo de mayor tamaño levantó el pico al cielo y graznó una, dos, tres y finalmente cuatro veces. Graznó exactamente cuatro veces—

¿Debo tomarme esto como un signo, una advertencia?

Yasukichi resopló y soltó una carcajada. No recordaba haberse sentido nunca tan mal, era el peor día de su vida. A causa del calor no había podido escribir, ni siquiera leer; a causa de la humedad no había podido dormir. Incluso allí abajo, junto al mar, jamás había sentido tanto calor y tanta humedad. Intolerable. Insufrible. Y llevaba así días, semanas. Pero entonces, aquella mañana, justo antes del alba, oyó que empezaba a llover, gota a gota, sobre la cabaña y el jardín, gota a gota, en el estanque y en las piedras, y un frescor por la casa, y un escalofrío por la espalda.

Yasukichi sacó la lengua a los cuatro cuervos, se puso el panamá y continuó su paseo entre los oscuros, húmedos bancos de arena con hierba marchita y desteñida y las copas de los pinos enanos y esparcidos, y siguió paseando por los bancos, por la orilla y más allá, las casas y árboles de la isla de Enoshima cada vez más cerca, cada vez más cerca bajo el tiempo plomizo y melancólico de aquella sofocante mañana teñida de gris.

Yasukichi intentaba no mirar al mar, intentaba mantener la vista en la playa, en la arena. Pero un par de surcos negros, de rodadas de carro, cruzaban en diagonal por delante de él y una y otra vez se le venía a la cabeza Trigal con cuervos, y una y otra vez se sentía abandonado, abandonado y agobiado. Una vez hacía muchos años, estaba delante de una librería hojeando un volumen de cuadros de

Van Gogh, cuando de pronto, absolutamente de pronto, comprendió lo que era un «cuadro»; se dio cuenta de que aquello eran solo reproducciones, de que nunca vería los originales, pero incluso en aquellas fotografías, Yasukichi vio algo, sintió algo: una forma diferente, una nueva forma de ver el mundo, de estar en el mundo. Se sintió renovado, se sintió restaurado al mirar las ramas de un cerezo o la curva de la mejilla de una mujer. Pero allí, delante de los surcos negros, de las dos rodadas en la arena, sintió, supo, que alguien había estado allí antes, alguien con una venda en la cabeza encima de donde había estado su oreja, con una larga pipa entre los labios y una visión en los ojos, de camino al trabajo, al trabajo y a la demencia, a la demencia y al suicidio, de camino a la muerte—

—No piense esas cosas —rio una voz, una coqueta, seductora voz de mujer—. ¡Estamos en una nueva era, en una nueva época!

Más adelante, sentada en la arena con la espalda apoyada en un pequeño arbusto de bambú, había una joven de pelo corto con una innecesaria sombrilla conversando con un hombre que llevaba un impermeable Inverness y un panamá—

—No me diga lo que tengo que pensar —dijo el hombre estirando el cuerpo y alzando la voz airado—. Haga el favor de escuchar lo que dice. ¿Qué clase de animal es usted?

—¿Qué clase animal soy yo? —gritó la joven…

Yasukichi no se quedó a escuchar el resto de la discusión, a contemplar el resto de la escena, sino que apretó el paso y se alejó de la discusión, se alejó de la escena, de cualquier discusión y cualquier escena, por la arena y las conchas y salió de la playa tan deprisa como pudo y se metió por los guijarros y las piñas, y de pronto un cuervo salió volando de la nada y proyectó una sombra sobre él. Yasukichi miró hacia arriba y tropezó, trastabilló y estuvo a punto de caerse al suelo—

A sus pies había un trozo de madera tallada con un marco de alquitrán. Lo cogió e intentó leer la inscripción en la madera maltratada por el mar y el tiempo, pero solo pudo leer las fechas: *1892-1927*. Seguramente había estado clavada en la lona que le hacía las veces de mortaja a un desconocido que había muerto en el mar.

Yasukichi arrojó el trozo de madera al suelo. Las fechas indicaban que el hombre había muerto a los treinta y cinco años, su misma edad —

¿Debo tomarme esto como un signo, una advertencia?

Yasukichi se estremeció. Había nacido en Meiji, había vivido durante Taishō y ahora en Shōwa seguía vivo pero se sentía maldito, se sentía gafado, tenía la sensación de que el mundo lo odiaba, de que algo o alguien le perseguía, quería que se marchara.

Junto al mar nublado, bajo el cielo sucio, sin saber qué hacer, sin saber a dónde ir, Yasukichi continuó caminando, el mar lo observaba marcharse, el cielo lo seguía al caminar y caminar; y caminó y caminó hasta llegar a una calle, una calle llena de tiendas, una calle y unas tiendas que conocía bien, pero la calle estaba desierta, desierta excepto por un perro blanco y negro sentado en el asfalto.

El perro giró la cara y miró a Yasukichi y después soltó un ladrido, dos, tres, cuatro. Solo ladró cuatro veces, exactamente cuatro veces.

Eran ya suficientes signos, suficientes advertencias para Yasukichi. Se dirigió hacia la única tienda que parecía abierta, una tienda que conocía desde hacía tiempo, con su cartel de color rojo chillón colgando del alero del tejado en el que decía tabacos. Yasukichi se detuvo bajo el alero, delante del escaparte, y sonrió al ver la familiar maqueta del acorazado Mikasa con la bandera del sol naciente dentro de una botella de *curaçao* entre anuncios de leche condensada, y entró en la agradable y familiar tienda. El cristal coloreado de la puerta proyectaba la habitual luz verde sobre las paredes de estuco y los innumerables artículos en venta: los jamones de Kamakura colgados de sus ganchos, el póster de sidra sin alcohol Kinsen clavado sobre la puerta trasera, como siempre; las latas de cacao inglés, las cajas de pasas americanas, pulcramente ordenadas en las estanterías como siempre, la ternera de Yamatoni, el whisky escocés, los puros de Manila y los cigarrillos egipcios donde siempre, todo como siempre, familiar, acogedor, reconfortante.

Yasukichi cogió una caja grande de sus cerillas habituales. Le gustaba tanto el diseño de la caja que muchas veces había pensado en hacerlo enmarcar. Sin embargo, al mirar el barco de vela en el mar revuelto se acordó del trozo de madera con el que había tropezado, del hombre muerto en el mar, perdido en el mar, y de nuevo se sintió inundado, abrumado, sintió que se ahogaba en tierra firme, que se ahogaba en aquella tienda. Con las palmas de las manos sudorosas, devolvió la caja de cerillas a la estantería, se secó las manos en el pañuelo y se dirigió a la mujer sentada detrás del mostrador.

Yasukichi la conocía desde la primera vez que había entrado en la tienda, el mismo día que empezó a dar clases en la Academia Naval hacía ya ocho años. De hecho, para ser sincero, al principio aquella mujer de peinado occidental y rostro pálido y felino era la única razón por la que se había hecho cliente habitual de la tienda. Pero aquel día, sentada detrás del mostrador como era habitual, la mujer parecía otra de alguna forma, diferente de algún modo, no parecía la misma.

—Perdone —dijo Yasukichi—. ¿Tiene usted otra marca de cerillas además de Ship, quizá una caja de Swan Vesta?

La mujer no miró a Yasukichi, ni siquiera pareció haberle oído. Sin embargo, se levantó de la silla y entró en la parte trasera de la tienda.

Qué raro, pensó Yasukichi, pero se quedó donde estaba, esperando su regreso, observando el ábaco, mirando el periódico abierto sobre el mostrador con las letras al revés.

Momentos después, la mujer regresó con una caja en la mano. Pero tampoco esta vez miró a Yasukichi, ni siquiera miró en su dirección. Se sentó en su silla, sacó un caramelo de la caja, le quitó el envoltorio, se lo metió en la boca y volvió a coger el periódico, ahora con la primera página, la fotografía y el titular directamente hacia Yasukichi —

Se suicida en su casa de Tabata el conocido escritor Ryūnosuke Akutagawa

Yasukichi intentó, gritar, protestar: —*¡Mada-yo!* Todavía no…

La mujer apartó la mirada del periódico y miró al suelo al otro lado del mostrador. Dejó el periódico, se levantó de la silla, salió de detrás del mostrador y recogió una caja de cerillas que debía haberse caído al suelo de alguna forma. La devolvió a la estantería, regresó a su silla y a su periódico y pasó la página.

PREFACIO DEL AUTOR

Después del hilo, antes del hilo

Entre bambúes y flores de palma
Buda ya se ha dormido.
Al borde del camino, una higuera reseca,
también Cristo parece muerto.
Pero necesitamos descansar
aunque sea ante el decorado de un teatro.
(tras ese decorado no encontraremos
más que un lienzo remendado).
Obras completas de Tock, en *Kappa,*
Ryūnosuke Akutagawa, 1927.

Los biombos del infierno

En el segundo piso de aquella residencia urbana se preguntó muchas veces por qué los que se aman se hacen tanto daño, mientras el inquietante desnivel del suelo le provocaba malos augurios.

Vida de un loco, Ryūnosuke Akutagawa, 1927.

Repetición

Los occidentales dicen que no temer a la muerte es característico de salvajes.

En ese caso, quizá yo sea uno de esos «salvajes».

De niño, mis padres me advirtieron muchas veces de que
al haber nacido en la casa de un samurái,
debía ser capaz de celebrar el *seppuku*, es decir, de eviscerarme.
Recuerdo haber pensado que implicaría un terrible dolor físico
y que habría que soportarlo.

Por tanto, quizás sea uno de esos así llamados salvajes.

Pero no acepto que el punto de vista de los occidentales sea correcto.

Mōsō / Ensoñaciones, Mori Ōgai, 1911.

El dormitorio de Jack el Destripador

Su relato *La nariz* me ha parecido muy interesante. Tiene usted un estilo pulido y admirablemente correcto. Puede que, por sí sola, *La nariz* no le brinde muchos lectores. Incluso si lo hiciera, quizá no despierte grandes pasiones. Sin embargo, debe usted continuar sin preocuparse por ello. Continúe y escriba veinte o treinta relatos como ese. Si lo hace, pronto no tendrá usted parangón en los círculos literarios. Pero ignore a la plebe: es el mejor y único modo de mantener la integridad.

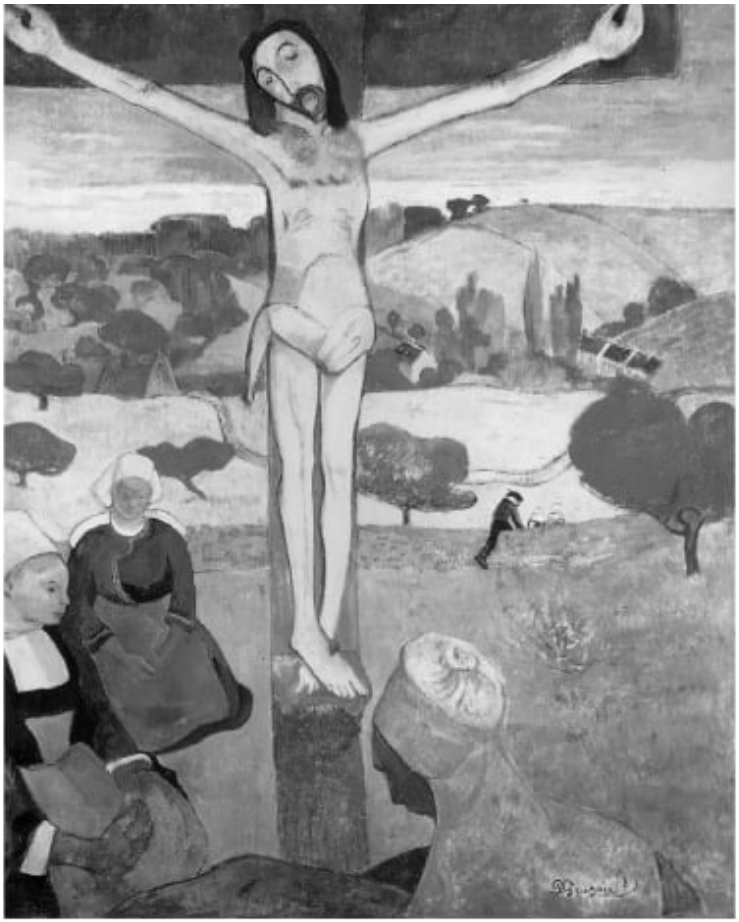
Natsume Sōseki, carta a Ryūnosuke Akutagawa, febrero de 1916.

Un cuento contado dos veces

Por fin solo, Yasukichi encendió un cigarrillo y deambuló por el despacho. Enseñaba inglés, sí, pero no era esa su verdadera profesión. Al menos no a su juicio. El trabajo de su vida era la creación literaria.

El oficio de escribir, Ryūnosuke Akutagawa, 1924.

El Cristo amarillo



Después de la guerra, antes de la guerra

Los exorcistas

Después del desastre, antes del desastre

«San Kappa»

Los espectros de Cristo

Después del hecho, antes del hecho

POSFACIO

Bibliografía

Los doce relatos que componen esta novela están inspirados en las novelas, ensayos y correspondencia de Ryūnosuke Akutagawa, en acontecimientos de su vida y en los recuerdos y escritos de sus coetáneos.

He incluido una lista completa de las fuentes utilizadas en esta novela, sin embargo, a los que se inician en la lectura de Akutagawa, les recomendaría comenzar por las siguientes:

Rashōmon and Seventeen Other Stories, trad. Jay Rubin (Penguin, 2006).

Kappa, trad. Geoffrey Bownas (Tuttle, 1971; Peter Owen, 2009).

Ambas obras incluyen información biográfica de gran utilidad.

Los relatos de Akutagawa se han traducido numerosas veces al inglés si bien la mayoría de las colecciones están agotadas hoy en día:

Akutagawa and Dazai: Instances of Literary Adaptation, trad. James O'Brien (Center for Asian Studies, Arizona State University, 1988; Kurodahan Press, 2004).

The Beautiful and the Grotesque, publicado originalmente bajo el título de *Exotic Japanese Stories*, trad. Takashi Kojima y John McVittie (Liverlight, 1964 and 2010).

'A Bizarre Reunion', trad. Steven P. Venti, en Kaiki: *Uncanny Tales from Japan, Volume 3: Tales of the Metropolis* (Kurodahan Press, 2012).

Cogwheels and Other Stories, trad. Howard Norman (Mosaic Press, 1982, 2015).

'The Death Register', trad.. Lawrence Rogers, en *Tokyo Stories: A Literary Stroll*, Lawrence Rogers, editor(University of

California Press, 2002).

The Essential Akutagawa, Seiji M. Lippit, editor (Marsilio, 1999).

Die Fluten des Sumida, trad. Armin Stein (IUDICIUM Verlag, 2010).

A Fool's Life, trad. Will Petersen (Grossman Publishers, 1970).

A Fool's Life, trad. Anthony Barnett y Naoko Toraiwa (Allardyce, Barnett, 2007).

'General Kim', trad. Jay Rubin, en *Monkey Business Vol. 3* (Villagebooks, 2013).

Hell Screen and Other Stories, trad. W. H. H. Norman (Hokuseido, 1948).

Hell Screen, Cogwheels, A Fool's Life, trad. Takashi Kojima, Cid Corman, Susumu Kamaike y Will Petersen, con un prólogo de Jorge Luis Borges y una introducción de Kazuya Sakai (Eridanos Press, 1987).

Japanese Short Stories, trad. Takashi Kojima (Liverlight, 1961).

Kappa, trad. Seiichi Shiojiri (Akitaya, 1947, y Hokuseido, 1951).

Kirishitan Stories by Akutagawa Ryūnosuke, trad. Yoshiko y Andrew Dykstra, en Japanese Religions, Vol. 31 (2006).

Mandarins, trad. Charles de Wolf (Archipelago, 2010).

'The Mirage', trad. Beongcheon Yu, en *Chicago Review*, XVIII, No. 2 (1965).

Rashōmon and Other Stories, trad. Takashi Kojima (Liverlight, 1952).

Rashōmon and Other Stories, trad. Glenn W. Shaw (Hara Shobo, 1964).

The Spider's Thread and Other Stories, trad. Dorothy Britton (Kodansha International, 1987).

Tales Grotesque and Curious, trad. Glenn W. Shaw (Hokuseido, 1930).

Three Strange Tales, trad. Glenn Anderson (One Peace Books, 2012).

The Three Treasures, trad. Takamasa Sasaki (Hokuseido, 1951).

'Travels in China', trad. Joshua A. Fogel, en *Chinese Studies in History* (1997).

Tu Tze-Chun, trad. Dorothy Britton, con grabados de Naoko Matsubara (Kodansha International, 1965).

‘Western Man, Western Man Continued’, trad. Akiko Inoue, en *Posthumous Works of Ryūnosuke Akutagawa* (Tenri, Tenri Jihosha, 1961).

‘Wonder Island’, trad. Dan O’Neill, en *Three-Dimensional Reading: Stories of Time and Space in Japanese Modernist Fiction, 1911-1932*, Angela You, editora (University of Hawai’i Press, 2013).

Las siguientes obras contienen estudios sobre la vida y la obra de Akutagawa.

Akutagawa Fumi, *Tsuisō Akutagawa Ryūnosuke* (Chūō Kōron-sha, 1981).

Bates, Alex, *The Culture of the Quake* (University of Michigan, 2015).

De Vos, George A. y Hiroshi Wagatsuma, ‘Alienation and the Author; A Triptych on Social Conformity and Deviancy in Japanese Intellectuals’, en *Socialization for Achievement*, George A. De Vos, editor (University of California Press, 1973).

Fowler, Edward, *The Rhetoric of Confession: Shishōsetsu in Early Twentieth-Century Japanese Fiction* (University of California Press, 1988).

Fukasawa, Margaret Benton, *Kitahara Hakushū: His Life and Poetry* (East Asia Program, Cornell University, 1993).

Hibbett, Howard S., ‘Akutagawa Ryūnosuke’, en *Modern Japanese Writers*, Jay Rubin, editor (Scribner’s, 2001).

Hibbett, Howard S., ‘Akutagawa Ryūnosuke and the Negative Ideal’, en *Personality in Japanese History*, Albert M. Craig and Donald H. Shively editores (University of California Press, 1970).

Hirotsu Kazuo, *Shinpen Dōjidai no Sakka-tachi* (Iwanami shoten, 1992).

Iga, Mamoru, ‘Ryūnosuke Akutagawa’, en *The Thorn in the Chrysanthemum* (University of California Press, 1986).

Ishiwari Tōru, editor, *Akutagawa Ryūnosuke Shokan-shū* (Iwanami shoten, 2009, 2014).

Karatani, Kōjin, ‘On the Power to Construct’, en *Origins of Modern Japanese Literature*, trad. Brett de Bary (Duke University Press, 1993).

Keene, Donald, *Dawn to the West: Japanese Literature of the Modern Era* (Holt, Rinehart and Winston, 1984).

Kondō Tomie, *Tabata Bunshi-mura* (Chūō Kōron-sha, 1983).

Kuzumaki Yoshitoshi, *Akutagawa Ryūnosuke Miteikōshū*

(Iwanami shoten, 1968).

Matsumoto Seichō, *Shōwa-shi Hakkutsu* (Bungei Shunjū, 1978).

Morimoto Osamu, *Akutagawa Ryūnosuke Denki Ronkō* (Meiji shoin, 1964).

Napier, Susan J., *The Fantastic in Modern Japanese Literature* (Routledge, 1996).

Niina Noriaki, *Akutagawa Ryūnosuke no Nagasaki* (Nagasaki Bunkensha, 2015).

Schencking, Charles J., *The Great Kantō Earthquake* (Columbia University Press, 2013).

Sekiguchi Yasuyoshi, editor, *Akutagawa Ryūnosuke Shin-Jiten* (Kanrin shobō, 2003).

Suter, Rebecca, *Holy Ghosts: The Christian Century in Modern Japanese Fiction* (University of Hawai'i Press, 2015).

Uchida Hyakken, *Watashi no 'Sōseki' to 'Ryūnosuke'* (Chikuma shobō, 1993).

Ueda, Makoto, 'Akutagawa Ryūnosuke', en *Modern Japanese Writers and the Nature of Literature* (Stanford University Press, 1976).

Weisenfeld, Gennifer, *Imaging Disaster: Tokyo and the Visual Culture of Japan's Great Earthquake of 1923* (University of California Press, 2012).

Yamanouchi, Hisaaki, 'The Rivals: Shiga Naoya and Akutagawa Ryūnosuke', en *The Search for Authenticity in Modern Japanese Literature* (Cambridge University Press, 1978).

Yamazaki Mitsuo, *Yabu no Naka no Ie* (Bungei Shunjū, 1997).

Yoshida Seiichi et al, editores, *Akutagawa Ryūnosuke zenshū*, 8 vols (Chikuma shobō, 1964-5).

Yu, Beongcheon, *Akutagawa: An Introduction* (Wayne State University Press, 1972).

Los siguientes textos tratan acerca de la vida y la época de Akutagawa:

Bargen, Doris G., *Suicidal Honor* (University of Hawai'i Press, 2006).

Beongcheon Yu, *Natsume Sōseki* (Twayne, 1969).

DiNitto, Rebecca, *Uchida Hyakken: A Critique of Modernity and Militarism in Pre-war Japan* (Harvard University Press, 2008).

Dong, Stella, *Shanghai* (William Morrow, 2000).

Gluck, Carol, *Japan's Modern Myths* (Princeton University Press, 1985).

Heinrich, Amy Vladeck, *Fragments of Rainbows: The Life and Poetry of Saitō Mokichi* (Columbia University Press, 1983).

Irwin, John T., *The Mystery to a Solution: Poe, Borges, and the Analytic Detective Story* (Johns Hopkins University Press, 1996).

Karatani, Kōjin, *History and Repetition, traducido y editado por. Seiji M. Lippit* (Columbia University Press, 2012).

Kawabata, Yasunari, *The Scarlet Gang of Asakusa, trad. Alisa Freedman, con un prólogo y un epílogo de Donald Richie* (University of California Press, 2005).

Keene, Dennis, *Yokomitsu Riichi Modernist* (Columbia University Press, 1980).

Kurosawa, Akira, *Something Like an Autobiography*, trad. Audie E. Bock (Vintage Books, 1983).

Lifton, Robert Jay, Katō, Shūichi, y Reich, Michael R., *Six Lives, Six Deaths* (Yale University Press, 1979).

Mansfield, Stephen, *Tokyo: A Cultural and Literary History* (Signal Books, 2009).

Mitford, A. B., *Tales of Old Japan* (Macmillan, 1876).

Ōgai, Mori, *Not a Song Like Any Other: An Anthology of Writings by Mori Ōgai*, J. Thomas Rimmer, editor (University of Hawai'i Press, 2004).

Ōgai, Mori, *Youth and Other Stories*, traducido y editado por J. Thomas Rimmer (University of Hawai'i Press, 1994).

Poe, Edgar Allan, *The Complete Tales and Poems* (Penguin, 1982).

Rimmer, J. Thomas, *Mori Ōgai* (Twayne, 1975).

Saito, Satoru, *Detective Fiction and the Rise of the Japanese Novel, 1880-1930* (Harvard University Asia Center, 2012).

Saitō, Mokichi, *Red Lights: Selected Tanka Sequences from Shakkō*, trad. Seishi Shinoda y Sanford Goldstein (Purdue Research Foundation, 1989).

Seidensticker, Edward, *Low City, High City* (Harvard University Press, 1983).

Seidensticker, Edward, *Tokyo Rising* (Charles E. Tuttle, 1991).

Songling, Pu, *Strange Tales from a Chinese Studio*, trad. John Minford (Penguin, 2006).

Sōseki, Natsume, *Kokoro*, trad. Edwin McClellan (Regnery Publishing, 1957).

Sōseki, Natsume, *The Tower of London: Tales of Victorian London*, traducción e introducción de Damian Flanagan (Peter

Owen, 2004).

Sōseki, Natsume, *The Wayfarer*, trad. Beongcheon Yu (Tuttle, 1969).

Tanizaki, Jun'ichirō, *Red Roofs & Other Stories*, trad. Anthony H. Chalmers y Paul McCarthy (University of Michigan Press, 2016).

Tietjens, Eunice, *Profiles from China* (Ralph Fletcher Seymour, 1917).

Tyler, William J., editor, *Modaniizumu: Modernist Fiction from Japan, 1913-1938* (University of Hawai'i Press, 2008).

Uchida, Hyakken, *Realm of the Dead*, trad. Rachel DiNitto (Dalkey, 2006).

Waley, Paul, Tokyo: *City of Stories* (Weatherhill, 1991).

Waley, Paul, *Tokyo Now and Then* (Weatherhill, 1984).

Yokomitsu, Riichi, *Shanghai*, trad. Dennis Washburn (Centre for Japanese Studies, University of Michigan, 2001).

AGRADECIMIENTOS

Lista de Ilustraciones:

Portadilla: Akutagawa en su estudio, 1924.

Portada: dibujo de un kappa por Akutagawa, c.1922.

Después del hilo: postal del estanque de Shinobazu Pond en Ueno, Tokyo, c.1910.

Los biombos del infierno: Akutagawa, c.1896, 1905 y 1927.

Repetición: retratos del general Nogi y su esposa la mañana de su muerte, 13 de septiembre de 1912, por Akio Shinroku.

El dormitorio de Jack el destripador: la lata de galletas *Huntley & Palmers biscuits* mencionada en *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad, 1899.

Un cuento contado dos veces: Cabeza de hombre, por Kazimir Malevich, fecha desconocida.

El Cristo amarillo: El Cristo Amarillo, Paul Gauguin, 1889. Albright-Knox Gallery, Buffalo, New York.

Después de la Guerra: postal del Puente de las Nueve Curvas, Shanghái, fecha desconocida.

Los exorcistas: dibujo de un kappa por Akutagawa, 1927.

Después del desastre: Saika no Ato, por Ikeda Yōson, tinta y pigmentos minerales en seda, 1924. Colección de Kurashiki Shiritsu Bijutsukan.

San Kappa: Akutagawa, 1925.

Los espectros de Cristo: El *yukata* confeccionado con tela traída de China por Akutagawa que el autor vestía la noche de su muerte en 1927.

Después del hecho: Akutagawa muerto, por Ryūichi Oana, 24 de julio de 1927.

Algunos capítulos y secciones de este libro han aparecido editados o significativamente alterados en las siguientes publicaciones:

Después del desastre, antes del desastre, en *March Was Made of Yarn*,

colección de relatos con motivo del primer aniversario del terremoto de Tōhoku de 2011 publicado en los EE.UU. y el Reino Unido por Vintage en 2012.

Un cuento contado dos veces, con el título de *After Ryūnosuke, Before Ryūnosuke*, en la revista literaria japonesa *Monkey Business*, 2013.

Después de la guerra, antes de la guerra en Granta 127, 2014.

Después del hilo, antes del hilo apareció originalmente en *Fantasma*, colección de relatos que recopilaba los tres mencionados hasta ahora, publicada en Italia por Il Saggiatore en 2016.

Por último, algunos fragmentos de *San Kappa* se escribieron para el duodécimo *Bridge the Gap*? en Genova, Italia, organizado por el Centre for Contemporary Art Kitakyushu, Japón, como regalo para los invitados en forma de un cuadernillo titulado *After the Crash, Before the Crash* en marzo de 2016.

Quisiera expresar mi agradecimiento a Ian Bahrami, Stephen Barber, Andrew Benbow, Ian Cusack, Walter Donohue, Didier Faustino, Laura Oldfield Ford, Luca Formenton, Giuseppe Genna, Jean-Paul Gratias, François Guérif, Jeanne Guyon, Mike Handford, Yuka Igarashi, Kazuo Ishiguro, Jason James, Joan Jonas, Rob Kraitt, Justin McCurry, Sonny Mehta, David Mitchell, Shunichiro Nagashima, Kazuo Okanoya, Anna Pallai, Richard Lloyd Parry, Roger Pulvers, Sukhdev Sandhu, Junzo Sawa, Katy Shaw, Anna Sherman, Motoyuki Shibata, Pelin Tan, Peter Thompson, Paul Tickell, Rirkrit Tiravanija, David Turner, Rob Turner, Kate Ward, Gen Yamabe, a la familia Peace por aquí y por allá, y finalmente a Matteo Battarra, Angus Cargill, Hamish Macaskill, Akiko Miyake, y Jon Riley, sin los cuales nunca habría conseguido terminar este libro.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA, DE *PACIENTE X* SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN MADRID EN LA IMPRENTA DE GRÁFICAS COFÁS, S.A.
EN AGOSTO DE 2019
www.armaeniaeditorial.com